

2013-12-09

Paisajes movedizos: riesgo y subjetividades en una modernidad en crisis

Jablonska-Bayró, Joanna M.

Jablonska-Bayró, J.M. (2013). Paisajes movedizos: riesgo y subjetividades en una modernidad en crisis. Tesis doctoral, Doctorado en Estudios Científico Sociales. Tlaquepaque, Jalisco: ITESO.

Enlace directo al documento: <http://hdl.handle.net/11117/1266>

Este documento obtenido del Repositorio Institucional del Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente se pone a disposición general bajo los términos y condiciones de la siguiente licencia: <http://quijote.biblio.iteso.mx/licencias/CC-BY-NC-2.5-MX.pdf>

(El documento empieza en la siguiente página)

INSTITUTO TECNOLÓGICO Y DE ESTUDIOS SUPERIORES DE OCCIDENTE

RECONOCIMIENTO DE VALIDEZ OFICIAL, ACUERDO SEP. NO. 15018
PUBLICADO EN EL DIARIO OFICIAL DE LA FEDERACIÓN
EL 29 DE NOVIEMBRE DE 1976.



DIRECCIÓN GENERAL ACADÉMICA
DOCTORADO EN ESTUDIOS CIENTÍFICO-SOCIALES

PAISAJES MOVEDIZOS
RIESGO Y SUBJETIVIDADES EN UNA MODERNIDAD EN CRISIS

TESIS PARA OBTENER EL
GRADO DE DOCTORA EN ESTUDIOS CIENTÍFICO-SOCIALES

QUE PRESENTA:
JOANNA MARIA JABLONSKA-BAYRO

DIRECTORA DE LA TESIS
DRA. ROSSANA REGUILLO

TLAQUEPAQUE. JALISCO A DICIEMBRE DE 2013

**DOCTORADO EN ESTUDIOS CIENTÍFICO-SOCIALES
ITESO**

Paisajes movedizos

Riesgo y subjetividades en una modernidad en crisis

**TESIS PARA OBTENER EL
GRADO DE DOCTORA EN ESTUDIOS CIENTÍFICO-SOCIALES**

**QUE PRESENTA
JOANNA MARIA JABLONSKA-BAYRO**

**COMITÉ TUTORIAL:
Tutora: Dra. Rossana Reguillo
Dra. Rocío Enríquez y Dra. Diana Sagástegui**

TLAQUEPAQUE, JALISCO, A DICIEMBRE DE 2013

DOCTORADO EN ESTUDIOS CIENTÍFICO-SOCIALES

ITESO

Paisajes movedizos

Riesgo y subjetividades en una modernidad en crisis

JOANNA MARIA JABLONSKA-BAYRO

Resumen:

El continuado ascenso de riesgo, incertidumbre e inseguridad constituye uno de los fenómenos de mayor trascendencia en las sociedades contemporáneas; su incidencia en las subjetividades es tan diversa como los factores que lo desencadenan. Esta tesis doctoral es fruto de investigación sobre las formas en que los riesgos propios a la modernidad configuran subjetividades en la ciudad de Guadalajara, en distintas posiciones sociales. El análisis se enfoca en cuestiones que cobran centralidad a partir de las narrativas de los sujetos-protagonistas de la investigación: la relación de los sujetos con las instituciones del Estado, el trabajo y la familia; los significados y las prácticas que surgen en torno a la cotidianidad urbana marcada por la expansión de lo siniestro; las concepciones de lo común en el contexto de riesgo; las creencias y su poder orientador y protector ante las amenazas; las visiones del futuro. A lo largo del análisis el riesgo se revela como un dispositivo de control con un fuerte poder individualizador y fragmentador, capaz de debilitar la agencia social y exacerbar la actual precariedad de lo común. Al desenmascarar la peligrosidad latente en los procesos de respuesta individual frente a los riesgos que fragmentan y rompen el tejido social, la investigación constituye un punto de partida para la reflexión sobre las posibilidades de la apertura de nuevas formas (plurales e incluyentes) de vínculos, reciprocidades y solidaridades.

Abstract:

The continuous rise of risk, uncertainty and insecurity is one of the most significant phenomena in contemporary societies; its impact on the subjectivities is as diverse as the factors that trigger it. This dissertation is the result of research into the ways in which the risks inherent to modernity shape subjectivities in the city of Guadalajara in different social positions. The analysis focuses on issues that turn out crucial in the narratives of the subjects that are protagonists of this research: subject's relationship with state institutions, work and family; the meanings and practices that appear in the context of urban daily life marked by the expansion of the ominous; the conceptions of community in the context of risk; the beliefs and their importance as orientation and protection in the face of hazard; the visions of the future. During the analysis the risk is revealed as a control apparatus with a strong individualizing power, able to weaken the social agency and to exacerbate the precariousness of the common. By revealing the underlying dangers of the processes of individual response to risks that fragment and weaken the social fabric, this research can be understood as a starting point for reflection on the possibilities of opening up new forms of plural and inclusive links, reciprocity and solidarity.

Índice:

Agradecimientos.....	7
Introducción.....	9

Parte I

Marco teórico-metodológico.....	25
--	-----------

Capítulo 1: El marco teórico.....	26
--	-----------

1.1. La sociedad del riesgo: el contexto.....	27
1.2. La pregunta de investigación.....	35
1.3. Elementos para el análisis.....	39
1.3.1. Individualización, instituciones en crisis, desdibujamiento de lo común.....	39
1.3.2. Certezas contingentes.....	45
1.3.3. Los medios: escenificando riesgos.....	51
1.3.4. La ciudad: cuerpos y espacios.....	55
1.3.5. Comentarios finales.....	68

Capítulo 2: La Metodología.....	70
--	-----------

2.1. La perspectiva teórica de las decisiones metodológicas.....	70
2.1.1. Sujeto y subjetividad.....	71
2.1.2. Narrativas, prácticas, discursos.....	73
2.1.3. Investigación cualitativa, enfoque etnográfico, teoría fundada.....	76
2.2. El proceso de recolección de datos.....	79
2.2.1. Entrevistas centradas en el problema.....	80
2.2.2. Entrevistas con “gestores de riesgo”.....	83
2.2.3. Observaciones etnográficas.....	84
2.2.4. Textos mediáticos.....	86
2.3. El proceso del análisis.....	91

Parte II

Interpretar los paisajes: el acercamiento analítico	95
Introducción a la parte analítica.....	96
Capítulo 3: Seguridad evanescentes: el Estado y el trabajo	98
3.1. El Estado: un protector ambiguo.....	101
3.1.1. El Estado benefactor: insuficiencia y cinismo.....	109
3.1.2. El Estado securitario: ¿protección o amenaza?.....	113
3.1.3. Los militares: la encarnación de la estrategia securitaria.....	117
3.1.4. Los policías: abusos de poder.....	122
3.1.5. En resumen.....	127
3.2. El trabajo: competencia e incertidumbre.....	130
3.2.1. “Yo me lo gané”: significados del trabajo.....	131
3.2.2. El mercado laboral como un mundo de competencia.....	134
3.2.3. Los flexibles y los precarios o sobre la inadecuación del yo.....	145
3.2.4. En resumen.....	153
Capítulo 4: “La familia es la base”: en busca de la seguridad perdida	157
4.1. “Amortiguador” de indefensión.....	161
4.2. Red de vigilancia.....	173
4.3. ¿Dónde están los valores? o la familia culpable.....	178
4.3.1. Padres ejemplares.....	186
4.3.2. Enemigos de la familia.....	191
4.4. En resumen.....	197
Capítulo 5: Lo siniestro nuestro de cada día: la ciudad y los cuerpos	201
5.1. Cartografías contingentes: la expansión de lo siniestro.....	207
5.2. <i>Narcos</i> y otros demonios: encarnaciones de riesgo.....	215
5.2.1. Asaltantes, extorsionadores, secuestradores: los depredadores...	218
5.2.2. Los <i>narcos</i>	224
5.3. Cuerpos vulnerables en espacios inhóspitos.....	232
5.4. Zonas de riesgo, zonas seguras.....	241
5.5. Refugios.....	251

5.6. En resumen.....	257
Capítulo 6: Comunidades o cómo estar juntos y no estarlo.....	262
6.1. “Nosotros que somos gente de bien”: lo común inmunizante.....	263
6.2. “Poner tu granito de arena”: lo común como la suma de las partes..	276
6.3. Comentarios finales.....	281
Capítulo 7: Creencias y ofertas de sentido: domando la incertidumbre.....	284
7.1. Entre la pertenencia y el extrañamiento: buscando el sentido.....	288
7.2. “Tengo un angelote”: creencias como fuente de protección.....	297
7.3. “Atacar nuestros defectos”: promesas de transformación.....	312
7.4. En resumen.....	325
Capítulo 8: Futuros, futuridades, fines del mundo.....	328
8.1. Futuridades en crisis: proyectos de vida inciertos.....	329
8.2. Después de la violencia: los futuros del presente siniestro.....	335
8.3. “La Tierra quiere que la limpien”: crisis civilizatoria como crisis medioambiental.....	342
8.4. En resumen.....	349
Parte III	
Conclusiones.....	351
9.1. Paisajes movedizos: sujetos ante el riesgo.....	352
9.2. Entre el discurso y la narrativa: interpretar el riesgo.....	356
9.3. Las contribuciones de la tesis.....	371
9.4. Las posibles líneas de indagación futura.....	372
Bibliografía.....	375

Agradecimientos

La experiencia de escribir una tesis doctoral cambia la mirada de su autor o autora sobre muchas cuestiones, algunas decisivas y otras en apariencia menores. Entre las últimas se encuentra la pregunta por la necesidad de colocar al principio de la tesis el apartado de agradecimientos que en ocasiones podría dar la impresión de ser un obligado acto de cortesía, una costumbre superflua pero ineludible. No obstante, conforme avanza el trabajo, uno se va dando cuenta de la ridiculez de la pretensión de asumir el mérito de ser el autor único e incuestionable de la tesis, no solamente porque el proceso de la escritura se nutre constantemente del pensamiento de otros autores, sino también porque el esfuerzo de investigación no sería posible sin el apoyo de muchas personas. Por ello, una vez concluida la tesis, la necesidad de expresar el agradecimiento pierde toda la apariencia de un deber dictado por buenas modales y se convierte en un deseo genuino y sincero.

Le agradezco al profesor Raúl Fuentes por recibirme con apertura y calidez, cualidades que me ayudaron a tomar la decisión de solicitar mi ingreso al Doctorado en Estudios Científico-Sociales.

Le agradezco especialmente a mi esposo Eduardo por alentarme de manera entusiasta a ingresar al Doctorado y por apoyarme con amor, constancia y paciencia durante todo el proceso de investigación.

A mi tutora, la profesora Rossana Reguillo, quien desde nuestro primer encuentro me ha dado la confianza indispensable para realizar la difícil tarea de trabajo doctoral. La sabiduría, la imaginación y la sutileza con las que me ha guiado son sin duda excepcionales y no encuentro palabras para agradecerse las apropiadamente. Les agradezco también a las profesoras Rocío Enríquez y Diana Sagástegui, quienes formaron mi Comité Tutorial y me acompañaron no solamente con sus sugerencias y críticas siempre perspicaces y constructivas, sino también con su cariño y su amistad. Al profesor José Manuel Valenzuela por su disposición a formar parte de mi jurado.

Me siento agradecida con todos los profesores con los que tuve la oportunidad de tener seminarios durante los primeros dos años del Doctorado y también con mis compañeros por ser siempre solidarios y dispuestos a compartir. En particular quisiera expresar mi gratitud a Susana Herrera, Adriana Rodríguez, Leticia Velasco y Elena Grillenzoni por su amistad y su cariño.

Me siento también en deuda con mi familia, con mis hijos Nikolai, Claudio y Gladys por su paciencia, con mis padres Danuta y Witold por estar siempre cerca a pesar de la gran distancia que nos divide, y con mi hermano Bartosz.

Le agradezco a mi amiga Alicia Vargas por revisar y mejorar la redacción de la tesis. A Digna Zamora por su paciente apoyo durante los cuatro años. A Lourdes Zúñiga por la ayuda diaria que me brinda en los quehaceres domésticos. A todos los que me acompañaron de diversas maneras durante este largo proceso y gracias a los que pude concluirlo exitosamente.

Guadalajara, 21 de noviembre de 2013

Introducción

La tesis doctoral presentada a continuación, titulada *Paisajes movedizos. Riesgo y subjetividades en una modernidad en crisis*, es fruto de una investigación sobre subjetividades que se configuran en relación con riesgos producidos por las (cada vez más paradójicas) dinámicas de la modernidad. Se trata de subjetividades inmersas en un tiempo-espacio específico - la ciudad de Guadalajara en la actualidad -, pero desiguales y complejas, porque están configuradas desde las diferencias estructurales y culturales entre los sujetos.

El estudio parte de la visión de la contemporaneidad como época de crisis: las dinámicas de la modernidad siguen vigentes, pero muestran quiebres, fisuras y reconfiguraciones que ponen en duda la pretensión moderna de crear un mundo más seguro y estable: el riesgo, la inseguridad y la incertidumbre proliferan en el contexto de la modernidad tardía.

El título del estudio – *Paisajes movedizos* - procura unir los aspectos mencionados: la subjetividad, el riesgo y la modernidad en crisis. El término *paisaje* se inspira en parte en la propuesta de Arjun Appadurai (2001), quien usa esta palabra para aludir a la forma fluida e irregular de flujos culturales globales, pero se justifica aún más gracias a la definición de la *Real Academia Española* que describe paisaje como “extensión de terreno que se ve desde un sitio”. Lo que se ha buscado en esta investigación ha sido mirar el riesgo y sus diversas facetas justamente “desde un sitio” específico, a saber, desde el sujeto históricamente situado en el que se interioriza lo social y el que, al exteriorizarse, reproduce y transforma el orden social. Se propone, además, hablar de paisajes *movedizos*: este adjetivo alude al carácter contingente e inestable de una realidad social interpretada a través del prisma de riesgo y, al mismo tiempo, a la incertidumbre como una de las características de la modernidad tardía.

El tema de esta investigación – las subjetividades que se configuran en relación con la noción de riesgo – podría parecer aquí, quizá, relativamente nítido y delimitado, no obstante, su formulación es resultado de un complejo proceso de

búsqueda, como lo son también las decisiones teóricas y metodológicas tomadas, el trabajo de campo realizado y, finalmente, el mismo análisis de datos. Cada una de las etapas de esta investigación se fue revelando como una aventura que, lejos de implicar solamente una cierta intelección “racional” de la realidad social, me exigió también seguir mis intuiciones y mi imaginación, y a menudo también tomar en cuenta mis emociones.

Solicité mi ingreso como estudiante al Doctorado en Estudios Científicos Sociales del ITESO en la primavera del 2009. En aquel entonces, la llamada “guerra contra el narcotráfico”, iniciada por el gobierno federal en 2006, llegó a establecerse en el país como una siniestra realidad cotidiana; la nueva crisis económica que había empezado en 2008 ya era innegable; el “fenómeno 2012” estaba tomando fuerza; mi entrevista de ingreso tuvo lugar durante la alerta por la epidemia de gripe A N1H1. Resultaba difícil ignorar la intuición de que todos estos fenómenos (y muchos otros más) tenían algo en común – algo que, además, parecía ser un rasgo importante de la contemporaneidad y que llegaba, posiblemente, hasta lo más profundo de sus dinámicas y sus lógicas. En pocas palabras, algo que podría convertirse, quizá, en el tema de una tesis doctoral.

Gracias a las conversaciones con mi tutora, profesora Rossana Reguillo, y mis primeras lecturas de textos sugeridos por ella, mis intuiciones se fueron convirtiendo paulatinamente en conocimiento sobre la contemporaneidad como época de la simultánea exacerbación y crisis de la modernidad, así como sobre la inseguridad, la incertidumbre, la contingencia y el riesgo en cuanto sus consecuencias y sus características. La teoría de la sociedad de riesgo de Ulrich Beck (1998, 2002, 2008) me permitió encontrar finalmente (aunque no sin dudas y titubeos) el común denominador para mis inquietudes: la noción de riesgo que el autor propone definir como “el presente de catástrofes futuras” (2008:27).

Lo que me quedaba claro era que el riesgo me interesaba como un posible “configurador” de sentido o, en otras palabras, como una categoría sin la que sería difícil pensar lo contemporáneo, como parte de la *episteme* (concebida a manera de Michel Foucault) o como un ingrediente de lo que Raymond Williams (2000) propone llamar *estructuras de sentir*: “una experiencia social que todavía se halla

en proceso, que a menudo no es reconocida verdaderamente como social, sino como privada, idiosincrática e incluso aislante, pero que en el análisis [...] tiene sus características emergentes, conectoras y dominantes” (2000:155). Observar lo social desde la perspectiva de riesgo parecía ofrecer la oportunidad de poder encontrar en lo cotidiano y aparentemente individual huellas de lógicas y dinámicas definidoras de lo contemporáneo.

De ahí solo faltó un paso para la decisión de enfocar mi estudio en la cotidianidad de sujetos históricamente situados con el objetivo de observar cómo dotan de sentido los riesgos a los que se ven expuestos y qué prácticas desarrollan en torno a ellos, y preguntar al mismo tiempo de qué manera lo que dicen y hacen actualiza ciertas lógicas más abarcadoras, construidas socialmente.

Opté por realizar una investigación cualitativa dentro de la zona metropolitana de Guadalajara que abarcó, en primer lugar, 12 entrevistas centradas en el problema con sujetos de perfiles diferenciados. Luego, el corpus de datos se ha ido enriqueciendo a través de observaciones etnográficas en la ciudad, 7 entrevistas con sujetos vinculados con la “gestión” de riesgo, y, finalmente, la recolección de algunos textos mediáticos.

La investigación, así planteada, no puede obviar, por supuesto, la especificidad de la realidad en la que se ve inserta. De ahí que, antes de presentar el marco teórico-metodológico de este estudio, resulta indispensable dedicar aquí algunas páginas a un breve esbozo de la situación de México durante el sexenio 2006-2012 (el contexto histórico más inmediato del estudio), y, sobre todo, de la ciudad de Guadalajara durante este periodo, ya que constituye el espacio-tiempo particular en el que se verán inmersas las subjetividades por analizar.

Carlos Monsiváis, renombrado ensayista y cronista mexicano, escribió en 2009: “México es un país jaqueado por el narcotráfico, escandalizado por las muertes cotidianas, con un Estado copado por el poder del crimen organizado, una sociedad que desconfía de los políticos y los partidos y una economía en crisis. País fundado sobre la desigualdad y la discriminación, en México convive el

impulso modernizador y democrático con los resabios de feudalismo, machismo y racismo” (2009:42).

Y efectivamente, sería difícil negar la complejidad de la situación en la que se encuentra México hoy en día: pobreza y desigualdad; desempleo y proliferación de trabajos precarios; inseguridad, violencia, impunidad y corrupción; instituciones debilitadas (desde el Estado rebasado por poderes fácticos tales como el narcotráfico, hasta el sistema educativo en crisis); problemas medioambientales cada vez más pronunciados.

En cuanto a la pobreza, el *Consejo Nacional de Evaluación de la Política de Desarrollo Social* informó que entre 2008 y 2010, en el contexto de la crisis económica, se redujo el ingreso real de los hogares, especialmente en las áreas urbanas. Se registró también un incremento de la población sin acceso a la alimentación suficiente. En el mismo periodo, la población en pobreza aumentó de 44.5% a 46.2%¹. Según la *Organización para la Cooperación y Desarrollo Económico*, la desigualdad en México también creció en los últimos años: el ingreso medio del 10% de los hogares con mayores ingresos se encuentra 26 veces por encima del ingreso del 10% con menores ingresos.² Según la misma organización, el desempleo en el país creció de 3.2% en 2003 a 5.4% en 2010.³ Y no se trata solamente del aumento del desempleo abierto: el *Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI)* informó en diciembre de 2012 que 60.1% del total de los empleados en el país trabaja en condiciones de informalidad (a base del indicador llamado Nueva Medición del Trabajo Informal en México que contempla a todas las personas que realizan una actividad económica sin tener acceso a la seguridad social). A la pobreza y la escasez del empleo se suma, además, la inseguridad en relación con la vivienda, el acceso a la educación y la salud.

¹http://www.coneval.gob.mx/cmsconeval/rw/pages/medicion/pobreza_2010.es.do; consultado 24.05.2012

²<http://www.oecd.org/dataoecd/51/34/49177732.pdf>; consultado 24.05.2012

³http://www.oecd-ilibrary.org/economics/country-statistical-profile-mexico_20752288-table-mex, consultado 12.02.2013

Al mismo tiempo, México enfrentó durante varios años una severa crisis de seguridad ciudadana, vinculada, entre otros, con la llamada “guerra contra el narcotráfico” iniciada por el gobierno federal en diciembre de 2006, cuyo saldo social se contabiliza en decenas de miles de muertos, así como miles de desaparecidos y de desplazados. El “combate al crimen organizado” marcó profundamente el momento histórico en el que está inserta esta investigación.⁴

Según la *Décima Encuesta Nacional sobre Percepción de Inseguridad Ciudadana en México* (publicada en marzo de 2012), durante el sexenio 2006-2012 aumentaron continuamente el robo, el homicidio y el secuestro, especialmente los dos últimos delitos de alto impacto se duplicaron durante los años en cuestión.⁵ *Human Rights Watch* (una de las organizaciones no gubernamentales más importantes dedicadas a la investigación, defensa y promoción de los derechos humanos) en su *Informe Mundial 2012* alertó sobre un incremento alarmante de la cantidad de homicidios, en gran parte como consecuencia de pugnas entre poderosas organizaciones delictivas que compiten por el control de narcotráfico y otras actividades ilícitas.⁶ Informó también que las medidas del gobierno para combatir la delincuencia organizada han provocado incremento de asesinatos, torturas, desapariciones forzadas y otros abusos por parte de miembros de las fuerzas de seguridad (entre ellos las Fuerzas Armadas), lo que agravó considerablemente el clima de caos y temor. El organismo añadió que el sistema penal no ofrece justicia a las víctimas de crímenes violentos y

⁴ Esta “atmósfera” de inseguridad y violencia que caracterizó el sexenio en cuestión se vincula no solamente con los hechos violentos, sino también con la presencia de un discurso mediático muy específico, enfocado en la constante exposición de los enfrentamientos y expresiones de violencia tanto por parte de los grupos de crimen organizado, como por parte del Estado.

⁵<http://mucd.org.mx/recursos/Contenidos/EncuestaMitofskydePercepcinCiudadanasobrela/documentos/10%20Encuesta%20%20%20Mitofsky%20completa.pdf>, consultado 1.08.2013

⁶ Una ilustración especialmente estremecedora de esta realidad ofreció a finales de 2012 la revista *Proceso*, un semanario de información y análisis con amplia cobertura nacional, en una edición especial titulada *El sexenio de la muerte. Memoria gráfica del horror*. Se trata de una recopilación de fotografías, tomadas por los reporteros de la revista a lo largo del sexenio 2006-2012, que retratan los homicidios en sus facetas más siniestras.

violaciones de derechos humanos, a causa de la corrupción, la falta de capacitación y de recursos, así como a las prácticas policíacas abusivas.⁷ Citemos nuevamente a Monsiváis:

Cifras de enero y febrero de 2009: cerca de 1.020 personas asesinadas por causa del narcotráfico, muertes que no se investigan; hay atentados (la mayoría exitosos) contra jefes policíacos, presidentes municipales, autoridades judiciales, incluso contra un general encargado de la lucha contra el narcotráfico en Cancún; la violencia se extiende en todo el país, aunque sobre todo en la frontera con EEUU; abundan los secuestros a cargo de los narcos en sus “horas libres”, o de delincuentes influidos por la atmósfera de la sobreabundancia de armas; aterrados por los secuestros y los climas de violencia en ciudades como Juárez, Tijuana, Reynosa, Matamoros, Nuevo Laredo, quienes pueden ser trasladados a la zona fronteriza de EEUU; la vida nocturna se extingue de un buen número de ciudades por la toma delincencial de restaurantes y discotecas. (Monsiváis 2009:46)

Esta profunda crisis de seguridad ciudadana se vincula a su vez y de maneras complejas con la crisis de gobernabilidad. El Estado se ha mostrado frecuentemente incapaz de responder al cumplimiento de sus fines constitucionalmente definidos, lo que socava su credibilidad y su (ya de por sí muy frágil) legitimidad. Hay territorios en los que las normas gubernamentales dejan de operar y se establecen poderes paralelos: el narcotráfico y organizaciones criminales ejercen dominio y se posicionan como autoridad real. Al mismo tiempo, ante la incapacidad (o la indiferencia) del Estado de brindar la seguridad a sus ciudadanos y de cara al poder creciente de los grupos delincuenciales, han ido surgiendo en algunos estados (Guerrero, Oaxaca, Michoacán) grupos armados de autodefensa que se erigen en funciones paralelas a las autoridades legales: comunidades que se organizan para protegerse y defenderse al margen de la autoridad formal.

A los problemas mencionados se suman también problemas medioambientales. Basta mencionar los graves daños sufridos en 2011 por

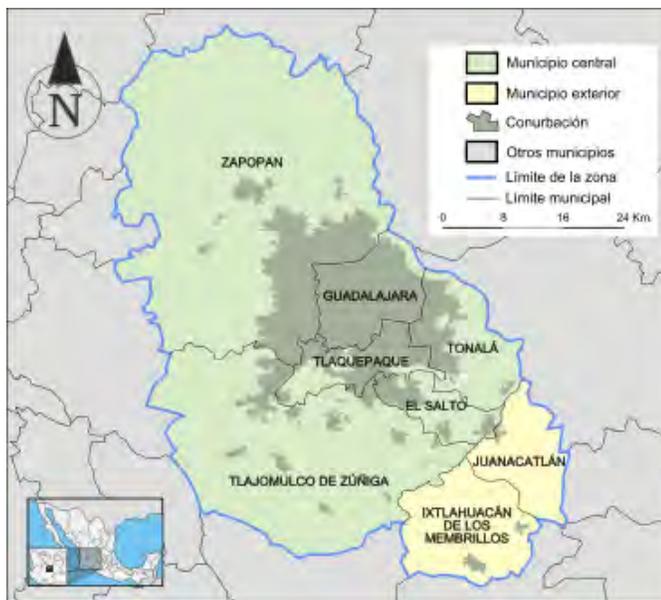
⁷ <http://www.hrw.org/world-report-2012/mexico>, consultado 30.09.2013

sequía, frío e inundaciones.⁸ La *Secretaría de Desarrollo Social* informó a principios del 2012 que en varias partes de México alrededor de 600 mil familias tuvieron daños en propiedades o perdieron cultivos a raíz de estos fenómenos asociados presuntamente con el cambio climático. En enero de 2012 alrededor de 2.6 millones de habitantes del norte del país no tenían agua para beber.⁹

Este breve esbozo de la situación reciente en México no deja lugar a dudas que constituye un contexto tiempo-espacial complejo para una investigación que pregunta por los riesgos contemporáneos en sus diversas facetas. No obstante, aunque difícil de subestimar, la situación en el país durante los últimos años del sexenio de Calderón constituirá, sobre todo, el telón de fondo para el presente estudio, ya que éste se enfocará en subjetividades que surgen en un tiempo-espacio mucho más específico: la ciudad de Guadalajara.

La *zona metropolitana de Guadalajara* es la segunda ciudad más grande de México y la capital del estado de Jalisco. En el 2010, su población sumó 4.434.252 habitantes (según los datos de INEGI¹⁰).

Fuente:
[es.wikipedia.org/wiki/Guadalajara_\(Jalisco\)](http://es.wikipedia.org/wiki/Guadalajara_(Jalisco))
(recuperado 12.05.2013)



La metrópoli se encuentra en la parte central del estado y está conformada por 8 municipios, de los cuales 6 son considerados municipios centrales, porque

⁸ “México sufre graves daños por sequía, frío e inundaciones en 2011” (*Informador*, 8.01.2012), consultado en: <http://www.informador.com.mx/mexico/2012/349620/6/mexico-sufre-graves-danos-por-sequia-frio-e-inundaciones-en-2011.htm>

⁹ www.sedesol.gob.mx

¹⁰ www.inegi.gob.mx

cuentan con una conurbación continua: Guadalajara, Zapopan, Tlaquepaque, Tonalá, Tlajomulco de Zúñiga y El Salto. Los otros dos municipios, considerados exteriores, son Juanacatlán y Ixtlahuacán de los Membrillos.

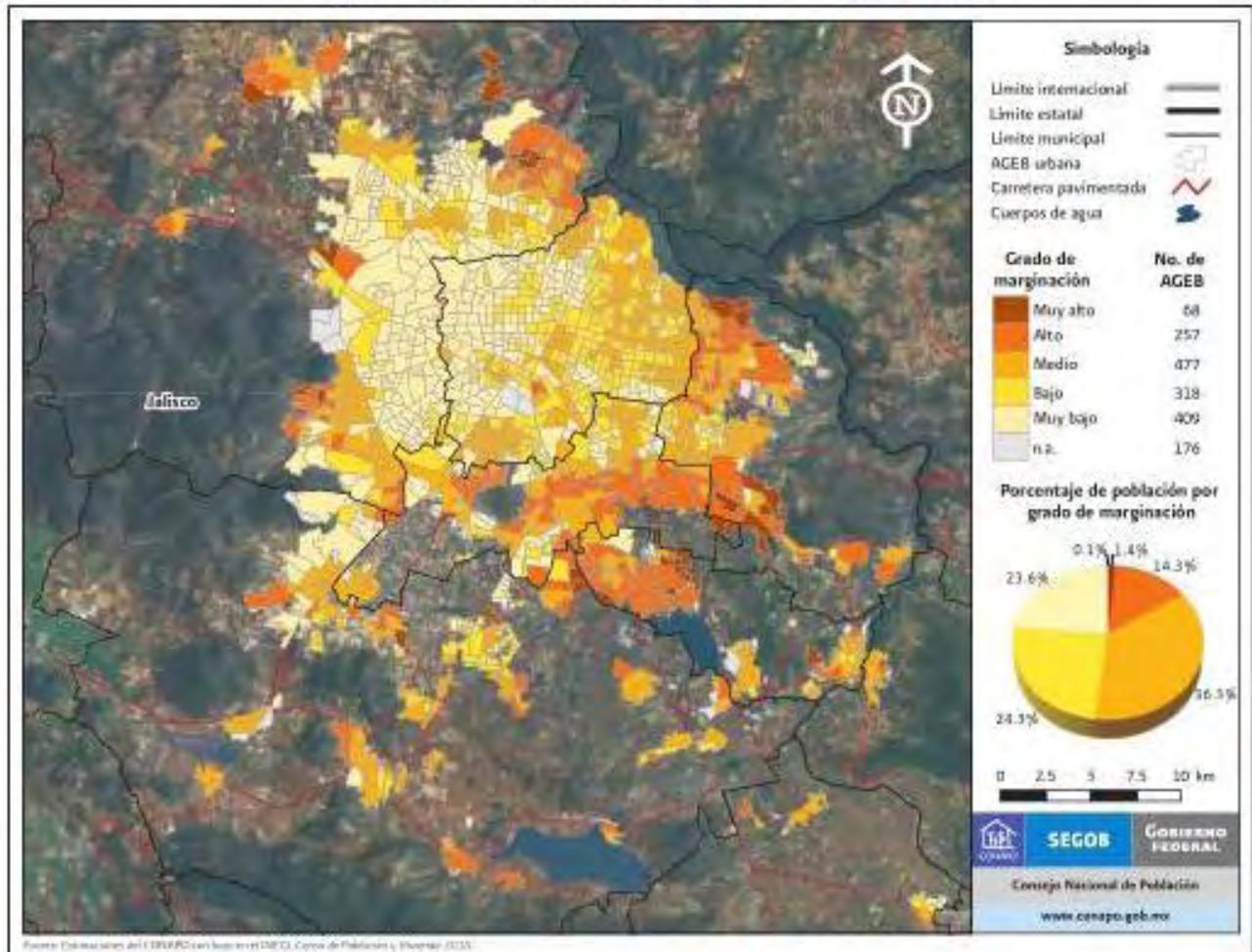
Guadalajara es una metrópoli en constante expansión y transformación. Beatriz Núñez Miranda, en su libro *Guadalajara: una mirada del siglo XX* (1999), describe la transformación de una ciudad de 100.000 habitantes, que era Guadalajara a principios del siglo XX, en una metrópoli conurbada. La expansión de Guadalajara es relativamente reciente y sobre todo muy acelerada. Desde los años cuarenta el crecimiento adquiere una velocidad vertiginosa: en la década de los 40 y 50 Guadalajara duplicó dos veces el número de habitantes y para mediados de los 60 llegó al habitante un millón. Mientras duró la “bonanza” económica (entre los años 40 y 70), Guadalajara creció sin grandes disonancias. Sin embargo, cuando llegaron las recurrentes crisis económicas (que empiezan en los años 70) se puso al descubierto y se incrementó la polarización social - los sectores populares ya no eran capaces de comprar lotes en el mercado formal: se multiplicaron los asentamientos irregulares, los llamados “cinturones de miseria”. Hasta hoy en día casi 20% de los habitantes de la zona conurbada viven en estas condiciones (Aceves, Safa, de la Torre 2004). Así, en los últimos cuarenta años, la ciudad ha crecido dramáticamente, y con ella también la precariedad urbana y la segregación.

No obstante, sería erróneo suponer que las discontinuidades, fragmentaciones y divisiones que caracterizan la ciudad actual sean un fenómeno del todo nuevo. Aceves, Safa y de la Torre (2004) nos recuerdan que la ciudad, desde su fundación, fue dividida en dos por el río San Juan de Dios: el poniente (el dominio de los criollos) y el oriente (los indígenas y los pobres). El río fue lugar de recreo y paseo de la burguesía, pero a raíz de recurrentes epidemias de cólera comenzó a ser percibido como fuente de insalubridad. Al principio de siglo XX el río se entubó y se ocultó bajo la Calzada Independencia. Sin embargo, la frontera cultural se mantuvo. Se empezó a hablar de “los de la Calzada para allá” (los pobres, feos e incultos) y “los de la Calzada para acá” (la gente bien, bonita y educada). En palabras de Reneé de la Torre, “la Calzada representa la frontera

que divide la ciudad en dos territorios, y que contribuye a edificar una clasificación elitista de lo que debe ser Guadalajara y sus residentes, a la vez que promueve la exclusión social de los otros internos, la incapacidad del encuentro y la interacción” (2001:73).

Actualmente, la Calzada es, por supuesto, sobre todo una metáfora: sería, sin duda, ingenuo buscar divisiones y polarizaciones simples en una metrópoli contemporánea que se diversifica y complejiza constantemente. Aunque, por otro lado, resulta ilustrativo observar el mapa de la marginación urbana en la zona metropolitana de Guadalajara elaborada por el *Consejo Nacional de Población (CONEPO)* en 2010:

Zona Metropolitana de Guadalajara: Grado de marginación urbana por AGEB, 2010



Fuente: CONAPO con base en el INEGI, *Censo de Población y Vivienda 2010*¹¹

Como dimensiones de marginación son considerados aquí el acceso a la educación, la salud y la vivienda, así como la disponibilidad de bienes¹². Es fácil observar que el mapa oscurece claramente hacia el oriente (mayor marginación) y se vuelve más claro hacia el poniente (menor marginación): la frontera de la Calzada seguramente no ha quedado del todo en el pasado; aunque, al mismo tiempo, el mapa demuestra claramente que la marginación aumenta también significativamente hacia las orillas de la ciudad, alrededor de toda la mancha urbana.

El mapa no deja lugar a dudas que tanto la pobreza como la desigualdad representan un problema grave en la metrópoli. Mientras que menos de la mitad de los habitantes de la ciudad viven en condiciones de marginación muy baja y baja (47.9%), más de un tercio padece marginación media (36.3%) y el 15.7% marginación alta y muy alta.

Según el *Consejo Estatal de Población (COEPO) Jalisco*, 6% de los habitantes de la ciudad sufren pobreza alimentaria, 11% pobreza de capacidades y 32% pobreza patrimonial¹³. La infraestructura de la ciudad “presenta contrastantes niveles de cobertura y calidad, con numerosas zonas marginadas y con altos niveles de pobreza por un lado y sectores de gran capacidad económica y ventajas en materia de salud, educación y empleo” (Siqueiros 2009:43).

El acelerado proceso de crecimiento urbano no se acompañó de un dinamismo similar en la capacidad de generación de empleo, lo que desemboca para muchos en emigración, desempleo y subempleo, así como el crecimiento de la economía informal y el incremento de la delincuencia (Román 2009; Universidad de Guadalajara 1999). En cuanto a la educación, el panorama tampoco es demasiado optimista: “se nota un incremento de la población en situación de

¹¹http://www.conapo.gob.mx/work/models/CONAPO/indices_margina/marginacion_urbana/AnexoA/Mapas/02_Zona_Metropolitana_de_Guadalajara.pdf; consultado 20.03.2013

¹²http://www.conapo.gob.mx/es/CONAPO/Capitulo_1_Marginacion_Urbana_2010; consultado 20.03.2013

¹³ www.coepo.jalisco.gob.mx

rezago educativo y por la voz de los propios jóvenes sabemos que al menos un cuarto de la población de jóvenes se mantiene en situación de “ni estudio ni trabajo” (Bazdresch Parada 2009:188). A los problemas mencionados se suma, finalmente, baja disponibilidad y accesibilidad de los servicios de salud. Según Núñez y Garibay (2009), “la población inscrita en las diversas instituciones públicas y privadas que prestan los servicios de salud a sus afiliados o derechohabientes ha disminuido en los últimos años, pues cada vez es mayor el número de personas, que se autoemplean o se ocupan en actividades de subsistencia como respuesta a la escasez de trabajos formales y de buenas condiciones laborales.” (ibid.:213)

Según la *Encuesta de Percepción Ciudadana de Calidad de Vida en el Área Metropolitana de Guadalajara 2011* (Observatorio Ciudadano de Calidad de Vida: Jalisco Cómo Vamos 2011) al 85% de los encuestados les preocupa quedarse sin empleo (ibid.:30); el 25% experimenta alguna clase de inseguridad alimentaria (ibid.:40); la mayoría (especialmente los que pertenecen a un estrato medio bajo y bajo) percibe la ciudad como marcada por desigualdad (ibid.: 46-48).

La *Segunda Encuesta de Percepción Ciudadana de Calidad de Vida en el Área Metropolitana de Guadalajara 2012* (Observatorio Ciudadano de Calidad de Vida: Jalisco Cómo Vamos 2012), realizada un año después, reporta una creciente polarización en términos de ingresos: el estrato de mayores ingresos creció tres puntos porcentuales en un año, pero a la vez creció cinco puntos el estrato medio bajo y bajo – mientras crecen los polos de la estructura socioeconómica, se reduce la clase media. La encuesta refleja también una polarización territorial: la distancia entre el municipio con el mayor subíndice de economía y empleo (Zapopan) y el con el menor (Tonalá) se incrementó significativamente en un año (ibid.:13). A la vez, se redujo en el Área Metropolitana la seguridad alimenticia (de 74% en 2011 al 65% en 2012), aumentó la pobreza y se debilitó la capacidad del ingreso familiar para la satisfacción de necesidades básicas. Aumentó también la percepción de desigualdad (ibid.:25).

La desigualdad presente en la ciudad no es, por supuesto, solo cuestión de percepciones, sino una realidad que entre muchas posibles consecuencias tiene la

del el aumento de criminalidad y violencia. Y efectivamente, desde hace varias décadas, la inseguridad se ha ido convirtiendo en un problema grave dentro de la metrópoli. Entre sus múltiples corolarios se encuentra la creciente privatización del espacio urbano. En reacción a la inseguridad, a partir de los años '80, las clases medias y altas han empezado a encerrarse en fraccionamientos cerrados. En el año 2000 había en Guadalajara 150 fraccionamientos de este tipo (o “cotos”, como se los llama localmente) - 10% del tejido urbano, según Cabrales y Canosa (2001), y su número está creciendo sin cesar: “La desproporcionada concentración del ingreso que prevalece en América Latina ha situado a élites como verdaderas minorías que, en el afán de construir sectores de la ciudad a su imagen y semejanza han creado guetos burgueses” (ibid.). La ciudad en la que las desigualdades se profundizan continuamente se parece cada vez más a la visión sombría de lo urbano contemporáneo esbozada por Davis: “ciudades-fortalezas divididas brutalmente entre las células fortificadas de la sociedad opulenta y lugares de temor donde policía lucha en contra de pobres criminalizados” (1990:224).

El deterioro de seguridad ciudadana y el aumento de violencia constituyen, efectivamente, un tema alarmante dentro de la metrópoli. En la primera de las encuestas mencionadas (*Jalisco Cómo Vamos 2011*), el 39% de los habitantes de la ciudad nombra la inseguridad y el narcotráfico como los principales problemas en su colonia (ibid.:136). El consumo y venta de drogas, el robo y asalto, y la violencia callejera son reportados como problemas graves en sus colonias por el 66%, 60% y 56% de los encuestados respectivamente (ibid.:144).

La *Segunda Encuesta de Percepción Ciudadana de Calidad de Vida en el Área Metropolitana de Guadalajara 2012* (Observatorio Ciudadano de Calidad de Vida: Jalisco Cómo Vamos 2012) revela que mientras que en 2011, el 55% de los encuestados se sintieron inseguros en la calle, en 2012, lo fueron el 62% (ibid.:170). Aunque la percepción de seguridad aumentó en términos absolutos (de 54% en 2011 a 59% en 2012), es posible observar a la vez un proceso de polarización en cuanto a esta percepción: hay más ciudadanos que se sienten muy seguros (un aumento de 6% a 14%), pero también son más los que se

sienten muy inseguros (un aumento de 11% a 16%). Se registró además la presencia declarada de problemas psicosomáticos: 30% de los encuestados reportan algún tipo de estos problemas (9 puntos porcentuales más que en 2012): entre otros, declaran sentirse nerviosos con frecuencia, sufrir de dolores de cabeza y asustarse con mayor facilidad que antes (ibid.:43). Aumentó también la sensación de amenaza en la ciudad (que se relaciona a su vez con la victimización): el 34% reporta sentirse amenazado por problemas locales de criminalidad y violencia (esta sensación resulta ser especialmente alta en Zapopan y Tonalá: 14%) (ibid.:172-173).

Como ya mencionamos, la inseguridad (al igual que la pobreza y la desigualdad, entre otros) no es un problema nuevo, aunque se agravó dramáticamente en los últimos años.¹⁴ El acrecentamiento de la inseguridad y la violencia se vincula, entre otros, con la, ya mencionada, “guerra contra el narcotráfico”. Desde su inicio, periodos de relativa “latencia” de las violencias (ejecuciones y otras atrocidades reducidas al incansable conteo diario de los medios locales) se entrelazan con acontecimientos fulminantes. Así, en enero y febrero de 2011, la ciudad es sacudida por dos series de “narcobloqueos” (bloqueos de carreteras con vehículos incendiados por parte de integrantes de uno de los cárteles de drogas que operan en la ciudad) acompañados de tiroteos y

¹⁴ Múltiples estadísticas, encuestas y conteos mediáticos procuran convertir en cifras el creciente clima de inseguridad. En julio de 2011, por ejemplo, *El Informador*, uno de los periódicos más importantes de la ciudad, informó que en el transcurso de un año aumentaron en un 11% los delitos de alto impacto, entre los cuales destacaron homicidios dolosos, robo de vehículos, robo a personas y casa habitación, secuestro, violación y robo a bancos. (<http://www.informador.com.mx/jalisco/2011/308101/6/crecen-11-delitos-de-alto-impacto-en-la-metropoli.htm>).

En febrero de 2012, el mismo periódico informó que la percepción de inseguridad entre los jaliscienses se había incrementado de un año a otro en un 17% por ciento (si en el año 2010 seis de cada 10 jaliscienses se sentían inseguros, para 2011 el número subió presuntamente a siete de cada diez) (<http://www.informador.com.mx/jalisco/2012/354640/6/siete-de-cada-10-jaliscienses-se-sienten-inseguros.htm>). En el mismo artículo se informó que el homicidio había subido 37% y el secuestro 64% (aparte de robos a bancos que subieron 270%).

“granadazos”. En noviembre del mismo año, 26 cadáveres son abandonados al interior de tres camionetas en las cercanías de Arcos del Milenio, un monumento emblemático de la urbe. En marzo de 2012, la capital jalisciense vive nuevamente una jornada de bloqueos con 25 vehículos incendiados tras el arresto del líder del cártel local. Dos meses después, 15 cadáveres, algunos de ellos mutilados y desmembrados, son hallados en dos vehículos abandonados en las afueras de la ciudad.

Ésta es la ciudad en la que surgen y se configuran las subjetividades por analizar: un espacio-tiempo específico, pero a la vez representativo de varias de las dinámicas que caracterizan lo urbano contemporáneo; - una urbe en constante transformación y expansión, atravesada por divisiones y desigualdades antiguas y recientes, marcada por riesgo e inseguridad en sus diversas facetas: desde la falta de seguridad social compartida por muchos, hasta la creciente inseguridad ciudadana compartida por todos. En este espacio-tiempo se ven inmersos los sujetos-protagonistas de esta investigación. Pero la ciudad, aunque compartida en muchos sentidos, es experimentada, practicada e interpretada por ellos desde posiciones sociales muy diversas.

Lo mismo podría decirse de los riesgos que ellos enfrentan e interpretan: aunque estos constituyen una dimensión de la experiencia que resulta ineludible, las diferencias en cuanto a su alcance, la vulnerabilidad de los sujetos ante ellos, así como sus maneras de afrontarlos y de dotarlos de sentido son desiguales. Por ello, la apuesta de esta investigación ha sido la de ver el riesgo como una dimensión abarcadora de la realidad social, pero no por eso “democrática” o siempre compartida: dedicar la atención a subjetividades que se configuran en relación con la noción de riesgo implica encontrar tanto similitudes como diferencias entre los significados y las prácticas de los sujetos.

El documento presentado a continuación se compone de tres partes: la primera está dedicada al marco teórico-metodológico del estudio; en la segunda se presenta el análisis de datos; la tercera contiene las conclusiones.

La primera parte consiste de dos capítulos. El primero es dedicado a los

supuestos teóricos de la investigación, tanto su contexto teórico más amplio como los insumos teóricos para el análisis de datos; se introduce en él la pregunta de investigación. El segundo capítulo esclarece el enfoque metodológico del estudio y explica las decisiones metodológicas tomadas; describe también brevemente el corpus de datos recopilado y el proceso del análisis.

La segunda parte del documento es la más extensa: en ella se expone el análisis de datos. Los seis capítulos que conforman la parte analítica están dedicados a cuestiones que cobraron centralidad a partir del análisis de las narrativas de los sujetos-protagonistas de la investigación (en diálogo con los supuestos teóricos): la relación de los sujetos con las instituciones del Estado, el trabajo y la familia; los significados y las prácticas que surgen en torno a la cotidianidad urbana marcada por la expansión de lo siniestro; las concepciones de lo común en el contexto de riesgo; las creencias y su poder orientador y protector ante las amenazas; las visiones del futuro.

En la tercera y última parte del documento se presentan las conclusiones.

Parte I
Marco teórico-metodológico

Capítulo 1

El marco teórico

El objeto de esta investigación – la configuración de las subjetividades en relación con la noción de riesgo – se sitúa dentro del amplio contexto de la modernidad tardía, entendida como modernidad en crisis. Las dinámicas modernas siguen vigentes, pero muestran quiebres y fisuras cada vez más evidentes, reconfiguraciones que, entre otros, ponen en duda la pretensión de la modernidad clásica de crear un mundo seguro y estable.

En este contexto, Ulrich Beck (1998; 2002; 2008) propone la teoría de “la sociedad del riesgo”, según la cual, al avanzar el proceso histórico de modernización, crece cada vez menos la seguridad y el bienestar, y cada vez más el riesgo. La aspiración de lograr seguridad a través del control racional instrumental ha desembocado en su contrario: lo imprevisible, la ambivalencia, la incertidumbre.

Mientras que las instituciones modernas se muestran frecuentemente incapaces como gestoras de “incertidumbres fabricadas” (Giddens 1998), los riesgos, fruto de la modernidad exacerbada, son asumidos, según algunos autores (Bauman 2003, Giddens 1998, Beck 1997, Robles 2000), por el sujeto contemporáneo, el cual enfrenta diversas amenazas y dilemas a la vez que se debilitan las acostumbradas fuentes de seguridad y certeza.

Estos supuestos teóricos constituyen el punto de partida para una investigación que plantea ver en el riesgo un poderoso “configurador” de subjetividades, y se pregunta por la configuración de subjetividades en torno a la noción de riesgo. Se trata de explorar cómo algunos sujetos, desde un tiempo-espacio específico (la ciudad de Guadalajara en el periodo 2010-2012) y desde sus diferencias estructurales y culturales, dotan de sentido y enfrentan los riesgos relacionados con la simultánea radicalización y crisis de la modernidad. El estudio parte del supuesto de que la exposición a riesgos, producidos por las dinámicas de la modernidad exacerbada, tiene carácter desigual y complejo, y que se vincula

tanto con el aspecto objetivo como el subjetivo de lo social.

El capítulo teórico abarca tres apartados. El primero esboza algunos aspectos de la teoría de la sociedad del riesgo, que constituye tanto el punto de partida para la investigación, como su contexto teórico más amplio; se revisan en él también algunos textos referidos a los actuales riesgos de alcance global. El segundo apartado pasa de la perspectiva global del riesgo a la mirada hacia la vida cotidiana del sujeto históricamente situado, para formular, finalmente, la pregunta de investigación que gira en torno a la configuración de subjetividades frente a riesgos contemporáneos. En el tercer apartado se presentan elementos teóricos que se consideran pertinentes para el análisis del objeto de esta investigación.

1.1 La sociedad del riesgo: el contexto

Todos los mundos socialmente contruidos son intrínsecamente precarios.

Peter Berger

La conciencia del desorden se agudiza

cuando las referencias del orden se vuelven ambiguas,

cuando se acrecienta la incertidumbre.

Cuando los dioses efímeros reemplazan al Dios perdido,

el destino se fragmenta, lo trágico adopta las figuras cambiantes del riesgo,

real o mistificado.

Georges Balandier

Hace algunos meses, durante uno de mis rutinarios recorridos por el supermercado, hice una breve parada en el área de libros y revistas. Entre manuales de autoayuda, libros de cocina para todos los gustos, interpretaciones periodísticas de las violencias recientes, y novelas con tramas tejidas en torno a profecías del fin del mundo y conspiraciones de alcance mundial, encontré un libro que llamó mi atención: *El siglo XX el imágenes*, un pequeño álbum de fotografías

(muchas de ellas ampliamente conocidas), elegidas y comentadas por Jean-Michel Billioud (2010). “Memoria ilustrada de un siglo atormentado, fruto de una subjetividad asumida” (ibid.:6), como define su trabajo el autor, el libro presenta 40 acontecimientos del siglo pasado – una selección (sin duda discutible, como cualquiera) que retrata el siglo XX como época de profundas ambivalencias: el infierno de las trincheras de la primera guerra mundial, pero también Gandhi encabezando la Marcha de la Sal; la madre migrante, víctima de la Gran Depresión, y trabajadores franceses festejando las reformas del Frente Popular; un niño judío abandonando el gueto de Varsovia camino a Auschwitz, la bomba atómica sobre Hiroshima; pero también la descolonización de África y el “Tengo un sueño” de Martin Luther King; la pequeña Kim Phuc, desnuda y quemada por napalm, y la joven Caroline de Biedern, la “Marianne de mayo del 68”, encaramada sobre los hombros un manifestante, desplegando la bandera vietnamita; el golpe de estado en Chile; el accidente nuclear de Chernobyl; un estudiante chino enfrentando tanques en plaza Tienanmen; la caída del Muro de Berlín; el genocidio en Ruanda; el fin del *apartheid*; finalmente, el pánico en Manhattan después del atentado a las Torres Gemelas. Un siglo atormentado, sin duda. Pero sobre todo una modernidad que ya no puede evitar admitir sus ambivalencias ni dejar de asumir su lado oscuro innegable; porque, a pesar de los esfuerzos del autor por mostrar diversas facetas del siglo pasado y no sucumbir a una visión sombría (además de los acontecimientos mencionados, aparecen también, por ejemplo, los Beatles y la conquista del Everest), el libro no deja de ser un retrato de una civilización que, a pesar de sus logros, se ve obligada a reconocer sus propias contradicciones y paradojas, que se materializan, entre otros, en amenazas mortales que ella misma produce.

En este contexto histórico se ubican los planteamientos teóricos que constituyen el punto de partida para mi investigación: la teoría de “la sociedad de riesgo” de Ulrich Beck (1998, 2002, 2008), así como los planteamientos de Anthony Giddens (1993, 1998) y Zygmunt Bauman (2001, 2003) en torno a la exacerbación de las dinámicas de la modernidad y sus consecuencias. Según los

autores, conforme avanza la modernidad, se vuelve visible su cara oscura. La pretensión moderna de crear un mundo más seguro y estable está mostrándose cada vez más cuestionable.

Según la teoría de “la sociedad del riesgo” propuesta por Ulrich Beck (1998, 2002, 2008) el progreso del orden instrumentalmente racional y el avance del proceso histórico de la modernización cumplen cada vez menos con las promesas de seguridad y bienestar: “en virtud de su dinámica independiente y de sus éxitos, la sociedad industrial se está deslizando a la tierra de las amenazas no asegurables. La incertidumbre retorna y prolifera por doquier” (Beck 1997:27). Y, efectivamente, la realidad en la que vivimos no se cansa de recordárnoslo constantemente: la reciente crisis financiera y económica; la desigualdad creciente; el desempleo y la proliferación de empleos precarios; la violencia cada vez más cercana y angustiante; las catástrofes que dudamos frecuentemente en llamar “naturales”, o cuyas consecuencias no hacen más que profundizar la duda sobre la racionalidad moderna con sus promesas incumplidas de seguridad; el (re)surgimiento del Estado securitario (policiaco y militarizado) que no es más que la otra cara de su incapacidad de (o su desinterés por) brindar la seguridad social a los ciudadanos. Los ejemplos se multiplican.

Según Anthony Giddens (1993), a lo largo de la modernidad, en nombre del progreso se han aceptado sus “efectos colaterales” - amenazas producidas en el proceso de modernización. Sin embargo, como argumenta el autor, la modernidad entra en una fase, en la que las amenazas que ha ido produciendo el desarrollo empiezan a predominar. Resulta cada vez más difícil interpretar el riesgo como tan solo un inevitable (aunque lamentable) “efecto colateral” del progreso – se convierte en una de las categorías claves para interpretar y entender lo contemporáneo. Los riesgos se vuelven incontrolables: “el mundo en que vivimos es espantoso y peligroso. Esto nos ha obligado a algo más que suavizar o matizar la suposición de que el surgimiento de la modernidad nos conduciría a la formación de un mundo más feliz y más seguro” (ibid.:22).

Para dilucidar el lugar que ocupa el riesgo dentro de las dinámicas de la

modernidad actual, hay que tomar en cuenta tanto el mismo proceso de la modernización como el discurso que lo ha acompañado. El discurso de la modernidad – la promesa de la construcción de un mundo más feliz y seguro a través del orden producido por el hombre – supone el paso del orden recibido, en cuyo origen se encuentra la religión, al producido (la acción consciente de la sociedad sobre sí misma), el cual confronta al ser humano con la paradoja de la libertad: la necesidad de abandonar certidumbre, para enfrentar el riesgo. No es, sin duda, fortuito que la noción de riesgo aparezca justamente a principios de la Época Moderna (Giddens 1993, Beck 2008), al mismo tiempo que surge la inédita posibilidad de “pensar sin Dios”, cuyo precio es, no obstante, la necesidad de tomar responsabilidad por acciones cuyas consecuencias no se puede predecir con seguridad. Cuando desaparece la garantía exterior e indiscutible del orden, surge el problema de la libertad insolublemente vinculada con la incertidumbre y el riesgo:

(...) en ausencia de Dios el riesgo despliega su ambigüedad inescrutable, prometedora y pavorosa. El mundo no es como es, sino que su ser y su futuro presuponen *decisiones*, decisiones que ponderan ventajas e inconvenientes, trenzan progreso y ruina, y, como todo lo humano, albergan el error, el no-saber, la *hybris*, las promesas de control y al final incluso germen de una posible autodestrucción (Beck 2008:21)

Sería difícil encontrar una mejor representación de estas ambivalencias que el mito fáustico, considerado por algunos un mito moderno por excelencia (May 1992). Al igual que Fausto, el hombre moderno, al abandonar el orden recibido, parece intuir que usurpa el papel de Dios y pacta con el diablo en su insaciable pasión por el saber, poder y progreso, pero sabe que su libertad tiene un precio: en cada una de sus acciones se esconden riesgos impredecibles y amenazas autoproducidas. Y como en el mito fáustico, la primera modernidad podría interpretarse como un periodo del eufórico goce del nuevo poder, de la firme creencia en el progreso y un futuro mejor, mientras que la modernidad tardía está atravesada por la conciencia de los efectos perversos producidos por el creciente poder del ser humano.

Beck reitera:

La dinámica de la sociedad del riesgo no consiste tanto en asumir que en el futuro tendremos que vivir en un mundo lleno de riesgos inexistentes hasta hoy, como en asumir que tendremos que vivir en un mundo que deberá decidir su futuro en unas condiciones de inseguridad que él mismo habrá producido y fabricado. El mundo ya no puede controlar los peligros que la modernidad genera; más exactamente, la fe en que la sociedad moderna podría controlar los peligros que genera se desvanece (no a causa de la demora o derrota de la modernidad, sino a causa de sus *victorias*) (2008:24-25)

Así, la especificidad de la sociedad del riesgo no consiste primordialmente (como podría parecer) en el reconocimiento de la existencia de nuevas inseguridades e incertidumbres (aunque sin duda las hay), sino en la consciencia creciente de que la modernidad no solamente no ha podido eliminar la inseguridad e incertidumbre, sino que se está revelando con cada vez mayor claridad como su fuente – de ahí la insistencia de los autores mencionados de destacar que los avances de la modernidad y su crisis resultan ser dos caras de la misma moneda.

Frente a esta ambivalencia innegable, se vuelve cuestionable la idea (moderna por excelencia) de que los riesgos pueden controlarse con más y mejor saber: “cualquier nuevo saber, que debería hacer calculables los riesgos imprevisibles, genera a su vez nuevas imprevisibilidades” (Beck 2008:35). Paradójicamente, a medida que progresa la ciencia y la tecnología, menos obvia resulta la credibilidad de los expertos, cuyo cometido ha consistido en evaluar y controlar la incertidumbre fabricada. Este escepticismo hacia el saber legitimado se vincula, entre otros, con *la reflexividad*, un aspecto destacado de la modernidad que, según Anthony Giddens, “se refiere al hecho de que la mayoría de los aspectos de la actividad social y de las relaciones materiales con la naturaleza están sometidos a revisión continua a la luz de nuevas informaciones y conocimientos” (Giddens 1998:33). Entre más evidentes se vuelven los peligros del orden producido, más importante parece la actitud reflexiva hacia los posibles riesgos. Sin embargo, considerando el carácter dinámico y cambiante de la contemporaneidad, la reflexividad moderna no produce más que certezas frágiles y contingentes. En cierto sentido es justamente ella, la que mina las certezas del

conocimiento, porque es a través de la reflexividad que las certezas duran solamente “hasta el nuevo aviso” – cualquier conocimiento es susceptible de revisión a la luz de nuevas ideas y descubrimientos. Es aquí donde el saber moderno, en cuanto a fuente de seguridad y certeza, deviene profundamente paradójico.

Así, tomando en cuenta las ambivalencias y paradojas tanto de las dinámicas de la modernización como del saber moderno que las propulsa y acompaña, queda en cuestionamiento la convicción de que el avance de la modernidad conduciría de manera intrínseca a una existencia más segura. El riesgo y la incertidumbre, que constantemente han formado parte de dinámicas modernas, en la actualidad se están volviendo cada vez más evidentes e inquietantes – incluso, según algunos, los riesgos producidos por la modernidad exacerbada se vuelven incontrolables:

Vivir en el “mundo” generado por la modernidad reciente es como cabalgar a hombros de una divinidad destructora. No se trata sólo de que se produzcan procesos de cambio más o menos continuos y profundos, sino, más bien, de que el cambio no se ajusta ni a las expectativas humanas ni al control del hombre. La previsión de que el medio social y natural se vería crecientemente sometido a un ordenamiento racional no ha resultado válida. (Giddens 1998:43)

Pero, ¿de qué riesgos estamos hablando específicamente? ¿Cuáles son estas amenazas cada vez menos controlables, producidas por la civilización misma? Ulrich Beck propone los riesgos medioambientales como un caso paradigmático, aunque señala también la energía nuclear y riesgos de tipo económico (relacionados con flujos financieros), además del terrorismo suicida transnacional (2008). Anthony Giddens (1993), por su parte, habla igualmente de la desestabilización del clima y las crisis económicas, mencionando además las modificaciones genéticas. George Balandier (1997) relaciona las inquietudes contemporáneas con la crisis bursátil, la epidemia, la violencia y el político debilitado. Slavoj Žižek, en su reciente libro titulado *Living in the End Times* (2011a), argumenta que el sistema capitalista global está acercándose peligrosamente a su “apocalíptico punto cero”, anunciado por los cuatro jinetes del

Apocalipsis: la crisis ecológica, las consecuencias de la revolución biogenética, desequilibrios dentro del mismo sistema capitalista (conflictos inminentes en torno a materias primas, comida y agua, etc.) y el explosivo crecimiento de diferencias y exclusiones sociales (ibid.:9).

En un estudio enfocado en el vínculo entre la globalización y el incremento de vulnerabilidad y violencia, Peadar Kirby (2006) dedica un capítulo a los riesgos contemporáneos. Menciona riesgos relacionados con la volatilidad del sistema financiero internacional, así como los económicos, vinculados con la centralidad de la competitividad y sus consecuencias: desempleo, desregulación de los mercados de trabajo, precariedad laboral, y la proliferación del crimen organizado transnacional como resultado de aumento de la exclusión y la falta de empleos. El autor subraya también riesgos sociales, vinculados entre otros con el aumento de población – un fenómeno que profundiza problemas de pobreza y desigualdad, y desemboca en la intensificación de la migración y urbanización excesiva. No faltan en su lista riesgos políticos, relacionados con el desencanto con la democracia moderada y el apoyo creciente a partidos de corte extremista, sin olvidar la emergencia del terrorismo transnacional. Menciona también riesgos medioambientales, desde el incremento de las grandes catástrofes naturales (tornados, tormentas, terremotos, olas de calor, sequías e inundaciones) hasta la contaminación en aumento. No olvida, finalmente, los riesgos que denomina “personales”, relacionados con la experiencia individual de vivir la vida como “una lucha diaria constantemente acompañada por la consciencia de que, independiente de los logros, la vida de uno se encuentra bajo amenaza” (ibid.:50).

Buscando especificar los riesgos actuales vale la pena prestar atención a los reportes de algunas organizaciones no gubernamentales, por ejemplo *The Worldwatch Institute* enfocado en investigación medioambiental. Su publicación *Signos Vitales 2005* advierte que el mundo se encuentra actualmente en un periodo de cambio sin precedente que ofrece oportunidades pero supone al mismo tiempo grandes riesgos. Así, por ejemplo, a pesar del crecimiento de la producción de alimentos, aumenta el número de los que sufren hambre. Crece también el uso de combustibles fósiles (petróleo y carbón), mientras que geólogos cuestionan la

suficiencia de las reservas para mantener la producción en constante crecimiento. Los indicadores del cambio climático arrojan datos inquietantes: crece la emisión del dióxido de carbono y la temperatura global. Catástrofes relacionadas con el clima, entre ellas severas inundaciones, están rompiendo records. Uno de sus efectos es el creciente número de refugiados.

The Worldwatch Institute publica también cada año un reporte titulado *State of the World* (Mastny 2005) que aspira a identificar los más urgentes retos actuales de carácter global. Los temas abordados en las últimas ediciones resultan elocuentes: la sociedad consumista, las fuentes de la inseguridad global (pobreza, epidemias, daños medioambientales, la creciente competencia en torno al petróleo y otros recursos, terrorismo), el futuro de las ciudades, el cambio climático, el hambre.

Stockholm International Peace Research Insititute se dedica por su parte a la investigación de conflictos bélicos, armamento, control de armas y seguridad internacional. En uno de sus reportes recientes (*SIPRI Yearbook 2009*) informa sobre el aumento de violencia contra civiles durante conflictos armados y sobre la creciente incapacidad de los Estados de proteger a sus ciudadanos en estas situaciones, lo que desemboca, entre otros, en desplazamientos masivos. Se reporta también un ascenso significativo de gastos militares a nivel global y la tendencia al aumento en venta de armas. A pesar del resurgimiento del interés público en el desarmamiento nuclear, varios países se muestran decididos a mantener y ampliar sus arsenales nucleares. Se menciona además el problema de químicos tóxicos que pueden ser usados para propósitos hostiles: el control de sustancias químicas y biológicas es considerado, cada vez más, una cuestión importante, sobre todo en relación con el contraterrorismo.

Amnistía Internacional, por su parte, en su *Informe Anual 2011*¹⁵, menciona conflictos de diversa índole en varias partes del mundo, los cuales desembocan, entre otros, en ejecuciones, tortura, secuestros, desapariciones y desplazamientos forzados. Además, se señala la pobreza y la desigualdad en varias regiones, así

¹⁵ Amnistía Internacional (2011): *Informe Anual 2011*, consultado en <http://www.amnesty.org/en/annual-report/2011> (consultado 12.01.2013)

como diversas formas de violencia y discriminación – las mujeres y los migrantes aparecen como grupos especialmente vulnerables.

Los ejemplos podrían, sin duda, multiplicarse. Esta breve revisión de algunas publicaciones que abordan las amenazas actuales permite ver que el abanico de las inseguridades/incertidumbres manufacturadas globales (como los propone llamar Anthony Giddens) es muy amplio y complejo; ilustra, además, la hipótesis central de la teoría de la sociedad del riesgo, según la cual los riesgos proliferan en virtud de la expansión de las dinámicas modernas y no, como podría parecer, como consecuencia de sus derrotas.

La aspiración de este estudio no es, sin embargo, indagar en el carácter ambivalente y paradójico de la modernidad, ni tampoco enumerar o especificar los posibles riesgos contemporáneos. Se trata, mucho más, de reconocer en las cuestiones mencionadas un contexto sin el que sería imposible acercarse al objeto de esta investigación, a saber, las subjetividades que se configuran en relación con los riesgos contemporáneos. Para poder acercarse a ellas, este estudio propone abandonar la perspectiva “global” del riesgo (sin perderla de vista como contexto), para volcar la mirada hacia la vida cotidiana del sujeto históricamente situado.

1.2. La pregunta de investigación

Ulrich Beck propone hablar del riesgo como “el presente de catástrofes futuras” (2008:27), una definición extraordinariamente amplia, que permite interpretaciones múltiples. El mismo Beck se refiere con ella tanto a “peligros apenas imaginables que nos afectan a todos y contra las que ya nadie puede asegurarnos adecuadamente”, como a la “inseguridad de las biografías” (ibid.:25). Esta yuxtaposición de peligros globales e inseguridad biográfica no es, por supuesto, fortuita: se relaciona con la dialéctica de lo global y lo local (Beck 1997, Giddens 1998). Como consecuencia de la mundialización, “el grado de distanciamiento espacio-temporal introducido por la modernidad reciente se halla tan extendido que, por primera vez en la historia de la humanidad, el ‘yo’ y la ‘sociedad’ están

interrelacionados en un medio mundial” (Giddens 1998:48). Así, los sujetos se ven afectados por las amenazas producidas a través de procesos de carácter global que, sin embargo, tienen consecuencias locales: los riesgos pueden convertirse tanto en catástrofes universales como individuales (o, más bien, pueden ser universales e individuales a la vez). Basta evocar el paradigmático ejemplo de dramas personales desencadenados por crisis económicas de alcance mundial para ilustrar esta hipótesis.

Cabe añadir que los riesgos son “individuales” no solamente en el sentido de que son vividos por los sujetos en forma de experiencias personales, sino porque, de cara a la creciente incapacidad de las instituciones modernas (y sus expertos) para gestionar el riesgo, el individuo se ve obligado a tomar sus propias decisiones frente a riesgos en una situación de incertidumbre: “la impenetrabilidad, omnipresencia e indecidibilidad de los riesgos del sistema se cargan sobre el individuo” (Beck 2008:22) (cf.:1.3.1.)

Así, los riesgos se “universalizan” e “individualizan” al mismo tiempo, lo que no significa, sin embargo, que se distribuyan “democráticamente” o de manera igual: “riesgo y desigualdad social, riesgo y dominio, riesgo y poder son dos caras de la misma moneda” (ibid.:195). Aunque todos somos miembros de la sociedad de riesgo, los riesgos no eliminan, sino perpetúan y a veces transforman las formas de desigualdad social. Queda claro, por ejemplo, que el riesgo de perder o no conseguir empleo no tiene las mismas implicaciones para una mujer migrante que es madre soltera, que para un hombre soltero con una extensa red familiar, aunque ambos vivan en condiciones de pobreza; no se comparan las experiencias de inseguridad urbana de un habitante de un fraccionamiento cerrado con las de un habitante una colonia popular, aunque los divida poca distancia en el mapa; los riesgos ambientales no significan lo mismo para un estudiante que elige circular por la ciudad en bicicleta para evitar la contaminación, que para una familia que habita a la orilla de un río contaminado sin poder mudarse.

A nivel mundial, la relación entre el riesgo y desigualdad resulta también innegable: no cabe duda, por ejemplo, que el problema global de narcotráfico tiene implicaciones muy distintas en un país latinoamericano y uno europeo; sería

igualmente difícil negar diferencias entre territorios y países en la exposición a riesgos medioambientales, enfermedades (basta mencionar los altos niveles de sida en África) o conflictos bélicos, entre otros. Incluso los riesgos de carácter económico, presentados en ocasiones como especialmente “democráticos”, no en todas partes tienen efectos igualmente devastadores.

Queda claro que para acercarse analíticamente a subjetividades en relación con los riesgos contemporáneos resulta indispensable tomar en cuenta tanto los condicionamientos específicos de los sujetos en cuestión, como el contexto espacio-temporal en el que se configuran sus subjetividades. De ahí la apuesta de esta investigación: abordar el riesgo desde la perspectiva de sujetos inmersos en un tiempo-espacio específico – la ciudad de Guadalajara en el periodo 2010-2012 -, que, a partir de sus múltiples condicionamientos estructurales y culturales, experimentan y dotan de sentido a “las consecuencias perversas de la modernidad” (Beriaín 1996). Parto del supuesto de que los riesgos, producto de la modernidad exacerbada, se objetivan en lo vivido por los sujetos de manera desigual y compleja, y que abarcan un amplio conjunto de inseguridades e incertidumbres enfrentadas por ellos, desde las “inmediatas”, vinculadas, por ejemplo, con la experiencia de “ser” un cuerpo específico en un tiempo-espacio concreto, hasta las “planetarias”, relacionadas, entre otros, con el futuro incierto de la civilización.

Como es posible notar, la formulación del objeto de este estudio se basa en la definición de riesgo propuesta por Beck y retoma su amplitud y su relativa ambigüedad. Esto, a su vez, se vincula con la perspectiva metodológica de la tesis (cf.: 2.1.3.), a saber, la intención de acercarse a la realidad social en cuestión de la manera más “abierta” posible y de formular conceptos, categorías e hipótesis a partir de los datos recopilados. En este sentido el carácter poco delimitado de la definición de Beck constituye una ventaja, ya que se presta para múltiples interpretaciones y evoca asociaciones semánticas diversas. Por ello también el concepto de riesgo aparece a lo largo del texto acompañado de varios términos afines, entre los cuales destacan los de inseguridad e incertidumbre. La inseguridad será entendida como un estado de desprotección, indefensión y

vulnerabilidad ante la inminencia de un potencial peligro, mientras que la incertidumbre aludirá al debilitamiento de certezas y al desdibujamiento de la solidez y de la permanencia de los códigos interpretativos de lo social. Mientras que la primera tiende a asociarse con las prácticas, la segunda se vincula más bien con las interpretaciones de lo social por parte de los sujetos. Los conceptos de inseguridad e incertidumbre prometen la posibilidad de complejizar el análisis de las subjetividades sin que el concepto de riesgo pierda su centralidad y su carácter abarcador.

En sintonía con la afirmación de Ulrich Beck de que “la base real de una teoría de la sociedad del riesgo mundial consiste en descubrir cómo los riesgos globales penetran en las vidas cotidianas” (2008:276) y la convicción de Pierre Bourdieu de que “solo se puede captar la lógica más profunda del mundo social a condición de sumergirse en la particularidad de una realidad empírica, históricamente situada y fechada” (1999:12), propongo la siguiente pregunta de investigación:

¿Cómo los riesgos producidos por las dinámicas de la modernidad configuran subjetividades inmersas en un tiempo-espacio específico (la ciudad de Guadalajara en el periodo 2010-2012), que emergen desde posiciones sociales diferenciadas?

La pregunta, así formulada, coloca en el centro de atención las subjetividades contemporáneas en relación con los riesgos. Para poder acercarse a ellas analíticamente resulta indispensable ubicarlas primero en un contexto teórico. Por ello, el siguiente apartado será dedicado a ciertos elementos teóricos importantes que contextualizan el objeto de investigación, y constituyen, a la vez, insumos importantes para el análisis.

1.3 Elementos para el análisis

En este apartado se presentarán elementos teóricos sin los cuales resulta difícil pensar la condición del sujeto contemporáneo frente al riesgo, inseguridad e incertidumbre: la individualización y la simultánea crisis de la institucionalidad moderna, el debilitamiento de lo común, la contingencia de certezas, el papel de los medios, y, finalmente, la relación entre el sujeto-cuerpo y el espacio urbano en el que se ve inmerso.

A través de la breve presentación de cuestiones teóricas pertinentes para abordar el objeto de investigación, espero no solamente esclarecer y definir mejor la perspectiva desde la que se mirarán las subjetividades en relación con la noción de riesgo, sino anunciar, al mismo tiempo, ciertas cuestiones transversales que se verán reflejadas en la parte analítica.

1.3.1 Individualización, instituciones en crisis, desdibujamiento de lo común

La literatura reciente en el ámbito de Ciencias Sociales abunda en propuestas para caracterizar, definir e “interpretar” el sujeto contemporáneo. Varios autores presentan la contemporaneidad como época de rupturas y de emergencia de dinámicas nuevas. Se trata de fenómenos y procesos complejos y multifacéticos, y el sujeto social – a la vez instituido e instituyente, producto y productor de lo social – inevitablemente forma parte de las profundas reconfiguraciones actuales. Entre otros, el sujeto es visualizado frecuentemente como cada vez más individualizado, obligado a asumir responsabilidades y tomar decisiones en la situación del debilitamiento de las acostumbradas fuentes de certezas y seguridad: una visión del sujeto que resulta pertinente para esta investigación.

La individualización: entre la liberación y la fragilización

Según Ulrich Beck, frente al sujeto contemporáneo “se abren oportunidades y compulsiones para la acción, entre las que es preciso decidir permanentemente sin poder demandar soluciones definitivas, una exigencia que, a través del vivir y

actuar en la incertidumbre, se convierte en una especie de vivencia básica” (1997:26). La incertidumbre mencionada se vincula, según el autor, con el fenómeno de la individualización, moderno por excelencia, que “presupone al individuo como actor, diseñador, malabarista y director de escena de su propia biografía, identidad, redes sociales, compromisos y convicciones” (Beck 1997:29)

El individualismo moderno es, sin duda, un fenómeno ambivalente: “es a la vez un factor de emancipación de los individuos [...] y un factor de inseguridad, que hace a cada uno responsable de su porvenir y lo obliga a dar a su vida un sentido que ya no organiza nada exterior a sí mismo” (Fituossi y Rosanvallon 1997:37). La historia de la individualización ha sido, en gran parte, una historia de la emancipación con respecto a las tradiciones y las figuras de la dependencia social. En sus principios, este proceso parecía “capaz de conjugar la triple conquista de la autonomía, la autenticidad y la reivindicación hedonista” (ibid.:37). Sin embargo, hoy en día, queda cada vez más claro que la individualización-emancipación se acompaña necesariamente con una individualización-fragilización (ibid.): cada vez más responsabilidades recaen en los hombros del sujeto, mientras que las instituciones sociales pierden sus contornos acostumbrados en cuanto a fuentes de seguridad y certeza.

Así, la individualización, que a primera vista parece constituir la quintaesencia de liberación, ha demostrado aspectos inesperados: la libertad vinculada con ella viene, como lo formula Bauman (2007), con la etiqueta del precio pegada: se paga diariamente con decisiones cuyas consecuencias (muchas veces impredecibles) tienen que ser asumidas por el sujeto. Además (hay que dejarlo claro), la individualización no es cuestión de elección – la opción de escapar de ella no está prevista, aunque para unos podría representar una “decisión” (individualización autónoma) y para otros una “imposición” (individualización heterónoma). Para algunos podría significar el aumento de libertad, pero todos sin excepción pagan por ella el precio de inseguridad e incertidumbre.

Como pudimos ver, los autores, hablando de la condición del sujeto contemporáneo, subrayan el aumento de responsabilidades individuales y la

simultánea disminución de fuentes de seguridad y certezas. En este contexto resulta especialmente sugerente el término de “individualización trágica”, acuñado por Ulrich Beck (2008):

Ante la incertidumbre del mundo global, el individuo tiene que tomar sus propias decisiones. Esta nueva forma de individualización se deriva del fracaso de los expertos al gestionar el riesgo. Ni la ciencia ni la política dominante ni los medios de comunicación ni la economía ni el derecho, ni siquiera el ejército, pueden definir racionalmente o controlar los riesgos. [...] La apelación a la “responsabilidad” [del individuo] es una muestra del cinismo con el que las instituciones embellecen su propio fracaso. Sin embargo, el individuo [...], para el que las inconcebibles amenazas de la civilización no son perceptibles y, encima, sólo puede remitirse a sí mismo, es incapaz de hurtarse al poder de definición de los expertos, en cuyo juicio no puede, pero tiene que confiar (2008:86)

En el contexto de decisiones frente a riesgos, la paradoja de la individualización (o su “trágica ironía”, como lo expresa Beck) se revela de manera especialmente llamativa: las instituciones y el saber experto no solamente se debilitan como fuentes de seguridades y certezas, sino, socavados por su propia ineficiencia y los efectos contraproducentes de sus medidas, se convierten a veces en parte de los riesgos por enfrentar. De esta manera, el sujeto se ve obligado a (y es responsabilizado de) enfrentar los riesgos producidos por el sistema, viviendo las contradicciones del mundo social en forma de dramas personales, al mismo tiempo que la posibilidad de aminorar la incertidumbre se vuelve cada vez más escasa. Mientras que el sistema deposita en el sujeto la responsabilidad por su éxito o fracaso, disimulando así el fracaso de las instituciones, el sujeto, preso de la “individualización trágica”, vive “con una amplia variedad de riesgos globales y personales diferentes y mutuamente contradictorios” (Beck 1997:21), enfrentado dilemas en torno a incertidumbre (¿cómo vivir?) e inseguridad (¿cómo sobrevivir?), a las que no existen respuestas únicas, irrefutables o “garantizadas”.

La crisis de las instituciones

Queda claro, entonces, que la actual crisis del sujeto, vinculada, entre otros, con la individualización en progreso, sería imposible de entender en toda su complejidad,

si no tomamos en cuenta la simultánea crisis de la institucionalidad moderna. “Al mismo tiempo que se libera, el individuo ve recaer sobre sus hombros cada vez más responsabilidades. En efecto, la dependencia en que vivía antaño en los diferentes ámbitos, ya se tratara de la empresa o la familia, tenía como contrapartida la constitución de solidaridades y sostenes de los que hoy está en gran medida despojado” (Fituossi y Rosanvallon 1997:45).

Vale la pena reiterar que no se trata solamente (como podrían sugerir los planteamientos citados) del debilitamiento de las instituciones como una especie de “efecto colateral” de la individualización autónoma del sujeto, sino también (y al mismo tiempo) del paulatino desmantelamiento de instituciones “diseñadas” para neutralizar los peligros socialmente producidos que amenazan la existencia individual y colectiva. Según Fitoussi y Rosanvallon (1997), estamos, sobre todo, frente a una profunda crisis de las instituciones que hacen funcionar el vínculo social y la solidaridad (la crisis del Estado providencia), y de las instituciones que relacionan la sociedad con la economía (crisis del trabajo). La expansión del modelo neoliberal que ha debilitado paulatinamente el vínculo entre empleo y protección social, y la simultánea restricción de las funciones proteccionistas del Estado, han convertido la vulnerabilidad y la incertidumbre producidas por el mercado en un asunto privado de los ciudadanos. La solidaridad ha sido reemplazada por la responsabilidad individual.

La incertidumbre de las trayectorias laborales, consecuencia de la llamada flexibilización laboral, hace que el trabajo como realidad colectiva se vuelva opaco y pierda contornos. La solidaridad se privatiza, individualiza y fragmenta:

La vida laboral está saturada de incertidumbre [...] La incertidumbre del presente es una poderosa fuerza *individualizadora*. Divide en vez de unir, y dado que no se puede decir quién podría despertarse en qué división, la idea de unos “intereses comunes” se vuelve cada vez más nebulosa y al final se hace incomprensible. Temores, ansiedades y quejas nacen de una manera tal que se padecen en soledad. No se suman, no se acumulan en una “causa común”. (Bauman 2001:35)

Así, el trabajo se desdibuja no solamente como fuente del aseguramiento más o menos duradero y estable de la satisfacción de las necesidades, de ciertos

beneficios sociales y de legitimidad; sino que va perdiendo además su capacidad de crear lazos de solidaridad, tan necesarios para afrontar la incertidumbre, la cual, paradójicamente, resulta ser uno de los factores de su paulatino desmoronamiento.

Este desdibujamiento de lo común no se limita al mundo del trabajo. También lo político parece ir perdiendo sus contornos como una realidad colectiva significativa. Norbert Lechner (2002) habla en este contexto sobre “el desarraigo afectivo de la democracia”: “Insertas en un proceso de cambios acelerados que no controlan, las personas dan señales de desafección: parece que no sienten dichos cambios como algo suyo” (ibid.:111). El autor interpreta esta actitud como consecuencia de la carencia de un imaginario que instituye a los ciudadanos como sujeto colectivo de cambios. Esto a su vez se vincula, según él, entre otros, con las lógicas de la sociedad de mercado que imponen la individualización de la responsabilidad y la flexibilización del vínculo social, con una cultura de consumo que pone énfasis en la estrategia individual del consumidor en detrimento de la acción colectiva, propia del mundo productivo, y, finalmente, con una fuerte naturalización de lo social basada en una imagen de sociedad-mercado como orden auto-regulado. Todo ello aporta al debilitamiento del imaginario democrático, a saber, la construcción de una diversidad compartida.

Lo común “individualizado”

Ante la individualización cada vez más ambivalente y el desdibujamiento de lo común, no sorprende el auge del pensamiento comunitarista que sale en defensa de la comunidad y del valor que le niega el pensamiento liberal (defensor de la individualización). La comunidad es presentada por sus defensores como un antídoto contra las precariedades que sufre el sujeto individualizado, pero, como argumenta Bauman, el comunitarismo no se salva de una paradoja: hoy en día, las comunidades necesitan ser constantemente defendidas para sobrevivir y, por lo tanto, “necesitan apelar a sus propios miembros para garantizar su supervivencia mediante las elecciones individuales y la responsabilidad individual de esta supervivencia” (Bauman 2003:180). La comunidad del dogma comunitario

– argumenta el autor – viene siempre después y no antes de la elección individual. Lejos de ser una *Gemeinschaft* heredada y por lo tanto precedente al individuo, se convierte en el “criptónimo” de la búsqueda de la identidad.

Según Roberto Esposito (2003, 2005), lo común es presentado frecuentemente como “subjetividad más vasta”, “unidad de unidades” (a partir de la premisa moderna del sujeto como unidad, absoluto, interioridad) o como “lo que une en una única identidad a la propiedad – étnica, territorial, espiritual – de cada uno de sus miembros. Ellos tienen en común lo que les es propio, son propietarios de lo que les es en común” (2003:25). Y sin embargo, argumenta Esposito, el substantivo *communitas* (y el correspondiente adjetivo *communis*) adquiere su significado justamente por oposición a “propio”. El filósofo argumenta que la *communitas* debe ser entendida como un conjunto de personas a las que une, no una propiedad, sino un deber, una deuda con los demás – el *munus* que la comunidad comparte es una prenda, un don-a-dar que hace que los sujetos no sean enteramente dueños de sí mismos: “no es lo propio, sino lo impropio – o, más drásticamente, lo otro – lo que caracteriza a lo común” (ibid.:31). De allí que la *communitas* no puede pensarse como una fusión de individuos que tiene como resultado un individuo más grande; resulta equivocado considerarla una propiedad, una plenitud, un territorio a defender. La *communitas* es, por lo contrario, un vacío y una deuda en relación con los demás.

Por eso también, el contrapunto semántico más incisivo de la *communitas* es constituido, según Esposito, por la categoría de “inmunización”. El autor sugiere incluso que la *immunitas* podría entenderse como clave explicativa de todo el paradigma moderno: la modernidad se afirma separándose de un orden al que subyace el concepto ambivalente de *munus*: don y obligación, beneficio y prestación, conjunción y amenaza. “Los individuos modernos llegan a ser verdaderamente tales – es decir perfectamente in-dividuos, individuos ‘absolutos’, rodeados por unos límites que a la vez los aíslan y los protegen – solo habiéndose liberado preventivamente de la ‘deuda’ que los vincula mutuamente.” (ibid.:40) Escapan así de la *communitas* ambivalente que no solo es don y beneficio sino que posee un lado oscuro innegable: “lo que los hombres tienen en común [...] es

el hecho que cualquiera pueda dar muerte a cualquiera. [...] La *communitas* lleva dentro de sí un don de muerte” (ibid.:41), argumenta Esposito citando a Hobbes, quien, como sabemos, lleva esta lógica a sus extremas consecuencias: si la comunidad amenaza la integridad individual de los sujetos, entonces la única alternativa es “inmunizarse” refutando sus propios fundamentos. Según Hobbes, la dimensión originaria del vivir en común debe romperse instituyendo otro orden a partir del poder inmunizante del contrato – el Estado-Leviatán coincide con la disociación de toda atadura extraña al intercambio vertical de protección-obediencia. Las instituciones modernas, a cambio de obediencia, protegen al sujeto de la potencial entropía de la *communitas*.

Así, lo común “inmunizante” (profundamente moderno en su concepción, según Esposito), constituye más que nada un dispositivo protector – un “nosotros” en el que el sujeto se resguarda de los riesgos de la otredad y a través del que se libera de la deuda que lo vincula con el Otro. Y sin embargo, si tomamos en cuenta la actual crisis de las instituciones modernas - las grandes promotoras de la *immunitas* -, la condición del sujeto contemporáneo se revela marcada, por un lado, por la paulatina pérdida de la *immunitas* prometida (aunque nunca lograda enteramente), y, por otro, por una profunda dificultad de asumir la *communitas* ambivalente. Es aquí, donde la individualización, la crisis de la institucionalidad moderna y el debilitamiento de lo común se conjugan revelando la complejidad de los desafíos que enfrenta el sujeto contemporáneo.

1.3.2. Certezas contingentes

El sujeto contemporáneo no solamente enfrenta el paulatino desmoronamiento de seguridades, sino, al mismo tiempo, el debilitamiento de certezas en sentido más amplio, que se expresa, entre otros, en la relativización de los sistemas de valores y esquemas de interpretación.

Peter Berger y Thomas Luckmann en su libro *Modernidad, pluralismo y crisis de sentido* (1997) señalan que el debilitamiento de las certezas es una de las características más destacadas de la contemporaneidad: el saber tradicional

(transmitido por la familia, la Iglesia, la escuela o el Estado) se devalúa muy deprisa, los valores dejan de ser válidos para todos y ya no están estructuralmente asegurados. Los sentidos compartidos, objetivados por las instituciones, tienden a desdibujarse, la sociedad se pluraliza y propicia así crisis de sentido. Gianni Vattimo (2000), habla en este contexto de la erosión del “principio de la realidad”: profesar un sistema de valores en un mundo plural significa necesariamente ser consciente de la historicidad, contingencia y limitación de todos los sistemas de valores, también el profesado por uno mismo. De ahí “la contingencia, relatividad y el carácter no definido del mundo ‘real’ al que nos hemos circunscrito” (ibid.:21).

Esta “pluralización” del mundo tiene, por supuesto, facetas diversas. Se vincula, por ejemplo, con ciertas dinámicas de la llamada “globalización”. Basta mencionar fenómenos relacionados con migración que rompen con el modelo de inserción cultural limitada al lugar de residencia única y de pertenencia unívoca en una sociedad (Hierneaux y Zárate 2008). El mundo ya no es “un mosaico de culturas separadas”; la cultura desterritorializada no obedece el “absolutismo binario” de las áreas culturales y, en consecuencia, las identidades no se pueden clasificar con categorías “o lo uno o lo otro”. Los grupos están cada vez menos amarrados a un territorio y son cada vez menos homogéneos culturalmente, el nexo entre el espacio, la estabilidad y la reproducción cultural está cambiando, la enculturación se dificulta por falta de puntos de referencia sólidos. Así, aunque sería imposible negar la existencia de potentes procesos de homogeneización cultural (vinculados, entre otros, con la mercantilización de la cultura), es igualmente importante destacar que estos se encuentran en una tensión constante con los procesos de la heterogeneización (Appadurai 2001). Las formas culturales se fracturan, carecen de regularidades, estructuras y fronteras; no constituyen un sistema simple y estable, sino que están en constante movimiento. Y no se trata aquí solamente de desterritorialización relacionada con desplazamientos “reales” de migrantes, exiliados o turistas, sino también del nomadismo conceptual y cultural vinculado con imágenes e información distribuidas globalmente por prensa, redes televisivas, cine e Internet (Arditi 2000).

Estas tendencias se ven potenciadas, además, por la (ya mencionada)

individualización - que, en palabras de Beck, “significa la desintegración de las certezas de la sociedad industrial y la compulsión de buscar nuevas certezas para uno mismo y para quienes carecen de ellas” (1997:29) – y el simultáneo debilitamiento de la credibilidad y legitimidad de las instituciones modernas como fuentes de certezas “inapelables” (cf.:1.3.1.).

No cabe duda que la contingencia de certezas que enfrenta el sujeto contemporáneo es un fenómeno complejo y multifacético – entre sus múltiples aspectos vale la pena mencionar algunos especialmente relevantes para este estudio.

Entre la oscilación y la búsqueda de certidumbre

Según Gianni Vattimo (2000), el sujeto contemporáneo vive en un mundo múltiple, en la oscilación continua entre la pertenencia y el extrañamiento. Esta experiencia puede desembocar en la aceptación de la contingencia del “yo” y la revalorización de la diferencia y autonomía: la conciencia del carácter histórico, contingente y limitado de todos los sistemas de valores y creencias puede tener, según el autor, un efecto liberador.

Y, sin embargo, resulta difícil negar la necesidad existencial de certeza y de poder otorgar el sentido “estable” a lo vivido. Según el psicoanalista Rollo May (1992), “cualquier individuo pretende – de hecho, *debe* pretenderlo, si quiere permanecer cuerdo – conferir cierto orden y coherencia a la corriente de sensaciones, emociones e ideas que fluyen a su conciencia desde el interior o el exterior. Cada uno de nosotros está obligado a hacer por sí solo lo que en épocas anteriores hacían la familia, la moral, la Iglesia y el Estado; es decir, formar mitos según los cuales poder dar cierto sentido a la experiencia” (ibid.:30). Es aquí, donde nuevamente se vuelve evidente el aspecto “trágico” de la condición del sujeto: no puede evadir la búsqueda de certezas, las cuales, sin embargo, nunca son “sólidas” – la misma posibilidad de elegir entre varias “opciones” las convierte en certezas siempre relativas y cuestionables.

Gianni Vattimo reconoce la tensión entre el poder liberador de la contingencia de las certezas y la necesidad de sentido “estable”: aunque interpreta la “oscilación continua entre la pertenencia y el extrañamiento” (2000:22) como una experiencia potencialmente emancipadora, admite también que podría provocar “nostalgia de los horizontes cerrados, intimidantes y sosegantes a la vez, que sigue fincada en nosotros como individuos y como sociedad” (ibid.:22). Esta añoranza de lo estable, fijo y permanente es abordada, a su vez, por Benjamín Arditi (2000). El autor señala que la oscilación no necesariamente tiene que desembocar en la emancipación, sino podría crear confusiones que “favorezcan una demanda de certidumbre que puede ser satisfecha por visiones del mundo autoritarias o intolerantes” (2000:107). Es posible pensar que los escenarios esbozados por ambos autores constituyen dos extremos de un amplio abanico de posibles respuestas a la incertidumbre como “una especie de vivencia básica” (Beck 1997): desde la aceptación de la contingencia, hasta posturas de carácter fundamentalista.

En busca de respuestas alternativas

La relativización de sistemas de valores y esquemas de interpretación, que desemboca en el “socavamiento de lo dado por supuesto” (Berger y Luckman 1997), abre la posibilidad de búsqueda de fuentes de sentido diversas, muchas de ellas distanciadas de la racionalidad moderna. No faltan autores que proponen hablar, incluso, de la crisis de la racionalidad moderna como tal: Maffesoli y Corbinos (2002) sostienen que paulatinamente están perdiendo su vigencia “viejas recetas modernas según las cuales individuos racionales se asociarían en forma voluntaria en un contrato social también racional” (ibid.:25). Según los autores, nos encontramos en presencia de una nueva cultura de sentimientos. Becker (2009), por su parte, argumenta que está actualmente en crisis el discurso que ha representado el mundo moderno como el resultado de un amplio proceso de racionalización y disciplinamiento de las emociones, oponiendo la idea de una sociedad moderna, civilizada, racional y no emocional a la no moderna e irracional. Actualmente, frente a las promesas incumplidas de la modernidad, las

emociones, lo irracional, la creencia parecen estar abandonando su latencia y se entretajan con los saberes como recursos interpretativos de la realidad. En palabras de Reguillo:

Lo que esta ruptura del monopolio del saber legitimado apunta es a la multiplicidad de lógicas, procesos y saberes sociales que se colocan frente a la racionalidad científica desde una racionalidad social de densidad histórica y cultural. Y así, mientras la distancia entre los saberes aumenta y la confiabilidad en las instituciones modernas se debilita, crecen las formas de respuesta que privilegian la eficacia simbólica de los mitos y de los ritos. De cara a los dispositivos modernos para enfrentar la contingencia y reducir la fragilidad, aparece la esperanza. Una esperanza multidimensional, contingente, precaria. Expresada a través de la fe, la creencia, el pensamiento mágico, que centran su poder restablecedor en un objeto, en un ritual, en la confianza no reflexiva (2000a:64)

Como lo sugiere acertadamente la autora, la búsqueda de saberes alternativos constituye una de las respuestas frente a la creciente incapacidad del saber “legitimado” para paliar la contingencia y ofrecer la esperanza. Como ejemplo, basta recordar la profunda incertidumbre y vacío interpretativo que producen las dinámicas económicas actuales:

En la medida en que el neoliberalismo polariza el mundo económicamente, al concentrar el poder adquisitivo en un número cada vez más reducido de individuos, produce inmensas *zonas de exclusión* donde las personas son, y saben que son, superfluas al orden global de producción y consumo. [...] Las identidades frecuentemente dejan de organizarse alrededor del trabajo asalariado, del consumo o de proyecciones personales como serían el ascenso material o social. La vida tiene que llevarse y valorizarse de otra manera. Se generan prácticas vitales, valores, modos de integración social y de formación de sujetos, saberes y sabidurías, placeres, significados, esperanzas y formas de trascendencia relativamente independientes de las ideologías del mercado (Pratt 2003:3)

Queda claro que “la compulsión de buscar nuevas certezas para uno mismo y para quienes carecen de ellas” (Beck 1997:29), en la que Beck reconoce uno de los rasgos más destacados de la condición del sujeto contemporáneo, no puede ser interpretada exclusivamente en términos del aumento de libertad del sujeto inmerso en un mundo múltiple, como lo sugiere el planteamiento optimista de

Vattimo (2000) – es igualmente necesario verla también desde la perspectiva de la “angustiante orfandad de códigos interpretativos” (Lechner 2002:29): no solamente como expresión de la libertad del sujeto, sino también como una necesidad apremiante frente a la incapacidad de los discursos modernos de brindarle al sujeto elementos para dotar de sentido a lo vivido.

Futuros opacos

Finalmente, resulta pertinente destacar que, en el contexto del desdibujamiento de lo dado por supuesto, no solamente el presente se tiñe de inseguridad e incertidumbre, sino también el futuro se vuelve opaco.

Según Norbert Lechner (2002), como consecuencia de la actual “aceleración de tiempo”, se debilita el vínculo entre el pasado, presente y futuro, y por lo tanto nuestra capacidad de insertar un momento dado en una perspectiva histórica. El pasado se llena de visiones míticas y evocaciones emocionales, pero ya no nos sirve como experiencia práctica; el futuro pierde relieve y profundidad: “sigue habiendo ‘tiempos nuevos’, por supuesto, pero la dificultad en imaginar lo nuevo, el rumbo y el sentido de los cambios en curso, parece poner en duda la noción misma de futuro” (ibid.:36). Mientras el pasado y el futuro se volatilizan, el presente se vuelve omnipresente y la inmediatez logra un protagonismo inédito.

Georges Balandier (1997) describe de manera muy similar la relación contemporánea con el tiempo que ha cambiado radicalmente la experiencia del sujeto. Un transcurso de vida unilineal es cuestionado, el presente tiene que ser conquistado constantemente, nada se adquiere con seguridad. Lo inestable y la precariedad se vuelven más familiares que lo estable y duradero – lo efímero, lo inmediato, la necesidad de constantes adaptaciones, hacen que el sujeto contemporáneo parezca vivir casi exclusivamente en el presente.

Mary Louise Pratt, por su parte, habla de una perpetua crisis de futuridad enfrentada de manera especialmente aguda por los que se reconocen superfluos o casi superfluos para el orden global de producción y consumo:

Las narrativas de la modernización y el progreso ya no corresponden a nada. [...] La gente se sabe expulsada de las narrativas que ofrece el nuevo orden mundial para un futuro colectivo o

individual. Más todavía, no tienen la mejor esperanza de poder entrar nunca en ellas. Esta experiencia ha sido acompañada por una pauperización material, una devastación ecológica y una destrucción de sistemas de vida sin antecedentes en la historia humana. Para un número cada día mayor de jóvenes, la mera posibilidad de fundar un hogar ya está fuera de alcance. (Pratt 2003:2)

Las reflexiones de Pratt logran colocar el desdibujamiento del horizonte de futuro dentro de lo concreto de la cotidianidad de los sujetos, mostrándolo así como un vacío real y doloroso, con consecuencias sociales de carácter diverso. Podemos suponer, por ejemplo, que la crisis de futuridad subyace tanto en las decisiones de un joven mexicano que elige entre la posibilidad de empleo precario, la migración o el sicariato, como en las recurrentes profecías del fin del mundo que encontraron recientemente una expresión especialmente pintoresca en el “fenómeno 2012”. La difícil relación con el futuro experimentada por el sujeto contemporáneo constituye, sin duda, uno de los aspectos más inquietantes de la actual contingencia de las certezas.

1.3.3. Los medios: escenificando riesgos

Entre los elementos de la realidad social pertinentes para el análisis de subjetividades en torno a riesgos actuales se encuentran, sin duda, los medios de comunicación, tanto los tradicionales como los emergentes. Su papel resulta complejo, especialmente tomando en cuenta la actual contingencia de certezas abordada en el apartado anterior: por un lado, han sido decisivos para la disolución de puntos de vista centrales y multiplicación de visiones del mundo (Vattimo 2000); por otro, sería difícil subestimar su potencial como creadores y recreadores de representaciones, gestores de pasiones y configuradores de imaginarios.

Los medios no son, por supuesto, transmisores “neutros” de imágenes y discursos sobre la realidad, sino creadores y reproductores de representaciones, que participan constantemente en los procesos de cristalización de sentido. Entendidos así, tienen que ser vistos necesariamente como elementos co-

constituyentes de lo social. En relación con el riesgo este rol de los medios se vuelve especialmente pertinente, ya que la “objetividad” de un riesgo es, en última instancia, producto de su percepción y escenificación. Riesgos se caracterizan por un alto grado de irrealidad (siendo acontecimientos posibles que no necesariamente tienen que suceder), de ahí que “adoptan la forma de saber (científico o alternativo), razón por la cual su ‘realidad’ puede dramatizarse o minimizarse, transformarse o simplemente negarse [...]. Son producto de luchas y conflictos de definición en el marco de determinadas relaciones de poder-definición” (Beck 2008:55) y no cabe duda que los medios juegan un papel destacado en los procesos mencionados.

En este contexto resulta importante mencionar el papel central que desempeñan los medios en la creación y reproducción de ideologías, definidas por Teun A. van Dijk (2006) como “la base de las representaciones sociales compartidas por miembros de un grupo” (ibid.:21). La ideología subyace bajo las representaciones compartidas y permite organizar creencias sociales (conocimientos y opiniones) del grupo en cuestión acerca de lo que sucede, bueno o malo, correcto o incorrecto, y actuar en consecuencia. Según el autor, los efectos ideológicos de los medios son innegables: “las normas y los valores fundamentales, la selección de asuntos y tópicos de interés y atención (determinación de la agenda), el conocimiento selectivo, si no parcializado, sobre el mundo [...] actualmente se deben, en gran medida, a los medios masivos, o, indirectamente, a los grupos e instituciones que tienen acceso preferencial a los medios” (ibid.:238).

El actual desdibujamiento de certezas, el debilitamiento y descrédito de portadores de saber legítimo, el fracaso de expertos al gestionar el riesgo, las omnipresentes apelaciones a la “responsabilidad” del sujeto de cara a detrimento de instituciones, producen una sed insaciable de certidumbre. El “vacío oracular” (Reguillo 2007) generado por las transformaciones actuales desata disputas por el poder de representación, y los medios, con sus discursos basados frecuentemente en la reducción de la complejidad y la estigmatización, constituyen un espacio privilegiado de producción de “certidumbres”: crean “el piso en el que los

ciudadanos construyen, alimentan e intercambian su noción de lo público, del país y del mundo imaginado. Y este país y este mundo que caben en los medios de comunicación son reflejos (salvo excepciones) simplificadores, binarios y atemorizantes” (Reguillo 2005a:42).

Es aquí donde cabe mencionar la actual configuración del espacio público y la centralidad que los medios y tecnologías de comunicación adquieren como sus principales arquitectos. Participamos, cada vez más, en el espacio público que “ha sustituido el encuentro cara a cara, la reunión en la plaza, por esa compleja red de portavoces ‘autorizados’ en que se han convertido los nuevos medios de comunicación” (Reguillo 2000b:83). La lógica de lo público se vive de manera cada vez más privada, los medios sustituyen de manera creciente la experiencia de lo público - a través de ellos, desde lo privado, el sujeto observa el mundo exterior.

Sería sin duda erróneo suponer que los medios, con su incansable gestión de certezas, apelan solamente o primordialmente a los saberes. En este sentido resulta reveladora la hipótesis propuesta por Katrin Döveling (2009) de que los medios, seleccionando y estructurando ciertos aspectos de la realidad influyen no solamente en la percepción cognitiva de la realidad, sino también en la emocional, imponiendo así lo que la autora llama “la agenda emocional”: los medios no sólo les “dicen” a las audiencias sobre qué opinar, sino “deciden” también sobre qué temas y acontecimientos las audiencias deben sentir. De manera similar, Reguillo (2009a) observa que las retóricas mediáticas dialogan cada vez menos con saberes y cada vez más con emociones. La autora caracteriza estas retóricas como “argumentaciones elocuentes que buscan persuadir y buscar respuestas emotivas, a través de tropos e imágenes basadas en juicios y razonamientos no reflexivos, anclados en un principio de miedos expandidos frente a riesgos incontrolables” (ibid.:6). Así, la incertidumbre y la angustia se convierten (rápidamente y sin reflexión) en miedos fácilmente nombrables y esperanzas a menudo depositadas en poderes cuestionables (basta mencionar la facilidad con la que se aceptan las exacerbadas medidas de seguridad). Los medios se han

convertido en gestores de lo que podría nombrarse la “emocionalización” de la opinión pública, la cual coloca las pasiones en el centro del debate.

Finalmente, además de mencionar el potencial de los medios como creadores de representaciones y gestores de pasiones, resulta pertinente señalar su papel como configuradores de imaginarios. En este contexto se vuelve pertinente la propuesta de Arjun Appadurai de considerar la imaginación una fuerza importante en la vida social de la actualidad. Según el autor, “el nuevo poder de la imaginación en la fabricación de las vidas sociales ya está inevitablemente ligado a las imágenes, las ideas y las oportunidades que llegan de otras partes, con frecuencia producidas y puestas en circulación por los medios de comunicación de masas” (2001:69). Se trata de la fuerza que ejercen las posibles vidas imaginadas sobre las vidas específicas. Aunque el autor no lo sugiere, es posible pensar estas “vidas imaginadas” desde la perspectiva de riesgo. Las representaciones mediáticas referidas a riesgos se podrían considerar una fuente de conocimiento de situaciones hipotéticas, las cuales el sujeto incorpora dentro de su mundo de la vida cotidiana a través de la imaginación - de este modo la “realidad” de riesgo irrumpe en el mundo de la vida cotidiana, se hace parte de ella. Los medios participan así en el proceso de “ampliación” del mundo de la vida cotidiana incorporando en él realidades imaginadas.¹⁶

La importancia de la imaginación, vinculada con el amplio acceso a representaciones mediáticas, resulta aún mayor si tomamos en cuenta “la pasión

¹⁶En este contexto cabe mencionar el análisis de las lógicas del terrorismo suicida transnacional (entendido como uno de los actuales riesgos globales) realizado por Ulrich Beck (2008). El autor reflexiona sobre el riesgo en cuanto la anticipación de la catástrofe haciendo referencia a los atentados de las Torres Gemelas. Demuestra que la expectativa de atentados posibles cobra fuerza a partir de la catástrofe y su escenificación mediática: “de pronto, después del trauma de violencia e indefensión retransmitido mediáticamente a todo el mundo, el temor a posteriores atentados se hizo omnipresente” (p.66). Es gracias a la catástrofe consumada (que irrumpe en el mundo de la vida cotidiana de los habitantes del planeta a través de los medios) que el terrorismo puede jugar “diabólicamente con la capacidad de la sociedad del riesgo mundial de imaginar peligros” (p.67).

desorbitada de ver” (Arfuch 2006:76), característica de lo contemporáneo, que, según Leonor Arfuch, se relaciona con (y es potenciada constantemente por) nuevas formas de decir y mostrar: la inmediatez y la búsqueda de lo directo, lo auténtico, lo real.

Casi inadvertidamente nos fuimos acostumbrando a tener en la pantalla una sintonía global, a ser espectadores “en tiempo real”, no sólo de los acontecimientos programados (...), sino también de aquellos inesperados, temidos, trágicos, cuyo impacto quizá nadie quiso ni pudo siquiera imaginar: catástrofes, accidentes, guerras, atentados, enfrentamientos, desastres naturales, violencia, represión... La escena cotidiana, ese momento que quizá compartimos en la mesa familiar, se transformó, subrepticamente, en una “vidriera” donde circulan, sin solución de continuidad, todos los conflictos y miserias del mundo (Arfuch 2006:80).

De manera similar, Anthony Giddens (1998) propone hablar de la “intromisión de sucesos distantes en la consciencia cotidiana” (ibid.:41) a través de lo que propone llamar la “experiencia mediada”. El autor arriesga inclusive la hipótesis de que la familiaridad producida por la mediación de la experiencia puede provocar sentimientos de “inversión de la realidad”, los cuales consisten en que “los sucesos reales parecen tener una existencia menos concreta que sus representaciones en los medios de comunicación” (ibid.:42)

No cabe duda que los medios de comunicación juegan un rol importante en los procesos de escenificación de los riesgos actuales, no solamente como creadores y recreadores de representaciones, sino también como gestores de pasiones, configuradores de imaginarios e inclusive como amplificadores del mundo de experiencias cotidianas. De ahí que resulta indispensable tomarlos en cuenta en cuanto a elementos co-constituyentes de la realidad social en la que se configuran subjetividades.

1.3.4. La ciudad: cuerpos y espacios

El ensamblaje de elementos teóricos pertinentes para el análisis de subjetividades en torno a riesgos sería, sin duda, incompleto, si no tomáramos en cuenta un

aspecto elemental y a la vez trascendental de la experiencia del sujeto: su corporalidad y su relación con el espacio en el que se ve inmerso.

Como lo demuestra Richard Sennet en su obra *Carne y piedra* (1997), los significados y prácticas en torno al espacio de la ciudad se relacionan estrechamente con la condición del sujeto-cuerpo históricamente situado quién la habita. La relación entre cuerpos y espacios se convierte así en una potente observable para abordar las subjetividades.

El cuerpo: invulnerabilidad postulada, vulnerabilidad vivida

Tomo como punto de partida las reflexiones de Adriana Caverero, quien, en el libro *Horrorismo: nombrando la violencia contemporánea* (2009), dedica su atención a la figura de la víctima inerme de la violencia, sin la que, según la autora, resulta imposible entender la especificidad de la condición del sujeto contemporáneo. La filósofa pone énfasis en la vulnerabilidad que, entendida especialmente en términos físicos y corpóreos, forma parte irreductible de la condición humana. Visto desde esta perspectiva, el sujeto-cuerpo deviene expuesto y dependiente – una visión que constituye antítesis del ‘yo’ autosuficiente y cerrado que defiende su totalidad negando su propia fragilidad y dependencia: un sujeto “acorazado”, separado del exterior, que halla en la modernidad su afirmación más notoria (Butler 2006; Caverero 2009; Esposito 2003, 2005). Desde esta tensión entre la invulnerabilidad postulada y la vulnerabilidad *de facto* se abordarán brevemente algunas cuestiones vinculadas con la condición del sujeto-cuerpo frente al riesgo.

Según David Le Breton (2002), “el cuerpo en tanto elemento aislable de la persona [...] sólo aparece en las estructuras sociales de tipo individualista [...]. Ahí, el cuerpo funciona como un límite vivo que delimita frente a los demás la soberanía de la persona” (ibid.:32). Vale la pena mencionar en este contexto las reflexiones de Mijail Bajtin (1974), quien contrasta esta concepción contemporánea del cuerpo con la concepción premoderna del mismo. Según el autor, el concepto premoderno del cuerpo es el de un cuerpo no aislado ni acabado que se mantiene en una comunión constante con el mundo, franquea sus

propios límites, “se abre al mundo exterior o penetra en él a través de orificios, protuberancias, ramificaciones y excrecencias” (ibid.:30). A esta visión del cuerpo abierto, incompleto y conectado al mundo, Bajtin contrapone el canon moderno:

Es un cuerpo *perfectamente acabado, rigurosamente delimitado, cerrado, visto del exterior, sin mezcla, individual* [...]. Todo lo que emerge y sale del cuerpo se separa, se elimina, se cierra, se debilita. Asimismo, se cierran todos los orificios que dan acceso al fondo del cuerpo. [...] Esta superficie cerrada y unida del cuerpo adquiere una importancia primordial en la medida en que constituye la frontera de un cuerpo individual cerrado, que no se funde con los otros. [...] El cuerpo del nuevo canon en *un solo cuerpo*; no conserva ninguna traza de dualidad; él se basta a sí mismo, no habla sino en su nombre [...]. Todos los actos y acontecimientos no tienen sentido sino en el plano de la vida individual: están encerrados en los límites del nacimiento y la muerte individual del mismo cuerpo, que señalan el principio y el fin absolutos y no pueden nunca reunirse. (1974:288-289).

En el contexto de la modernidad tardía, esta concepción del cuerpo parece, por un lado, exacerbarse, por otro, sin embargo, muestra señales de un resquebrajamiento irremediable: crece la tensión entre la invulnerabilidad deseada y la vulnerabilidad vivida. Según Zygmunt Bauman (2003), es así, entre otras causas, porque el sujeto contemporáneo enfrenta una rápida y constante reducción de provisiones de seguridad, mientras que “el volumen de las responsabilidades individuales crece en una escala sin precedentes” (ibid.:181). Como resultado aparecen incertidumbre, inseguridad y desprotección que conducen a una sed insaciable de seguridad y certeza que ninguna medida práctica es capaz de suavizar, porque no llega a tocar su verdadera fuente: el hecho que la sociedad constituye cada vez menos un marco de referencia estable. Así, frente al debilitamiento de los vínculos entre lo colectivo y lo individual y el carácter cada vez más volátil y fugaz de los marcos de referencia y puntos de orientación (cf.1.3.1; 1.3.2), el cuerpo (efímero y transitorio) se convierte no solamente en “la huella más tangible del actor en cuanto se distienden los vínculos sociales y la trama simbólica que provee significaciones y valores” (Le Breton 2002:11), sino también, paradójicamente, en “santuario y último refugio de la

continuidad y la duración” (Bauman 2003:194). De ahí “la rabiosa, obsesiva y febril preocupación por defender el cuerpo” (ibid.:194):

El cuerpo se está convirtiendo en la última línea de trincheras de la seguridad, expuesta al constante bombardeo del enemigo, o en el último oasis entre las arenas agitadas por el viento. [...] El límite entre el cuerpo y el mundo exterior es una de las fronteras contemporáneas más vigiladas. Los orificios corporales (sitios de entrada) y sus superficies (los puntos de contacto) son los principales focos de angustia generados por la conciencia de la mortalidad. [...] Los límites exteriores del cuerpo dividen el reino de la confianza y el cuidado amoroso de la jungla llena de riesgos, sospechas y vigilancia perpetua. (Bauman 2003:194-195)

Paradójicamente, en nombre de la preservación del cuerpo asediado por el peligro, llega a ser sacrificada la vida misma: solo una vida disciplinada y controlada (la obsesiva “vida en muerte”, en palabras de Slavoj Žižek (2011)) protege el cuerpo de la exposición a una contaminación (contagio) que lo pone en riesgo de ser devastado – la amenaza que se sitúa en la frontera entre lo interior y lo exterior, lo propio y lo extraño, lo individual y lo común. Como ejemplo paradigmático y especialmente “literal” de esta tendencia basta recordar la epidemia de la gripe A N1H1 (la autoreclusión de muchos, acompañada de recomendaciones mediáticas para prevenir el contagio: mantenerse alejados de los enfermos, no saludar de beso ni de mano, lavarse las manos con frecuencia), pero pueden citarse también prácticas cotidianas, mucho menos espectaculares, en torno a la corporalidad inmersa en el espacio urbano: la proliferación de los fraccionamientos cerrados o el uso del automóvil como “burbuja protectora” al transitar por la ciudad, entre otros.

Ante el riesgo, la inseguridad y la incertidumbre, el cuerpo como supuesto refugio de seguridad y certeza se revela profundamente paradójico: la expectativa del peligro pone al descubierto su carácter frágil, efímero y transitorio. Enfrentar el riesgo significa inevitablemente la puesta en duda de la visión moderna del sujeto-cuerpo autosuficiente que defiende su totalidad negando su fragilidad, cerrado sobre sí mismo, inmune contra lo que lo corrompe y contamina.

Esta tensión moderna en torno al cuerpo - entre la invulnerabilidad postulada y la vulnerabilidad *de facto* - subyace también en los planteamientos de

Roberto Esposito referidos al concepto de la *immunitas* (cf.:1.3.1.). Las lógicas de la *immunitas* (profundamente modernas, según el autor) prometen aminorar la vulnerabilidad del sujeto-cuerpo individual frente a lo común ambivalente, proteger al sujeto de la potencial entropía de lo común (que representa don y beneficio, pero también deuda y amenaza). Y mientras que, en virtud de estas mismas lógicas “inmunitarias”, la *communitas* ambivalente se va convirtiendo en sinónimo de peligro, surge una concepción de lo común que encuentra en el cuerpo aislado y protegido su más acabada metáfora: lo común como la “unidad de unidades”, la fusión de cuerpos, que tiene como resultado un cuerpo más grande, más protegido, inmune: un “nosotros” excluyente en el que el sujeto-cuerpo se protege de los riesgos de la otredad.

Bauman, al igual que Esposito, pone en relación el sujeto-cuerpo (como reducto de la *immunitas*) y la comunidad. Según el autor, la nueva supremacía del cuerpo se refleja, entre otros, en la tendencia a modelar la imagen de comunidad siguiendo el patrón del cuerpo idealmente protegido: la comunidad “se visualiza como una entidad homogénea y armoniosa en su interior, purificada de toda sustancia extraña e indigerible [...], pero pesadamente armada en el exterior y recubierta de una coraza impenetrable” (ibid.:195). La comunidad se convierte así en la “ampliación” del cuerpo individual que se inmuniza contra lo que lo altera, lo transforma, lo corrompe.

El Otro difuso

El cuerpo y la comunidad, concebidos de esta manera, encuentran su razón de ser en un afuera constitutivo asociado con la amenaza, lo patógeno, la muerte. Es aquí donde inevitablemente aparece la figura del Otro que encarna el riesgo de contagio, la penetración violenta, el peligro de contaminación letal. La mismidad que equivale a lo sano, lo puro, lo cierto y lo seguro, se constituye en referencia a la otredad como amenaza. En este contexto, la metáfora de Narciso y Medusa, propuesta por Reguillo (1995), parece especialmente acertada: Narciso, un ser tan bello que no le es posible resistir fundirse con el mismo, representa el poder de seducción de la comunidad, un “nosotros” volcado hacia sí mismo; Medusa, una

alteridad radical, es el Otro amenazante y destructor. Sin embargo, comenta la autora, “Narciso es Medusa cuando la mirada es exterior; Medusa es Narciso, cuando la mirada es interior” (1995:44) – un perpetuo juego de espejos que provee de límites al cuerpo y la comunidad al mismo tiempo que profundiza la sensación de asedio.

Es posible pensar, por supuesto, que la figura del Otro amenazante representa en cierto sentido una constante antropológica vinculada con la necesidad de nombrar el miedo, equiparlo de un rostro, expulsarlo fuera de la esfera segura. Encontrar el objeto de miedo significa reconstruir una coherencia (aunque ilusoria), “encontrar las causas de un mal es volver crear un marco de seguridad” (Delumeau 1989:203). Sin embargo, es posible argumentar también que en la actualidad la necesidad de domar la angustia, entendida como el “sentimiento global de inseguridad” (ibid.:31), convirtiéndola en miedos nombrados resulta para muchos especialmente apremiante y difícil, al mismo tiempo que la figura del Otro ya no puede ser expulsada fácilmente fuera de las esferas de lo propio, lo conocido y lo seguro. El Otro se ha vuelto más próximo y más difuso. Como ejemplo, basta pensar en las figuras del Otro en el espacio urbano: un cliente en la tienda que puede revelarse como un asaltante; un automovilista potencialmente armado; un vecino y padre de familia que resulta ser narcotraficante.

En este contexto vale la pena mencionar otra metáfora que podría revelarse pertinente: la distinción que Michel Foucault (1976) hace entre la lepra y la peste – dos enfermedades que marcaron la historia del Occidente. La lepra suscita rituales de exclusión, separa, marca, divide de manera binaria (leproso-no leproso). La peste, fuente de mezcla y desorden, evoca como respuesta intentos de encauzamiento de la conducta, de la disciplina, del orden. Foucault concibe las dos enfermedades como metáforas de dos modelos distintos de ejercicio de poder, sin embargo, parece igualmente posible pensar la lepra y la peste como metáforas de dos modalidades de la relación entre el sujeto-cuerpo (y la comunidad como su “ampliación”) con el Otro como encarnación de riesgo.

El leproso está marcado, claramente distinguible, es posible expulsarlo y

clausurarlo en nombre de una comunidad pura; es la metáfora del Otro amenazante pero lejano, que no invade el espacio seguro de los no-leprosos. La lepra es una enfermedad cuyas lógicas son claras; el contagio es evitable a través de la división. La peste, por el contrario, se transmite de maneras misteriosas, por medio de mezcla y desorden - es difícil de controlar, puede estar en cualquier parte. El apestado es la metáfora del Otro difuso, poco distinguible, disfrazado de uno Mismo o capaz de convertirse en uno Mismo en cualquier momento. Y es justamente la peste, la que Foucault propone asociar con el desarrollo del régimen de disciplina y control que desde el siglo XVIII ha marcado el paradigma moderno:

A la peste responde el orden; tiene por función desenredar todas las confusiones: la de la enfermedad que se transmite cuando los cuerpos se mezclan; (...) Prescribe a cada cual su lugar, a cada cual su cuerpo (...). Por detrás de los dispositivos disciplinarios, se lee la obsesión de los "contagios" (...), de los individuos que aparecen y desaparecen, viven y mueren en el desorden. (Foucault 1976:201)

Tres siglos más tarde, la metáfora de la peste (la exposición a un riesgo descontrolado e incontenible) podría adquirir una sorprendente actualidad, poniendo nuevamente al descubierto las paradojas de la *immunitas*: por un lado, las promesas de la modernidad de construir un mundo más seguro quedan incumplidas; por otro, sin embargo, las lógicas "inmunitarias" parecen mantenerse incuestionadas: el sujeto-cuerpo y la comunidad siguen constituyéndose en oposición al Otro amenazante que, no obstante, resulta cada vez más próximo, difuso y ubicuo.

Así, mientras que la condición del sujeto-cuerpo podría ser vista desde la tensión entre la invulnerabilidad deseada y la vulnerabilidad vivida, su relación con la figura del Otro parece atravesada por una tensión paralela entre el deseo de circunscribirlo y excluirlo, y su creciente ubicuidad, proximidad e impredecibilidad. Como veremos a continuación, también el espacio, en el que se ve inmersa la corporalidad de los sujetos y se realizan los encuentros con el Otro, puede ser visto desde una perspectiva similar: entre la tendencia moderna de controlar, demarcar y "domesticar" el espacio y la actual condición de lo urbano marcado por

la complejidad, lo fortuito, lo caótico.

El espacio: cartografiar la ciudad

Según Michel de Certeau (2007), desde que el mero hecho urbano se transformó en concepto de ciudad (posiblemente desde el siglo XVI), la administración se ha combinado inevitablemente con la supresión y la eliminación: por un lado, diferenciación y redistribución de partes y funciones; por otro, el rechazo de lo que no es tratable por una administración funcionalista (anormalidad, desviación, enfermedad, muerte) (ibid.:105). Por eso, según el autor, el fenómeno urbano puede ser entendido, en cierto sentido, como una de las posibles manifestaciones de la “cuadrícula disciplinaria” en el sentido foucaultiano. Sin embargo, argumenta de Certeau, la ciudad nunca se ha convertido enteramente en campo de operaciones programadas y controladas, “está a merced de los movimientos contradictorios que se compensan y combinan fuera del poder del panóptico” (2007:107). De ahí que el autor propone abandonar la mirada disciplinante del proyecto urbanístico y dedicar atención a “prácticas ajenas al espacio ‘geométrico’ o ‘geográfico’” (ibid.:105), las cuales remiten a otra espacialidad, la de una experiencia antropológica, poética y mítica del espacio. Se trata de “analizar las prácticas microbianas, singulares y plurales, que un sistema urbanístico debería manejar o suprimir [...], procedimientos – multiformes, resistentes, astutos y pertinaces - que escapan de la disciplina, sin quedar, pese a todo, fuera del campo donde ésta se ejerce” (ibid.:108).

Podríamos preguntar, por supuesto, si el planteamiento de Michel de Certeau (sin duda sugerente e inspirador, pero formulado hace ya más de treinta años) todavía refleja plenamente la realidad de una ciudad contemporánea. La visión de lo urbano como espacio estable y delimitable, lugar privilegiado de intervenciones del poder panóptico al que responden las minúsculas resistencias-artimañas de las prácticas cotidianas, podría estar perdiendo su claridad y obviedad. Según Olivier Mongin (2006), por ejemplo, la ciudad está dejando de ser un espacio finito y limitado que ofrece la posibilidad de prácticas infinitas (como lo sugeriría el planteamiento de Michel de Certeau) para ir convirtiéndose cada vez

más en “un espacio ilimitado que hace difíciles, y hasta imposibles, los intercambios y las trayectorias, un espacio que favorece prácticas limitadas y segmentadas” (ibid.:164). Daniel Hierneaux (2006), por su parte, pregunta si estamos todavía frente a lo que tradicionalmente se ha llamado “ciudad” y propone indagar en la esencia de lo urbano actual recurriendo a tres categorías: lo laberíntico, lo fugaz y lo fortuito. La complejidad, la volatilidad, lo caótico, lo espontáneo y la ausencia de duración no constituyen para Hierneaux el contrapeso “subversivo” del concepto dominante de la ciudad (como lo quiere de Certeau) sino son presentados como la “esencia ontológica” de la ciudad contemporánea: lo que parece definir la experiencia urbana actual es “la ausencia de un trazado fiable, permanente, seguro para nuestras acciones en el tiempo y en el espacio” (ibid.:15). Coincide con él Reguillo: “desafiando la razón arquitectónica, la estética del caos y la lógica del desorden se instauran como lenguajes de lo urbano [...]. La ciudad se narra a sí misma de forma en que la superposición de planos dificulta establecer demarcaciones y fronteras estables” (2005:369-370).

Esta visión de la ciudad como espacio ilimitado y laberíntico, marcado por el desorden y la ausencia de duración, resulta especialmente pertinente si miramos lo urbano desde la perspectiva de riesgo. En la ciudad interpretada como espacio amenazado y amenazante (presente de manera destacada en las narrativas de los sujetos de esta investigación) parece tratarse no solamente de desafiar el orden impuesto recurriendo a prácticas cotidianas subrepticamente rebeldes y liberadoras, y sino también de establecer límites, de demarcar lo seguro, de trazar mapas para mantenerse ileso: procedimientos artesanales y precarios de mantenimiento y restablecimiento de orden, claridad y certeza.

Además, si miramos desde la perspectiva mencionada, irremediablemente pierde su naturalidad la sugerente poética del caminante que emana del texto de Michel de Certeau - el encanto y la ligereza de los vagabundeos de los practicantes de la ciudad quienes la atraviesan libremente apropiándose del espacio a través de improvisaciones, astucias y “creaciones subrepticias” (2007:108) parecen constituir experiencias urbanas cada vez menos obvias. En todo caso, la poética de las narrativas recogidas para esta investigación en

particular parece muy distinta: es la del encuentro siempre inminente con lo siniestro, de travesías temerosas por territorios habitados por fuerzas demoniacas, de la aparente inevitabilidad de la violencia y del miedo.

Y sin embargo, aunque resulta necesario tomar en cuenta las objeciones mencionadas, el planteamiento de Michel de Certeau aporta una perspectiva sumamente pertinente para abordar la relación entre la subjetividad y el espacio. El autor habla de “enunciaciones peatonales” (2007:109) o “retóricas del andar” (ibid.:111), por las que entiende los procesos de apropiación creativa del sistema topográfico por parte del practicante de la ciudad. Las metáforas lingüísticas que introduce no solamente permiten entender las prácticas de los “caminantes” como actos enunciativos, sino, al mismo tiempo, ponen énfasis en la estrecha relación entre la acción y la significación. El espacio practicado y el espacio “significado” se mantienen en una reciprocidad indisoluble; tanto las prácticas como las narraciones fabrican, estructuran y transforman el espacio. El caminante actualiza algunas de las posibilidades y prohibiciones escondidas en un orden espacial, “dedica ciertos lugares a la inercia o al desvanecimiento y, con otros, compone ‘sesgos’ espaciales” (ibid.:111); no deja de “componer espacios, verificarlos, confrontarlos y desplazar fronteras” (ibid.:135): a la topografía urbanística se sobrepone así la topografía de los que practican y narran el espacio.¹⁷

¹⁷ Dos tropos de la “retórica del caminante” resultan especialmente importantes: la *sinécdoque* (una parte representa un todo) y el *asíndeton* (omisión de la conjunción). La primera dilata un elemento del espacio para hacerlo representar el papel de un “más”, el otro “abre ausencia en el continuum espacial, y retiene sólo unos trazos escogidos” (ibid.:114). “El espacio así tratado y modificado por las prácticas se transforma en singularidades amplificadas y en islotes separados” (ibid.:114). La *frontera* y el *punte*, por su parte, son figuras esenciales que expresan la relación entre un espacio (legítimo) y su exterioridad (extranjera). Ambos tienen un papel mediador: la frontera “crea la comunicación al mismo tiempo que la separación” (ibid.:139); el puente “unas veces suelda, otras opone insularidades. Las distingue y las amenaza. Libera del encierro y destruye la autonomía” (ibid.:140). Las “operaciones de deslinde”, a través de narrativas y prácticas, fundan y articulan espacios, los estructuran delimitándolos.

La visión de Michel de Certeau (forjada en respuesta al planteamiento de Michel Foucault quien pone énfasis en el peso de la “cuadrícula disciplinaria”) destaca la creatividad del sujeto que actúa en el marco constreñido por las relaciones de poder – una creatividad sigilosa que se vincula estrechamente con los condicionamientos y posicionamientos de los sujetos que narran y practican el espacio urbano. De ahí la necesidad de no olvidar que “la ciudad dice y significa cosas distintas según el lugar social desde el cual se le experimente” (Reguillo 2003:4) y de pensarla como “una compleja red heterogénea que moviliza usos e imaginarios diferenciados” (ibid.). En otras palabras, resulta importante no menospreciar las posiciones sociales de los sujetos que narran y practican la ciudad, y las cuales, según Reguillo, operan sus vínculos con la ciudad desde una triple lógica: *el espacio tópico* “que alude al territorio propio y reconocido, [...] el lugar ‘seguro’ pero al mismo tiempo amenazado”; *el espacio heterotópico*, “que alude al territorio de los ‘otros’ y que representa esa geografía atemorizante en la que se asume que ‘suceden cosas’”, y finalmente *el espacio utópico* “que habla de un territorio que apela a un orden que se asume no solo como deseable, sino que funciona como dispositivo orientador en la comprensión del espacio tópico en sus relaciones con el espacio heterotópico” (ibid.).

Por supuesto, la pregunta por las “fabricaciones del espacio” por parte de los sujetos no interesa aquí en sí misma – la relación del sujeto-cuerpo con el espacio es entendida como un aspecto importante de subjetividad que, a su vez, se mantiene estrechamente vinculado con otros fenómenos. Varios autores destacan la necesidad de colocar estas cuestiones en un contexto más amplio. Así, por ejemplo, los problemas vinculados con el aumento de la inseguridad, que se traducen, por supuesto, en ciertos significados y prácticas que los sujetos desarrollan en torno a su corporalidad y el espacio en el que ésta se ve inmersa, forman parte de una problemática mucho más abarcadora y compleja:

El empeño por centrar la atención en la criminalidad y en los peligros que amenazan la seguridad física de los individuos y sus propiedades está íntimamente relacionado con la ‘sensación de

precariedad´ y sigue muy de cerca el ritmo de la liberalización económica y de la consiguiente sustitución de la solidaridad social por la responsabilidad individual. (Bauman 2007:29)

La sensibilidad a la inseguridad no procede únicamente de la multiplicación de la delincuencia menor. Obedece mucho más a la generalización de una relación más frágil e incierta con los hombres y las cosas. [...] A medida que flaquea el apoyo de las instituciones de encuadramiento y las normas sociales de conducta, brota una angustia tan difusa como apremiante. Incapaces de analizar claramente sus mecanismos, polarizamos nuestras actitudes sobre las formas más elementales de la tranquilidad (Fitoussi y Rosanvallon 1997:45)

Queda claro que, según los autores citados, no es posible abordar las cuestiones vinculadas con el sujeto-cuerpo inmerso en el espacio urbano en cuanto un espacio heterotópico, territorio del Otro que encarna riesgo, sin tomar en cuenta la totalidad de inseguridades e incertidumbres que enfrenta el sujeto contemporáneo (cf.1.3.1.; 1.3.2.). Según Zygmunt Bauman, la incertidumbre respecto al futuro, la fragilidad de la posición social y la inseguridad de la existencia tienen origen en lugares remotos y por lo tanto escapan a todo control individual (2008:30-31). Incapaz de contrarrestarlas, el sujeto centra su atención en asuntos relacionados con la seguridad personal, “la clase de asuntos que, a su vez, se condensan en impulsos de carácter segregacionista/exclusivista, los cuales derivan inexorablemente en guerras por conquista del espacio urbano” (ibid.:31).

Antes las murallas protegían la ciudad de un exterior inseguro, actualmente la vida urbana se asocia cada vez más con el peligro, reitera Bauman. La guerra contra la inseguridad se libra en el interior de la urbe (los barrios cerrados constituyen la forma más llamativa de muralla defensiva); la obsesión por trazar fronteras dentro de lo urbano se deriva de la búsqueda de seguridad en un mundo percibido como salvaje, imprevisible, amenazador. Esta tendencia desemboca no solamente en la intensificación de control social y espacial, sino también en la creciente privatización de los espacios urbanos y la paulatina desaparición de los espacios públicos (Soja 2000).

“El territorio, a través del cierre, se vuelve una manera de asegurarse [...] contra los riesgos cotidianos que genera la metropolización” (Capron 2009:167); y no se trata solamente del sentimiento de inseguridad física y material, sino de falta

de seguridad ontológica que puede ser vinculada con la falta de dominio de su entorno por parte de los sujetos, además de una relación difícil con la alteridad.

El concepto de seguridad ontológica es abordado por Anthony Giddens (1998) - nuevamente, en el contexto más amplio de inseguridades e incertidumbres contemporáneas. El autor explica que la “actitud natural” en la vida cotidiana supone el suspenso de cuestiones existenciales, cuya obviedad, como nos lo han enseñado los filósofos, se derrumba fácilmente bajo una mirada escéptica. Esta suspensión (en términos fenomenológicos) permite al sujeto mantener la seguridad ontológica vinculada a su vez con la confianza básica (un término acuñado por Erick Erickson) que Giddens interpreta como el sentimiento de relativa invulnerabilidad, o coraza protectora, que “consiste en dejar en suspenso en la práctica posibles sucesos capaces de amenazar la integridad corporal o psicológica del agente” (1998:57). El autor añade también que esta barrera protectora “puede ser atravesada, temporal o permanentemente, por acontecimientos que demuestran la realidad de las contingencias desfavorables que implica cualquier riesgo” (ibid.:57). En cuanto se debilita la seguridad ontológica, el estable orden de la vida cotidiana aparece frágil y amenazado: “por otro lado de lo que podrían parecer aspectos muy triviales de la acción y el discurso diario asecha caos” (ibid.:52) – lo conocido se torna inquietante y se tiñe de incertidumbre. El paulatino deterioro de la seguridad en el espacio urbano (la violencia cada vez más cercana y exacerbada, por ejemplo), las instituciones desenmascaradas como reductos aparentes de seguridades y certezas, la confusión frente a códigos interpretativos, despojan la realidad de su obviedad tranquilizante.

El concepto de seguridad ontológica, abordado por Anthony Giddens (1998), es mencionado también por Alain Bourdin (2007) en el contexto de la obsesión contemporánea por el llamado “riesgo cero”. La seguridad ontológica, caracterizada por Bourdin como “la coherencia y la continuidad de la identidad del individuo, así como por la estabilidad de su entorno inmediato” (ibid.:133), se ve constantemente cuestionada por la inestabilidad estructural de los contextos metropolitanos:

La ilusión del riesgo cero es tanto más grande, cuanto que el mundo es móvil y cambia sin cesar, creando nuevas situaciones cuyo potencial de riesgo no puede preverse por completo; desemboca con frecuencia en una solicitud de declaratoria de santuario: del domicilio, de ciertas instalaciones o espacios, de un país entero. Las respuestas que se le dan son necesariamente decepcionantes, puesto que nunca conducen a una total ausencia de riesgo (2007:119)

Alain Bourdin, al igual que los demás autores mencionados, enfatiza la imposibilidad de explicar las prácticas y los significados en torno al espacio (el cuerpo, las figuras del Otro) sin tomar en cuenta su relación con un amplio conjunto de fenómenos contemporáneos. La inestabilidad de lo urbano, el debilitamiento del pacto social, la institucionalidad en crisis, la sustitución de la solidaridad por la responsabilidad individual, la incertidumbre, la sensación de precariedad y de falta de seguridad, tanto la física y la material como la ontológica, se encuentran entre los problemas mencionados.

1.3.5 Comentarios finales

En este apartado, dedicado a presentar las articulaciones de los conceptos y las categorías pertinentes para el acercamiento analítico hacia el objeto de esta investigación, se abordaron sobre todo cuestiones sin las que resulta difícil pensar la condición del sujeto contemporáneo frente al riesgo, la inseguridad y la incertidumbre. Resulta importante subrayar que este “andamiaje” teórico no se construyó *a priori*, como lo podría sugerir el orden del texto de la tesis, sino se fue complejizando y enriqueciendo conforme iba avanzando el trabajo de campo y el proceso del análisis. Por eso sería erróneo considerarlo un “punto de partida” para la investigación empírica o un “lente” a través del cual se analizaron los datos. Constituye más bien el resultado de un constante ir y venir entre las lecturas realizadas durante todo el proceso de la investigación y las observaciones de corte empírico.

La visión de sujeto y subjetividad que surge a partir de este recorrido teórico arroja varias preguntas que se suman a la pregunta de investigación: ¿Qué

posturas toman los sujetos de cara al riesgo? ¿Cómo viven y experimentan el riesgo, la inseguridad y la incertidumbre desde su posición social específica? ¿Qué significados y prácticas desarrollan de cara a riesgo en torno a su corporalidad, el espacio, su relación con el Otro, con la comunidad? ¿Qué imaginarios, emociones, experiencias y saberes se entrelazan en las subjetividades en torno a los riesgos en cuanto “el presente de catástrofes futuras”? ¿Cuáles son, en este contexto, los futuros imaginados por los sujetos y de qué manera condicionan su presente? ¿De qué manera el riesgo, que marca la realidad cotidiana, configura la agencia, o la capacidad del sujeto de perpetuar o transformar sistemas sociales?

Estas son solo algunas de muchas preguntas que surgen en torno a subjetividades que se configuran en el contexto del riesgo. Buscando responderlas, realicé una investigación de corte cualitativo en la zona metropolitana de Guadalajara, que abarcó entrevistas con sujetos de perfiles diferenciados, observaciones etnográficas en el espacio urbano, así como recolección de ciertos textos mediáticos. La información recabada a partir de esta investigación empírica será analizada en la segunda parte de la tesis. No obstante, antes de pasar a la parte analítica, resulta necesario dedicar algunas páginas a esclarecer las decisiones metodológicas tomadas. A ellas será dedicado el siguiente capítulo.

Capítulo 2

La metodología

Este capítulo presenta las decisiones metodológicas tomadas con la finalidad de acercarse al objeto de estudio y de responder la pregunta de investigación; describe también el proceso de recopilación de datos y su análisis.

En primer lugar se explican los supuestos teórico-metodológicos que subyacen en las decisiones metodológicas tomadas, para luego exponer las razones por las que se adoptó un enfoque cualitativo y etnográfico, así como la teoría fundada como herramienta heurística privilegiada. Luego, se presentan las técnicas y los instrumentos aplicados para la recopilación de datos y se describe brevemente el corpus de datos. Finalmente, se esclarece también el proceso de análisis.

2.1. La perspectiva teórica de las decisiones metodológicas

En el capítulo teórico presenté la pregunta de investigación que gira en torno a subjetividades que se configuran en relación con riesgos contemporáneos. Mencioné también que para responderla resulta pertinente tomar en cuenta la perspectiva de sujetos (inmersos en un tiempo-espacio concreto) que, a partir de sus múltiples condicionamientos estructurales y culturales, dotan de sentido a riesgos actuales.

La pregunta de investigación, así formulada, coloca el sujeto y la subjetividad en el centro de atención; sugiere además la necesidad de mirar el sujeto dentro de un contexto específico y en la tensión constante entre él y las estructuras. En concordancia con los supuestos mencionados fueron tomadas las decisiones metodológicas. En este apartado se presentará primero la concepción de sujeto y subjetividad que subyace en el diseño metodológico de la investigación, con énfasis puesta en la tensión entre la capacidad transformadora del sujeto y su sujeción al mundo social. Se abordarán también la significación y la

acción como expresión del sujeto, lo que, a nivel de análisis, enfocará la atención en narrativas y prácticas de los sujetos, vistas, nuevamente, desde la tensión entre el sujeto y la estructura, a saber, no como una “libre” expresión de los sujetos, sino como actualización de ciertos discursos sociales, los cuales, sin embargo, son objeto de apropiaciones diversas por parte de los sujetos. Finalmente, se describirá también la actitud metodológica tomada frente a la realidad por observar: enfoque cualitativo y etnográfico, así como la teoría fundada como inspiración heurística de este estudio.

2.1.1. Sujeto y subjetividad

A lo largo de las últimas décadas, las Ciencias Sociales han ido “descubriendo” al sujeto y su capacidad de transformar la realidad social. Este giro hacia el sujeto ha mostrado los límites de miradas estructuralistas, en las que el sujeto aparece primordialmente como un producto de la vida social. Sería ingenuo, sin embargo, menospreciar el peso de las estructuras. De ahí que surgió la necesidad de una teoría que superara las miradas tanto estructuralistas (que tienden a presentar al sujeto como “aplastado” por las estructuras) como culturalistas (que tienden a menospreciar las constricciones de orden social), mostrando la relación sujeto-estructura en tensión analítica.

Este esfuerzo ha estado presente, entre otros, en el pensamiento de Pierre Bourdieu (1990, 1999), quien supera la visión dicotómica de sujeto y sociedad introduciendo los conceptos de *habitus*, campo y capital, los cuales se mantienen en una complicidad ontológica y encuentran su expresión en la práctica social. El concepto de *habitus* hace referencia a las disposiciones de los agentes, que son a la vez estructuradas y estructurantes, y se adquieren mediante la práctica como “una subjetividad socializada”. Los agentes participan en un campo y poseen capitales que se acumulan, intercambian y transforman. Los conceptos de *habitus*, campo y capital son correlacionados; coexisten en una relación indisoluble.

Anthony Giddens (1998a), por su parte, propone hablar de la “dualidad de las estructuras”: “las reglas y los recursos que se aplican a la producción y

reproducción de una acción social son, al mismo tiempo, los medios para la reproducción sistémica.” (ibid.:55). Así, la estructura y el sujeto son elementos que se presuponen uno a otro: la sociedad se constituye a través de la agencia de los sujetos, los cuales, en cada una de sus prácticas, reproducen y producen la realidad social. Las estructuras (que son tanto un medio como un resultado de las prácticas) son, a su vez, tanto limitadoras como habilitantes. La agencia del sujeto (o agente, como lo propone denominar el autor) resulta central: denota su capacidad de ejercer poder o producir un efecto – “conciene a sucesos de los que un individuo es el autor, en el sentido de que el individuo pudo [...] haber actuado diferentemente” (ibid.:46)

Así, el concepto de sujeto social pone énfasis, por un lado, en su vínculo con la acción, iniciativa y capacidad transformadora, y por otro, su sujeción a un mundo social: el sujeto es visto como productor y a la vez producto de la vida social y no puede ser entendido fuera de la relación de mutuo modelaje entre él y la estructura. La subjetividad, a su vez, puede entenderse como una dimensión en la que se interioriza lo social y que a su vez puede exteriorizarse participando así en la configuración y reconfiguración de lo social. Reguillo propone definirla como “la compleja trama de los modos en que lo social se encarna en los cuerpos y otorga al individuo históricamente situado tanto las posibilidades de reproducción de ese orden social como las de su negación, impugnación y transformación” (2006:61). Y no se trata aquí solamente de la capacidad de acción sino de producción y reproducción de sentido: preguntar por sujeto y subjetividad significa también (e inevitablemente) preguntar por la significación entendida como “el proceso de simbolización o el conjunto de procedimientos mediante los cuales los sujetos dotan, intersubjetivamente, de sentido a la realidad” (Reguillo 2009:21). En este aspecto la tensión analítica entre el sujeto y la estructura resulta igualmente crucial: los sujetos construyen sentido sobre el mundo desde un lugar social históricamente construido.

El acercarse a la subjetividad desde la perspectiva mencionada, permite observar a los sujetos en su capacidad para interactuar con las estructuras; permite también ver en el sujeto una fuente tanto de reproducción como de

cambio. Mencionamos, además, que el sujeto se expresa tanto por medio de significados que adscribe a la realidad en la que se ve sumergido, como a través de sus acciones. De ahí que para responder la pregunta de esta investigación, que gira en torno a subjetividades, resulta pertinente tomar en cuenta ambos aspectos de lo que podríamos entender como la expresión del sujeto: la significación y la acción.

Esto, a nivel de análisis, se traduce en el énfasis puesto sobre las narrativas y las prácticas de los sujetos, sin olvidar que éstas surgen siempre desde posiciones sociales específicas. De ahí que, en cuanto a instrumentos de investigación, opté por entrevistas con sujetos de perfiles diferenciados como recurso central. Como resultado, me fue posible recolectar narrativas surgidas desde lugares sociales diversos.

La aspiración de esta investigación es, sin embargo, no quedarse a nivel de lo expresado por sujetos diferenciados estructuralmente y culturalmente, sino averiguar de qué manera sus narrativas y prácticas actualizan ciertos discursos sociales producidos intersubjetivamente. Espero así poder dar cuenta de la tensión entre lo social interiorizado y lo subjetivo exteriorizado, en la que se forjan las subjetividades. El desafío consiste en encontrar en las narrativas huellas de ciertos discursos vinculados con la noción de riesgo, para observar luego de qué maneras los sujetos se apropian de estos discursos convirtiéndolos en insumos para dotar de sentido la realidad en la que se ven inmersos.

2.1.2. Narrativas, prácticas, discursos

Para esclarecer mi concepción de la relación entre las narrativas/prácticas de los sujetos y los discursos que éstas actualizan, propongo evocar dos visiones del sujeto que, aunque pueden considerarse opuestas, resultan ser complementarias: el sujeto visto a través de las lógicas de disciplina, asociadas con el análisis que propone Michel Foucault en su obra *Vigilar y castigar* (1976), y el sujeto de resistencia, a partir de la postura de Michel de Certeau en *La invención de lo cotidiano* (2007).

El pensamiento de Foucault gira en torno al sujeto constituido a partir de las relaciones de saber-poder: el pensador pone énfasis en los juegos de saber y las prácticas de poder en cuyo seno se ha configurado y modificado el sujeto. Así, la subjetividad es la forma histórica que adopta el individuo al contacto con las prácticas y los discursos que constituyen fuerzas tanto represivas como dinamizadoras. Por eso resulta imposible estudiar el sujeto al margen del poder. Michel Foucault caracteriza a la sociedad contemporánea como sociedad disciplinaria, en la que las relaciones de poder se establecen no *por* encima, sino en el tejido mismo de lo social. De este modo, el sujeto queda “atrapado” en las relaciones de poder que él mismo prolonga y perpetúa, convertido en uno de sus engranajes, a través de procedimientos minúsculos y aparentemente sin importancia (Foucault 1976).

Michel de Certeau, por su parte, pone énfasis en las resistencias del sujeto, aunque limitadas por las redes de disciplina. Mientras que Foucault demuestra cómo “la violencia del orden se transforma en tecnología disciplinaria” (Certeau 2007:XLV), de Certeau intenta “exhumar las formas subrepticias que adquiere la creatividad dispersa, táctica y artesanal de grupos o individuos atrapados en lo sucesivo dentro de las redes de la vigilancia” (ibid.:XLV).

Sería erróneo ver estas dos posturas como excluyentes. El mismo Michel de Certeau contempló su teoría no como una contradicción de lo propuesto por Foucault, sino mucho más como su contrapeso necesario:

Si es cierto que por todos lados se extiende y se precisa la cuadrícula de la “vigilancia”, resulta tanto más urgente señalar cómo una sociedad entera no se reduce a ella; qué procedimientos populares (también “minúsculos” y cotidianos) juegan con los mecanismos de la disciplina y sólo se conforman para cambiarlos; en fin, qué “maneras de hacer” forman la contrapartida, del lado de los consumidores (o ¿dominados?), de los procedimientos mudos que organizan el orden sociopolítico (de Certeau 2007:XLIV)

El autor compara los sujetos con hablantes de una lengua: aunque usen vocabularios establecidos y sintaxis prescritas, sus “frases trazan las astucias de otros intereses y deseos que no están ni determinados ni captados por los sistemas donde se desarrollan” (Certeau 2007: XLIX).

La metáfora lingüística resulta aquí especialmente pertinente: la lengua no deja de ser una “cuadrícula disciplinaria” que limita a sus hablantes dentro de sus confines, no les permite expresarse más que dentro de sus reglas; y, sin embargo, se revela, al mismo tiempo, como un recurso poderoso y necesario para dar sentidos diversos a la realidad vivida. En palabras de Octavio Ianni:

Sí, ésta es la paradoja: mientras no se expresa con palabras, el mundo está en el limbo, se presenta como una nebulosa misteriosa; pero cuando está hecho con palabras, articulado y significativo, ese mismo mundo corre el riesgo de descubrirse delimitado, prisionero o significado (Ianni 2000:208)

Es desde esta paradoja (expresada a través de la metáfora del lenguaje) que propongo mirar las narrativas y prácticas de los sujetos de esta investigación. Resulta innegable que lo que ellos dicen y hacen se nutre del “menú” de ciertos discursos sociales: vistas desde esta perspectiva las subjetividades podrían parecernos “prisioneras” de los discursos. Sin embargo, no hay que olvidar que estos mismos discursos constituyen para los sujetos insumos importantes para dotar a la realidad de sentido – como marcos interpretativos y como guías para la acción (Reguillo 1996) – y que, además, las maneras en las que los sujetos se los apropian, distan de ser rígidas, automáticas o estériles: los discursos son actualizados por ellos, a veces de maneras poco ortodoxas, a veces “híbridas” o “mestizas”, y se convierten frecuentemente en evidencias de esta “creatividad dispersa, táctica y artesanal” de la que habla de Certeau (2007:XLV).

Ilustrativa resulta en este contexto la distinción entre discurso y narrativa propuesta por Hermann Herlinghaus (2002). El discurso es asociado por el autor con la institucionalización, codificación y especialización, mientras que la narrativa se vincula con la oralidad y el cuerpo, “habita los márgenes de los sistemas discursivos, aprovechándose ágilmente de elementos y espacios tanto propios como ajenos” (2002:40). Frente al predominante orden del discurso, las narrativas se valen de la oralidad como expresión “de los conflictos inscritos en el cuerpo, de articulación de lo que el cuerpo comunica más allá y por debajo del lenguaje

codificado” (2002:46). Mientras que el discurso representa la racionalidad institucionalizada, la narrativa podría entenderse como “la voz del sujeto”.

La perspectiva de la narrativa nos hace preguntar, entonces, cómo el sujeto se cuenta a sí mismo como el héroe de su propio mito (May 1997), cómo da sentido a su mundo a través de su experiencia, su emoción y sus creencias. La perspectiva de discurso, a su vez, nos hace preguntar cómo la subjetividad se nutre de los discursos que circulan en el mundo social, cómo se moldea a través de ellos (Foucault 1979). Así, mientras la perspectiva de la narrativa nos permitiría mirar lo relatado “desde” el sujeto, la perspectiva del discurso significa, en cierto sentido, acercarse a las estructuras, sin olvidar, por supuesto, que la distinción es, sobre todo, analítica – al igual que la misma distinción entre el sujeto y la estructura.

Así, se trata de preguntar, por un lado, qué discursos sociales producidos intersubjetivamente se actualizan en las narrativas y prácticas de los sujetos, y por otro, de qué maneras los sujetos se apropian de estos discursos para convertirlos en insumos para dotar a la realidad de sentido. En otras palabras, se trata de mirar las narrativas y las prácticas desde la tensión entre lo social interiorizado y lo subjetivo exteriorizado, en la que se forjan las subjetividades.

2.1.3. Investigación cualitativa, enfoque etnográfico, teoría fundada

La pregunta por las subjetividades supone, por supuesto, buscar una metodología que permita acercarse lo más posible a la realidad vista desde la perspectiva de los sujetos. Por eso opté por una investigación de corte cualitativo, la cual supone desarrollar la capacidad de penetrar hermenéuticamente en el punto de vista del “nativo”: “poner en funcionamiento lo que Husserl denominó la *epoché* o suspensión de la duda de que el mundo sea lo que realmente aparenta, para entender las configuraciones simbólicas y mapas cognitivos que orientan las representación y la acción de los actores sociales” (Reguillo 2009:25).

Por otro lado, parece de suma importancia no perderse en esta mirada interior: la mirada del observador externo y la distancia es necesaria para

mantener la capacidad de crítica. Así, mientras la mirada interior permite entender las características socioculturales de los sujetos, la mirada exterior permite “atender a los marcos, mecanismos y dispositivos de regulación y control social. El investigador dialoga con su “objeto” desde estas dos posiciones” (ibid.:25).

Esto, por supuesto, resulta claro en teoría, pero en la práctica puede convertirse en una situación repleta de ambigüedades y contradicciones. El mismo hecho de convertir en escenario de investigación una ciudad en la que he habitado por doce años, dificulta a veces la mirada del “forastero”, descrita por Alfred Schutz (2003), tan necesaria para lograr la crítica de la “concepción relativamente natural del mundo” (ibid.:99) de los “nativos”. Por otro lado, y paradójicamente, el hecho de que no soy mexicana, fácilmente detectable por mi apariencia y mi acento, hace que los mismos “nativos” realicen suposiciones falsas sobre mi “no pertenencia”, lo que a veces dificulta innecesariamente la “inmersión” en el ambiente de los sujetos. De esta manera, el “extrañamiento” o la “operación de distanciamiento, que, paradójicamente se sustenta en la cercanía y la inmersión” (Reguillo 2004:27), revela en la práctica dificultades inesperadas.

La idea de observar la “concepción relativamente natural del mundo” de los sujetos también resulta más compleja de lo esperado, especialmente si tomamos en cuenta la pregunta de investigación que gira en torno a la noción de riesgo, relacionada a su vez con las de amenaza, peligro, cambio, transformación, inseguridad e incertidumbre, entre otros. Según Schutz, el “pensar habitual” de los sujetos incluye supuestos “obvios”, por ejemplo, “que la vida [...] seguirá siendo la misma que hasta ahora”, “que podemos confiar en el conocimiento recibido de nuestros padres, maestros, gobiernos, tradiciones, hábitos [...]”, que “para dominar o controlar los sucesos basta saber algo acerca de su tipo o estilo general”, o que “los sistemas de recetas como esquemas de interpretación y expresión” [...] no “son asunto privado nuestro, sino que son igualmente aceptados y aplicados por nuestros semejantes” (ibid.:99). Actualmente, estos supuestos parecen estar perdiendo su obviedad para muchos y el tema de riesgo condensa en cierto sentido las incertidumbres contemporáneas. Por eso podríamos, quizá, preguntar si los “nativos”, frente al riesgo, no se convierten a

veces en “forasteros”, para los cuales su propio ambiente resulta contradictorio, poco coherente y sólo parcialmente claro. Esto podría representar una dificultad adicional para la investigación, pero constituye al mismo tiempo una oportunidad interesante de observar los esfuerzos de los sujetos por recobrar coherencia y claridad.

Tomando en cuenta los desafíos mencionados, se apuesta por un enfoque etnográfico, entendido como “descripción densa de la cultura” (Reguillo 2009: 27), siguiendo a Clifford Geertz (1991), para quien la cultura es un contexto dentro del cual puede describirse lo social de manera inteligible. Tal enfoque supone una “inmersión” en los universos simbólicos de los sujetos y la comprensión de las interpretaciones que ellos hacen sobre su mundo, para luego poder interpretar lo interpretado por ellos, o, en otras palabras, problematizarlo. Así, el enfoque etnográfico es interpretativo en dos niveles: el de las interpretaciones de los mismos sujetos y el de las interpretaciones del investigador.

En este contexto hay que mencionar otra inspiración importante para esta investigación: la teoría fundada, un enfoque metodológico que parte directamente de los datos recopilados en el campo para generar conceptos, hipótesis y teorías. Originalmente el método fue desarrollado por Barney Glaser y Anselm Strauss y tiene sus raíces en el interaccionismo simbólico. El punto de partida de los autores fue la búsqueda de una metodología que permitiera la formulación de teorías que pudieran dar cuenta de la agencia de los sujetos, que pusieran énfasis en la complejidad y variabilidad de fenómenos sociales y que destacaran las interrelaciones entre las condiciones, el sentido y la acción (Stauss y Corbin 1990).

La corriente “radical” de la teoría fundada (relacionado, sobre todo con el pensamiento de Barney Glaser) propone prescindir de lecturas previas que podrían sugestionar al investigador en sus intentos de formular una teoría a partir de los datos empíricos. Esta investigación no comparte tal punto de vista: se parte de una serie de supuestos teóricos, fruto de lecturas previas, a partir de los cuales se formuló la pregunta de investigación que se espera responder a partir de los datos recogidos durante el trabajo de campo. En este sentido, la investigación es entendida como diálogo entre los supuestos teórico-metodológicos del

investigador y la realidad observada, aunque con énfasis sobre la intención de acercarse lo más posible a las interpretaciones de los sujetos, su capacidad de interactuar con los sistemas y su participación en la creación de la vida social.

2.2. El proceso de recolección de datos

Una vez asumido el enfoque metodológico descrito en el apartado anterior, surgió, por supuesto, la pregunta por las técnicas y los instrumentos de registro y recolección de datos que permitirían recabar información pertinente, rica y compleja en torno a la realidad social por observar. El proceso de su elección distó de ser lineal o simple. Las decisiones en torno a datos por incluir fueron tomadas paulatinamente, y el tamaño y la diversidad del corpus de datos recolectado llegaron finalmente a sobrepasar considerablemente la concepción que tuve de él en un principio.

El trabajo de campo abarcó aproximadamente dos años, desde septiembre 2010 hasta agosto 2012. Empezó con la realización de tres entrevistas centradas en el problema con sujetos de perfiles contrastantes, a las cuales siguieron otras nueve, realizadas en el transcurso de un año (septiembre 2010 a agosto 2011). Después de esta primera serie de entrevistas centradas en el problema, realicé también siete entrevistas semiestructuradas a sujetos vinculados con instituciones relacionadas de diferentes maneras con la gestión de riesgo (o “gestores de riesgo”, como propongo llamarlos). Paralelamente fui explorando la prensa y los noticieros locales; estas revisiones se intensificaron en momentos de ciertos eventos fulminantes relacionados con la creciente inseguridad en la ciudad. Efectué también una serie de observaciones etnográficas en el espacio de la ciudad, tanto enfocadas en ciertos eventos significativos, como en espacios específicos dentro de la urbe. Al mismo tiempo, fui añadiendo a mi corpus de datos textos mediáticos de diversa índole: correos-cadenas que circulan en internet (ejemplos especialmente llamativos de alertas en torno a riesgos), artículos en las llamadas revistas de difusión en torno a amenazas actuales, así como algunas cintas cinematográficas que abordan algunos fenómenos

pertinentes para esta investigación. A continuación se presentan los instrumentos y el corpus de datos recabado.

2.2.1. Entrevistas centradas en el problema

La pregunta por el riesgo como “configurador” de subjetividades y el supuesto de que tanto la exposición a los riesgos, como las maneras de afrontarlos y significarlos tienen carácter desigual y complejo, y que se vinculan, además, con aspectos tanto objetivados como subjetivos de lo social, me llevó a la decisión de elegir a 12 sujetos de perfiles diferenciados, con tal de observar, analizar e interpretar sus narrativas y prácticas. Con cada uno de los sujetos realicé una entrevista acompañada de observación etnográfica, poniendo énfasis en las experiencias, prácticas, creencias y opiniones de los sujetos en torno a los riesgos actuales.

Las 12 entrevistas realizadas pueden ser caracterizadas como *entrevistas centradas en el problema* (Flick 2007). Como sugiere el nombre, este tipo de entrevista se orienta hacia un problema social pertinente (en este caso las subjetividades que se configuran en relación con la noción de riesgo) y permite recoger datos biográficos respecto a este problema combinando elementos de entrevista tipo pregunta-respuesta y narraciones del sujeto. Según Flick, en la entrevista centrada en el problema se intenta, entre otros, “apoyar el hilo narrativo desarrollado por el entrevistado mismo” (ibid.:101), lo que sin duda se procuró lograr en las entrevistas realizadas para esta investigación.

Así, en el intento de acercarse a lo percibido, concebido y vivido por los sujetos en torno al riesgo, en las entrevistas se abordaron los siguientes ejes temáticos:

- elementos de la biografía: pasado, presente
- relación con el Otro: como referencia, como amenaza, como apoyo
- relación con los medios: la actitud hacia los discursos mediáticos, el consumo mediático
- opiniones sobre los acontecimientos recientes (vinculados con el riesgo)

- las instituciones: Estado, ejército, policía, escuela, trabajo, Iglesia, familia
- las experiencias de inseguridad, riesgo, amenaza
- las prácticas vinculadas con el riesgo
- las visiones del futuro

Como ya he mencionado, la investigación pretende explorar cómo los sujetos, desde sus diferencias estructurales y culturales, enfrentan y dotan de sentido los riesgos. Se supone que la exposición a riesgos tiene carácter desigual; se habla también de posiciones sociales diferenciadas desde las cuales se configuran las subjetividades. Todos estos supuestos me obligaron a buscar a sujetos con perfiles heterogéneos en lo estructural y en lo cultural. Así, opté por elegir a los sujetos considerando los siguientes criterios:

- el género
- la edad
- el estrato socioeconómico (alto, medio alto, medio, medio bajo, bajo) y la situación socioeconómica (estable, inestable, precaria)
- la escolaridad (nula, primaria, secundaria, bachillerato, licenciatura, posgrado)
- la inclinación política (derecha, centro, izquierda, sin preferencia)
- la adscripción religiosa (católicos, creyentes no católicos, ateos, sujetos sin adscripción religiosa, etc.)
- el lugar de residencia dentro de la ciudad
- el tiempo de residencia en la ciudad

A partir de estos criterios se eligieron sujetos de perfiles diferenciados. No todos los perfiles se definieron desde el principio, sino que han sido tomadas en cuenta las entrevistas ya realizadas para la elección de los sujetos siguientes. Las entrevistas se realizaron entre septiembre de 2010 y agosto de 2011. En la siguiente tabla se presentan los perfiles de los sujetos según los criterios propuestos. Además se añade la información sobre su lugar de origen, actividad laboral y arreglo familiar:

Nombre	Edad	Estrato/situación socioeconómica	Escolaridad	Adscripción religiosa	Inclinación Política	Actividad laboral	Tiempo residencia (años)	Lugar de residencia	Lugar de origen	Arreglo familiar
Lidiana	51	alto/estable	Licenciatura	católica practicante	Derecha	ama de casa/maestra de catecismo	30	Valle Real (fracc. cerrado)	Sonora	casada, 4 hijos
Armando	40	medio/estable	Doctorado	Ateo	Izquierda	profesor- investigador	1	Paseos del Sol	Yucatán	soltero
Consuelo	32	bajo/precaria	Primaria	católica practicante	sin preferencia	Costurera	4	La Primavera	Guanajuato	soltera, 1 hijo
Gustavo	18	alto/estable	Bachillerato	católico practicante	Derecha	Estudiante	18	Puerta de Hierro (fracc. cerrado)	Guadalajara	soltero
Remedios	74	medio bajo/inestable	Secundaria	católica no practicante	Centro	enfermera (en retiro)	54	Alcalde Barranquitas	Zacatecas	viuda, 7 hijos
Salvador	49	medio alto/estable	Licenciatura	católico practicante	Derecha	ingeniero construcción	49	Jardín Real (fracc.cerrado)	Guadalajara	casado, 3 hijos
Lorena	26	medio bajo/inestable	Bachillerato	católica no practicante	sin preferencia	edecán/secretaria	26	Lomas de Tlaquepaque	Guadalajara	soltera
Álvaro	35	medio bajo/inestable	Secundaria	sin adscripción	centro-izquierda	Peluquero	28	Colonia Jalisco	Michoacán	unión libre (homosexual)
Angélica	22	bajo/precaria	Secundaria	católica no practicante	sin preferencia	ama de casa	22	Tulipanes	Guadalajara	unión libre, 2 hijos (embarazada)
Elías y Ana	66 65	bajo/precaria	Primaria/nula	creyentes no católicos	sin preferencia	pequeña comerciante/carpintero	65/66	Hermosa Provincia	Guadalajara	casados, 4 hijos
Gabriela	40	medio/estable	Licenciatura	católica no practicante; corriente esotérico	Derecha	maestra de yoga	4	Ave del Paraíso (fracc. cerrado) (San Isidro)	Ciudad de México	divorciada, 2 hijos
Citlali	35	medio bajo/estable	Licenciatura	católica practicante	Derecha	Pedagoga	35	Las Juntas	Guadalajara	casada, 3 hijos

2.2.2. Entrevistas con “gestores de riesgo”

Además de las entrevistas centradas en el problema con los sujetos mencionados, se realizaron también entrevistas a sujetos vinculados con instituciones relacionadas de diferentes maneras con la gestión de riesgo – propongo referirme a ellos como “gestores de riesgo”. El carácter de esta serie de entrevistas ha sido distinto en varios aspectos: esta vez se optó por entrevistas semiestructuradas y se pidió a los sujetos hablar “desde lo profesional”. Así, en cierto sentido, podría hablarse en este caso de entrevistas a expertos, en las cuales, según Flick (2007), el entrevistado “tiene menor interés como persona (completa) que en su calidad de experto para cierto campo de actividad. El experto se integra en el estudio no como un caso individual, sino como representación de un grupo” (ibid.:104). Vale añadir que para esta investigación en particular el saber experto interesa primordialmente en tanto discurso: se pone énfasis en las maneras de cómo se relata el riesgo, cómo se conceptualiza, qué significados se configuran en torno a él.

La dificultad para seleccionar los sujetos por entrevistar consistió sobre todo en la gran variedad y cantidad de posibles “gestores de riesgo”, entre los cuales se eligieron los siguientes:

- Humberto: médico - especialista con varios años de experiencia en medicina interna, obesidad y enfermedades metabólicas relacionadas, causales de alto porcentaje de muerte y enfermedad.
- Pablo: militar - capitán de ejército, militar desde hace treinta años, involucrado, entre otros, en varios operativos durante la actual “guerra contra el narcotráfico”.
- Francisco: sacerdote/filósofo - jesuita y profesor universitario con actitud crítica hacia la institución de la Iglesia y perspectiva filosófica hacia lo contemporáneo.
- Marisol: periodista – quien trabaja para un periódico de uno de los

grupos mediáticos más importantes del país.

- Norma: asesora de seguros – recientemente capacitada para asesorar a clientes, lo que permite observar el discurso de la aseguradora de manera relativamente “fresca” o “inmediata”.
- Ramón: maestro – con treinta años de experiencia como profesor en varios niveles de educación pública y como supervisor de escuelas primarias.
- Jorge: terapeuta naturista – especialista en medicina naturista y hierbería, representante de la corriente esotérica-espiritual.

Las entrevistas se desarrollaron en torno a una serie de preguntas que se fueron modificando en función de la profesión de cada uno de los entrevistados y de sus respuestas. Se abordaron las opiniones, experiencias y observaciones de los entrevistados sobre los riesgos actuales y sus orígenes, las maneras de interpretarlos y enfrentarlos, la relación entre los riesgos y los condicionamientos estructurales y culturales de los que los enfrentan.

Las entrevistas se realizaron entre agosto y octubre de 2011.

2.2.3. Observaciones etnográficas

Con el objetivo de dar más relieve, presencia y peso a la ciudad misma como tiempo-espacio dentro del que (y en relación con el que) se configuran las subjetividades en cuestión, realicé una serie de observaciones etnográficas en ciertos “escenarios” dentro de la zona metropolitana de Guadalajara, y también en torno a ciertos acontecimientos vinculados de diferentes maneras con la noción de riesgo. La aspiración aquí fue generar aproximaciones que, además de observaciones *in situ*, recuperaran discursos mediáticos en torno a los acontecimientos, así como discursos que surgen “en la calle” y en redes sociales. Son los siguientes:

- *Valle Real y Jardín Real* (junio 2011): observación etnográfica en dos fraccionamientos cerrados que se encuentran entre los más lujosos y

“protegidos” de la ciudad.

- Juntas de “Vecinos en Alerta” en la colonia popular *La Primavera* (julio 2011): observación durante tres juntas de los habitantes de la colonia en el marco del programa de autoprotección vecinal, promovido por el Grupo de Prevención del Delito de Seguridad Pública de Zapopan.



Placa repartida entre los participantes de las juntas “Vecinos en Alerta”
Fuente: archivo de la autora

- El operativo de seguridad durante las Fiestas Patrias (septiembre 2011)
- Mercado *Libertad*: hierberías (septiembre 2011): observación en uno de los mercados más antiguos de la ciudad, conocido, entre otros, por albergar puestos de venta de artículos vinculados con prácticas de corte mágico (interesantes para esta investigación como objetos de protección sobrenatural).
- La visita de las reliquias de Juan Pablo II (octubre 2011). Las reliquias del beato recorrieron el país despertando un considerable fervor religioso. La observación, realizada en las cercanías de la catedral de Guadalajara, recupera algunos aspectos de este fenómeno en torno a la figura de Juan Pablo II como un santo protector y milagrero.



Fuente: noticias.mexico.información.com
(recuperado 20.09.2013)

- Los XVI Juegos Panamericanos (octubre 2011): un evento deportivo internacional que movilizó un descomunal despliegue de fuerzas de seguridad y tecnologías securitarias.

2.2.4. Textos mediáticos

Consideré pertinente tomar en cuenta lo que podría entenderse, quizá, como el “contexto discursivo” dentro del que surgen las narrativas y las prácticas de los sujetos. Si el mundo social puede ser visto como compuesto de múltiples textos complejos, entonces una de las tareas del investigador consiste necesariamente en discernir los textos que considera pertinentes para responder su pregunta de investigación. Para esta investigación en particular el desafío no era menor. Las interpretaciones en torno a la noción de riesgo parecían estar en todas partes: en noticieros, en conversaciones cotidianas, en anuncios de las calles, en carteleras de los cines, en consultorios médicos, en oficinas de los seguros, en reportes financieros, en encuestas sobre la inseguridad - la lista es interminable. Por eso, la selección de textos que podrían enriquecer la investigación en cuanto a un cierto “contexto discursivo” no fue una tarea fácil. Opté por tomar en cuenta solo ciertos textos mediáticos. Son los siguientes:

Revisión de prensa

A lo largo de todo el periodo que abarcó el trabajo de campo, me dediqué a revisar regularmente la prensa local (*El Informador, Mural, El Occidental, La Jornada Jalisco, Milenio*), así como seguir el noticiero televisivo local *GDL Noticias*. La revisión se intensificaba en momentos de ciertos acontecimientos significativos. Así, puse atención especial a la cobertura mediática de los “narcobloqueos” en enero/febrero de 2011 y marzo de 2012¹⁸, a la del hallazgo de los asesinados en las cercanías de los Arcos de Milenio¹⁹, así como a la de los asesinatos de

¹⁸ Bloqueos de avenidas y carreteras con vehículos incendiados por parte de los integrantes de uno de los cárteles de drogas que operan en la ciudad.

¹⁹ En noviembre de 2011, 26 cadáveres fueron abandonados al interior de tres camionetas en las cercanías de uno de los monumentos más importantes de la ciudad. El homicidio fue presentado como acto de venganza entre cárteles de drogas.

Ixtlahuacán de los Membrillos²⁰, pero también a la de los festejos de la Independencia y los Juegos Panamericanos 2011 (sobre todo desde la perspectiva de los operativos de seguridad en torno a los eventos mencionados), entre otros. Tomé en cuenta no solamente las notas periodísticas, sino también los comentarios de los lectores, lo que me permitió complejizar las descripciones de los acontecimientos en cuestión.

Portada del periódico *Mural* del 2 de febrero de 2011

Fuente: http://kiosko.net/mx/2011-02-02/np/mx_mural.html (recuperado 23.09.2013)



Por otro lado, consideré también algunos artículos publicados por las llamadas revistas de difusión (*Quo, Conozca Más, Muy Interesante*) en el contexto del “fenómeno 2012” en torno a las potenciales amenazas de carácter global: desde las catástrofes naturales y el calentamiento global, hasta la sobrepoblación. Tanto los temas elegidos como la manera en que eran presentados resultan ilustrativos, especialmente en relación con el tema de las visiones del futuro que constituye un aspecto importante del análisis. Entre otros:

“Jinetes del apocalipsis: cuatro amenazas que podrían desencadenar el fin del mundo”, en: *Quo*, No. 159, enero 2011, pp.32-41

²⁰ En mayo de 2012 fueron encontrados 18 cuerpos mutilados en dos camionetas abandonadas en una brecha cerca de Ixtlahuacán de los Membrillos, en las afueras de la ciudad.

“La plaga humana: siete mil millones de depredadores atentan contra el planeta”, en: *Quo*, No. 164, junio 2011, pp. 36-46

“Nuevas profecías del fin del mundo: descubre lo que realmente nos espera en 2012”, en: *Conozca más*, año 22, no.11, pp. 44-55

“Profecías 2012 ¿El fin del mundo o el inicio de una nueva era? La verdad sobre las predicciones mayas, en: *Muy interesante*, enero 2012, no.1, pp. 40-52



Portada de la revista *Quo*, no.159, enero 2011

Fuente: archivo de la autora

Correos electrónicos en cadena

Estos cortos textos que proliferan en internet constituyen unos “amplificadores” especialmente potentes de atmósferas que tiñen la cotidianidad marcada por riesgo. “Aumentan”, simplifican y exacerbaban ciertos aspectos de la realidad hasta convertirlos frecuentemente en sus caricaturas siniestras, aunque algunas veces se basan en información verídica. Entre sus temas predominan alertas y consejos en torno a posibles riesgos, especialmente los que se encarnan en ciertas figuras del Otro amenazante. Aquí algunos ejemplos:

- *MUCHO CUIDADO EN EL CENTRO, SAMS, PLAZA DEL VALLE, ETC.* – advertencia sobre presuntos violadores y ladrones que, disfrazados de santeros o mimos, secuestran a mujeres para “arrebatarles la dignidad” y robarles su dinero.
- *MUCHO CUIDADO*: niños que piden ayuda en la calle como posibles “anzuelos” de secuestradores.
- *Nadie se Acuesta Siendo un Buen Niño y Despierta Siendo un Asesino* – un pequeño tratado moral que critica la irresponsabilidad de padres permisivos

culpándolos por el problema de delincuencia juvenil.

- *Oración por la paz* – frente a la violencia en el país, en correo invita a rezar todos los días a las ocho de la noche por un minuto pidiendo por la paz, y detonar así un cambio.
- *Nueva extorsión* – advertencia para padres de hijos adolescentes sobre las extorsiones telefónicas:


SECRETARÍA
PLANEACIÓN Y PROGRAMACIÓN
SOCIAL
SEGEPLAN

Atención, nuevas formas de extorsión

Avisen a sus hijos, familiares y amigos

Dentro de los centros comerciales hay personas que se encuentran próximas a la entrada de los cines, salas de diversión, etc., haciendo una supuesta encuesta con los jóvenes (sobre algo interesante, como cine, un nuevo film recién lanzado, etc.) y los atraen ofreciendo premios que otorgarán a la salida del cine.

Al obtener la atención del joven le piden su nombre, número de celular, número telefónico fijo, dirección, nombre del país de origen, y discretamente, anotan algunas características físicas y la ropa, color de cabello, de ojos, etc.

También le piden que no se olviden de apagar el celular para no incomodar a otras personas en el interior del cine, durante la exhibición del film.

Después que las personas entran al cine, ellos esperan algunos minutos, llaman a la persona que fue entrevistada para comprobar que su celular este apagado y, si estuviera, los delincuentes llaman a la casa de la persona, cuando le contestan la llamada, da la información adquirida como el nombre completo del hijo o del pariente (lo que ya le asusta) las características como cabello, ropa, estatura, color de ojos, y enseguida dice:

**¿Llame a su hijo, si cree que estoy mintiendo?
"el número de su celular es XX?"**

El padre o pariente queda agitado (claro, si el delincuente sabe el número de celular de su hijo o pariente, solo puede ser verdad).

Y como una película en el cine dura 1 ó 2 horas, demorará mucho en conseguir que su llamada sea contestada.

En ese momento, usted ya está en pánico y listo para hacer lo que el maleante le pida.

Siga estas instrucciones de seguridad:

- ✓ Instruya a sus hijos y parientes a no responder a ninguna entrevista o investigación en las calles y proporcionar información personal a no ser que sea directamente en una empresa.
- ✓ No coloque su Curriculum en sitios de Internet.
- ✓ Nunca apague su celular, colóquelo en silencioso, así sabrá si alguna persona le esta llamando.
- ✓ El nivel de inteligencia de los maleantes esta aumentando, tenemos que ser más precavidos ante estas nuevas formas de delinquir.
- ✓ **Por favor, comparte esta información con tus amigos y familiares.**

Giovanni Girón
Jefe de Seguridad

UNIDAD DE
COMUNICACIÓN SOCIAL
SEGEPLAN



Correo-cadena titulado "Nueva extorsión". Fuente: correspondencia privada, recibido 12.02. 2011

Cintas cinematográficas

Decidí, finalmente, enriquecer el análisis introduciendo en él breves reseñas de filmes recientes que ilustran y metaforizan de manera concisa lo que se observa en los demás datos recogidos. Las películas no interesan aquí en sí mismas, sino que se entienden, sobre todo, como “cajas de resonancia” que permiten destacar ciertas lógicas observables a partir del análisis de los datos. Se consideraron las siguientes películas:

La Zona, dir.: Rodrigo Plá, (México, 2007)

El último camino (The Road), dir. John Hillcoat (Estados Unidos 2009)

Enterrado (Buried), dir. Rodrigo Cortés (España 2010)

El circo de la mariposa (The Butterfly Circus), dir. Joshua Weigel (Estados Unidos 2009)



El cartel de la película *La Zona*

Fuente: www.editorialelcolectivo.org, recuperado el 12.09.2013

Tanto los filmes como los demás textos mediáticos fueron incluidos en el análisis a partir de ciertas resonancias entre ellos y las narrativas y prácticas de los sujetos-protagonistas de esta investigación: fueron tomados en cuenta primordialmente como parte del contexto discursivo en el que surgen las subjetividades. Esto no quiere sugerir que sean de poca importancia. Como se argumentó en la parte teórica (cf.:1.3.3.), resulta difícil subestimar el rol de los discursos mediáticos en cuanto a la creación de representaciones, la configuración de imaginarios y pasiones, así como la ampliación del mundo de experiencias cotidianas.

2.3. El proceso del análisis

Un documento acabado tiende frecuentemente a presentar la investigación realizada como un proceso fluido, profundamente coherente, ordenado y segmentado, producto del seguimiento de un cronograma estricto y de una clara delimitación. La realidad de la investigación es, sin embargo, muy distinta: es un proceso lleno de sorpresas e imprevistos, guiado a menudo tanto por intuiciones como por razonamientos, no exento de intentos fallidos, retrasos y equivocaciones, plagado de angustias y confusión que se entrelazan con descubrimientos (teóricos, metodológicos o empíricos) que a veces cambian considerablemente la concepción de la investigación en su totalidad y detonan modificaciones profundas cuando menos se esperaban.

Esto podría decirse sobre cualquiera de los aspectos del proceso de la investigación, pero resulta especialmente acertado en relación con la fase del análisis. Por ello, aunque el análisis sea presentado aquí como un esfuerzo ordenado y sistemático, hay que tener en cuenta que en realidad constituyó una experiencia compleja, difícil de reducir a etapas o procedimientos claramente delimitados.

El primer acercamiento a los datos podría caracterizarse como el *análisis inmanente* que “atiende a la configuración del propio objeto de estudio, a sus propiedades, a su comportamiento” (Reguillo 2009:37). En esta primera etapa del análisis procedí a la manera de teoría fundada, “interrogando” los textos de manera iterativa, a través de lecturas repetidas, primero globales, luego cada vez más minuciosas. Les di prioridad a las narrativas recogidas a través de las entrevistas centradas en el problema, considerándolas el corpus central para el análisis. Así, gracias a una lectura global de las narrativas en su conjunto, detecté en ellas temas a los que los sujetos entrevistados aluden reiteradamente (en interacción con la entrevistadora, por supuesto):

- La inseguridad en la ciudad: intentos de establecer “zonas seguras” dentro del espacio urbano percibido como amenazante; figuras del Otro como

“encarnaciones” de riesgos dentro de lo urbano; prácticas en torno a la mitigación de las amenazas, entre otros.

- Las instituciones (especialmente la familia, el trabajo y el Estado) en la tensión entre su papel esperado como fuentes de seguridad y certeza, y su debilitamiento.
- La incertidumbre vinculada con la crisis de sentido y de valores, inquietudes en relación con el futuro (tanto “individual” como “planetario”), intentos de dar explicaciones trascendentes a la inseguridad e incertidumbre vivida.

De esta manera me fue posible delimitar y concretar ciertas cuestiones por analizar - un paso sin duda importante, dada la amplitud del tema del riesgo.²¹

Una vez concretados los temas por analizar, el siguiente paso consistió en regresar a las narrativas buscando en cada una de ellas pasajes referidos a los temas mencionados. Las narrativas se examinaron a partir de las preguntas siguientes:

- ¿Qué dice el sujeto sobre el tema (qué sujetos, objetos, tiempos, espacios, prácticas menciona)?
- ¿Cómo habla sobre el tema (qué adjetivos usa, qué emociones, creencias, concepciones, imágenes, metáforas evoca, cómo se posiciona frente al tema)?
- ¿Cómo lo narrado se relaciona con lo que narran los demás sujetos (dónde hay similitudes, dónde hay discrepancias y contrastes, por qué los hay)?
- ¿Cómo lo narrado se relaciona con la posición social del sujeto?

²¹ Por eso hay varias dimensiones de la temática de riesgo que no se llegaron a abordar en este estudio (o se abordaron de manera marginal), ya que no encontraron la expresión suficiente en el corpus de datos recogido. Por ejemplo, aunque en la parte analítica será abordado el tema de la relación entre el sujeto-cuerpo y el espacio urbano, no se tratarán cuestiones vinculadas con la corporalidad misma en relación con el riesgo, aunque el tema del cuerpo expuesto a riesgos diversos constituye, por supuesto, un tema muy importante. De manera similar, las cuestiones medioambientales no resultaron centrales en las narrativas, lo que se refleja, igualmente, en el análisis realizado.

A partir de estas preguntas procuré organizar, categorizar y analizar la información. Además, hice los primeros intentos de relacionar la información procedente de las narrativas con los demás datos recogidos, partiendo siempre de las narrativas e introduciendo los demás textos cuando la resonancia entre unos y otros resultaba evidente.

Al mismo tiempo, en concordancia con la propuesta de mirar las subjetividades desde la tensión entre lo social interiorizado y lo subjetivo exteriorizado, o, en otras palabras, entre los discursos y las narrativas (cf.:2.1.2.), revisé los datos, buscando discernir ciertos discursos que pudieran subyacer en las narrativas, y descubrir, por otro lado, de qué manera los sujetos actualizan estos discursos en lo narrado.

Una vez concluida la fase del análisis inmanente, procedí con el *análisis trascendente* que “atiende a las relaciones del objeto con el mundo social con el que interactúa” (ibid.:37) para verlo así en sus relaciones más amplias. En primer lugar, procuré dar más densidad y relieve a la descripción del contexto social concreto dentro del cual se colocan los hallazgos de la investigación: el corpus de datos analizado es constituido mayormente por interpretaciones de la realidad social por parte de los sujetos, de ahí que resultó pertinente y productivo volver a colocar estas interpretaciones en su contexto específico. De esta manera, me fue posible ver con mayor claridad tanto los vínculos como las tensiones entre lo que podríamos denominar como lo social objetivado y lo social interiorizado.

En segundo lugar, volví a revisar los supuestos teóricos de la investigación confrontando mis hallazgos empíricos con los planteamientos de los autores, lo que me permitió vislumbrar ciertas cuestiones transversales, posibles de observar a lo largo del análisis. Este ejercicio me ayudó también a observar de qué manera los hallazgos empíricos de la investigación confirman o ponen en duda ciertos supuestos teóricos de los que parte la investigación.

Los resultados del proceso del análisis se presentan en las páginas siguientes.

Parte II

**Interpretar los paisajes:
el acercamiento analítico**

Introducción a la parte analítica

*Pensar la vida como un problema inmenso,
una ecuación o más bien una familia de ecuaciones parcialmente dependientes,
parcialmente independientes, unas de otras...
entendiendo que esas ecuaciones son muy complejas y llenas de sorpresas,
y que a menudo somos incapaces de descubrir sus "raíces".*

Fernand Braudel¹

Esta investigación pregunta por las subjetividades que se configuran en relación con los riesgos actuales. Se trata de subjetividades situadas en un espacio-tiempo concreto que al mismo tiempo se colocan en el amplio contexto de lógicas y dinámicas que caracterizan lo contemporáneo. El desafío de este estudio consiste en abordar las especificidades del aquí y ahora, sin perder de vista el contexto de la modernidad tardía en el que se inscriben.

A su vez, la realidad social concreta a la que aspira acercarse esta investigación dista de ser simple. El corpus de datos, recabado e interrogado a partir de la pregunta de investigación que gira en torno a la noción de riesgo – una categoría “abierta” y ambigua – permite mirar este aquí y ahora concreto como un paisaje complejo, multidimensional, multifacético.

Para complejizar aún más el panorama, no se tratará aquí de un solo paisaje compartido, sino (como sugiere el título de la tesis) de varios paisajes, ya que la pregunta por la configuración de subjetividades nos obliga a mirar lo social desde las posiciones diferenciadas de los sujetos históricamente situados. Dar cuenta de esta complejidad y variedad de significados y prácticas en torno al riesgo, sin perder de vista lo compartido, será, sin duda, uno de los desafíos más grandes del análisis.

La parte analítica de la tesis consiste de seis capítulos que abordan ciertos aspectos de la realidad social vista por los sujetos desde la perspectiva de riesgo.

¹ Citado en: Wallerstein, Immanuel (1997): *Abrir las ciencias sociales*, siglo XXI

Los aspectos abordados no agotan, por supuesto la temática del riesgo. Tampoco son los únicos que aparecen en las narrativas, pero son los que claramente destacan en ellas. El énfasis puesto en ellos es compartido por los sujetos, aunque los significados y las prácticas que surgen en torno a ellos son diferenciados. Resulta importante subrayar que las cuestiones tratadas en los respectivos capítulos cobran su debida pertinencia e importancia solamente si se ven como partes de un todo interrelacionado y abarcador. Solo así cobran relieve los paisajes de riesgo narrados por los protagonistas de este estudio.

Los primeros dos capítulos de análisis serán dedicados a las subjetividades que se configuran en torno a tres instituciones – el Estado, el trabajo y la familia – desde la tensión entre las expectativas de seguridad depositadas en ellas y su creciente debilitamiento en cuanto a fuentes de seguridad. Luego, presentaré el análisis de las narraciones y las prácticas de los sujetos en relación con la cotidianidad urbana que va perdiendo paulatinamente el aura de seguridad: en este contexto, la vulnerabilidad del sujeto-cuerpo abandona su latencia y detona búsquedas diversas enfocadas en la recuperación de la invulnerabilidad postulada. Dedicaré un breve capítulo a la compleja y difícil relación de los sujetos con lo común, añorado como fuente de protección y solidaridad, pero difícilmente asumible en sus contradicciones y ambivalencias. Destacaré además la importancia de las creencias de los sujetos para dotar de sentido a una realidad marcada por riesgo e inseguridad. El último capítulo de análisis será dedicado a las visiones del futuro en el contexto de riesgo.

Capítulo 3

Seguridades evanescentes: el Estado y el trabajo

El año pasado apareció en los cines una cinta peculiar. Dirigido por Rodrigo Cortés y titulado *Enterrado* (*Buried*, España/Estados Unidos 2010), el filme cuenta la historia de las últimas horas de vida de un hombre (un transportista estadounidense que trabaja en Irak durante la guerra) que, después de ser secuestrado, despierta enterrado vivo en una caja de madera, sin más ayuda que un encendedor y un teléfono móvil con poca cobertura y escasa batería. No tiene idea de quién ni por qué lo ha puesto ahí; pero sabe que su vida pende de un hilo y dispone de poco tiempo para lograr que alguien lo salve del infierno en el que se encuentra. La peculiaridad del filme consiste, entre otros, en que el drama se desarrolla en el reducidísimo espacio de la caja. Así, casi todo el peso del suspenso se traslada hacia las llamadas telefónicas que el protagonista realiza y recibe.

El enterrado es llamado por su secuestrador, quien reclama un rescate muy alto en muy poco tiempo. El protagonista trata de comunicarse con la compañía que lo contrató, con el Departamento de Estado de los Estados Unidos y con el FBI, pero sus febriles intentos de explicar su desesperada situación y encontrar ayuda colisionan con frías respuestas burocráticas, con constantes transferencias de sus llamadas de una oficina a otra, y con meticulosas preguntas sobre los detalles de su contratación y su número de seguridad social. Se le informa que el gobierno no acostumbra pagar rescates, se le advierte también de que sería inconveniente informar a los medios. Cada llamada que realiza o recibe el enterrado, en vez de brindarle esperanza, le hace entender mejor la situación de abandono en la que se encuentra (incluso sus intentos de comunicarse con su familia quedan frustrados).

Finalmente, uno de sus interlocutores le proporciona el número de una organización que se dedica al seguimiento de rehenes. Bajo el número

proporcionado encuentra a Dan, quien le explica que los rescatistas ya trabajan en su caso, aunque tienen dificultades para localizarlo. En respuesta a las dudas del protagonista sobre la eficacia y confiabilidad de los rescatistas, Dan le cuenta sobre otro secuestrado, un tal Marc White, quien supuestamente fue rescatado exitosamente.

Empieza un largo juego de esperanza y desesperación: las llamadas de Dan se entrecruzan con las del secuestrador, cuyos reclamos se vuelven cada vez más violentos y apremiantes. Finalmente, justo cuando su desmoralización no podría ser más profunda, el protagonista recibe una llamada del director de personal de la empresa por la que fue contratado, quien le informa que en el momento del secuestro su contrato ya no tenía vigencia (se le acusa de fraternizar con una de sus colegas), por lo que la empresa se deslinda de cualquier responsabilidad y su esposa no recibirá la indemnización en caso de su (muy probable) muerte.

La arena empieza a llenar la caja, el aire se vuelve cada vez más escaso. De repente llega una nueva llamada de Dan: los rescatistas pudieron localizar por fin la caja y el enterrado estará libre en pocos minutos. Eufórico, el protagonista oye por teléfono los comentarios que intercambian los rescatistas, solo para darse cuenta de que se trató de una equivocación: la caja que encuentran no es la suya, sino la de Marc White (presuntamente rescatado, pero en realidad muerto desde hace tiempo). El enterrado muere asfixiado por la arena.

Cito el filme como introducción a este capítulo, porque resulta ser una metáfora especialmente elocuente de lo que quisiera argumentar a continuación. Se tratará de observar subjetividades que se configuran en torno a dos instituciones clave dentro de las dinámicas modernas – el Estado y el trabajo - en cuanto supuestos “depósitos” de seguridades. Ambas instituciones serán vistas desde la tensión entre las expectativas de seguridad depositadas en ellas y su creciente ineficacia para cumplir con estas expectativas, lo cual coloca al sujeto ante el desdibujamiento de seguridades y la ineludible necesidad de gestionar riesgos de manera individual.

La decisión de dedicar el primer capítulo de análisis a la relación de los sujetos con las dos instituciones mencionadas está basada, por supuesto, en el análisis inmanente de las narrativas: la importancia atribuida por los sujetos a estas instituciones es innegable, como lo son también las tensiones en torno a ellas. Las funciones que los sujetos adscriben al trabajo y el Estado contrastan a menudo con sus propias experiencias; las instituciones deseadas distan frecuentemente de las vividas; y, en algunos casos, no solamente se debilitan como “depósitos” de seguridades, sino son narradas como fuente de riesgo.

La centralidad de las instituciones mencionadas en lo narrado por los sujetos no es, por supuesto, ni sorprendente ni fortuita. La literatura sociológica dedicada a la seguridad social y bienestar destaca frecuentemente su importancia. Así, por ejemplo, las menciona Esping-Andersen (1999) como componentes indispensables e interdependientes de los llamados “regímenes de bienestar”, destacando además el rol de la familia (a la que será dedicado el capítulo 5). El mercado laboral, el Estado y la familia son presentados por el autor como elementos claves del marco institucional dentro del cual se produce el bienestar y la seguridad social – son ellos, además, los que condicionan la estructura de oportunidades de los sujetos. Aunque el enfoque del autor mencionado dista del que se propone para este estudio, resulta pertinente y esclarecedor citar su hipótesis, según la cual es posible buscar las raíces de la crisis actual en las simultáneas e interdependientes reconfiguraciones de estas tres instituciones (ibid.:1).

Y efectivamente, tanto el Estado como el trabajo están sufriendo actualmente transformaciones considerables: desde la expansión del modelo neoliberal que ha ido debilitando el vínculo entre el empleo y la protección social, hasta del paulatino desmantelamiento del Estado de bienestar y el simultáneo fortalecimiento de su brazo securitario. Estos cambios en marcha son, sin duda, difíciles de subestimar, como lo es también su papel en la configuración de subjetividades.

3.1. El Estado: un protector ambiguo

Septiembre 2011: como cada año, los omnipresentes carritos de vendedores de banderas y adornos “patrios” anuncian la llegada de los festejos de independencia.² Verde, blanco y rojo parecen estar en todas partes: en las plazas, en los escaparates de las tiendas, en los noticieros. Sin embargo, a los intentos de crear un ambiente de fiesta se contraponen los acontecimientos: entre otros, pocos días antes de que iniciara el mes patrio tiene lugar el trágico atentado en el Casino Royal en Monterrey (el 25 de agosto, a eso de las cuatro de la tarde, el casino fue incendiado, lo que provocó muerte de 52 personas), el cual deja el país en un estado de consternación por varios días.

En Guadalajara, donde, desde el inicio de la llamada “guerra contra el narcotráfico”, la inseguridad y violencia no dejan de estar presentes, pero se mantienen por varios meses “estables”, sube nuevamente la marea de ejecuciones y tiroteos. El 12 de septiembre de 2011, La Jornada Jalisco informa sobre “una jornada sangrienta entre la noche del sábado y el domingo en la que se contabilizaron siete ejecuciones y cuatro personas lesionadas por proyectil de arma de fuego”³, entre ellos un joven asesinado al atardecer frente a la concurrida Plaza Galerías. El Informador, por su parte, reporta el mismo día un enfrentamiento entre sicarios y policías en la Colonia Jardines del Bosque, que deja como saldo dos muertos. Según el diario, “en la zona, aparte del intercambio de balas, se registraron detonaciones de granadas de fragmentación”⁴.

Faltan pocos días para “el Grito”, – una celebración que no deja de suscitar inquietud entre los ciudadanos, desde que tuvieron lugar los ataques con

² Todas las notas de las observaciones etnográficas aparecerán en cursiva para distinguirlas del texto del análisis.

³ “Ejecutan a siete personas en menos de 24 horas”, *La Jornada Jalisco* (12.09.2011); consultado en: <http://www.lajornadajalisco.com.mx/2011/09/12>

⁴ “Enfrentamiento deja un policía y un presunto sicario muertos”, *El Informador* (12.09.2011); consultado en: <http://www.informador.com.mx/jalisco/2011/321634/6/enfrentamiento-deja-un-policia-y-un-presunto-sicario-muertos.htm>

granadas en Morelia, la noche de 15 de septiembre de 2008 durante los festejos, dejando ocho muertos y más de 100 lesionados. Desde entonces las notificaciones mediáticas sobre los preparativos se convierten en enumeraciones de medidas securitarias. Este año se informa, por ejemplo, que el gobierno federal monitoreará posibles incidentes durante los festejos a través de cuatro centros de mando cuya función será el “intercambio de información de los incidentes que se pudieran presentar en el país durante el desarrollo de las fiestas patrias”.⁵

15 de septiembre: El noticiero de la televisión local, GDL Noticias, informa que “arrancó el operativo de seguridad para la celebración de fiestas patrias”. “El centro tapatío, ‘blindado’ por festejos patrios”, anuncia El Informador: Según el diario, la celebración contará con fuertes medidas de seguridad para “garantizar la integridad de los asistentes”: habrá “tres anillos de seguridad” y “cuatro filtros para el ingreso”, serán presentes la Policía Federal, el Ejército Mexicano, Policía y Bomberos de Guadalajara y elementos de la Secretaría de Seguridad Pública estatal.⁶ Milenio, por su parte, propone una lista de “claves para disfrutar del Grito de Independencia”: recomienda, entre otros, no llevar armas de fuego, objetos punzocortantes o contundentes, evitar el uso de juegos pirotécnicos, y, en caso de alguna emergencia, conservar la calma y obedecer las instrucciones de las autoridades.⁷

“Pues que valientes los que acudan a la noche del grito, haber (sic) si no se tiran al piso con los primeros cohetes, yo sí tendría miedo de estar en el lugar equivocado a la hora no adecuada como el grito”, comenta uno de los lectores de El Informador. Otro añade: “no creo que vaya a ver (sic) gran asistencia al grito,

⁵“Gobierno federal monitorea posibles incidentes en fiestas”, *El Informador* (13.09.2011); consultado en: <http://www.informador.com.mx/mexico/2011/322603/6/gobierno-federal-monitorea-posibles-incidentes-en-fiestas.htm>

⁶“El centro tapatío blindado por los festejos patrios”, *El Informador* (15.09.2011); consultado en: <http://www.informador.com.mx/jalisco/2011/322417/6/el-centro-tapatio-blindado-por-los-festejos-patrios.htm>

⁷ “Blindarán” zona del Grito”, *Milenio* (15.09.2011); consultado en: <http://impreso.milenio.com/node/9026611>

imaginen las cosas que pueden suceder, lamentablemente ya no se puede andar por la ciudad porque caminas con miedo a que en cualquier rato aparezcas en medio de una balacera, granadazo, pleito entre pandillas, mejor como buenos mexicanos celebremos en casa”. Otro más, declarado como panista, responde: “celebremos con ahínco y con alegría. Aquellos que les quieren infundir el miedo o duda son enemigos de la nación, que odian la democracia y la fortaleza de todos nosotros”.⁸

A pesar de las aseveraciones de la Secretaría de Seguridad Pública que “no hay tensión en torno al Grito”⁹, no cesa el ambiente de amenaza latente. El “Minuto a minuto de los festejos patrios”, publicado y actualizado en línea por El Informador, se asemeja a un conteo antes de la explosión de una bomba de tiempo:

“18:10 Resguardarán ceremonia del grito en Zapopan más de mil elementos de seguridad [...]

19:03 La Policía de Guadalajara dice que hasta el momento no se reportan detenciones [...]

19:10 La Policía del Estado reporta que en la entrada de 16 de septiembre y Juárez han decomisado droga y un arma de fuego [...]

19:20 El centro de Guadalajara está siendo vigilado con 75 cámaras que son monitoreadas por tres unidades móviles [...]

20:34 Fuerte presencia policial en Plaza de las Américas en Zapopan. Los asistentes son aún pocos. [...]

22:06 Protección Civil da indicaciones en bocinas a la multitud, sobre qué hacer en caso de una emergencia [...]

⁸Comentarios relacionados con el artículo: “El centro tapatío blindado por los festejos patrios, *El Informador* (15.09.2011); consultado en: <http://www.informador.com.mx/jalisco/2011/322417/6/el-centro-tapatío-blindado-por-los-festejos-patrios.htm>

⁹ Ibid.

22:53 Con la indicación de cubrirse el rostro, policías estatales inspeccionan con el escuadrón canino a jóvenes en la entrada al área cercada [...]

23:03 Emilio González sale a dar el Grito ante una plaza de Armas llena.

23:05 El evento finaliza con el toque de campanas por parte del gobernador Emilio González. Los presentes entonan el Himno Nacional.”¹⁰

En la mañana del 16 de septiembre los noticieros informaron que los tapatíos “disfrutaron de un evento sin inseguridad”: no se registraron reportes de “alguna situación que pusiera en riesgo la seguridad de los asistentes”.¹¹ No obstante, se comentó también que la asistencia disminuyó considerablemente. Según algunos comerciantes que se instalaron en la zona del festejo, citados por La Jornada Jalisco, “los filtros de seguridad asustaron más a las personas que las amenazas de que ocurriera algún atentado durante la celebración”.¹² Quienes decidieron asistir, fueron recibidos, según La Jornada, “por elementos de la Policía Federal, que, portando armas largas junto con su chaleco antibalas y sus cascos tácticos, hacían un primer filtro [...]. Luego de pasar por los arcos detectores de metales y de dar algunas otras explicaciones sobre sus pertenencias, los visitantes [...] se encontraban con otra fila de agentes federales quienes, al igual que los primeros, se limitaban a observar [...]. La gente preguntaba el por qué de tanta seguridad, a lo que respondían que ellos tenían el mismo miedo que la mayoría de las personas, pues ‘las granadas que usan los malos no tienen buen sabor’”.¹³

“El Grito perdió imán entre los tapatíos” concluyó Milenio, anunciando que, según reportes extraoficiales, alrededor de quince mil personas asistieron al

¹⁰ “Cobertura minuto a minuto”, *El Informador* (15.09.2011), consultado en: <http://www.informador.com.mx/cobertura-minuto-a-minuto/27/>

¹¹ “Guadalajara vive festejo de Independencia con tranquilidad”, *El Informador* (16.09.2011); consultado en: <http://www.informador.com.mx/jalisco/2011/322650/6/guadalajara-vive-festejo-de-independencia-con-tranquilidad.htm>

¹² “Operativo de seguridad afecta cifras de asistentes”, *La Jornada Jalisco* (17.09.2011); consultado en: <http://www.lajornadajalisco.com.mx/2011/09/17/index.php?section=politica&article=003n2pol>

¹³ *Ibid.*

festejo en el Centro, la mitad de los que fueron el año pasado.¹⁴ Los que participaron, “no temían, se sentían seguros de tomar su Centro y gritar que son mexicanos, que pese a las laceraciones que han sufrido y el temor que los ha invadido siguen en pie”, comentó El Informador.¹⁵ No obstante, admitió también que “apenas concluyó el juego de luces, la gente comenzó a retirarse pese a que las autoridades de los tres poderes y el alcalde tapatío, Jorge Aristóteles Sandoval, se mantenían en el lugar”.¹⁶

También en Zapopan se notó la disminución de asistentes, según algunos hasta en un 30 por ciento.¹⁷ Los que asistieron, vivieron un incidente que puso al descubierto el miedo escondido detrás de la euforia del festejo: como informó Milenio, “en el grito de Zapopan hubo gente que se asustó por las explosiones de los juegos pirotécnicos, entró en crisis y empezó a correr en desbandada, pero los elementos de seguridad lograron controlar el tumulto”.¹⁸

Terminaron los festejos de la independencia convertidos en un gran operativo de seguridad. Las frases “saldo blanco”, “sin incidentes” y “con tranquilidad” recorrieron los titulares de los noticieros. El ambiente securitario regresó a sus niveles acostumbrados: las patrullas de la policía, los vehículos del ejército (militares con rostros cubiertos y armas a la vista), seguridad privada en plazas comerciales...

¹⁴ “El grito perdió imán entre los tapatíos”, *Milenio* (16.09.2011); consultado en: <http://impreso.milenio.com/node/9027461>

¹⁵ “Celebran 20 mil con coraje de seguir adelante”, *El Informador* (16.09.2011); consultado en: <http://www.informador.com.mx/jalisco/2011/322651/6/celebran-20-mil-con-coraje-de-seguir-adelante.htm>

¹⁶ “Cierran festejo con música panamericana”, *El Informador* (16.09.2011); consultado en: <http://www.informador.com.mx/jalisco/2011/322648/6/cierran-festejo-con-musica-panamericana.htm>

¹⁷ “Vielma da el grito en Zapopan con menos asistentes”, *El Informador* (16.09.2011) ; consultado en: <http://www.informador.com.mx/jalisco/2011/322652/6/vielma-da-el-grito-en-zapopan-con-menos-asistentes.htm>

¹⁸ “El grito perdió imán entre los tapatíos”, *Milenio* (16.09.2011); consultado en: <http://impreso.milenio.com/node/9027461>

“La vulnerabilidad y la incertidumbre humanas son la principal razón de todo poder político”, argumenta Bauman (2005:71). El Estado exige de los ciudadanos disciplina y observancia de la ley, apoyando su legitimidad en la promesa de mitigar el alcance de la vulnerabilidad y la incertidumbre: los ciudadanos se someten al poder estatal a cambio de esta garantía de seguridad. La tarea del Estado es neutralizar los peligros socialmente producidos que amenazan la existencia individual y colectiva: se trata de socializar los riesgos individuales, reitera el autor. El Estado de bienestar, uno de los mayores logros de la posguerra, surgió justamente bajo esta premisa: “limitar los daños y prejuicios perpetrados por el libre juego de las fuerzas del mercado, proteger a los vulnerables de los golpes excesivamente dolorosos y asegurar a los que vacilan frente a los riesgos que entraña necesariamente la libre competencia” (ibid.:71)

No obstante, este modelo del Estado benefactor, comprometido con el bienestar y la seguridad social de los ciudadanos, entra en crisis en los años setenta del siglo XX. En la década siguiente triunfa la ideología neoliberal: las instituciones del Estado de bienestar están siendo desmanteladas paulatinamente, a la vez que se eliminan las restricciones a las actividades comerciales y al (supuesto) libre juego de competencia. Se restringen las funciones proteccionistas del Estado – la vulnerabilidad y la incertidumbre producidas por el libre mercado se vuelven ahora un asunto privado de los ciudadanos. Las contradicciones sistémicas que se revelan en forma de dramas personales encuentran cada vez menos amortiguación en las instituciones del Estado: el peso del fracaso y de la crisis es depositado en individuos.

Sin embargo, el Estado, al lavarse las manos ante la vulnerabilidad de sus ciudadanos frente a las fuerzas del mercado omnipresente, pierde a la vez una poderosa fuente de legitimación. Habiendo limitado su intromisión programática en la inseguridad producida por el mercado, “el Estado contemporáneo tiene que buscar otras variedades, no económicas, de vulnerabilidad e incertidumbre en las que hacer descansar su legitimidad” (ibid.:72). En esta situación, la cuestión de la llamada “seguridad ciudadana”, definible como “la condición personal, objetiva y subjetiva, de encontrarse libre de violencia o amenaza de violencia o despojo

intencional por parte de otros” (PNUD 2006), se está convirtiendo en una posible fuente de legitimación: “amenazas y miedos a los cuerpos, posesiones y hábitats humanos que surgen de actividades criminales, la conducta antisocial de la ‘infraclase’ y, en fechas más recientes, el terrorismo global” (Bauman 2005:73), se convierten en detonadores de esta “inseguridad alternativa, con la que el Estado confía en restaurar su monopolio perdido de la redención” (ibid.:73).

En este contexto, los derechos de antes (pleno empleo, salarios dignos, servicios de salud, etc.) son reemplazados por el nuevo “derecho a la seguridad”, comenta Vara (2006), y esta nueva seguridad no tiene nada de seguridad social: “no se trata de cuestiones de trabajo, de sanidad, de vivienda, de cuidado..., sino de vigilancia y protección frente a esos ‘otros’ [...]: los ‘grupos de riesgo’” (ibid.112) que, sin embargo, surgen justamente de la precariedad propiciada y fomentada por el desmantelamiento del Estado de bienestar. Así, reitera la autora citando a Waquant, “el puño de hierro del Estado *securitario* es la otra cara de la mano invisible de un mercado de trabajo precario. La fragmentación, el aislamiento y la miseria que esta segunda genera sirven para justificar la actuación del primero mediante la construcción del miedo a la delincuencia” (ibid.: 112-113). Al ir abandonando su aspiración de proporcionar la seguridad social a sus ciudadanos y volcando su atención hacia las cuestiones de vigilancia y persecución del crimen, el Estado parece buscar legitimarse por medio de un círculo vicioso que él mismo propicia y perpetua.

Sería difícil encontrar una mejor ilustración de las lógicas que acabamos de describir, que las políticas del Estado mexicano durante el sexenio 2006-2012. Después de una victoria electoral débil y controvertida, el gobierno de corte claramente neoliberal, ávido de legitimación, optó por lanzar inmediatamente la espectacular guerra frontal contra el crimen organizado presentado por el discurso oficial como amenaza a la integridad de la ciudadanía. La “lucha contra el crimen organizado” se justificó por el supuesto aumento de la violencia y del consumo de drogas, además del fortalecimiento de las organizaciones criminales (en particular,

el narcotráfico) y su inminente penetración en la estructura institucional a un nivel nunca antes visto (Morales Oyarvide 2011).

El aumento de la presencia policial y militar, el ostentoso despliegue de tecnologías securitarias (patrullas blindadas, armas, helicópteros, cámaras de vigilancia, entre otros), los incansables *spots* en los medios informando triunfalmente sobre la captura de los líderes de cárteles de drogas, han sido solo algunos de muchos indicios que no dejan lugar a duda sobre las prioridades del gobierno y su búsqueda de legitimación a través del supuesto abatimiento del crimen y violencia por medio del ataque frontal contra un poder maligno que atenta a la seguridad y tranquilidad de los ciudadanos. El Estado aparece en su discurso legitimador como protector y defensor de la sociedad contra un enemigo (encarnado mayormente en la figura del narcotraficante), presentado como una fuerza externa que busca infiltrar, corromper, dañar y violar la sociedad sana y pura pero expuesta y vulnerable, necesitada de la defensa por parte del Estado.

Las consecuencias de esta estrategia securitaria (acompañada por falta de compromiso real en torno a problemas sociales vinculados con la implementación de políticas neoliberales) no se hicieron esperar: la violencia desbordada inundó el país, mientras que los supuestos éxitos del Estado en la lucha contra el narcotráfico se han ido revelando como victorias pírricas: después de seis años, las redes del narcotráfico, lejos de disminuir, se diversifican, complejizan, fragmentan y se han vuelto mucho más violentas (Morales Oyarvide 2011).

No obstante, no se trata aquí de realizar una crítica de las políticas del gobierno mexicano, aunque resulta indispensable mencionarlas para poder entender el contexto en el que surgen las narrativas de los sujetos de esta investigación. Lo que interesa aquí es observar al sujeto en su relación con instituciones – esta vez las instituciones del Estado - como supuestos garantes de seguridad: una relación no libre de tensiones, ambigüedades y ambivalencias, como veremos a continuación.

3.1.1. El Estado benefactor: insuficiencia y cinismo

Resulta significativo que en las entrevistas recogidas las menciones del Estado benefactor, proveedor de bienestar y seguridad social, son muy escasas, y que esta escasez contrasta considerablemente con la abundancia de comentarios que los sujetos hacen en torno al Estado securitario, policiaco, militarizado y punitivo (como supuesto garante de la seguridad ciudadana). Este contraste, visible a primera vista, constituye indudablemente un fiel reflejo de la coyuntura actual: el paulatino desmantelamiento del Estado de bienestar y la acelerada propagación de políticas securitarias.

Solo los más “precarios” de los sujetos mencionan (sin mucho énfasis) algunos programas estatales de carácter social: Consuelo, madre soltera cuyo sustento depende de sus largas jornadas laborales en un taller de costura ubicado a una distancia considerable de su lugar de residencia, se declara contenta de disponer de la beca de SEDESOL (Secretaría de Desarrollo Social) para poder pagar la guardería en la que se queda su hijo mientras ella trabaja; Angélica, quién había trabajado durante algunos años haciendo limpieza en un supermercado antes de embarazarse de su primer hijo, hace referencia al crédito de Infonavit (Instituto del Fondo de la Vivienda para los Trabajadores), al que tenía acceso mientras trabajaba, y sus esperanzas de obtener a través de él una casa propia – una perspectiva que se torna ilusoria por la imposibilidad de realizar el pago inicial, demasiado alto para las posibilidades de Angélica:

Y a mí me dijo la muchacha: “a mí dame 15 mil pesos y yo te entrego las llaves de tu casa”. Entonces, yo ganaba a la quincena mis mil doscientos, mil trescientos, entonces ¿cuántas quincenas tenía que juntar, para juntar ese dinero? Pero como me dijo: “una vez dándote tus llaves, a ti por la quincena te rebajarían 250”, ya no fue mucho [...] ya tendría mi casa, pero de todos modos sacar los quince mil pesos... ¿De dónde? Ni el préstamo que te hacen... es un mes del sueldo que te prestan... ¿De dónde sacaría yo este dinero? Y de aquí a que lo juntaba, ya iba a subir otra vez tanto porciento... [...] Entonces fue cuando dije... no era posible. (Angélica)

También el Seguro Popular (el programa social mencionado con la mayor frecuencia por los sujetos) es denunciado a menudo como un apoyo que, aunque

presumido por el Estado como un logro excepcional, se revela en muchos casos como aparente. Elías y Remedios, adultos mayores que dependen de los servicios públicos de salud, lo critican severamente:

Que diga usted: “Uy, yo tengo mi seguro, ahorita voy y me atienden y me dan mi buena medicina y ya la hago...”, no, pues, no. Allí está simplemente mi nieto. Tiene que comprar unas pastillas que le valen 300 pesos. Imagínese, para... para no tener ni trabajo. ¿Qué hace? Por eso es lo que le digo. Entonces, no es como lo dicen y como la tele, que anuncian... hacen mucha alarma, mucho: “ay, que la ayuda, que...”, no, y hasta gente [...], hasta parece que son...que ya pagados, ya..., sí, sí, legalmente. Las personas que dicen... aquí, aquí, dice mi nieto: “ay, también ya me metí en el seguro popular”, a no, pero son medicinas caras, tiene que pagarlas. Pero si es medicina baratita que tengan allí, le dan. ¿Usted cree que no pueden tener una medicina cara? ¿Que no la pueden dar? (Elías)

Que sabe cuántos millones tienen ya el Seguro Popular [...] Y luego no les dan toda la medicina. Medicina cara allí no le dan. A mi hija le tenían que inyectar unas ámpulas que costaban 120 pesos cada ámpula... y era diario. Estas no se las da el Seguro Popular. Hay que comprarlas. [...] La gente que no tiene, pues se muere. Su familia anda igual, no les puede dar. ¿A quién le piden? ¿Al narco? Y luego... allí van... debiéndoles el favor a los narcos [se ríe]. (Remedios)

Así, el Seguro Popular, presentado por el discurso oficial como “uno de los pilares del Sistema Nacional de la Salud” que tiene como propósito “reducir los gastos catastróficos en salud, que constituyen una de las principales causas de empobrecimiento de las familias más vulnerables”¹⁹, es percibido por los sujetos como una ayuda mínima, si no ficticia, que no cumple con la promesa de garantizar la salud de todos por igual – el pleno acceso a servicios de salud es narrado como una falacia que contrasta con las experiencias de los sujetos. Este apoyo aparente, que además no puede ser compensado en muchos casos por ninguna otra fuente de apoyo legítimo (sin trabajo no hay dinero para las medicinas, argumenta Elías; el apoyo de la familia no siempre es posible, comenta Remedios – los *narcos* aparecen, significativamente e irónicamente, como la única “alternativa” frente a la ineficacia del gobierno), desenmascara, según lo sujetos, el desinterés del Estado por proporcionar el bienestar a los ciudadanos. Así, el

¹⁹ www.saludzac.gob.mx

Seguro Popular se convierte, tanto para Elías como para Remedios, en sólo uno de muchos ejemplos del cinismo del Estado que permite a pocos enriquecerse sin límites, mientras que muchos quedan condenados a la pobreza:

¿Qué más podemos esperar? Esperanzas de gobierno, no. Los gobiernos, ahorita, están ellos. Ellos están cosechando las riquezas, todos los bienes, todo ellos. ¿Y al pobre? [...] Que ya decomisaron tantos millones, que ya decomisaron esto, que ya decomisaron... Y todo se queda con el gobierno. ¿Dónde está la ayuda para el pobre? Al contrario, van los pobres entre peor en peor... (Elías)

Y según ellos ya andan trabajando para que haya menos pobreza... pero... pues ya nadie les cree. Les dan pan y circo, como dicen. Los entretienen allí con algunas cosas... nos entretienen: “Ay, que va a haber un evento muy grande”... una gastadera de dinero tan inútil. [...] No hay educación, no hay fuentes de trabajo y el gobierno no hace nada. Todo se lo quieren meter en la bolsa. (Remedios)

Los potenciales beneficiarios del Estado – los más “vulnerables” entre los entrevistados, no solamente por su situación económica, sino también por su edad y el deterioro de la salud (Remedios no puede caminar y sufre de ceguera parcial, Elías tiene diabetes) – tienen una opinión poco favorable no solamente sobre las políticas sociales del Estado, sino también sobre el interés de los gobernantes de proporcionar el bienestar a los ciudadanos.

Los servicios de salud son mencionados y criticados con mayor énfasis, aunque en las narrativas no faltan menciones a cuestiones vinculadas con la vivienda y la educación, derechos sociales que frecuentemente quedan incumplidos, o se cumplen de manera parcial, insuficiente o desigual. Las narrativas reflejan una realidad profundamente injusta, en la que el Estado provee servicios públicos escasos y de mala calidad, lo que perpetúa y profundiza la desigualdad entre los que, por su precaria situación económica, dependen de los apoyos del Estado, y los que, gracias a recursos suficientes, prefieren adquirir los servicios en el mercado. Así lo confirman también varios autores:

Tenemos un Estado [...] que provee pocos bienes públicos y los que provee ni siquiera son de calidad. El resultado es que ciertos derechos, con los que supuestamente cuenta cada ciudadano, no existen realmente. La educación, por ejemplo, es en buena medida un derecho retórico; para acceder a una de buena calidad suele ser necesario comprarla en el mercado. [...] Es una opción abierta sólo a 8% de la población [...]. Un problema particularmente serio es la mala distribución de la educación en México. El decil más pobre tiene alrededor de dos años de escolaridad [...]. El decil más rico, en cambio, ese que además puede acceder a una educación de mayor calidad, en general porque compra en el mercado, tiene aproximadamente 12 años de escolaridad. (Elizondo Mayer-Serra 2006:60-65)

De manera muy similar podría describirse la cobertura, la disponibilidad y la accesibilidad de los servicios de salud. Por ejemplo, en 2005, según el II Censo de Población y Vivienda realizado por el INEGI, sólo el 51.3% de los jaliscienses era derechohabiente de alguna institución de salud – el 96.4% de ellos en instituciones estatales y el 4.7% en instituciones privadas.²⁰ Como subrayan Núñez y Garibay (2009), “esta situación de falta de cobertura, aunada a la alta demanda de servicios de salud y a la limitada capacidad de las instituciones existentes en la metrópoli para atender las demandas de servicios provenientes de los habitantes, la convierte en una necesidad básica no satisfecha que afecta directamente las condiciones de salud y bienestar de más de la mitad de la población” (ibid.:216).

En esta situación, resultan elocuentes tanto las críticas de los sujetos entrevistados que dependen de los servicios sociales estatales, como el silencio en torno al Estado benefactor que emana de las narrativas de los que pueden recurrir a los servicios ofrecidos por el mercado: mientras que varios de los potenciales beneficiarios del Estado mencionan los servicios estatales denunciando frecuentemente sus carencias, para otros (por lo regular los que disponen de recursos suficientes) el Estado como garante de derechos sociales parece no existir – simplemente no es tomado en cuenta.

²⁰ <http://www.inegi.org.mx/sistemas/TabuladosBasicos/Default.aspx?c=10398&s=est>

3.1.2. El Estado securitario: ¿protección o amenaza?

Mientras que el Estado como proveedor de bienestar es raramente mencionado por los sujetos, huellas de su rostro securitario aparecen continuamente. En este contexto, abundan sobre todo comentarios en torno a la llamada “guerra contra el narcotráfico” o “lucha contra la delincuencia organizada” que, como ya mencionamos, azotó el país durante el sexenio calderonista, convirtiéndolo en escenario cotidiano de enfrentamientos mortales, ejecuciones sanguinarias y otros actos de violencia desbordada, angustiante y aterradora.

Los comentarios de los sujetos en torno al Estado securitario y beligerante que busca legitimarse a través de su supuesto poder de garantizar la seguridad de los ciudadanos frente al crimen y la violencia desbordados, son muy diversos. Son pocos los que se identifican plenamente con el discurso y las políticas de seguridad del Estado, como lo hace Gustavo de 18 años, hijo de una familia pudiente y políticamente conservadora (con una fuerte adscripción al catolicismo). Para él, el Estado representa una fuerza legítima capaz de restablecer la seguridad a través del debilitamiento y sometimiento del enemigo representado por los cárteles de drogas:

Vamos a llegar a un punto en el que va a parar eso, o sea, chance no exterminarse por completo, pero va a llegar un punto de control, en el que ya va a ser mínimo el narcotráfico [...] Yo creo que sí puede llegar un punto de control en el que ya pueda haber más seguridad. El punto de esto es parar la violencia. (Gustavo)

Gustavo no duda en reconocer en el “narcotráfico” un enemigo fuerte y peligroso, al que, sin embargo, es posible debilitar y someter (aunque no erradicar por completo) gracias a la estrategia de “intentar atrapar las cabezas”, la cual, aunque no muestra resultados inmediatos, es percibida por él como una estrategia acertada, que, además, permite mantener la baja intensidad de los enfrentamientos. En esta guerra narrada por Gustavo hay “buenos” y “malos” claramente definidos (a manera de una película hollywoodiense sobre una

invasión de extraterrestres). En la lucha del mal contra el bien, el mal, aunque parezca poderoso, tiene que perder:

Y bueno, la violencia no es parte de la gente, la gente no la causó, o sea, es algo del narcotráfico que... tomaron una posición prepotente que quieren poder y quieren encimarse a la ley, que es algo... se quieren apoderar de un país que... o sea, por más fuerte que y poderoso que seas, no se puede. [...] Y no creo que lleguen a apoderarse del gobierno. Porque... o sea... pueda que lo logren, pero la gente... allí ya sería un punto en que la gente también reaccionaría y se defendería. (Gustavo)

Esta visión aprobatoria de la “lucha contra la delincuencia organizada” parece constituir, más bien, una excepción. Varios de los sujetos, preguntados por su opinión sobre ella, muestran actitudes más ambivalentes y expresan dudas, como Gabriela, quién, aunque tiende a identificarse con tendencias políticas de corte conservador, se declara incapaz de definir su postura:

Híjole, esto se me hace tan... complicado, porque, por un lado, sí creo que es importante combatirlo, pero por otro lado ha llegado a tal punto que... dañan a gentes inocentes. [...] Pero la verdad es también que si no lo combates, esto puede crecer y volverse terrible, ¿no?, también... Entonces es... la verdad que allí sí es muy difícil... dar una opinión, este, porque no estoy completamente a favor de la guerrilla [sic] en contra del narco, no, o sea, porque creo que ha causado más dolor que beneficio, pero tampoco estoy a favor de que haya narcotraficantes y hagan lo que les de la gana. Eso sí no. Entonces es muy difícil porque no se me ocurre una solución. (Gabriela)

No faltan críticas devastadoras. Armando, quién (como intelectual) se inclina hacia una crítica radical de las estructuras existentes, acusa el Estado de cínico, falto de transparencia y manipulador de la información, de abusar del poder, de violar los derechos humanos y de propagar la violencia. Al mismo tiempo argumenta que las instituciones del Estado están perdiendo su autoridad y su capacidad para controlar la situación en el país, lo que convierte a los *narcos* en una siniestra “alternativa” del gobierno impotente:

¿Sabes de lo que yo tengo miedo? Que una población en su desesperación comience a confiar en los narcos, en los soldados del narco. [...] El gobierno, ¿sabes cuál es su principal derecho que le

damos? La capacidad de establecer ciertos niveles de violencia. Ya sea para castigar violaciones a reglas que nosotros consideramos como justas... o sea, la población decide: son justas y por lo tanto voy a aceptar tener este gobierno. Cuando no lo puede hacer..., y otros lo pueden hacer... Se trata del establecimiento de una estructura diferente en lugares donde el gobierno no alcanza, y eso es lo terrible. (Armando)

Aquí la aspiración del Estado securitario de legitimarse a través de su supuesta capacidad de garantizar la seguridad ciudadana queda frustrada no solamente por la incapacidad de sus instituciones de mantener orden, sino también por su ambigüedad ética. El deterioro de la legitimidad del Estado abre un espacio para el despliegue de una paralegalidad (Reguillo 2009b).

Hay sujetos que cuestionan la legitimidad del Estado presentando el fortalecimiento de su brazo militarizado y punitivo como una estrategia cínica o aparente, bajo la cual se esconde la corrupción y la renuencia al cambio del *statu quo*. Angélica lo expresa de manera especialmente explícita:

A lo que se ve y que se cuenta y que se dice, también el gobierno lleva su mochada. [...] Si acaban con los narcos, pues se les acabaría la fiesta a ellos. [...] Mientras ellos no hagan nada y no dejen de recibir su pedacito de pastel, no se va a hacer nada. (Angélica)

La corrupción del Estado, que, a los ojos de Angélica, convierte la lucha contra el crimen en una farsa, encuentra su expresión más clara en la ineficiencia y parcialidad con la que se imparte la justicia:

No puede ser tan difícil agarrar a alguien que de plano está inmune. Porque los agarran y quince, veintidós días y resulta que se escapó... O resulta que no era culpable. [...] ¿Cómo ellos tienen la facilidad para salir? ¿Por qué? Porque con dinero bailó el perro. ¿Y los demás? ¿Por qué no salen? Porque no tienen la facilidad de dinero. Si todos tuvieran la facilidad de dinero, todos salen. (Angélica)

Las opiniones expresadas por Angélica se sustentan en su experiencia. Su pareja estuvo en la prisión durante un año, acusado por un asalto. Angélica narra la cárcel como un terreno de negociación constante, en el que la privación de

libertad se vuelve relativa y depende casi exclusivamente de las posibilidades financieras de los reos:

Por lo que dicen, allá adentro tanto se lleva una vida como acá afuera. [...] Y él, por lo que dice, dice: “Dentro se hacían las fiestas normales. Adentro, si yo no me quería dormir a cierta hora, diez pesos y me dejaban salir los custodios. La cerveza te la venden en..., ahora sí que si quieren una cerveza, en 125... Cada cigarro a 5 pesos”. O sea, ¿quién se queda con todas esas ganancias? (Angélica)

Incluso la posibilidad de salir de la prisión parece obedecer a la misma lógica: el que lo puede pagar, sale, los demás se quedan. La impartición de justicia se convierte así en un pretexto para el enriquecimiento de los agentes del Estado. El procedimiento a través del cual su pareja pudo abandonar el reclusorio es narrado por ella en términos de una burda negociación financiera:

Acá, que era la primera vez que cayó, pues nadie sabía ni qué. Ni sabían del dinero, ni sabían nada. Y hasta que el licenciado que les pusieron allí, les dijo: “Saben qué, pues para sacarlo, va tanto”. Y empezaron a juntar todos. Y una de sus tías les dijo: “Yo les doy el dinero, siempre y cuando me garanticen que él va a salir. Si no me garantizan, ¿cómo les voy a dar?” Y ya pues resulta que le dijo el licenciado: “Si lo quiere dar... y si no, que se quede...” Y ya la mamá se puso a chillar y la convenció y le dio dinero y sí, salió. (Angélica)

La conclusión de Angélica es clara y contundente: tanto la lucha contra el crimen, como la impartición de la justicia por parte del Estado resultan ineficientes y carecen de imparcialidad, no por la incapacidad del gobierno, sino por la corrupción que lo vuelve renuente al cambio. Así, la estrategia del gobierno no solamente aparece como equivocada y condenada al fracaso, sino como una estrategia aparente, destinada a encubrir los verdaderos intereses de los gobernantes.

En resumen, las visiones del Estado securitario varían desde el asentimiento hasta opiniones negativas y críticas devastadoras. Los más privilegiados e inclinados hacia posturas políticas de corte conservador tienden a aprobar la política beligerante y punitiva del Estado (aunque también aquí hay

matices considerables que van de visiones que se identifican con el discurso de la lucha de los buenos contra los malos, hasta posiciones mucho más ambiguas); de las narrativas de los menos privilegiados emana frecuentemente una fuerte desconfianza y falta de fe en el interés del Estado por proporcionar la seguridad a sus ciudadanos: el brazo securitario del Estado, al igual que su brazo benefactor, es asociado con cinismo y corrupción. El Estado es referido con un distante y opaco “ellos”; aparece como una institución lejana, fuera del alcance, difícilmente penetrable, regida por lógicas que poco tienen que ver con el bien común: un Estado que no cumple con sus promesas.

No obstante, varios de los sujetos no se limitan a ver en el Estado una institución indiferente a los problemas de sus ciudadanos. En algunas de las narrativas el Estado no solamente falla en el cumplimiento de su función de garante de seguridad, sino que se convierte, él mismo, en una amenaza - como lo ilustran las narraciones en torno a dos figuras que personifican de manera especialmente clara el lado securitario del Estado: los militares y lo policías.

3.1.3. Los militares: la encarnación de la estrategia securitaria

Pablo tiene el grado de capitán, por treinta años ha sido miembro del ejército en el área de abastecimiento y provisión de la logística.²¹ No le falta mucho por retirarse: ocho meses y se dedicará al negocio familiar, por fin tendrá más tiempo para su esposa y sus dos hijas. Vivirá, quizá, más tranquilo...

Desde que el gobierno le declaró la guerra al narcotráfico, estuvo en Ciudad Juárez, en Reynosa, en Apatzingán, en Ameca. “Vi mucha gente, muchos compañeros morir. Inútilmente”, comenta. No siempre fue así: “Anteriormente nosotros combatíamos lo que eran sembradíos de enervantes en la sierra. La misión del ejército era siempre la misma... vuelos de rutina: ‘chin, detectamos un

²¹ Aquí introduzco el resumen de la primera de las entrevistas con sujetos entrevistados como “gestores de riesgo” (cf. 2.2.2.): la entrevista con Pablo (oficial del ejército). Estos resúmenes de entrevistas, igual que las notas de las observaciones etnográficas, aparecerán en cursiva para distinguirlas del texto del análisis.

plantío... Ameca, tienes un plantío, en tal coordenada, vas a destruirlo', lo destruimos, de regreso al cuartel otra vez. Con Zedillo y con Fox estábamos, más que nada, enfocados en el plan N3, de que: '¡hay una inundación en Veracruz!', prrrnnn, vámonos para allá. Como que querían ganarse la simpatía de la población con este tipo de actos. Se dedicaban más a política que al... a la seguridad nacional".

La situación cambió con el nuevo sexenio. El presidente le declara la guerra al narcotráfico. "Sin saber la magnitud de lo que se iba a venir. Creyeron que era muy fácil. 'Pum, mandamos al ejército, y estos todo lo saben...' Tanto así, que sin entrenamiento nos mandaron a las calles". El año pasado, en Apatzingán, perdió a dos compañeros, "uno muy querido... iba al súper con su señora, con familia, y los cosieron... A la señora le desbarataron la cara, a él obviamente, pues, también." Anteriormente, cuenta Pablo, el ejército no tenía contacto directo con el hampa. Además, los narcotraficantes tenían un código no escrito que con el ejército no había represalias. "Pero ahora no, ahora las cosas han cambiado. Yo creo y lo afirmo... por el ataque directo que nos hicieron tener con ellos".

El capitán admite que al principio el ejército no estaba capacitado para el enfrentamiento contra el narcotráfico: un enemigo numeroso, fuerte y armado, pero difuso, difícilmente reconocible, que observa sin ser visto y actúa por sorpresa: "nosotros estábamos entrenados para combatir con un enemigo igual... donde yo sé quién eres... y uniformado y armado..." Admite también que contra este enemigo no siempre es posible jugar limpio: "Para saber quién se dedica al narcotráfico... pues se tiene que interrogar. Entonces... es necesario... algunos instrumentos de... tortura, para que ellos puedan temer realmente. El ejército no es tan sucio como ellos... nosotros lo que hemos utilizado es el amedrentar". Acepta, finalmente, que se han cometido errores: "Ha habido accidentes fatales, sí, pero porque el personal militar está muy tenso, es mucho el tiempo que está uno bajo presión... y en ocasiones, los errores de la gente, de que le marcan al auto, no se detiene, o en lugar de pisar el freno, pisa el acelerador y, bummm, arranca, y han matado... han matado gente". Pero, concluye Pablo, "echando a perder se aprende... ya estamos adiestrados... hay que continuar".

La corrupción y la colusión con el narcotráfico a todos los niveles del gobierno también le es difícil de negar: “Dentro de cúpula de poder hay gente involucrada”, comenta el capitán. Incluso el ejército mismo, “la organización que, hasta ahora es, entre comillas, la más honesta”, no se salva de la corrupción. “Y la policía... porque lo hemos visto. Toooda la policía. Y quien no entre, quien llegue honestamente y ‘yo sí, voy a combatir el crimen...’, lo matan”. Pablo cuenta, no sin un cierto orgullo, sobre los métodos por medio de los cuales el ejército se deshace de los policías corruptos sin ensuciarse las manos: “Como no tenemos... no hay pruebas, pero obviamente que hay sospechas de que toooda la policía esté involucrada, entonces el ejército mexicano los involucra en determinado momento... Entonces, el hampa no perdona soplones. Entonces si éste tiene algo que ver con ellos, al ratito va a aparecer su cabeza cortada. Entonces ya la policía ya no sabe qué hacer. Ya han venido a declarar: ‘es que yo no puedo, me tienen amenazado, si yo no los apoyo, me matan a mí’. Nosotros no los estamos matando, simplemente ‘es tu obligación procurar la seguridad, vente a procurar la seguridad. ¿Te involucraste? Es tu problema’. Es la estrategia ahorita de la SEDENA [Secretaría de la Defensa Nacional]”.

Preguntado por el futuro de la guerra, el capitán no tiene dudas: hay que continuar con el combate, y aunque nunca será posible combatir del todo el narcotráfico, seguramente podrá ser controlado. Solo que los Derechos Humanos tiene al ejército con las manos atadas... Y el presidente... si tan solo le diera al ejército la libertad de actuar... “Si ya quisieran haberlo acabado, ya lo hubiéramos hecho, como pasó en... en Chiapas. Cuando se suscitó lo del... de los zapatistas. En año nuevo del 94 fue cuando ellos atacaron. Y mataron a las corporaciones policiacas e hicieron un desmadre y quisieron atemorizar... pero no sabían la fuerza del ejército. Y allí dijeron... Zedillo dijo: ‘¡Fuego!’ o sea, dio carta abierta... el ejército tiene la misión de salvaguardar la seguridad interior del país. Y fuimos con todo, y fue la fuerza aérea, y fueron blindados, y fueron tanques, y fuimos, este, tropas a pie y se les dio hasta por debajo de la... Entonces, ¿qué pasa? Dijeron: ‘No, pues, ejército, no te pases...’ Lo hicieron político, ¿no? Pero dieron

carta abierta, entonces, ahora, si lo vieran de esta manera, este, yo creo que lograríamos intimidarlos...”

Las Fuerzas Armadas han jugado un rol protagónico dentro de la estrategia securitaria del Estado: para un Estado débil, pero decidido ostentar la fuerza para buscar la legitimación, el ejército convirtió en una institución clave y un operador privilegiado de la estrategia gubernamental. Para justificar su participación en la lucha antidrogas, el discurso oficial ha destacado la supuesta “impermeabilidad” del ejército contra la corrupción y penetración por parte del narcotráfico (en contraste con la proclividad a la corrupción que caracterizaría a las corporaciones policíacas). El discurso que acompañó el repentino fortalecimiento del brazo beligerante y punitivo del Estado, adscribió a sus Fuerzas Armadas un papel estelar: en la lucha contra los “malos”, el ejército iba a vencer gracias a su honradez, valor, abnegación e integridad, además del profesionalismo, eficiencia y equipamiento con la tecnología de punta.

En la entrevista con Pablo llama la atención el énfasis con el que el entrevistado admite reiteradamente la falta de capacidad y preparación del ejército para la tarea que le asignó el Estado. La guerra contra el narcotráfico narrada por Pablo se asemeja más bien a un procedimiento de “prueba y error”, lejos de la aplicación de una estrategia certera y experta. El capitán se refiere a los cinco años de lucha como “entrenamiento” en el que se han cometido errores (eufemismo que usa para hablar, entre otros, de las llamadas “víctimas colaterales” de la guerra), pero, como concluye, “echando a perder se aprende” – los errores (fatales) parecen constituir un precio justo de este aprendizaje. El contraste entre el triunfalismo del discurso oficial, que ensalza el profesionalismo del ejército, y la sinceridad con la que Pablo admite sus debilidades, resulta, sin duda elocuente. El saber experto del ejército, fuente de su confiabilidad, se revela cuestionable.

Las supuestas virtudes del ejército pierden igualmente mucho de su brillo: Pablo reconoce el uso de la tortura y otras prácticas éticamente controvertibles como válidas en el contexto de la guerra. Turbadoras e inquietantes resultan

también sus repetidas quejas sobre la insuficiente libertad de actuar que no permite al ejército desplegar todo su potencial en la lucha contra el narcotráfico. La intervención en Chiapas es un episodio que Pablo evoca reiteradamente como ejemplo de la eficiencia del ejército, siempre y cuando se le permite actuar sin limitaciones – “la misión de salvaguardar la seguridad interna del país” se convierte en un fin que justifica cualquier medio, relega al segundo plano dilemas morales y permite interpretaciones poco ortodoxas de lo que es honor e integridad. El ejército como “experto” y garante de seguridad se muestra ambiguo y polémico.

La presencia del ejército en las calles (un fenómeno nuevo y controvertido en el momento de las entrevistas) detona reacciones por parte de varios sujetos entrevistados. Los militares se han convertido para muchos de ellos en la personificación más explícita de la estrategia securitaria del gobierno. Hay quienes se declaran contentos de estar siendo vigilados y protegidos por una organización digna de confianza que se caracteriza, además, por honor y respeto – muy en sintonía con el discurso gubernamental con el que se identifican por sus preferencias políticas (Gustavo, Salvador). Otros, por lo contrario, ven en los militares la representación de un Estado violento e indigno de confianza, capaz de quebrantar la ley que él mismo representa. En este contexto, Armando denuncia nuevamente los abusos de poder por parte del Estado (en concordancia con su postura de crítica informada que a su vez se vincula, sin duda, con su alto nivel de educación):

El gobierno mexicano ha vuelto a las andadas con un sistema... si recuerdas las guerra sucia de los setentas, el uso del ejército, tortura y todo eso, pues... Ya lo dijo la Comisión de Derechos Humanos de México: la cosa que ha hecho el ejército es terrible. La última fue que le dispararon a esta familia y los mataron... [...] Si tenemos miedo a unas autoridades que no son... que no las puedes respetar, que tienden a actos de violencia aleatorios, imagínate el ejército... (Armando)

Pero no todos explican su temor en relación con la presencia de los militares en las calles destacando la potencial ambigüedad moral del ejército. Hay quienes

vinculan su miedo con el simple hecho de que los soldados disponen de armas potencialmente mortales y con que el ejército en las calles constituye un recuerdo innegable del conflicto violento en el que se ve inmerso el país. La presencia del ejército dentro de la cotidianidad se convierte así en un mal augurio, siniestro e inquietante, de una posible y repentina explosión de violencia que, aunque latente, nunca puede descartarse por completo. Álvaro y Gabriela, desde posiciones sociales muy distintas, relatan sentir emociones similares relacionadas con las “apariciones” del ejército en la cotidianidad:

Cuando vemos los militares, siempre es como alerta de pánico. Que algo está pasando. Que te sientas salvado, no. Escucho algunos comerciales en la televisión, que el ejército, que las señoras que ‘ya llegó el ejército, me siento salvada’... No, yo me siento peor. Algo va a pasar allí donde estamos. Pero no... no siento que te alivie ver a los militares (Álvaro)

Una sensación como de guerra... O sea, me ha tocado, sobre todo antes más, en Periférico y Acueducto, mucho, mucho me los encontraba. Y primero lo que digo, pues, acelero y me voy, pues me da miedo, obviamente, ¿no? [...] A mí me da la sensación de que... algo puede pasar, de que en cualquier momento, estás en un alto, pasa algo extraño, se baja el ejército y ya es una balacera... (Gabriela)

Pero, aunque la presencia del ejército en las calles provoca frecuentemente la inquietud, vale la pena recordar que entre las corporaciones vinculadas con seguridad, el ejército sigue gozando de una confianza relativamente alta por parte de la ciudadanía. Incluso, según la encuesta *¿Cómo nos vemos los tapatíos? 2012*, la confianza en el ejército creció en la ciudad del 51% en el 2011 al 62% en el 2012. No así la policía, a la que dedicaremos el siguiente apartado.

3.1.4. Los policías: abusos de poder

Octubre 2011. Se celebran los XVI Juegos Panamericanos – un evento masivo que por dos semanas convierte la ciudad en un bastión de seguridad: 11 mil miembros de la policía de los tres niveles – la federal, la estatal y las municipales – cooperan vigilando las sedes deportivas y las calles de la urbe (algunos de ellos

encubiertos²²). Se instalan 645 cámaras de vigilancia²³ y el gobierno estatal compra, incluso, el helicóptero blindado Black Hawk S-70i para la ocasión²⁴.

Las sedes deportivas son, por supuesto, las más vigiladas. El control de acceso es estricto: incluye arcos detectores de metal y revisión detallada de las pertenencias. Grandes anuncios informan sobre objetos restringidos (fuegos pirotécnicos, armas, encendedores, recipientes de vidrio, aerosoles, perfumes, labiales, entre otros). Los helicópteros de la policía sobrevuelan los estadios.

Para llegar al estadio de atletismo es necesario caminar una distancia bastante larga desde el estacionamiento. A lo largo del camino, sobre una cerca, están instalados varios anuncios espectaculares, financiados al parecer por el gobierno municipal de Zapopan, y dedicados a transmitir una nueva imagen de la policía municipal.

El primer espectacular luce minimalista: el escudo de la policía municipal de Zapopan sobre un fondo negro, al lado un eslogan: “Haciendo de Zapopan la ciudad más segura de México”. En el segundo, un policía joven – su mirada firme y serena – sonríe a la cámara. En la cabeza trae una gorra negra con un reluciente escudo de la policía municipal en el centro. “Medimos y evaluamos nuestros resultados para mejorar nuestra estrategia de seguridad”, informa el anuncio.

El espectacular número tres: el nuevo edificio de la policía. Se trata, como anuncia el texto, de “el edificio más moderno, tecnológico y eficiente del país”. Frente a él, bandera al viento; sobre él, un helicóptero. “Inteligencia, innovación, resultados. Mayor rapidez para responder a las denuncias ciudadanas”. Sigue la foto de un policía vestido con boina y guantes negros, lentes protectores y un

²² “Agentes encubiertos, estrategia estatal para vigilar la ciudad durante los Panamericanos”, *La Jornada Jalisco* (5.10.2011); consultado en: <http://archivo.lajornadajalisco.com.mx/2011/10/05/index.php?section=politica&article=003n1pol>

²³ “Ubicación de cámaras de vigilancia no es negociable, advierte Carlos Nájera”, *La Jornada Jalisco* (15.09.2011), consultado en: (<http://archivo.lajornadajalisco.com.mx/2011/09/15/index.php?section=opinion&article=002a1pol>

²⁴ “El domingo llega el nuevo *Black Hawk*”, *La Jornada Jalisco* (15.09.2011); consultado en: <http://archivo.lajornadajalisco.com.mx/2011/09/15/index.php?section=politica&article=002n1pol>

overol de tela camuflaje. Apunta su pistola hacia un blanco invisible. “Mejores sueldos, más prestaciones”, pregona el eslogan.

En el quinto anuncio posan tres representantes de la policía montada sobre sus caballos. Es de noche, los alumbrá por atrás la luz de una camioneta de patrulla. En el siguiente espectacular, cuatro policías (tres hombres y una mujer) están parados en torno al helicóptero (al parecer el orgullo de la policía municipal) en un hangar oscuro, alumbrado con dos lámparas grandes situadas de ambos lados del vehículo. Los policías llevan overoles grises y chalecos antibalas; dos de ellos ostentan ametralladoras de tamaño considerable.

El último anuncio: la culminación. El mismo hangar amplio y oscuro se llena ahora de protagonistas. Es el gran final: todos salen al escenario. En el primer plano, 13 policías formados en uniformes de combate (casco, lentes protectores, chalecos antibalas, rodilleras y botas), cada uno de ellos presenta un arma imponente. Detrás de ellos, vestidos de negro, policías motorizados al lado de sus motocicletas (sus luces prendidas llenan el escenario de esplendor). De ambos lados, policías en bicicletas y miembros de la policía montada. En el fondo camionetas de patrullas (luces azules y rojas), y en el centro, por supuesto, el helicóptero.

La policía luce sus mejores galas. Se muestra fuerte, imponente, firme y confiable: los protectores, los defensores, los garantes de la seguridad...

El contraste entre esta imagen gloriosa y radiante (construida, por supuesto, en sintonía con las retóricas del discurso securitario predominante) y lo que expresan en sus narrativas los sujetos, no podría ser más profundo. Para la mayoría de los entrevistados un policía encarna, sobre todo, la corrupción.²⁵ Varias anécdotas son citadas para fundamentar esta opinión desfavorable, especialmente por los sujetos que habitan en barrios en los que la cotidianidad es marcada por la

²⁵ Estas opiniones coinciden a su vez con los resultados de la, ya mencionada, encuesta *¿Cómo nos vemos los tapatíos 2012?* (Observatorio Ciudadano de Calidad de Vida: Jalisco cómo vamos): según ella, el 67% de los encuestados desconfía de la policía municipal, y el 63% de la policía estatal.

presencia de la delincuencia y que, por lo tanto, se convierten frecuentemente en escenarios de los llamados “operativos” policiales, los cuales, lejos de ser interpretados como intentos del restablecimiento del orden, son percibidos como incidentes que permiten a los policías cometer actos de corrupción:

Como el de ayer, corriendo el muchacho, casi se caía, el muchacho, llegó a su casa, ya, llegaron los policías para llevárselo... “Toma”, les dio una feria. Lo dejaron. (Elías)

Lo que le decía de los robos al tren... Pasaron en las noticias un video de los que están robando el tren y cómo dan dinero al policía. Y el policía se hace como que “yo no vi nada”. (Citlali)

Nos pararon unos policías, nos bajaron del taxi para una revisión de rutina. [...] Entonces cuando me piden que saque mi cartera, que la ponga arriba del carro, yo saco mi cartera y le saco dinero. [...] Le dije: “Si me quieres revisar, revisa me todo, pero el dinero, no”. Y me dijo: “No te voy a robar”. “No, es que ya me han robado ustedes mismos”. (Álvaro)

Y no se trata solamente de constatar la falta de honestidad de los policías que los vuelve indignos de confianza. Para varios de los sujetos, especialmente los que se encuentran en una posición social más vulnerable (en cuanto al nivel socioeconómico, pero también, o quizá sobre todo, en cuanto al lugar de residencia), la figura del policía (corrupto, deshonesto, coludido con el crimen), lejos de encarnar protección, significa amenaza y peligro. Así, Citlali menciona robos al tren en las cercanías de su casa, los cuales convierten su vecindario en escenario de arrestos aleatorios por parte de los policías:

Ahora se calmó un poco, pero el mes pasado estaba muy fuerte. Así, de que: “ya robaron el tren y escóndanse”, porque la policía va pasando y agarran a quien... agarraban a quien fuera y vámonos. Uno no sabe a qué horas le puede tocar a uno. [...] Y los policías saben quiénes son los que roban, pero, ¿qué hacen?, hay que despistar... hay que buscar un chivo expiatorio... (Citlali)

También para Álvaro, quién ha crecido en un barrio marginado en las afueras de la ciudad, un policía personifica, sobre todo, el peligro:

Si me preguntas de quien tengo más miedo, o sea, un policía o un ratero, le tengo más miedo a un policía. [...] A mí ya me han robado... policías... durante una revisada... ya me han robado mi

dinero [...] Ya te están plantando droga, te la plantan, o sea, con la mano en la cintura... Y en el Ministerio Público, ¿a quién le van a creer, a un policía o a ti? Claro que le van a creer a un policía. (Álvaro)

Así, el policía se convierte en peligro no solamente porque no cumple con su papel de garante de seguridad y orden, sino porque abusa de su posición de poder para cometer impunemente actos ilícitos. De esta manera llega a personificar para algunos el abuso de poder por parte del Estado, el cual quebranta la misma ley que aparenta representar, dejando al ciudadano no solamente desprotegido, sino convirtiéndolo en blanco de violencia aleatoria:

La ley es una broma. La policía, la veo y digo: 'Me tengo que cuidar de ella, porque me van a robar.' Escucho y me platican... la gente de Guadalajara, que los han tratado... casi los han matado los policías. Se comienza uno a sentir así: si la ley no te respeta, si la policía es una broma, si la violencia es impredecible... (Armando)

No faltan, por supuesto, comentarios menos críticos, sobre todo por parte de los que, por su posición social, parecen sentirse mucho menos expuestos frente a la posible violencia por parte de los que representan la ley. Pero incluso ellos se ven obligados a tomar postura frente a la supuesta corrupción de los policías:

No dudo que haya coludidos con el narcotráfico, pero como son muchos... O sea, pienso que los que están coludidos son los menos... (Salvador)

O sea... antes... pues el gobierno era un poco más corrupto... los policías aceptaban mordidas... no había tanto control dentro de su sistema. (Gustavo)

Ya sé que su misión es cuidar a la gente y a veces no todos lo hacen... (Gabriela)

Resulta significativo que los que parecen gozar de una posición social más privilegiada se expresan sobre los policías con menos desconfianza y relativizan el problema de la corrupción (expulsándolo a un "antes" indefinido, o presentándolo como un problema parcial). El policía corrupto no es percibido por ellos en términos de una personificación del Estado-amenaza, sino como una

disfunción lamentable de un Estado que, después de todo, es un Estado de la ley. Es aquí, donde se revela claramente la desigualdad y la polarización que subyacen a (y son perpetuadas por) las lógicas de la llamada “seguridad ciudadana”: mientras que sus posibles beneficiarios, los más privilegiados entre los sujetos, declaran sentirse relativamente protegidos, los menos privilegiados se convierten en blanco de acciones punitivas del Estado que, para colmo, son marcadas por abusos de poder y trasgresión constante.

3.1.5. En resumen

El paulatino desmantelamiento del Estado de bienestar y la acelerada propagación de políticas securitarias encuentra un claro reflejo en las narrativas. El Estado como proveedor de bienestar es criticado severamente por sus supuestos beneficiarios. Los más vulnerables (especialmente los adultos mayores) se expresan con desconfianza y desilusión sobre las políticas sociales del Estado: desde su perspectiva, el Estado de bienestar se revela, por un lado, insuficiente y a veces aparente, y por otro, marcado por el cinismo y la corrupción de los gobernantes. A su vez, las exacerbadas políticas securitarias, destinadas presuntamente a garantizar la seguridad ciudadana (mencionadas en las narrativas con mucha mayor frecuencia), encuentran escasa aprobación y, en algunos casos, son interpretadas como equivocadas o aparentes, injustas y marcadas por la parcialidad, destinadas a cubrir el cinismo y la corrupción del Estado.

El Estado aparece en varias de las narrativas como una institución lejana, opaca, corrupta y cínica, que no solamente falla a menudo en el cumplimiento de su función de garante de seguridad, sino que se convierte, ella misma, en una amenaza. Esta percepción encuentra una expresión muy clara en lo narrado en torno a las encarnaciones más visibles y cotidianas del Estado securitario: los militares y los policías. Especialmente los sujetos más desprotegidos en cuanto a su situación socioeconómica y su lugar de residencia, parecen reconocer en el policía corrupto un representante del Estado que, aunque en apariencia protector

de los ciudadanos y defensor de la justicia, se revela arbitrario y capaz de una violencia aleatoria que profundiza la vulnerabilidad de los más expuestos en vez de aminorarla.

No obstante, sería erróneo suponer que esta visión reprobatoria sea la única (aunque sin duda es la más difundida). Así, mientras que los sujetos más vulnerables (sobre todo en cuanto a su edad, su posición socioeconómica y su lugar de residencia) hablan del Estado con desilusión y desconfianza, denunciando su cinismo y su corrupción, sintiéndose además no solamente abandonados sino frecuentemente amenazados por él; hay sujetos que muestran, por un lado, una gran indiferencia hacia el Estado “benefactor”, y, por otro, una cierta aprobación de su lado securitario. Esta postura se vincula frecuentemente con un nivel socioeconómico elevado que permite prescindir de los servicios sociales del Estado, habitar zonas menos vulnerables y ser, por lo tanto, menos expuestos a los abusos de los agentes estatales; se vincula también con inclinaciones políticas de corte conservador. Aunque este discurso no niega la corrupción y los abusos de poder, éstos se interpretan como una lamentable excepción de la norma y no como un malfuncionamiento de un sistema corrupto y violento.

Las dos posturas mencionadas no carecen, por supuesto, de matices, no siempre son igualmente claras o declaradas, a veces resultan contundentes y a veces ambiguas, pero pueden ser vistas como dos polos entre los que se sitúan las interpretaciones de los sujetos en torno a su relación con la institución del Estado. En términos generales, los sujetos parecen compartir la opinión poco favorable del Estado como proveedor de bienestar, aunque muchos no tienen otra opción que depender de sus escasos servicios, mientras que unos pocos pueden permitirse prescindir de ellos buscando alternativas en el mercado. En cuanto al brazo securitario del Estado, las opiniones y percepciones parecen mucho más polarizadas: la diferenciación entre los que se perciben como ciudadanos (relativamente) protegidos y los que se sienten expuestos frente al poder arbitrario resulta difícil de negar. En resumen, el Estado se desdibuja como proveedor de seguridad social y se revela profundamente ambivalente como garante de la

seguridad ciudadana - pierde sus contornos como fuente de seguridad y se revela frecuentemente como detonador de riesgo.

3.2. El trabajo: competencia e incertidumbre

Entre las transformaciones recientes con fuertes repercusiones en el mundo social, la puesta en marcha del modelo económico neoliberal a partir de los años ochenta del siglo XX es mencionada frecuentemente como una de las más importantes. La expansión del neoliberalismo y el paulatino desmantelamiento del Estado de bienestar, introducidos en respuesta a la crisis económica de los años setenta del siglo pasado, han tenido, entre otros, hondas repercusiones en el ámbito laboral. Los rasgos del mundo laboral característicos de los años de la posguerra – el trabajo de tiempo completo, seguridad social, posibilidad de movilidad social, previsibilidad de carreras laborales – han sido reemplazados paulatinamente por el incremento trabajos de tiempo parcial, trabajos precarios, informalidad laboral, subempleo, desempleo, y debilitamiento del vínculo entre empleo y protección social (Ariza y de Oliveira 2009; Roberts 2007). Las políticas de desprotección y flexibilidad laboral han tenido como resultado el aumento de pobreza, vulnerabilidad social y desigualdad, entre otros.

En cuanto a la situación específica de Guadalajara, ésta no difiere sustancialmente del panorama general: “la zona metropolitana de Guadalajara, al igual que el resto de las metrópolis en México, ha reproducido un crecimiento económico irregular, polarizador del ingreso y con bajas capacidades de generación de empleo protegido socialmente, estable y remunerador” (Román 2009:247): se han incrementado las fuentes de ingreso irregulares y en los empleos de carácter formal se han reproducido formas de contratación precarias, sin mencionar las prácticas de violación o manipulación de derechos laborales, tales como el de la sindicalización simulada (ibid.).

En este contexto se coloca el análisis presentado a continuación, enfocado en la relación de los sujetos con la institución de trabajo – una de las instituciones más mencionadas en las narrativas. Los significados y las prácticas observables a partir de las narrativas dan cuenta de la tensión entre las expectativas y esperanzas depositadas en el trabajo como fuente de seguridad, y las lógicas del mercado laboral donde el vínculo entre el trabajo y la seguridad se vuelve cada

vez más difuso e incierto. Es por ello también, que lo narrado por los sujetos en torno al trabajo constituye un material privilegiado para observar las lógicas de lo que Beck (2008) denomina la individualización trágica (cf.1.3.1.), que obliga al sujeto a gestionar riesgos de manera individual, al mismo tiempo que se desvanecen las fuentes acostumbradas de seguridad y certeza.

3.2.1. “Yo me lo gané”: significados del trabajo

*Crece la tensión entre la centralidad simbólica del trabajo
y un mundo en el que éste se va haciendo más discontinuo y escaso*
Martin Hopenhayn

La centralidad del trabajo dentro del paradigma moderno es innegable, tanto visto desde la perspectiva de las estructuras, como desde el sujeto mismo. Entre otros, el trabajo es interpretado como el medio privilegiado de integración social (Castel 1996) – no solo como fuente de ingresos, sino también de legitimidad y aceptación social, de redes sociales, de solidaridad y de beneficios sociales (Saraví 2007). Por ello no sorprende la importancia adscrita al trabajo por los sujetos de este estudio. El análisis transversal de las narrativas permite vislumbrar diversos significados que surgen en torno al trabajo: desde la satisfacción de necesidades básicas, pasando por la posibilidad de ascenso social, hasta buscar en él la fuente de independencia, libertad y autorrealización. No hace falta añadir que los significados asociados al trabajo y destacados por los sujetos se relacionan con su posición social.

Para los entrevistados más “precarios”, el trabajo significa sobre todo la posibilidad de satisfacer sus necesidades básicas:

[Mi pareja] gana, ahora sí que lo mínimo. Pero pues ya de eso comemos... [...] Y los gastos es renta, comida, leche, pañales, porque los dos [niños] son de leche y pañales (Angélica)

Hay días que no vendemos. Si no vendemos un día, no tenemos pa´comer [...] Y aquí pagamos mi luz, aquí se paga mi gas, de aquí pago el agua y de aquí se come [...] Hay veces que Dios nos

bendice muy bien, que ya vendimos una lavadora de ésas, pues ya, ya sacamos para toda la semana (Elías y Ana)

La que me renta aquí, no viene luego luego al mes, ella viene, por decir, el 25, 26... alcanzo juntar eso... alcanzo juntar lo de la guardería..., que nunca me falten pañales porque [mi hijo] todavía no los deja... (Consuelo)

A la experiencia de sobrevivir con “lo mínimo” se suma la incertidumbre vinculada con la posible pérdida de los escasos recursos o la posibilidad de no tenerlos regularmente. La situación de precariedad (que en algunos casos significa la experiencia de estar sobreviviendo al borde de pobreza alimenticia) hace que los sujetos mencionados relaten el trabajo primordialmente como medio para asegurar la comida y satisfacer otras necesidades básicas. No obstante, el trabajo tiene para ellos también otros significados, relacionados por lo regular con sus experiencias pasadas, ubicadas en tiempos de menor precariedad (en contraste con la situación actual). Así, Elías, un adulto mayor, cuenta de la dignidad que le confería su profesión de carpintero cuando era más joven y todavía eran requeridos sus servicios; Angélica, quien depende de los empleos precarios de su pareja, menciona la sensación de libertad que le posibilitaba su trabajo, el cual tuvo que dejar para poder cuidar a sus hijos. También Consuelo habla de una cierta “autorrealización” a través de su trabajo como costurera.

No obstante, son los sujetos que viven fuera del círculo de precariedad económica extrema, quienes pueden permitirse obviar con mayor facilidad la función del trabajo como el medio para la satisfacción de hambre y otras necesidades básicas. Para Álvaro y Lorena, por ejemplo, el trabajo significa la posibilidad de ascenso social. Ambos han crecido en barrios marcados por pobreza, pandillerismo y drogadicción, e interpretan el trabajo como un medio para abandonar su ambiente y para mejorar su calidad de vida:

Yo siento que uno tiene que buscar siempre la manera de mejorar. La gente que se estanca y que está allí, no quiere sobresalir, pues, allí está y va a estar. Entonces si nosotros tenemos la posibilidad de mejorar un poquito, entonces, obvio, buscarlo, ¿no? (Lorena)

Hace poco platicaba con un amigo y me decía que no se imaginaba si yo no hubiera tenido las ganas de salir adelante, verme allí, en ese barrio, cholo, drogadicto, entonces me decía que era como que algo rescatable. (Álvaro)

Varios sujetos asocian el trabajo con libertad, independencia y empoderamiento. En este sentido Lorena y Álvaro comparten su postura con Gustavo y Lidiana, quienes, aunque hablan desde una posición mucho más privilegiada económicamente, subrayan la importancia del trabajo como un medio para empoderarse:

Pues en el tema de los negocios y eso, no sé, me llama mucha atención eso, de que puedas ser tú independiente, pagarte tus gastos, todo ese rollo. No tanto estar dependiendo de otra persona para... para necesidades básicas (Gustavo)

Y yo... lo que me interesaba mucho, era ya empezar a trabajar pronto. Y ser, como que tener, como que ya tener ya el arma de decir: "Yo me lo gané y yo ya puedo hacer más". ¿Sí me explico? Pero como que con mi dinero, o sea, con mi esfuerzo. (Lidiana)

Hay, además, varios otros significados adscritos al trabajo por los sujetos, tales como la posibilidad de autorrealización, creatividad y productividad, oportunidad de ayudar a los demás.

En algunas narrativas, finalmente, el trabajo es presentado desde una perspectiva distinta: como un derecho indiscutible que permite vivir una vida digna y cuya falta es interpretada como la expresión de injusticia y violencia estructural. Esta postura es tomada de manera contundente por Armando, quien, desde una posición reflexiva hacia las estructuras existentes, afirma:

¿Sabes qué me gustaría? Que los niños que están naciendo, pudiéramos asegurar que tengan trabajos. [...] La pobreza yo creo que es un crimen. No un crimen por parte de la persona, sino un crimen contra la persona. (Armando)

Como pudimos observar, diversos significados aparecen en las narrativas en torno al trabajo: es presentado como medio para la satisfacción de necesidades, posibilidad de ascenso social, sinónimo de autonomía y libertad, o

un derecho importante, entre otros. Desde la perspectiva de los sujetos la centralidad del trabajo es indiscutible. Datos estadísticos lo confirman. Por ejemplo, según la *Encuesta Nacional de Valores en Juventud 2012*²⁶, el trabajo es importante para el 92.2% de los jóvenes encuestados. Un buen trabajo significa para ellos un buen salario (84.6%), un trabajo estable (42.6%), con servicios y prestaciones (40.4%). Una gran mayoría (74.3%) prefiere un trabajo estable sin muchas posibilidades de progresar que un trabajo con muchas posibilidades de progresar pero inestable (19.4%).

Sin embargo, tanto las esperanzas asociadas con el trabajo por los protagonistas de esta investigación como los resultados de la encuesta citada contrastan fuertemente con las condiciones imperantes en el mercado laboral. Por ejemplo, según la información proporcionada por el INEGI²⁷, en diciembre de 2012 el 60.1% del total de empleados en el país trabajaba en condiciones de informalidad (según el indicador llamado Nueva Medición del Trabajo Informal en México que contempla a todas las personas que realizan una actividad económica sin tener acceso a la seguridad social). Y efectivamente, mientras que las expectativas de los sujetos resultan altas, la visión del mercado laboral compartida por varios de ellos dista de ser optimista. En muchas narrativas el mundo laboral es presentado como caracterizado por competencia exacerbada y simultánea escasez y precariedad de empleos. A esta visión del mercado laboral será dedicado el siguiente apartado.

3.2.2. El mercado laboral como un mundo de competencia

[...] aquellos miembros de la población con características menos adaptadas (según lo determine su medio ambiente) morirán con mayor probabilidad.

[...] aquellos miembros con características mejor adaptadas sobrevivirán más probablemente.

Charles Darwin

²⁶ www.imjuventud.gob.mx/uploads/ENVAJ_2012.pdf, consultado 20.05.2013

²⁷ www.inegi.org.mx, consultado 20.05.2013

Las repercusiones en el mundo de trabajo que ha tenido el modelo neoliberal a lo largo de los últimos 30 años son profundas, amplias y complejas. Entre otros, como ya mencionamos, las políticas de flexibilidad laboral desembocaron, por un lado, en la disminución de trabajos de tiempo completo y de la previsibilidad de carreras laborales, y, por otro, en el simultáneo incremento de desempleo, precariedad e informalidad laboral. Aunados al paulatino desmantelamiento del Estado de bienestar, estos fenómenos han tenido como consecuencia el aumento de pobreza, vulnerabilidad social y desigualdad, entre otros.

Se podría argumentar, por supuesto, que la pobreza, la informalidad y precariedad de empleo, así como la pronunciada desigualdad social han sido características constantes de los países latinoamericanos y que no constituyen fenómenos nuevos. Sin embargo, no se trata solamente de una simple perpetuación y profundización del *statu quo*. Como subrayan algunos autores (Saraví 2007; Roberts 2007), lo que ha sufrido un deterioro acelerado en el contexto de la liberación económica es, sobre todo, la confianza depositada “en que la modernización, la elevación de los niveles de productividad y la evolución ‘natural’ de los mercados de trabajo terminaría por eliminar la pobreza para la mayoría” (Roberts 2007:202). Como argumenta Saraví (2007), por un lado, la transitoriedad de la pobreza estructural parece ya no encontrar sustento empírico, por otro lado, los propios pobres van perdiendo la esperanza de movilidad social y las expectativas de protección social en relación con el trabajo. La pobreza, la precariedad y la desprotección están dejando de ser vistas como una anomalía superable y se van convirtiendo en una especie de “mal necesario”, contra el que parece no haber otro remedio que resignarse frente a las abrumadoras y “naturales” leyes del mercado omnipresente.

Así, lo que interesa aquí no es la profundización de la pobreza, la precariedad, la desprotección y la desigualdad como tales (aunque sin duda constituyen una de las consecuencias más deplorables del orden económico dominante), sino el cambio de actitud hacia estos fenómenos: dejan de ser interpretados como una característica transitoria de una sociedad en transformación hacia un futuro mejor, y tienden a ser presentados como un

fenómeno lamentable pero inevitable (“natural”, en cierto sentido) – se convierten en el lado oscuro de un mundo laboral en el que resulta necesario competir por empleos siempre escasos y rara vez seguros. En este mundo, regido por leyes duras e implacables, ganan los mejor adaptados. Los que no son capaces de cumplir con las exigencias y caprichos del mercado laboral, se quedan fuera.

Uno de los imaginarios más recurrentes en torno al trabajo es el de un mercado laboral caracterizado por la escasez de empleo aunada a una competencia despiadada entre los que lo buscan:

[...] en un punto donde pienso que es muy difícil ya para... desde mi generación para abajo va a ser muy difícil, es el punto de... del éxito. Yo creo que ahorita ya los negocios son muy peleados y ya es un punto de que yo creo que va a empezar a disminuir el éxito de cada persona, porque pues ya hay muchas personas, o sea, están naciendo cada vez mucho más personas y cada vez hay personas más capacitadas que tú o igual que tú, y pues es muy difícil ya en vez de estar peleando con otros tres por un puesto de trabajo, estás peleando con veinte... (Gustavo)

Gustavo, quien se expresa de esta manera, tiene 18 años y todavía no ha concluido su educación escolar, pero sería erróneo suponer que desarrolla esta visión basándose exclusivamente en suposiciones o clichés. Pertenece a una familia de empresarios y, como confiesa en otro momento de la entrevista, desde niño ha estado involucrado en el negocio familiar, el cual se convierte para él en un ejemplo más de rivalidad para sobresalir exitosamente:

[...] el problema es que como ya es negocio que viene desde hace varias generaciones, se divide mucho, o sea, somos muchos, o sea somos ya cinco familias, pues, yo soy uno de los primos que somos como quince, ya no es fácil que yo podría tomar una parte principal de un negocio, ya estamos divididos entre muchos. (Gustavo)

Así, la competencia tiene lugar no solamente en el ámbito “abstracto” de mercado laboral al que Gustavo todavía no ha ingresado, sino también en la esfera de su experiencia cotidiana. La necesidad de “pelear” por un puesto de trabajo y de aceptar la supremacía de los mejor “adaptados”, es narrada por él como una

especie de ley natural, perfectamente explicable por el aumento de población que lucha por recursos limitados.

Esta visión de mercado laboral marcado por una competencia exacerbada está presente también en otras entrevistas, aunque de manera menos explícita. Así, la joven Lorena se siente afortunada de tener un puesto de trabajo en una oficina de gobierno, aunque, como admite, trabaja por contratos de seis meses, sin seguridad de poder renovarlo. Mientras tanto, Elías, un adulto mayor, se ve obligado a aceptar su derrota frente a las crudas leyes de la competencia – es viejo y por eso “desechable”:

Yo... mi oficio era carpintero, soy carpintero, pero pues... ya ahorita voy... y ya, “¿Cuántos tiene?” “Tantos”, noooo..., pues no. Me piden el dato y no, pues yo tengo 66 años, y ya no me quieren dar trabajo [...] No me dan porque la edad... que ya no... la discriminación. Que a veces dicen que uno no rinde lo que rinde un joven. Y, legalmente, tengan su razón, pero hay trabajos que puede uno desempeñar, y le pueden dar a uno, y puede uno hacer algo. (Elías)

Mientras que el mundo laboral narrado por los más jóvenes parece ostentar características de un mundo natural, cuyos leyes, como leyes de física, parecen inquebrantables e incuestionables, Elías se niega a aceptarlas. No obstante, admite finalmente que no puede más que resignarse frente a lo que parece una realidad injusta pero inalterable.

En este mundo de competición implacable no todos compiten en términos iguales. Algunos quedan en desventaja, como lo expresa claramente Angélica, basándose nuevamente en su propia experiencia y la de sus familiares en relación con las perpetuas dificultades para conseguir empleo:

Ahora sí, que no en cualquier lado hay trabajo. Y que, ahora sí, que si no tienen la prepa o ya no están más preparados, no les dan trabajo. [...] Tienen que ser muy amigos del patrón para que también les den trabajo, porque si le caes mal, pues te despide. (Angélica)

En este pasaje aparecen dos aspectos, señalados también por otros sujetos, asociados con el aumento de la posibilidad de competir exitosamente en el mercado de trabajo: la educación y el capital social. El último es mencionado por

Lorena, orgullosa de ser capaz de manejar exitosamente sus relaciones con los demás, tanto en su trabajo actual como anteriormente, cuando trabajaba como modelo y edecán:

Lo que pasa es que en un trabajo así, más que decir: “A, es muy puntual el trabajador”, y todo, es mucho de relacionarse, todo es de relaciones, entonces si yo tengo buena mancuerna con mi jefe, con mis compañeros, con el director general..., pues de alguna manera, aunque no tenga base, sigo teniendo mi trabajo. Entonces, puras relaciones públicas. (Lorena)

Seguramente no es fortuita la expresión “relaciones públicas” utilizada por Lorena, consciente de la importancia de “agradar, caer bien”, cualidad que considera parte de su “carta de recomendación” y que interpreta como un factor importante para la (nunca segura) renovación de su contrato, la cual, en última instancia, depende de una decisión arbitraria de sus superiores. También para Gustavo, hijo de una familia influyente, está fuera de duda la importancia de las redes sociales de las que dispone, aunque en su caso se trata sobre todo de relaciones familiares (“muchas familias sí tienen ya, sea por influencias o dinero, tengan ya sus generaciones que están debajo de ellos ya hechas la vida”, comenta).

La correlación entre la educación y las posibilidades de conseguir empleo es otro aspecto importante mencionado por los sujetos en el contexto de la “competitividad”. Así, después de presentar su visión poco optimista del mundo laboral marcado por una rivalidad creciente y despiadada, Gustavo, para quien sus padres tienen planeada la carrera de administración de empresas en una de las universidades más prestigiosas del país (aunque el mismo confiesa soñar con convertirse en un *chef*), reconoce en la educación una herramienta que podría facilitar una inserción laboral exitosa:

Ahorita yo creo que la educación toma gran parte de... porque no puedes, o sea, no vas a empezar a trabajar y terminar exitosamente, como muchos lo hicieron en el pasado. Ahorita ya hay mucha competencia dentro de ese ámbito. [...] Porque si no te capacitas bien, si no te dan las bases necesarias, pues van a tomar siempre al que va por encima de todos... para un trabajo. (Gustavo)

Coincide con él Angélica, aunque sus aspiraciones laborales distan de la pretensión de formar parte del mundo de altos ejecutivos:

Pues allí [en Aurrerá] simplemente para entrar uno a limpieza le piden la secundaria terminada... [...] A los hombres depende, si los ven así que puedan, los meten al piso de arriba, pero también les piden sus estudios. Una persona con primaria no la aceptan. Para limpieza, para lo que sea. Por lo menos, la secundaria. Entonces, imagínese... muchos que no tienen... hay muchos que... Aquí [en la colonia], casi del cien por ciento que vive aquí, un 75 no tiene estudios. (Angélica)

Aunque Angélica (quién cursó en la secundaria abierta) comparte con Gustavo el énfasis puesto en la importancia de la educación, no reconoce en ella una herramienta necesaria para el trabajo, ni un saber indispensable para desempeñar una tarea. “La secundaria terminada” se convierte sencillamente en el boleto que permite ingresar a la arena del mercado laboral y participar en la competencia (especialmente importante en el caso de las mujeres, para quienes las oportunidades son menores).

Álvaro, quien trabaja como peluquero, es aún más explícito en la disociación que hace entre el saber y el hecho de “tener un diploma”. El proceso de capacitación se asemeja aquí a un trámite (fastidioso pero necesario) para conseguir un “pase” al mundo laboral.

Lo curioso es que si no tienes un diploma, no eres nadie. Y he conocido estilistas que tienen tapizada la pared y no saben... Tuve que entrar en la escuela [...] Entonces yo dije: “bueno, está la opción de estudiar, este, estilismo, me meto”. Y duré estudiando seis meses, me recibí y empecé a trabajar. (Álvaro)

Lorena da un paso más, cuestionando la relación simple y lineal entre el grado de educación logrado y las posibilidades de encontrar empleo: por un lado se da cuenta de una cierta devaluación de la educación, por otro, asocia educación universitaria con dificultades para la inserción laboral:

La gente que tiene una carrera, yo he visto que batalla mucho para encontrar un trabajo y si lo encuentra con sueldos muy bajos. Entonces la gente de repente se empieza a desesperar, y

algunos optan por mejor ser comerciantes. Y los que son estudiantes necesitan tener un buen nivel académico o que hayan salido de una buena universidad... (Lorena)

Resulta interesante, sin embargo, que, preguntada por el futuro que imagina para sus hipotéticos hijos, señala los estudios como “lo primordial que nunca debe faltar” y su deseo de ver a sus hijos como profesionistas, para ayudarles “a ganar un poco mejor”. Lorena se da cuenta de su contradicción, la cual sin embargo, resulta superficial:

Entonces [como profesionista] vas a ganar un poco mejor y todo... que... en realidad, como te decía, aunque uno crea así, a veces no sucede, pero simplemente tú veas con la mentalidad que eso va a suceder. Y probablemente, por ser positivo, generes una vibra diferente. Para que se te abra más fácil y tengas la oportunidad, a diferencia de pensar negativo y pensar que todo el tiempo te va a ir mal, y “no creo”, y ser inseguro, ¿no? Es como darle un empujón a esa persona, con energía buena de “te va a ir bien, te va a ir bien...” (Lorena)

Aquí, la educación no representa ya un burdo boleto de entrada que permite a los más afortunados competir por poder ganarse el sustento, sino que se convierte en un talismán que brinda a su poseedor un poder mágico: una energía positiva que le abre milagrosamente las puertas que para otros se mantienen cerradas.

Como lo pudimos observar, el mundo de trabajo es visto por varios sujetos como un terreno de una competencia feroz entre muchos, de los cuales solo algunos tendrán la suerte de encontrar un buen empleo. Es además una competencia marcada por la desigualdad; porque, aunque todos tienen que “adaptarse” por igual, algunos disponen de atributos que les brindan ventajas: el capital social y la educación (interpretada de diversas maneras: como acumulación de saberes necesarios, como un mero “boleto” para competir, o, incluso, como una especie de aura mágica que facilita la inserción laboral) destacan entre las posibles ventajas que permiten aminorar la dureza de las reglas del juego.

No obstante, como en cualquier competencia de verdad, pocos ganan y muchos se quedan fuera. ¿Qué pasa con ellos? A varios de los entrevistados no les cabe duda: los que no se encuentran entre los afortunados “ganadores”,

quedan condenados a una vida marcada por pobreza y violencia. Constituyen el “afuera”, deplorable y temible, marcado por la desesperanza. Lo expresan claramente Remedios y Armando, dos sujetos con postura crítica y reflexiva hacia lo contemporáneo, la cual en el caso de Armando parece vincularse con su alto nivel educativo, mientras que para Remedios, por su avanzada edad (tiene 74 años), el presente es objeto de comparaciones constantes con el pasado, asociado por ella con un relativo bienestar y una cierta seguridad social (de los que, después de vivir una niñez y juventud difíciles, pudo gozar trabajando como enfermera):

Yo pienso que hay tanta violencia, porque no hay... los muchachos no más llegan a la edad de trabajar y no encuentran nada... ni pueden estudiar, ni pueden trabajar. Y toda esta carga de niños... ¿Cuántos no salen de las escuelas? Miles y miles y miles. Y toda la gente adulta soportando todo eso, porque, pues, comemos tres veces al día... ¿Y qué hace toda esta gente? ¿Qué hace? Porque... es desesperante tener hambre... porque yo lo viví... y no tener en donde meterse uno a vivir... Pues, ¿cuánta gente no ha optado por suicidarse y matar a sus hijos? Dicen: “Aquí no hay nada, no hay futuro para ellos tampoco...” (Remedios)

Falta de trabajos. Treinta años de una economía que no ha crecido como debería ser. El hecho de que ya tenemos nueve millones de ni-nis, ni trabajan, ni estudian... [...] Entonces en el '82 vienen las crisis, se empieza a deteriorar la economía, ves cómo va bajando la capacidad de producción de empleo. Los jóvenes entran en una espiral... los que eran clase media baja van para pobres... los que eran clase media, a lo mejor clase media baja... [...] Nuestra población está creciendo, cuando deberíamos de estar estabilizados, puesto que nuestros recursos son limitados. [...] Entonces eso es lo que está pasando. (Armando)

Resulta interesante que en estas dos visiones de la situación de los excluidos, ambas con intención de denuncia y crítica a las injusticias actuales, aparece un aspecto que podríamos caracterizar quizá como “malthusiano”: son miles y miles los que no trabajan ni estudian, somos demasiados y nuestros recursos son limitados, por ello no todos tienen trabajo y muchos están condenados a la pobreza. Estas referencias a la “sobrepoblación” (aunque acompañadas de críticas de las actuales políticas económicas), naturalizan inevitablemente el problema de los excluidos: parece lógico que, como somos muchos, no todos

tendremos la oportunidad de vivir dignamente. Esta injusticia, aunque dolorosa, se asemeja demasiado a las leyes de la naturaleza: podemos maldecirle, pero no la podemos cambiar. Esta tendencia, presente en varias entrevistas, podría interpretarse quizá en términos de un desaliento profundamente tardomoderno: la dificultad de confiar en un futuro mejor y en la capacidad de la modernidad de cumplir sus promesas. Porque, como comenta Zygmunt Bauman (2005), el “principio de la población” de Thomas Malthus va a contrapelo de todo lo que representa la promesa moderna: contra “su certeza de que toda miseria humana es curable, de que, con el transcurso del tiempo, se hallarán y aplicarán soluciones y se atenderán todas las necesidades humanas insatisfechas” (ibid.:51). El regreso de estas “atmósferas malthusianas” podría, quizá, interpretarse como señal de resignación frente a la realidad que parece estar perdiendo la condición de alterable.

La pobreza y falta de un futuro mejor no es, sin embargo, el único destino para los que quedan fuera del juego. Su otra opción es el crimen y la violencia. Varios sujetos coinciden en que la falta de posibilidades de trabajar sumada a la falta de educación excluye a muchos de la competencia por un empleo, lo que los obliga a ganar el sustento de maneras ilícitas, y, a su vez, tiene como resultado el aumento de criminalidad y violencia. Citali, quien observa este fenómeno en la cotidianidad de su barrio, comenta:

Hay pocas oportunidades de trabajo, a lo mejor ahorita, como está la situación, de que la crisis, todo eso, entonces hay pocas posibilidades, pero si a eso lo unamos que la personas no están preparadas, pues también es... es un factor. Y sí hay mucha delincuencia, mucha violencia. (Citali).

La relación entre la falta de trabajo (y educación) y el aumento de actividades ilícitas está especialmente explícita en las narrativas de Gustavo y Angélica, los más jóvenes del universo de análisis, quienes reconocen en los excluidos a potenciales candidatos para involucrarse en las redes del narcotráfico:

Hay mucha gente con desempleo, con pues falta de dinero para poderse mantener, y por medio de eso los, o sea, los grupos de narcotráfico y terroristas pues pueden aprovecharse de eso muy fácil, porque pues les ofrecen dinero por cosas que son... no siquiera necesitan estudios, no necesitan nada. (Gustavo)

Mucha gente se mete en ese tipo de cosas por la situación de..., de, ahora sí, que no en cualquier lado hay trabajo. Y que, ahora sí, que si no tienen la prepa o ya no están más preparados, no les dan trabajo. (Angélica)

La similitud entre los comentarios citados se revela pronto como aparente, ya que los dos sujetos hablan desde posiciones sociales muy distintas, especialmente en cuanto a su nivel socioeconómico y, por lo tanto, en cuanto a su inclusión/exclusión. Gustavo narra el paulatino involucramiento de los excluidos en el mundo de la delincuencia desde la perspectiva del incluido. En sus ojos, el pobre vulnerable se convierte gradualmente en una amenaza:

Como los Zetas: agarran a gente y los ponen en puntos de la ciudad y les piden que les informen de patrullas que pasan, todo eso. [...] Y, pues, o sea, son cosas muy simples de hacer, o sea, que no necesitan... se les hace muy fácil aceptar hacer eso, y les pagan... pues, para ellos es un sueldo muy bien, o sea, no tanto sueldo, pero les pagan muy bien, y pues luego de estar allí en eso, pues ya los involucran en su negocio, ya los pasan a ser, pues, parte de ellos, que ya entran dentro del grupo, para hacer... o sea... que están ahorita secuestrando para conseguir dinero..., o sea, muchas cosas en las que se involucran y es como juntan a toda su gente. (Gustavo)

Resulta significativo que Gustavo dude en designar como “sueldo” el dinero que reciben los colaboradores de los Zetas, no usa tampoco la palabra “trabajo” para referirse a sus actividades. Es posible pensar que el mundo del narcotráfico, aparte de constituir un riesgo asociado con la posibilidad de violencia física (potencialmente mortal), amenaza también sus certezas morales, entre otras las certezas en torno al trabajo como actividad digna y legítima. Una inquietud similar aparece en la narrativa de Salvador, quien comparte con Gustavo la posición socioeconómicamente privilegiada y una actitud “moralizante” hacia lo social:

Algunos piensan que robar es un trabajo. O que el narcotraficante está haciendo un trabajo. Muchos lo han dicho, en la televisión: 'Ese es mi oficio... robar...', piensan que es lo correcto. (Salvador)

Así, los excluidos "quedan fuera" no solo como pobres, sino también como delincuentes: no solamente carecen de recursos materiales que podrían posibilitarles la inclusión, sino parecen carecer también de claridad en cuanto a las certezas morales compartidas por los incluidos – la diferenciación entre ellos y los ciudadanos honrados, que ganan su vida de maneras lícitas, parece estar fuera de discusión. Coincide Álvaro, para quien el trabajo constituye una fuente importante de distinción y legitimación:

Toda la gente que está robando... Dicen que es por falta de trabajo. Yo no creo que sea así. Se les hace más fácil robar que trabajar. (Álvaro)

La joven Angélica, por su parte, habla de la resistencia de su pareja a involucrarse en las redes del narcomenudeo desde una posición muy distinta. Lo observa de cerca, desde la perspectiva de los excluidos y los dilemas que asocia con la decisión por tomar no son de carácter ético. Se trata de evitar un peligro de perder la integridad física:

Entonces, muchos, pues, ahora sí, que les ofrecen, y ellos, por necesidad, porque tienen que mantener, se meten a hacer cualquier cosa. Sin pensar que ellos agarran pollitos, agarran gente que realmente no sabe. Dos, tres, cuatro semanas..., trabajan, ganan bien, se les hace bien, y es donde los mandan al diablo, es cuando los agarran, los matan. Y, ahora sí, que los que están más arriba, pues duran mucho pa'caer. Pero muchos los que acaban de entrar. [...] Yo sé de eso, porque a mi viejo querían darle un trabajo en eso, y él dijo: "No" y me dijo a mí: "¿Tú cómo ves?" y le dije: "Mira, una o dos semanas podrás ganar bien, después te van a matar". Pues al mismo que le ofrecieron junto con él, sí se fue, cuatro semanas, y a la quinta... no vivía ya para contarle. Y allí está su mujer, se quedó con un par de gemelitos, sola... (Angélica)

Angélica no duda en referirse a las actividades relacionadas con el narcotráfico como trabajo, la propuesta hecha a su pareja tampoco le provoca dudas de carácter moral; su única objeción proviene del temor de perder al padre de sus

hijos por ser uno de los débiles y faltos de capacidad suficiente para moverse en un medio peligroso (“pollitos”, “gente que realmente no sabe”), en contraste con “los que están más arriba”: los experimentados y mejor adaptados. Es posible pensar que, ante los ojos de Angélica, el narcotráfico constituye un mundo análogo al mundo laboral – su versión más cruel, violenta y peligrosa, pero regida por leyes similares: sobreviven en él los mejor adaptados, los demás están condenados a perecer.

Resumiendo, podría decirse que la visión del mundo laboral que predomina en lo relatado por los sujetos es la de una competencia constante entre muchos, en la que ganan pocos: la necesidad de “pelear” por un puesto de trabajo y de aceptar la supremacía de los mejor “adaptados”, es narrada frecuentemente como una especie de ley natural - quizá injusta pero irrefutable - explicable por el aumento de población que lucha por recursos limitados. Los sujetos se muestran conocedores de las leyes que rigen esta competencia perpetua: saben que es preferible ser hombre que ser mujer, que se debe ser joven, que hay que disponer de educación y que el capital social juega un papel importante para competir exitosamente. Algunos de los sujetos (especialmente los más jóvenes) parecen aceptar esta situación de manera poco crítica, otros denuncian las injusticias criticando las políticas económicas actuales. Sin embargo sería difícil no reconocer un cierto desaliento y resignación que emanan de la mayoría de las narrativas frente a la dificultad de confiar en un cambio y un futuro mejor. El mercado omnipresente parece dejar poco lugar a esperanzas en cuanto a que la pobreza, precariedad, desprotección y desigualdad podrían ser transitorias: se convierten en el lado oscuro de un mundo laboral en el que resulta necesario competir por empleos siempre escasos y rara vez seguros.

3.2.3 Los flexibles y los precarios o sobre la inadecuación del yo

Actualmente, el destino del trabajador oscila entre la autonomía y la fragilidad
Martin Hopenhayn

El fatalismo en torno a los mecanismos del mundo de trabajo – en el que pocos gozan de seguridad y muchos quedan condenados a precariedad – posee un aspecto que resulta indispensable destacar: en “ese mundo que ha perdido su condición de transformable” (Reguillo 2007:100), el peso del cambio parece desplazarse, cada vez más, hacia el sujeto, el cual se ve obligado a “transformarse”, ajustarse, adaptarse. En palabras de Slavoj Žižek, “el proceso social vuelve a ser percibido como si estuviera dominado por una fatalidad anónima más allá del control social. El surgimiento del capitalismo global se nos presenta como esa fatalidad, contra la cual nadie puede luchar: o bien nos adaptamos o bien quedamos a contramano de la historia y somos aplastados” (Žižek 2004:157). Mientras que las leyes del mercado son presentadas por el discurso dominante como “naturales” y por ello “correctas” e inalterables, el sujeto es responsabilizado de intentos inacabados por adaptarse a ellas – de su capacidad de adaptación (o su “flexibilidad”, por usar la palabra en boga) depende su éxito o su fracaso. En este mundo en apariencia inalterable, la agencia del sujeto parece volcarse hacia él mismo en perpetuos intentos de autotransformación.

En este contexto resulta pertinente la hipótesis de Alonso y Fernández (2009) quienes proponen ver en la precariedad laboral creciente no solamente un fenómeno estructural, sino un factor clave para el funcionamiento óptimo del sistema neoliberal. La precarización no es, según los autores, una disfunción o una irregularidad, fruto de desajustes en el nuevo escenario económico, sino una herramienta disciplinaria que actúa en un doble plano: “sometiendo a los que tienen trabajo, instalándolos en el miedo a perderlo [...], y sometiendo al precario a la incertidumbre, a la desposesión de su tiempo, a la imposibilidad del proyecto vital” (ibid.:239). Sería difícil encontrar una mejor ilustración de esta hipótesis que lo que expresa una de las entrevistadas, Remedios, quien al observar la situación laboral de sus hijos y nietos, llega a la siguiente conclusión:

Que han abierto fuentes de trabajo... que ya tiene trabajo tanta gente... Les dan trabajo 15 días, les dan seguro, a los 15 días se lo quitan, tres meses, cuanto mucho. Tuvieron seguro, pero se lo quitaron. Qué seguro tienen ellos para comprar una casa, o de decir... hacerse un compromiso de

dinero... no... no hay. A los que trabajan en empresas extranjeras, también los tratan muy mal. Los explotan, pero fuerte. Y así, no más amenazándolos: “Si no te aguantas, allí está la puerta” (Remedios)

La precariedad laboral experimentada por muchos (que los somete a la incertidumbre y la imposibilidad de proyecto vital, como argumentan Alonso y Fernández) constituye un “contrapeso” disciplinante para los que disponen de empleos más asegurados.

Es aquí donde vale la pena citar también lo que expresan otros dos sujetos, quienes se encuentran en situaciones contrastantes: Armando, quien trabaja como profesor e investigador en un instituto estatal (gozando así de una situación socioeconómica estable) y Consuelo, cuyo sustento depende de empleos precarios en talleres de costura. Cuando el primero hace referencia a su trabajo estable, se muestra consciente del carácter excepcional de su situación, ve su posición como privilegio en el contexto de muchos que, a pesar de ser altamente calificados, están condenados a la inestabilidad. Para mantener su posición privilegiada está dispuesto a “adaptarse”:

Estoy tratando de adaptarme, me gusta este lugar, para obtener un lugar como este en Estados Unidos, ¿sabes cuántas personas están aplicando por una posición como esta? [...] Son 900 personas por una posición. Llego acá y me contratan inmediatamente, por el amor de Dios, es... o sea, que tenga una oportunidad donde puedo hacer lo que a mí me gusta... [...], estoy muy tranquilo, y estoy tratando de... estoy tratando de acostumbrarme y de adaptarme. (Armando)

Consuelo, por lo contrario, vive en una situación de precariedad perpetua. Los trabajos precarios constituyen su trayectoria laboral:

Yo antes trabajaba con una coreana. Pero también... ellos trabajaban la mezclilla. Y ya ve que también hay tiempo que les llega mucho trabajo y hay tiempos que no, como que sabe, les dio una mala racha y se fueron para bajo, se fueron para bajo, y cerraron [...] Y luego: “Vamos a cerrar no más una temporada y luego les mandamos hablar”, no sí, nos mandaron hablar y metió otro tipo de tela y como que tampoco no le funcionó... [...] Y mi hermana trabajaba con un árabe. Y también las trataban bien, pero mugre árabe, cerró y las dejó sin nada. Allá sí, no las liquidaron, porque

cerraron y se fueron, como que se fueron de noche. Y no, pues no las liquidaron, ni nada... Dije: "bueno a nosotros nos fue bien". (Consuelo)

Esta lógica de la precarización como instrumento disciplinante parece funcionar no solamente para los asalariados que ven en los precarios la encarnación de un destino a la vez indeseado y posible, sino parece perpetuarse entre los mismos precarios: Consuelo se siente afortunada de haber recibido la liquidación, con la que no pudo contar su hermana, por ejemplo.

Así, "hay disciplina dentro y fuera y ambas se complementan" (ibid.:238): afecta tanto a los asalariados como a los precarios y los desempleados – la inseguridad generalizada e institucionalizada convierte la mera supervivencia en el incentivo central, argumentan los autores (Alonso y Fernandez 2009). En el nombre de la "flexibilidad" laboral, los trabajadores son responsabilizados constantemente de adaptarse, formarse, reformarse y "reciclarse" en un perpetuo juego de esperanza, en el que la precariedad es presentada como un estadio transitorio y superable, y la estabilidad aparece potencialmente alcanzable pero se demora indefinidamente bajo el pretexto de que el trabajador todavía no ha logrado la competitividad o flexibilidad deseadas. De esta manera, el peso de la responsabilidad por el éxito o fracaso laboral se traslada de las estructuras a los hombros del sujeto: "la experiencia constante de ser portador de una serie de atributos no convenientes al orden social dominante se desplaza hacia la *inadecuación del yo*" (Reguillo 2007:102). La responsabilidad/culpa es individual, depositada en el sujeto, y sólo de él parece depender su éxito/fracaso.

Entre los sujetos entrevistados, la posición de Álvaro (quien tiene 35 años y hace pocos meses logró abrir su propia peluquería), constituye, sin duda, el elogio más explícito de la "flexibilidad". El trabajo juega para Álvaro un papel central, el sujeto le adscribe no solamente la posibilidad de ascenso social, sino lo asocia también con autonomía, creatividad y la satisfacción de sentirse "productivo". Aunque él no lo expresa, es posible sospechar que la centralidad de trabajo en su biografía se relaciona, entre otros, con su condición de homosexual: el trabajo le brinda la inclusión y la legitimidad que le son negadas en otros ámbitos.

Álvaro declara haber trabajado desde los once años, debido a su situación familiar (su padre abandonó la familia cuando Álvaro era pequeño). Logró terminar la secundaria, pero no siguió estudiando a pesar de las buenas calificaciones: “Tenía que trabajar. Entonces me puse a trabajar para seguir ayudando a mi familia y ya a partir de los 16 años ya no he dejado de trabajar. He trabajado y trabajado”. Según confiesa, esta experiencia le enseñó su actitud actual: no ser conformista, trabajar duro y siempre estar dispuesto a buscar una nueva fuente de sustento. La escasez de empleos es interpretada por él como una falacia difundida por los que se niegan a adaptarse a las reglas del mundo laboral:

La gente de repente dice que no hay trabajo, que no hay oportunidades. Sí las hay. Pero quieren ganar mucho y tener semana inglesa. Eso es lo que quiere la gente. (Álvaro)

A lo largo de la entrevista, Álvaro se presenta como un ejemplo de actitud “correcta”, contrastándola con las actitudes “incorrectas” de otros, quienes se convierten en culpables de su propio fracaso:

Aquí hay muchas veces que no como por estar trabajando, ha habido sábados que te lo juro que he desayunado hasta las ocho de la noche. Y esto la gente que no trabaja, no lo ve. [...] Escuché a una señora que decía, el año pasado, que fue puente y que me tocó trabajar, yo quise trabajar... venía quejándose en el camión de que la patrona le había pedido que fuera a trabajar y que le dijo la patrona que le iba a pagar doble el día, y la señora se veía muy humilde, y le dijo que si se lo pagaba triple, que sí trabajaba. No se lo quiso pagar y dice la señora, le dice la otra: “Hubieras trabajado, sí te convenía”, “Ay no, si es puente, no voy a trabajar por el doble”, dice, “de todos modos ni más pobre ni más rica”. Y se me hizo un comentario muy tonto. En su casa no iba a ganar nada. Y le iban a pagar doble y no quiso. Mucha gente sí vive en el conformismo. (Álvaro)

Así, el éxito laboral o su falta dependen enteramente del esfuerzo y la actitud de los que trabajan – los que no temen trabajar duro y están siempre dispuestos a adaptarse (son activos, creativos, flexibles) están destinados a triunfar. La derrota de los demás es resultado de su pasividad, conformismo y falta de flexibilidad. La “inadecuación” no caracteriza en este caso al sujeto mismo, sino parece ser el atributo del Otro, que constituye para Álvaro el “afuera” disciplinante, el “mal

ejemplo” que le recuerda constantemente que para mantenerse “adentro” resulta indispensable adecuarse a las reglas del juego.

También para Lorena, la joven empleada de una oficina gubernamental, el trabajo juega un papel importante (entre otros, como posibilidad de ascenso social), y también ella ha trabajado desde muy temprana edad. En un primer momento, presenta el mundo laboral como un ambiente de libertad y posibilidades (“ya ahorita hay más libertad en este sentido, las mujeres más chicas ya trabajan. Y aparte ya hay más trabajos, mejores sueldos de repente...”); ella misma se declara contenta de haber podido conseguir un empleo en una oficina de gobierno, donde tiene un horario cómodo y además, espera tener la posibilidad de seguir capacitándose:

Ahorita tenemos que actualizarnos, ¿no? Todo es la tecnología y es... ahora sí que va a mil por hora. Y no nos podemos estancar. (Lorena)

No obstante, esta visión de mundo laboral lleno de oportunidades para los flexibles que no se “estancan” y no temen al cambio, pronto resulta superficial: Lorena confiesa que es contratada por seis meses sin seguridad de renovación de su contrato, la cual depende de una decisión arbitraria de sus superiores: la habilidad de Lorena de “agradar” y “caer bien” se convierte en su única “garantía” de volver a trabajar. Además, tiene que esperar un mes y medio para la (nunca segura) renovación del contrato – una situación angustiante, como ella misma admite:

Cuando se me acaba el contrato que siento el nervio, el miedo de no regresar, digo: “No, sí voy a entrar, claro que voy a entrar” y me mantengo. Y cuando siento dudas, no me agüito..., trato de no agüitarme mucho. Porque digo, mira, por algo se dio esta oportunidad y allí estuve. Si es para mí bien que yo regrese, allí voy a estar, y si no, gracias a esa oportunidad que yo tuve, voy a tener otra oportunidad igual o mejor. (Lorena)

Es aquí, donde se vuelve visible la otra cara de la llamada flexibilidad, naturalizada por Lorena como una condición necesaria para competir en el mercado de trabajo: la incertidumbre que causa angustia y miedo. A pesar de los

constantes intentos de los trabajadores por “adecuarse” (intentos que además nunca resultan suficientes, lo que constituye una parte esencial del mecanismo disciplinario), la incertidumbre (que encuentra una expresión elocuente en la arbitrariedad con la que Lorena es contratada cada seis meses) constituye un aspecto destacado y “necesario” del actual mundo de trabajo. Lo expresa acertadamente Bauman (2001):

Se puede decir, por supuesto, que no hay nada especialmente nuevo en esa situación, que la vida laboral ha estado llena de incertidumbre desde tiempo inmemorial, pero la incertidumbre de la actualidad es de un género sorprendentemente nuevo. [...] Los desastres más terribles golpean ahora al azar, eligiendo a sus víctimas con una lógica extravagante o sin lógica ninguna, repartiendo caprichosamente sus golpes, así que no hay manera de anticipar quién se va a condenar y quién se va a salvar. (2001:35)

Al no poder controlar la incertidumbre, Lorena interpreta la arbitrariedad de su próxima contratación como parte del destino diseñado por una fuerza providencial no definida (“si es para mi bien que yo regrese, allí voy a estar”). Además, deposita su esperanza en el poder del pensamiento positivo (“si dices: ‘me va a ir bien porque yo puedo hacer las cosas, porque yo puedo hacer las cosas’, y... y se dan”): a través del pensamiento mágico procura paliar la incertidumbre en torno a su empleo (cf.:7.2.).

Los sujetos más “precarios” en este universo de análisis - Elías y Ana, Angélica, Consuelo - viven su propia versión de “flexibilidad”, especialmente inclemente y atroz. La trayectoria laboral de Consuelo está marcada por repetidos despidos, resultado de las clausuras de talleres de costura en los que trabajaba, en algunas ocasiones sin liquidación. Angélica habla con admiración de la perseverancia de su pareja, quien no se cansa de buscar nuevas formas de sustento; su disposición a trabajar parece ser la única constante en su trayectoria:

Antes de estar de mecánico y de trailerero, estaba repartiendo agua en una pipa, entonces el señor le pagaba 60 pesos al día. [...] Y hubo un tiempo, cuando estuvo en la pipa, que estuvo lloviendo, pues no sacaba para nada... Entonces este año ya no la dejó llegar... ya en cuanto vio las lluvias,

ya se bajó de la pipa y se subió al tráiler. Pero como no tenía la licencia, pues se bajó. Y duró cinco meses en el tiempo de calor que no tenía trabajo. Entonces empezó a juntar chatarra y lo que había, y lo vendía y lo que sacaba ya me lo daba. Y duró como cuatro, cinco meses así. Y pagando la renta de allá, de 1100. (Angélica)

También Elías y Ana, una pareja de adultos mayores, constituyen un ejemplo de diligencia y perseverancia en su búsqueda de sustento. Aparte de tener un puesto en el tianguis local (“cositas, chucherías, ropa”), venden lavadoras y refrigeradores usados; además reparan hornos usados para revenderlos: los almacenan en la sala de su casa, la cual sirve a la vez como tienda de ropa usada y jabón (su puerta siempre abierta en espera de compradores). No les falta la disposición de aprender (o “actualizarse”, como lo denominarían, quizá, los defensores de la flexibilidad). Ana cuenta con orgullo cómo aprendió a reparar los hornos:

Yo desbarataba las estufas viendo. Viendo a mi yerno, porque él era el que lo hacía. [...] Empecé con... lavando una... dije: “Bueno, ¿Qué no lo puedo hacer yo?” Agarré como una segueta y le cortaba los tornillos y... y la desarmaba, sacaba la fibra mugrosa, la lavaba bien lavada, le metía fibra nueva, las válvulas... les metía agua a la manguera para que..., para que no tuviera fugas. Y así empecé yo, y ya después enseñé a otro de mis nietos. Y luego a mi compañero, ya... ya también sabe. Que esto sí lo arreglamos, entre él y yo. Pero yo fui la primera, yo fui... la que los enseñé. (Ana)

Sin embargo, los esfuerzos de Elías y Ana no logran aminorar la precariedad en la que viven cotidianamente. La amenaza de sufrir hambre los acompaña sin cesar. Aquí, nuevamente, la confianza en la divina providencia resulta ser un paliativo especialmente efectivo contra la incertidumbre crónica:

Duré una rachita muy mala, mala, malísima que no vendíamos nada. Iba yo a la oración [...], le pedía al señor: “Padre mío, tú ves mi necesidad, no te pido riquezas, Señor, no te pido riquezas. Sólo una ayudita para comer”. Mire, no me lo va a creer: pasaba un rato o... otro día, vendía una estufa o una lavadora, o venían por un refrigerador, en un ratito 3 mil, 2 mil, ya tenía para comprar la mercancía y comer. Uno no se queda sin nada, Dios no nos deja. (Ana)

En una cotidianidad marcada por la inestabilidad y fragilidad incesantes, la confianza en la protección de una fuerza sobrenatural se convierte en un resguardo de seguridad y certeza. El hecho de poder salir adelante es narrado por Ana en términos de un milagro: la mera supervivencia, que hace mucho perdió para ella toda su obiedad, parece no depender ya de sus constantes esfuerzos por mantenerse, sino de una fuerza externa, poderosa, impenetrable (cf.:7.2.).

3.2.4. En resumen

Desde la perspectiva de los sujetos, la centralidad y la importancia del trabajo son innegables. Por otro lado, en la mayoría de las narrativas predomina también la visión del mercado de trabajo caracterizado por la creciente escasez del empleo y la disminución de su calidad, lo que lo convierte en el terreno de una competencia exacerbada y desigual, en la que ganan pocos y muchos quedan condenados a la precariedad. La tensión entre las expectativas depositadas en el trabajo y la creciente precarización del empleo resulta difícil de ignorar.

Al mismo tiempo, dentro de lo narrado existen matices que permiten diferenciar las posturas de los sujetos frente a la tensión mencionada. Así, por un lado, es reconocible en algunas de las narrativas una tendencia a legitimar y justificar las dinámicas del mundo laboral, que son presentadas como “lógicas” y “naturales” (la escasez del trabajo es explicada, por ejemplo, como una consecuencia entendible del aumento de la población, la necesidad de tener estudios como una exigencia lógica de cara al aumento de la competitividad, etc.). El trabajo es asociado aquí con autorrealización e independencia, pero se subraya al mismo tiempo su dimensión moral: es una actividad digna y decorosa que distingue a los ciudadanos honrados de los que no trabajan o se dedican a actividades ilícitas. De esta manera la diferencia entre los “adecuados” y los “inadecuados” no solamente queda definida por su inclusión/exclusión dentro del mundo laboral “legítimo”, sino por sus supuestas actitudes éticas. La exclusión parece ser interpretada como consecuencia de una inadecuación moral: la responsabilidad queda colocada así en el sujeto, las estructuras se mantienen

incuestionadas. Esta tendencia parece especialmente “reconocible” entre los sujetos que gozan de estabilidad económica, tienden hacia posturas políticas conservadoras y se identifican con el catolicismo en cuanto un “código moral”.

Otro discurso que subyace en algunas de las narrativas es el que presenta el trabajo como oportunidad de ascenso social – de ahí que está presente donde los sujetos reconocen su situación como poco privilegiada (por ser joven, por ser mujer, por no tener trabajo permanente, entre otros), pero creen (o tienen esperanzas de) poder mejorarla. Aquí también las estructuras se naturalizan y justifican, al mismo tiempo que, de manera especialmente destacada, la responsabilidad cae en los hombros del sujeto. El mundo de trabajo es visto como un mundo de oportunidades, siempre y cuando el sujeto muestre una actitud adecuada: flexibilidad, creatividad, disposición a adaptarse y el aprovechamiento del capital social. La escasez del empleo llega a ser interpretada como una falacia difundida por los que resultan indispuestos (o incapaces) a “adecuarse” a las reglas del juego²⁸.

Mucho menos optimista resulta el discurso reconocible en las narrativas de los más desprotegidos: este gira en torno a una cierta resignación frente a la precariedad que parece difícilmente superable. El trabajo es narrado primordialmente como un medio (siempre limitado) de supervivencia básica – la escasez, la precariedad y la inestabilidad del empleo es denunciada como una realidad injusta, pero a la vez interpretada como fatal. En este contexto, en ocasiones, el aspecto ético del trabajo pierde contornos: actividades lícitas e ilícitas como posibles fuentes de sustento parecen diferenciarse primordialmente por el grado de su peligrosidad y dejan de interpretarse en categorías morales. Por otro lado, la impotencia frente a la incertidumbre perpetua desemboca también en actitudes fatalistas o interpretaciones de la precariedad como un

²⁸ Según el Informe de Movilidad Social de México en 2013 (http://www.ceey.org.mx/site/files/resumen_ejecutivo_ismm_0.pdf, consultado 3.03.2013), el 30% de los entrevistados opina que la principal causa de pobreza es la flojera y sólo el 3% percibe las injusticias del sistema económico como causa de pobreza.

destino regido por fuerzas providenciales, fuera del control y entendimiento del sujeto (cf.:7).

Finalmente, hay que mencionar también un discurso que presenta el trabajo como un derecho fundamental, quebrantado constantemente por las lógicas del mundo laboral actual. La precariedad, la inestabilidad y la escasez del trabajo son denunciadas como consecuencia de males estructurales, la delincuencia y la violencia como resultado de las estructuras injustas. Pero, a pesar de la clara crítica a las estructuras, este discurso queda marcado por un cierto desaliento frente a la aparente inalterabilidad de un sistema, que, aunque injusto, parece poseer una dinámica difícil de cambiar.

Resumiendo podría decirse que es posible reconocer en lo narrado por los sujetos una cierta resignación (para no decir fatalismo) en relación tanto con el trabajo como con el Estado como instituciones que cumplen cada vez menos con sus promesas de brindar seguridad. Ambas instituciones parecen ser percibidas como difícilmente transformables. Al mundo laboral se le adscriben frecuentemente características de un mundo natural, cuyas leyes resultan inquebrantables, aunque las posturas de los sujetos frente a él varían desde críticas ante las injusticias hasta los intentos de legitimar el *statu quo*. El Estado, que cumple cada vez menos con su función de proveedor la seguridad social y se revela profundamente cuestionable como garante de la seguridad ciudadana, es criticado frecuentemente, pero los sujetos parecen dudar de su alterabilidad.

Esta aparente no transformabilidad de las instituciones traslada a los hombros del sujeto el peso de asegurar su supervivencia. La rigidez de las estructuras del mundo laboral responsabiliza al sujeto de su autotransformación constante para adaptarse a lo que, en cuanto “natural”, deviene inalterable, con tal de prevenir o vencer la (siempre posible) precariedad. Frente al cinismo del Estado y su desinterés (o incapacidad) de brindar seguridad a sus ciudadanos, el sujeto se ve obligado gestionar la seguridad por su propia cuenta, procurando aminorar “artesanalmente” su vulnerabilidad frente a riesgos cada vez más

cercanos, omnipresentes, imprevisibles (como lo podremos observar en los capítulos siguientes).

Vista desde esta perspectiva, la configuración de las subjetividades en relación con las dos instituciones abordadas parece confirmar la hipótesis propuesta al principio de este primer capítulo de análisis: mientras que las instituciones se desdibujan como fuentes de seguridad, el sujeto se ve obligado a enfrentar los riesgos producidos estructuralmente – las lógicas de la individualización trágica (Beck 2008) se nutren de la tensión entre la ineludible necesidad de gestionar riesgos de manera individual, al mismo tiempo que las instituciones se desdibujan como fuentes de seguridad y certeza.

Capítulo 4

“La familia es la base”: en busca de la seguridad perdida

*Hay quizá más nostalgia del refugio perdido de la familia,
que de ninguna otra institución que hunda sus raíces en el pasado.*

Anthony Giddens

Como pudimos observar en el capítulo anterior, tanto el Estado como el trabajo se están desdibujando en los ojos de los sujetos como fuentes de seguridad, al mismo tiempo que es posible vislumbrar en sus narrativas una cierta resignación frente este paulatino debilitamiento de seguridades. En contraste, la institución de la familia parece evocar expectativas y esperanzas muy altas en cuanto a su poder de aminorar la vulnerabilidad de sus miembros. De la familia – narrada como una institución obvia, dada, “natural” – se espera que sea un salvavidas más confiable que el mercado de trabajo regido por leyes en apariencia inapelables o que el Estado que a menudo está lejos de servir al bien común. No obstante, como veremos a continuación, estas altas expectativas depositadas en la familia no siempre resultan cumplidas, entre otros, porque la misma institución de la familia está sufriendo actualmente cambios profundos. Este refugio de seguridad y certeza, tan vehementemente defendido por muchos, está transformándose; y este proceso, como cualquier cambio, no está exento de tensiones, conflictos e incertidumbre.

En las últimas décadas la institución de la familia ha experimentado transformaciones importantes (Jelin 2004; Ariza y Oliveira 2001, 2009), resultado, entre otros, de las tendencias demográficas y de los cambios culturales y socioeconómicos.

Según Ariza y Oliveira (2001, 2009), ciertas transformaciones sociodemográficas han tenido repercusiones importantes en el mundo familiar: por ejemplo, el uso de anticonceptivos hizo posible la caída de la fecundidad y

posibilitó que las mujeres tuvieran un mayor control sobre sus cuerpos, acortando el tiempo dedicado a la reproducción socio-biológica (crianza de los hijos). Por otro lado, el aumento de la esperanza de vida al nacer, y con ella el envejecimiento de la población, ha multiplicado los deberes familiares de atención y cuidado, para mencionar sólo algunos de los cambios más importantes.

Las autoras destacan también ciertas transformaciones culturales de gran relevancia que han dado pie a la construcción de nuevas imágenes de la feminidad, menos centradas en la maternidad, resultado, de la entrada masiva de mujeres a la educación media superior, de la urbanización, del individualismo creciente, de la exposición a otras culturas a través de los medios y de la mayor participación de mujeres en la actividad económica remunerada. Al mismo tiempo que surgen nuevas acepciones sobre la mujer y maternidad, se resignifican también la masculinidad y el concepto de la paternidad predominante. Estos cambios distan, por supuesto, de ser simples o lineales y no son libres de tensiones, resistencias y ambivalencias, como lo demuestra, por ejemplo, la cuestión de la participación de las mujeres en el mercado de trabajo. Gracias a ella muchas mujeres latinoamericanas han logrado redefinir su papel social más allá de la domesticidad, lo que, por un lado, ha significado el aumento de autonomía, por otro, sin embargo, se ha asociado con una mayor conflictividad conyugal y posibles situaciones de violencia hacia las mujeres (Ariza y Oliveira 2001; Enríquez 2009).

El nuevo orden económico introducido hace ya más de tres décadas ha influido de manera igualmente decisiva en las vidas de las familias: el incremento del trabajo de tiempo parcial y deterioro de empleos formales, así como la feminización del mercado de trabajo, han sido algunos de los rasgos distintivos del proceso de la flexibilización laboral con fuertes repercusiones en la organización de la vida familiar. También la intensificación de la migración ha tenido consecuencias diversas sobre la estructura y la dinámica de las relaciones familiares (se relaciona, por ejemplo, con el aumento de hogares con jefatura femenina).

Todos los aspectos mencionados han jugado, sin duda, un papel importante en las transformaciones actuales que experimentan las familias – cambios interpretados frecuentemente bajo la etiqueta de la “crisis de la familia”. No obstante, como argumenta Elizabeth Jelin (2004), lo que está en crisis no es la familia como tal, sino su modelo patriarcal, en el cual el jefe de familia concentra el poder y tanto los hijos como la esposa-madre desempeñan papeles subordinados. También según Ariza y Oliveira (2009), “nos movemos, gradualmente y por diferentes vías, de un esquema de organización familiar con predominio de modelo jefe varón proveedor único-mujer ama de casa [...], a otro de dos o múltiples proveedores" (ibid.:146). En cuanto a la formación y estabilidad familiar, las autoras (Ariza y Oliveira 2001) mencionan, además, cierto retraso en la edad al casarse, disminución de matrimonios, incremento de uniones consensuales y aumento de la fecundidad adolescente. Además, vale la pena destacar la expansión de familias con jefatura femenina, así como el aumento de las separaciones y divorcios.

Refiriéndose al contexto específico de la zona metropolitana de Guadalajara en la actualidad, Rocío Enríquez (2009) caracteriza así las recientes reconfiguraciones familiares:

La evolución de las configuraciones familiares en el contexto mexicano, jalisciense y de la ZMG presenta cambios significativos como la conformación de hogares unipersonales, la migración internacional de uno o varios miembros de los hogares, el achicamiento del tamaño de los hogares, la conformación de HJF [hogares con jefatura femenina], el incremento de los hogares con dos proveedores, la disminución de las familias biparentales, el incremento de la participación femenina económica y el avance paulatino hacia la conformación de hogares con más miembros dependientes debido al proceso de envejecimiento. Además, el paisaje urbano de la ZMG muestra procesos de fragmentación importantes y advierte sobre las dificultades para que redes de familias extensas puedan establecerse en espacios geográficos relativamente cercanos. Los vínculos más allá de la familia con la que se reside no pueden activarse con la misma frecuencia, intensidad, duración y eficacia que en décadas anteriores. (Enríquez 2009:120)

Así, el modelo tradicional de la familia pierde cada vez más sus contornos y las transformaciones en la estructura, la estabilidad y las relaciones familiares son

innegables (y rebasan incluso la amplia variedad mencionada por la autora, ya que crece también, por ejemplo, el número de familias homosexuales). Lo que, sin embargo, parece mantenerse inmutable – y de lo que, de manera muy explícita, dan cuenta varias de las narrativas recogidas para este estudio - es la importancia adscrita a la familia como institución clave en cuanto a provisión de seguridades y certezas. Se podría, por supuesto, argumentar que la familia ha jugado tradicionalmente un rol central dentro de las normas culturales de los mexicanos (y, de manera especialmente destacada, los jaliscienses)²⁹ y que la importancia adscrita a ella no es más que una simple perpetuación de esta tendencia. Sin embargo, es posible mencionar también algunos fenómenos actuales que se relacionen, quizá, con esta marcada tendencia de destacar el rol de la familia como refugio de seguridad y certeza, tan presente en las narrativas.

Entre otros, vale la pena destacar la, ya mencionada, pérdida de importancia del Estado como fuente de servicios sociales, la resultante privatización del bienestar y la transferencia de tareas del Estado hacia la familia (Jelin 2004; Ariza y de Oliveira 2009). Además, es posible señalar una nueva, más individualizada relación entre el Estado y los beneficiarios de sus programas sociales: así, por ejemplo, los programas contra la pobreza se focalizan cada vez menos en comunidades y cada vez más en familias individuales. Según Roberts (2007), basta comparar el programa Solidaridad (1988-94), focalizado en comunidades, y el actual programa Oportunidades, en el que la ayuda financiera es canalizada directamente a familias individuales. Así, en cierto sentido, la importancia de la familia parece ir creciendo en detrimento de la comunidad más amplia. Varios autores (Enríquez 2003; González de la Rocha 2007; Roberts 2007) subrayan la disminución de la capacidad de asociación y gestión colectiva, especialmente entre los pobres, tradicionalmente asociados con redes de

²⁹ Vale la pena mencionar nuevamente los resultados de la *Encuesta Nacional de Valores en Juventud 2012* (www.imjuventud.gob.mx/uploads/ENVAJ_2012.pdf), según la cual la familia es importante para el 98.9% de jóvenes encuestados. Podría mencionarse también la *Encuesta Estatal de Valores* realizada en 1999 en Jalisco: el 93.9% de los habitantes del Estado declararon entonces que la familia es “muy importante en sus vidas”.

reciprocidad fuertes y vigorosas. González de la Rocha (2007) habla en este contexto del creciente aislamiento social como resultado de exclusión laboral y precariedad de empleo; Roberts (2007), por su parte, destaca los altos índices de crimen y violencia en los barrios de bajos ingresos, lo que dificulta la interacción social en los espacios públicos. Podríamos añadir que, frente a la violencia e inseguridad cada vez más ubicuas, esta tendencia concierne, en mayor o menor grado, a todos los estratos sociales. Interesante resulta en este contexto un dato reciente arrojado por la encuesta *¿Cómo nos vemos los Tapatíos?* (Observatorio Ciudadano 2012): mientras que en 2011 el 74% de la población de Guadalajara no estaba asociada a ninguna organización civil, en 2012 esta tendencia creció hasta el 86%. Al mismo tiempo la gran mayoría de los habitantes de la ciudad (84%) se declaran muy satisfechos con sus relaciones interpersonales más cercanas. Sería difícil no interpretar estos datos como una señal de la tendencia hacia la búsqueda de solidaridad en redes de relaciones primarias (la familia, principalmente), mientras que la asociatividad en el sentido más amplio va en descenso.

Así, además de la centralidad que tradicionalmente se le adscribe, la importancia de la familia parece reforzada por ciertos aspectos de la realidad actual. De ahí, quizá, que las expectativas depositadas en la familia resulten ser muy altas, como lo podremos observar en los apartados siguientes.

4.1. “Amortiguador” de indefensión

En varias de las narrativas la familia aparece como un punto de apoyo capaz de mitigar diversas vulnerabilidades de los sujetos. Se le adscribe la función, no siempre cumplida, de un poderoso “amortiguador” de indefensión – especialmente como red de apoyo y ayuda (sobre todo económica y emocional), así como una institución que prepara a los hijos para la vida equipándolos con herramientas destinadas a aminorar su indefensión futura.

Es posible sospechar que estas expectativas y esperanzas en relación con el poder de la familia de aminorar tanto la vulnerabilidad presente como la futura, podrían verse tanto más exacerbadas cuanto más se debilitan otras instituciones

(el trabajo y el Estado, entre otros) en cuanto fuentes de seguridad: en situaciones de crisis las familias tienden a reasumir funciones que se habían depositado en el Estado o el mercado (Enríquez 2009). Como ya mencionamos, resulta posible reconocer en las narrativas una cierta resignación en relación con al trabajo y el Estado como instituciones que cumplen cada vez menos con sus promesas de brindar seguridad. Esta resignación podría explicarse quizá por la percepción tanto del mercado de trabajo como de las instituciones del Estado como lejanas, cínicas y difícilmente transformables. La actitud hacia la familia resulta, sin embargo, muy distinta: de ella sí se espera mucho, aunque las experiencias no siempre confirman su poder de brindar la protección y aminorar la vulnerabilidad. La familia es narrada por varios de los sujetos como la más cercana, “suya” y “obvia” de las instituciones. De la familia, basada en la solidaridad “natural” de parentesco, se espera que sea una red de supervivencia más confiable que el trabajo regido por leyes intransigentes o el Estado que está lejos de servir al bien común.

Las redes familiares son narradas como una importante fuente de apoyo económico, especialmente en situaciones de pobreza:

En ese entonces mi cuñado también trabajaba en Aurrerá. Y con el sueldo del Aurrerá para un recién nacido no la libraba. No la libraba. Entonces mis papás ayudaban a veces con leche, a veces con los pañales. Mis papás les echaron mucho la mano. También a uno, pero sí, ahora sí que más a ellos porque, pues, como yo trabajaba, yo se lo dejaba a mi mamá, entonces lo que yo ganaba ya era para..., todos tenían que dar chivo porque tenían que pagar comida, tenían que pagar todo [...]. (Angélica)

En el caso de Angélica, quien a sus 22 años tiene ya dos hijos y está nuevamente embarazada, la familia parece cumplir, sobre todo, una serie de funciones “prácticas”, vinculadas con el sustento económico: sus padres la apoyan en su frágil economía familiar comprando ropa y zapatos para sus hijos, su madre cuidaba a los nietos cuando Angélica trabajaba. Resulta significativo que el padre de los hijos de Angélica, al que ella se refiere en términos mayormente negativos, es elogiado reiteradamente por ser un proveedor

constante y confiable. Aunque la familia aparece en su narrativa como marcada por el conflicto y la violencia, cumple con su función de “red de supervivencia”.

La importancia de la familia como apoyo para sobrevivir en situación de pobreza emana también de la narrativa de Consuelo. En este caso la familia brilla por su ausencia. Como migrante y madre soltera, Consuelo depende de extraños para el cuidado de su hijo recién nacido, con tal de poder trabajar y ganar el sustento. Tiene que lidiar con su soledad y falta de confianza, lo que desemboca en una angustia profunda:

A mí sí se me hacía difícil, porque yo decía: “yo no conozco a nadie aquí”, como quien dice, yo era nueva aquí. Y luego éste estaba bien chiquito. Yo se lo llevaba aquí a una señora, ella me lo cuidaba, tenía unos perrotos..., y una camita, bieeen bajita, allí me ponía a mi chiquillo y [...] yo me iba en el camión y llorando: “Ay, mi chiquillo, mi chiquillo”, yo decía: “Ay, a ver si estos mugres...” los tenía adentro.... “Ay, a ver si estos mugres perros...” éste bien chiquito, tomaba bibi, comía leche que yo le daba, no pues..., “a ver si no se lo tragan.” (Consuelo)

A siguiente día llegó la señora que estaba aquí antes, y ella me lo cuidaba, porque este día se le murió un hermano a esta señora, y me dijo: “Ay, Chelo”, y me llegaba: “Ay, Chelo, se me murió mi hermano Juan, y..., pues que hago, ¿me llevo al niño, o qué?” Y como no eran de aquí dije: “No, si se lo lleva, no regresa”. (Consuelo)

La sensación de desamparo como consecuencia de lejanía de la familia no se limita, por supuesto, a situaciones de precariedad económica. Armando, quien, como ya sabemos, goza de una situación económica estable, pero es soltero y se encuentra lejos de su familia, confiesa:

Soy una persona que está sola, mis padres están en Mérida, mi hermana está en [...], ¿tú crees que pueden volar acá, así, en una emergencia? Posiblemente mi padre, posiblemente mi madre, pero si es una emergencia de las duras, básicamente estoy por mí mismo... (Armando)

Lo que se hace visible aquí es, primordialmente, otra faceta de apoyo familiar mencionada frecuentemente por los sujetos: el apoyo emocional. Así, Gabriela, después de haberse divorciado, decide abandonar la Ciudad de México, donde vivió por doce años, para reunirse con su familia de origen en Guadalajara.

Lorena cuenta sobre depresiones que pudo vencer gracias a la ayuda de su familia y su pareja; Álvaro, por su parte, habla en términos similares de su madre: “yo con mi mamá sí platico de todo, o sea, a veces tengo problemas, de todos los tipos...”

La función de red de apoyo y ayuda, frecuentemente adscrita a la familia (aunque muchas veces no cumplida, como veremos más adelante), no es la única. La familia es narrada también por algunos como una institución “preparatoria”, cuya función radica en facilitar a los hijos la inserción en la sociedad: los padres equipan a sus hijos de ciertas herramientas que les permiten aminorar su vulnerabilidad en la vida adulta. Entre ellas destacan, sin duda alguna, los estudios.

En varias narrativas aparece la figura del padre (y/o la madre) quien, con un considerable esfuerzo y sacrificio, da formación a sus hijos. El hecho de asegurar su educación es narrado en algunos casos como una importante medida anti-indefensión. Especialmente ilustrativo resulta en este sentido el relato de Lidiana de 51 años, quien creció en una numerosa familia sonoreense de clase media:

Decía mi papá: “Porque si a alguien tengo yo que apoyar de mis hijos es a mis hijas mujeres. Porque ellas, ellas van a ser madres, con el favor de Dios, van a ser esposas, van a tener que aprender un oficio. Yo no voy a dejar casada ninguna de mis hijas hasta que no me entregue un título de lo que quiera. Porque mañana o pasado, si le va bien en el matrimonio, qué bueno, qué bueno, herramientas para ser mejor madre de familia y esposa, y si le va mal, pues con más razón. ¿Por qué? Porque mañana o pasado, si se llega a separar o divorciar o lo que sea, y cualquier hijo de la guayaba con la mano en la cintura las abandona con hijos y ¿quién va a salir adelante? Entonces, ¿a quién tengo que preparar más? A mis hijas. A un hombre, hasta del suelo hay quién lo levante, y a una mujer, jamás. Jamás”, decía mi papá. “Entonces yo les voy a dar más herramientas a mis hijas mujeres que a mis hijos hombres”. (Lidiana)

Las mujeres, como las más vulnerables, son equipadas por el padre con más estudios: un claro ejemplo no solo del poder anti-indefensión adscrito a la educación, sino también de la importancia de la familia para brindarlo. Por eso, no

sorprende que para varios sujetos la decisión sobre el número de hijos planeados dependa, entre otros, de la posibilidad económica de brindarles la formación:

Solo pienso en el número de hijos porque a veces sí es difícil, no puedes traer muchos hijos al mundo y no darles la atención... y la educación que se merecen, que necesitan. (Lorena)

Ya... ya me opero, ya. [...] Esperemos que sí me quieran operar, ¿verdad?, porque si no, pues, a intentar cuidarme con otra cosa... porque sí, tanta criatura a mí no me conviene. Leche, pañales, estudio. Es lo que yo le dije: “¿Qué quieres? ¿Que sean diez y no les puedas dar el estudio? A que sean tres y por lo menos la primaria les puedes dar”. (Angélica)

La educación es, por supuesto, solo una de varias herramientas con las que los padres equipan a sus hijos para la vida. El carácter de estas “armas anti-indefensión” es muy diverso: desde influencias y dinero que garantizan un futuro exitoso, hasta cuestiones tan básicas como el acta de nacimiento. En la narrativa de Angélica, quien, como sabemos, vive en condiciones de precariedad y exclusión, el hecho de que su pareja no tiene “papeles” (acta de nacimiento, credencial de elector) le imposibilita la inclusión en diversos sentidos: lo mantiene del lado de los “incivilizados”, le imposibilita tener un trabajo fijo y seguro, es interpretado como causa de su desprotección:

Los de aquí, muchos no tienen papeles, muchos no están registrados, muchos de aquí, de la colonia, no... Los tienen como animalitos. Y él, como uno de ellos, no estaba registrado, no tenía papeles, nada. [...] Ya era muy riesgoso para él andar en un tráiler. [...] Porque si pasaba un accidente, pues no le cubrían nada, porque no lo tenían registrado como trabajador, no lo tenían con un seguro, o sea, no tenía nada. (Angélica)

No obstante, sería erróneo suponer que las expectativas depositadas en la familia como un supuesto amortiguador de indefensión, quedan siempre cumplidas. De las narrativas emana, más bien, una tensión constante entre la familia esperada (deseada) y la familia vivida.

Así, aunque la familia es narrada por muchos como una supuesta red de apoyo emocional, no faltan ejemplos que comprueban lo contrario. Basta mencionar situaciones de migración que provocan la dispersión de la familia y

dificultan o imposibilitan el apoyo. Consuelo, por ejemplo, carece, por un lado, de ayuda de su familia de origen (por la distancia), por otro lado, quedó abandonada por el padre de su hijo quien no solamente se niega apoyarla económicamente, sino es percibido por ella como fuente de conflicto, amenaza y angustia.

En el caso de Angélica, su pareja, aunque cumple con el rol de proveedor, dista de ser para ella un apoyo emocional. A lo largo de la narrativa es asociado con violencia y conflicto:

Porque él de hablar, hablar no puede. Es de los que grita. Entonces llega un momento que está diciendo algo al niño y el niño piensa que le está gritando. Y él nada más está hablando. No sabe ni hablar. Y no es de los que: “Ey, tranquilo”, es de los que le gusta andar pegando. Él, ahora sí que ni se sabe educar ni sabe educar. Por eso sí me está costando trabajo. Igual era de los que trabajaba y trabajaba no más para... [*beber*]. Y ahora que ya comprende de la cosa, ya tiene como un año, poquito más de un año, que ya se tranquilizó. Anteriormente era diario, diario, puro alcohol. Porque allí es donde se toma puuuro alcohol. Entonces ya llegaba con su alcohol del suelto. Y sus juguitos... Y ya tiene tiempo que ya se calmó mucho. Salía antes a la calle y cualquiera que se le quedaba viendo y lo volteaba a ver, ya era para echarle pleito. Ya era para agarrarse a trancazos. (Angélica)

El conflicto y la violencia en las que se ve inmersa cotidianamente Angélica se extiende, además, a las relaciones con la familia de su pareja. Por otro lado, buscar ayuda en su familia de origen resulta ser un arma de doble filo:

[...] uno como pareja no puede decir: “Yo tengo problemas con mi pareja”, porque si le cuento a mi mamá o mi papá, me dicen: “Mándalo a la chingada”, y ya, si al rato vuelvo con él, me dice: “Bueno, ¿a qué estás jugando?” Y ya le da coraje a él. [...] Muchas veces se siente uno entre la espada y la pared y mejor no dice uno las cosas. (Angélica)

Finalmente, Angélica llega a una conclusión que generaliza y naturaliza su experiencia, convirtiéndola en un destino inevitable: “Siempre, en todas las casas va a haber problemas. Ningún matrimonio va a ser feliz porque siempre va a haber desacuerdos”.³⁰

³⁰ Las conclusiones de Angélica encuentran comprobación en datos estadísticos: de acuerdo con Encuesta Nacional sobre la Dinámica de las Relaciones en los Hogares (ENDIREH) 2006, en

Álvaro, por su parte, narra desde la perspectiva de hijo, la violencia entre sus padres (“llevaron una vida muy... de violencia, entonces para nosotros era una pesadilla el que estuvieran viviendo juntos porque era pelear, pelear, pelear, pelear...”). La familia nuclear es para él un sinónimo de conflicto y violencia; su niñez “feliz” empezó con la partida de su padre.

La función de red de apoyo económico, la cual se adscribe a la familia especialmente en situaciones de pobreza, resulta, en algunos casos, igualmente ilusoria. Así, Elías y Ana (quienes, como sabemos, viven al borde de pobreza alimentaria) son padres de cuatro hijos adultos, de quienes confiesan no tener el apoyo suficiente:

Si no vendemos un día, no tenemos pa´ comer. A veces pasamos los días que andamos batallando. Le dijo mi compañero, enfermo él, enferma yo, yo tengo alta presión, tengo muchas enfermedades yo, que me han dicho que yo tengo, pero hágale de cuenta que nosotros a veces no tenemos ni siquiera para una medicina, para una pastilla. Pero viera los hijos... nos ven y “A, adiós. Dios los bendiga” y hasta allí. (Ana)

Álvaro, por su parte, habla desde la perspectiva del “donador”: gana más que los demás miembros de su familia, por lo que se espera de él un mayor apoyo – una exigencia que percibe como injusta:

Con mi hermano... él ahorita no trabaja, él está allí donde mi mamá vive... no trabaja, no hace nada y tiene cuarenta y un años. Entonces, de repente se queja de que no tiene dinero, de que no tiene que dar de comer a los niños, pero no trabaja. A veces me han llegado comentarios de decir que yo no tengo hijos, ¿por qué yo no ayudo más?, o ¿porqué yo no les ayudo? Yo no tengo ninguna obligación. (Álvaro)

Esta visión de la familia que, en vez de constituir una red de apoyo mutuo, se convierte en usurpadora de bienes de sus miembros, resulta especialmente

Jalisco el 52.8% de las mujeres casadas o unidas son víctimas de violencia de su pareja. (<http://www.inegi.org.mx/est/contenidos/Proyectos/Encuestas/Hogares/especiales/endireh/endireh2006/default.aspx>, consultado el 12.05.2013)

explícita en la narrativa de Álvaro en relación con su condición de homosexual. Según él, algunos homosexuales carecen de apoyo emocional y económico por parte de la familia, la cual, sin embargo, no duda en reclamar sus bienes después de su muerte:

[...] he visto de repente como algunos amigos... en su casa nunca los aceptaron, nunca los apoyaron para nada los familiares, entonces empezaron a trabajar él con su pareja, empiezan a trabajar, empiezan a hacer cosas, empiezan a tener su negocio, su casa, entonces cuando mueren, cuando muere la persona, ahora sí, llega la familia de esa persona que lo rechazó a quererse quedar con las cosas. (Álvaro)

La familia vivida se convierte así en el contrario de la familia deseada: asecha voraz para aprovecharse de los que ella misma rechaza y excluye. Significativamente (y paradójicamente), Álvaro se declara a favor del matrimonio entre personas del mismo sexo, interpretándolo como medida de protección contra la avidez de los familiares:

De hecho tenemos pensando casarnos este año para protección de ambos. [...] Me ha tocado que él se enferme, que yo me enferme, no va nadie a vernos, sino nada más estamos él y yo. Cuando comenzamos a vivir, no teníamos nada de muebles, ahorita ya los tenemos, porque nos ha costado mucho trabajo a los dos, entonces no me gustaría a mí que el día que yo falte o él falte, la gente que no le costó ningún trabajo quiera quedarse con las cosas. (Álvaro)

Como lo pudimos observar, el deseo de encontrar en la familia un poderoso amortiguador de indefensión queda frecuentemente incumplido. En varios casos la familia parece convertirse incluso en su contrario: en vez de brindar seguridad, origina conflicto y amenaza; en vez de mitigar riesgos, se transforma en su fuente. Queda claro que existe una tensión pronunciada entre las expectativas depositadas en la familia y una realidad que no siempre queda a la altura de ellas.

Esta tensión se hace visible tanto en la frustración de ciertas expectativas, como en la ambivalencia que marca la visión de la familia expresada por algunos de los sujetos. Así, por ejemplo, la familia puede constituir un importante apoyo emocional siendo a la vez un limitante en cuanto a las ambiciones de ascenso socioeconómico de sus miembros (como es el caso de Álvaro), o, por lo contrario,

puede constituir un indispensable fuente de apoyo económico revelándose a la vez como amenaza o fuente de violencia (Angélica), por citar algunos ejemplos.

No cabe duda que el poder de la familia de aminorar la vulnerabilidad de sus miembros no es ilimitado ni está libre de tensiones. Sin embargo, lo que llama la atención es que, mientras que el debilitamiento del Estado y el trabajo como fuentes de seguridad se ha ido convirtiendo en una especie de verdad común (que encuentra su expresión en las narrativas analizadas), las expectativas en torno a la familia parecen mantenerse inalteradas, a pesar de que, como subraya Enríquez, somos testigos del “debilitamiento de los sistemas tradicionales de protección social, es decir, las redes familiares como espacios de interrelación por excelencia, capaces de dar contención, orientación, sanción y dirección del comportamiento frente a las dinámicas de la vida cotidiana y ante las crisis, adversidades y violencias posibles” (Enríquez 2009:120). La institución de la familia comparte el destino de las demás instituciones sociales: como ellas se desdibuja como “depósito” de seguridad. De ahí, según la autora, la necesidad de desmitificar lo familiar como panacea universal contra las vulnerabilidades producidas socialmente.

Ahora bien, aunque esta visión de la familia como “amortiguador” de indefensión resulta relativamente generalizada entre los sujetos entrevistados, hay entre ellos también matices claramente visibles, vinculados con su posición social. Así, por supuesto, entre más precaria resulta la situación del sujeto, más depende de las redes familiares para su sustento y a la vez resulta más expuesto a las tensiones que esta dependencia origina (la necesidad de lidiar con la violencia intrafamiliar de cara a la imposibilidad de independizarse, por ejemplo). Entre más se alejan los sujetos del círculo de la precariedad, más pueden permitirse obviar la familia como fuente de aseguramiento de necesidades básicas y la familia es narrada primordialmente como fuente de apoyo emocional en situaciones de crisis.

Así, sería difícil negar que las interpretaciones de los sujetos se vinculan fuertemente con su situación socioeconómica (aunque no exclusivamente, por supuesto. El género, por ejemplo, constituye otro criterio igualmente importante).

La diferencia entre los que no tienen otra opción que depender de sus redes familiares y los que pueden prescindir de ellas gracias a su independencia económica salta a la vista. Aquí, nuevamente, como en el caso de la relación de los sujetos con la institución del Estado benefactor (cf.3.1.1.), la desigualdad se expresa, entre otros, en el acceso a las alternativas ofrecidas por el mercado.

La entrevista con Norma, quien trabaja como asesora de seguros (y fue entrevistada como una de los “gestores de riesgo”), ilustra esta realidad:

Norma trabaja desde hace más de un año para una compañía de seguros – es asesora. Se dedica a entrevistar a futuros asegurados, les explica las ventajas de tener una póliza de seguro de vida, les ayuda encontrar el plan de seguro más apropiado, aclara sus dudas. Cuenta que a menudo tiene que luchar contra la desconfianza de los potenciales asegurados: “Muchas veces me ha tocado que me dicen: ‘No, yo ya tengo todo’. ‘Pero, bueno, escúchame, lo platicamos’. Entonces es cuando empiezas... como abrir el panorama, o sea, nada más decir: ‘Bueno, date cuenta de lo que puede pasar y... y finalmente tú decides...’”

La asesora enumera posibles desgracias que pueden convertirse en una catástrofe financiera para una familia: la muerte del padre-proveedor, incapacidad total y permanente, enfermedades graves: “entonces nosotros lo que tratamos es de que la gente logre visualizar ¿qué pasaría, por ejemplo, si la cabeza de la familia no amanece? Si no proteges esta parte, nunca te quedas tranquila. Si no proteges tu vida, en este proceso te puedes pulverizar.” Norma no se cansa de subrayar que la misión de la compañía consiste en ofrecer la protección a sus asegurados: “yo te voy a proteger tu patrimonio, tu familia, o sea, te voy a cuidar lo más importante para ti... o sea que no te suceda nada que tú no puedas controlar... Entonces, ¿qué es lo que protegemos nosotros? La persona. En realidad es impresionante como la gente a veces prefiere asegurar el coche, porque lo ve como mucho más visible: ‘Porque si lo choco...’ ¿Y si te mueres?”

Según la experiencia de Norma, familias con hijos suelen decidirse con una mayor facilidad por un seguro: “Marca mucho cuando tienen hijos. Cuando tienen el primer hijo, ¡pum!, allí les cae todo el peso de que: ‘¿Y si no estoy..., entonces,

quién los cuida, quién los mantiene...?’ Lo primero que proteges es tu familia, porque finalmente a la gente lo que más nos angustia es cómo van a vivir nuestros hijos si nosotros no estamos.”

Preguntada si la situación de inseguridad en el país influye en las decisiones de los asegurados, la asesora no duda en responder que sí: “Porque la gente ya no se siente tan segura. O sea, ya siente que puede suceder... este... que le toque aunque no tenga nada que ver. Ya empiezas a sentirlo... cada vez más cerca. Entonces la gente, si antes no lo pensaba, si no lo hace por cultura, ahora lo hace por miedo: ‘Híjole, a lo mejor no me pasa nada, pero puede pasar y me toca’”. Esta tendencia es especialmente notable, según Norma, en el caso de mujeres que son esposas y madres: “Las mamás cada vez más empiezan a estar como más angustiadas de pensar o imaginarse qué podría suceder con su familia, si mañana no tiene nada.... O sea, me ha tocado gente que el marido no quiere, o sea, le da cincuenta vueltas y la esposa es la que esté de: ‘Por favor, es que si te pasa algo, ¿yo qué hago?’ O sea, me ha tocado que yo ni siquiera tengo que hacer demasiada labor, sino que la propia madre o esposa, ¿no?”

Lo que le llama especialmente la atención son mujeres que se aseguran por su propia cuenta: “Me ha tocado como esta parte de... de señoras, pues, que trabajan y que se aseguran ellas por ellas, que la parte social ha estado como muy fuerte... este... mucha infidelidad, muchos matrimonios rotos, entonces ‘si yo no veo por mí, yo no tengo la seguridad. O sea... yo invertí toda mi vida formando una familia y si yo no me valgo por mí y el día de mañana me quedo sin marido...’ Empiezan... finalmente... blindarse un poco con el seguro... Esa es como que la tendencia.”

Norma menciona también a personas que ahorran para el retiro: “Les preocupa qué va a pasar con ellos cuando estén grandes. Es, como nosotros lo llamamos, el hijo virtual, o sea un hijo virtual que tú vas manteniendo durante todo tu etapa y, cuando tienes sesenta años, los hijos virtuales te van a mantener a ti... Ya hay gran cantidad de gente que se empieza a preocupar por ellos mismos”.

Pregunto, finalmente, si las personas que se aseguran suelen pertenecer a algún estrato socioeconómico en particular. Me mira con incredulidad, asombrada,

al parecer, por mi ingenuidad. Por supuesto, responde, son personas que lo pueden pagar. Los que no tienen dinero, pues ni modo, tienen que buscar otras maneras de asegurarse...

Resulta interesante observar cómo la compañía de seguros se posiciona en su discurso como una poderosa y confiable fuerza protectora (por no decir una figura providencial), presentándose implícitamente como alternativa del Estado de bienestar y explícitamente como alternativa de redes familiares de protección, al aprovechar habilosamente las incertidumbres vinculadas con la inseguridad ciudadana, la inestabilidad actual de las estructuras familiares y la crisis de cuidados, entre otros. El énfasis está puesto sobre la fragilidad de la familia como fuente de aseguramiento de bienestar de sus miembros. El discurso gira aquí en torno a la figura del padre-proveedor, la cual queda paulatinamente desenmascarada como un garante de bienestar profundamente volátil. Su presencia es constantemente amenazada por una potencial muerte o discapacidad (cuya probabilidad aumenta debido a la inseguridad que impera en el país), pero también por la, siempre posible, disolución de la familia (el divorcio). La esperanza de recurrir a la familia como red de cuidado para la vejez es presentada como igualmente ilusoria.

Al posicionarse como alternativa a las redes familiares, el discurso de la compañía de seguros da cuenta, por un lado, de la persistencia de las altas expectativas depositadas en la familia como fuente de seguridad (si no fuera así, sus debilidades no tendrían que ser desenmascaradas con tanto énfasis), y por otro, del debilitamiento innegable de la familia como garantía de protección (lo que el discurso aprovecha hábilmente a su favor). Surge así un panorama poco alentador, en el que la seguridad se revela precaria y el riesgo de desprotección es inminente. Pero, mientras que este riesgo concierne a todos, solo unos pocos tendrán la suerte de amortiguarlo a través de las ofertas del mercado.

4.2. Red de vigilancia

Las funciones de “amortiguador” de la indefensión presente y futura de sus miembros y garante de su bienestar, no son la únicas tareas que los sujetos asignan a la familia. Frente al creciente clima de inseguridad en la ciudad, que desemboca, entre otros, en temores sobre el espacio urbano como territorio de riesgo (cf.:5), - profundizados, además, por la desconfianza generalizada hacia las instituciones relacionadas con la procuración de seguridad ciudadana (cf.3.1.4) -, la familia se convierte también, de manera destacada, en una red de vigilancia que vela por la integridad física de sus miembros.

En este contexto, en las narrativas aparecen varias parejas vigilante-vigilado, por lo regular dentro de las más estrechas relaciones familiares. Algunas mujeres presentan al esposo (novio) como su protector: el esposo de Lidia la acompaña cuando ella va de compras; el novio de Lorena la lleva a casa en la noche; Marisol, (entrevistada aquí como una de los “gestores de riesgo”: periodista), tiene que rendir cuentas a su esposo sobre la “peligrosidad” de su trabajo actual. Esporádicamente aparecen figuras protectoras distintas, como la hermana y cuñado de Citlali, o los padres de Gustavo y Gabriela, por ejemplo.

Los sujetos mismos se narran también frecuentemente como protectores/vigilantes de otros, especialmente en el contexto de la relación entre padres (protectores) e hijos (protegidos). Los padres custodian a sus hijos, les imponen límites, los llevan y los recogen, los acompañan constantemente, en persona o a través del teléfono celular³¹: todo en nombre de preservar la integridad física de los hijos. Citlali, Gabriela y Salvador, padres de hijos adolescentes, coinciden en sus prácticas de control y vigilancia:

³¹ Sobre el uso de teléfono celular como un dispositivo de disciplinamiento y control social, y como “objeto transicional para aliviar la separación de los nuestros” véase el capítulo “La conexión, dispositivo simbólico para controlar la incertidumbre” en el libro de Rosalía Winocur (2009). Véase también el artículo de Yarto Wong (2011) sobre las nuevas funciones del teléfono celular entre los jóvenes.

Siempre los estoy checando. [...] Tienen el celular los dos y estoy llamándolos. A la escuela yo los llevo. (Citlali)

Si un hijo sale, tiene que avisar a dónde, con quién, cómo y a qué horas. [...] Que no vaya a lugares donde pueda haber riesgos. [...] Si va a haber una fiesta, pues hay que llevarla y traerla. (Salvador)

Ellos no salen solos. [...] No les dejen ir a cualquier lugar, a cualquier hora, con cualquier persona. (Gabriela)

Los hijos son presentados, a su vez, como ingenuos, vulnerables y expuestos a peligros diversos:

Ahora hay cuestiones que ponen más en peligro y más en riesgo la vida de los chavos, por las cuestiones de las drogas, de que van a un antro y les ponen cosas en los vinos [...]. Ahora se vuelve más amenazante... hacia la integridad de los chavos. Entonces eso sí me preocupa también. (Gabriela)

[Los adolescentes] piensan que andar en los antros hasta las dos, tres de la mañana es diversión, piensan que no les va a pasar nada. Y claro que si andan en la calle a las dos, tres de la mañana, de cien uno choca, lo atropellan, lo alcoholizan, lo drogan o lo balacean. (Salvador)

Las preocupaciones expresadas por los padres no carecen, por supuesto, de justificación. Así, por ejemplo, según el Consejo Estatal para la Prevención de Accidentes en Jalisco (CEPAJ), en el Estado se registran más de 230.000 accidentes al año, en los cuales los principales afectados son los jóvenes entre 15 y 29 años, el 40% de los accidentes está relacionado además con un inmoderado consumo de alcohol. Por otro lado, según la Encuesta Escolar de Adicciones realizada en Jalisco en 2012 por el Instituto Nacional de Psiquiatría de México, el 58.1% de alumnos de secundaria y bachillerato ha consumido alcohol al menos una vez y el 16.9% declara haber abusado de bebidas embriagantes, el 8.4% ha probado marihuana, el 4.7% tranquilizantes y el 5.5% inhalantes. La vida nocturna en la ciudad también se ha ido convirtiendo paulatinamente en sinónimo de riesgo, lo que encuentra reflejo en las narrativas:

De hecho, antes, de repente, yo salía casi cada quince días al bar; pero ya no estoy yendo, porque ya todos los niños llegan drogados, niños de diecisiete años, de dieciocho... [...] ha habido muchos muertos, este, niños de 25 años, de 24, a las afueras de las discos, que los matan. (Álvaro)

[...] viendo lo que ha sucedido, las granadas que pasan en los bares, también las balaceras... [...] conozco unos amigos que estuvieron en un accidente de éstos, que hubo un pleito y empezaron la balacera, y, pues, murió uno de ellos. (Gustavo)

Estos y muchos otros riesgos parecen justificar, a los ojos de los padres entrevistados, las exacerbadas medidas de vigilancia y protección. En la narrativa de Salvador (padre de una adolescente de 18 años, además de dos hijos varones), en contraste con la figura del padre-protector, siempre vigilante y firme, aparece como ejemplo negativo la figura del padre confundido en su rol, irresponsable e inconsciente, ejemplo negativo que legitima las prácticas de padres protectores:

Se dio un caso en Brasil de unas niñas de 17 años, que nunca supieron de ellas..., aparecieron como a los diez días, fueron violadas y fueron asesinadas. Y antes drogadas. Y lo triste es que los papás no sabían dónde estaban, no conocían a sus amigos, no sabían en qué domicilio estaban. (Salvador)

Conversaciones informales con padres de familia dan cuenta de su constante preocupación por la seguridad de los hijos. Los miedos que surgen en torno a esta inquietud se nutren tanto de datos reales como de leyendas urbanas que encuentran en la incertidumbre generalizada un caldo de cultivo especialmente fértil. Niños pequeños aparecen frecuentemente como potenciales víctimas de secuestros.³² Especialmente ilustrativo resulta en este contexto el rumor sobre secuestros de menores por parte de sicarios, que surgió a principios

³² “Capturan a supuestos “robachicos” que operaban en el centro tapatío”, *el Informador* (9.08.2012), consultado en: <http://www.informador.com.mx/jalisco/2012/396265/6/capturan-a-supuestos-robachicos-que-operaban-en-el-centro-tapatio.htm>; “Juzgado Tercero de lo Penal sentencia a secuestrador de una niña”, *El Informador* (15.04.2012), consultado en: <http://www.informador.com.mx/jalisco/2012/369940/6/juzgado-tercero-de-lo-penal-sentencia-a-secuestrador-de-una-nina.htm>;

del año 2012, en el sureste de la ciudad.³³ Igualmente elocuente deviene una observación realizada durante la junta de padres de familia en un colegio zapopano, en la cual varias madres se opusieron a que sus hijos, alumnos de tercer grado de primaria, realizaran una salida escolar por el centro de Guadalajara (percibido como “zona de riesgo” por algunos de los habitantes de la ciudad – cf.: 5.4.), argumentando que las maestras no serían capaces de brindarles una protección suficiente contra posibles agresores. Repetidas noticias sobre detenciones de sujetos sorprendidos merodeando cerca de escuelas y fotografiando alumnos a escondidas, completan el cuadro.

En cuanto a los hijos adolescentes, los peligros que les asechan parecen multiplicarse y diversificarse: el acoso escolar (o *bullying*, como se le designa recientemente), el pandillerismo, el alcohol, las drogas y el contacto con narcotraficantes, los accidentes automovilísticos, las balaceras en antros, las amistades sospechosas en internet, las relaciones sexuales casuales y embarazos no deseados, entre otros. Mientras que algunos de estos miedos, como las drogas, los embarazos prematuros o el *bullying*, parecen ser compartidos por los padres, independiente de su posición social, otros resultan mucho menos “democráticos”. Así, por ejemplo, los peligros del pandillerismo o el involucramiento en redes del narcomenudeo son mencionados por Angélica y

³³ El rumor se propagó durante algunos días en varias colonias del sureste de la ciudad y desembocó en un ausentismo de hasta 30 por ciento en algunas escuelas de colonias de la zona metropolitana, como Miravalle, Las Juntas y la Zona Industrial. *El Occidental* informó el 7 de enero en el artículo titulado “Psicosis en escuelas”: “El rumor de supuestas amenazas a las autoridades de que algún grupo del crimen organizado privaría de la libertad a alumnos en algunas escuelas del sur de la Zona Metropolitana de Guadalajara, como venganza de la supuesta detención de un capo, ha mantenido en los últimos días una psicosis colectiva entre decenas de padres de familia que han dejado de llevar a sus pequeños a clases; en tanto, la Secretaría de Educación Jalisco (SEJ) y la Procuraduría General de Justicia del Estado (PGJE) informaron ayer a través de comunicados, que todo se trata de rumores infundados, que no hay pruebas de tales mensajes amenazantes o el extravío o secuestro de alguno, por lo que exhortan a la ciudadanía a mantener la calma y recoger personalmente a sus niños, aunque esa recomendación ya es cotidiana.” Consultado en: <http://www.oem.com.mx/eloccidental/notas/n2376046.htm>

Citlali, para quienes éstos son fenómenos cotidianos y cercanos, parte del ambiente en el que se ven inmersas:

Todavía, como hay en Jalisco... que hay más pandillerismo, más narcomenudista, todo eso, todavía no. Aquí... todavía no agarran plaza [...] A mí no me gustaría que mi... como yo, que tengo niño, que pasara por todo eso... (Angélica)

Tengo un sobrino... él, a diferencia de mi niño, sí se junta con los niños de las pandillas. Y ahorita, por esa situación de que se junta con ellos, los de las esquinas, digámoslo así, en la secundaria está sufriendo muy fuerte del *bullying* por medio de otras pandillas, de otro lado. Y hace... menos de ocho días... estuvo hospitalizado porque lo agarraron entre tres niños y le echaron cal en la cara y le metieron cal en la... boca. Le quemó la tráquea y le quemó la retina de los ojos. Estuvo hospitalizado. Pero ¿por qué? Porque mi sobrino se junta con unos de acá que con unos de allá tienen pleito. Entonces, así está. Y mi hijo no, hasta ahora, que yo sepa, no. (Citlali)

Por otro lado, en las narrativas de los padres de estratos socioeconómicos más altos aparecen con más énfasis los peligros de los medios y los artefactos tecnológicos. Se les adscribe el poder de poner en riesgo tanto la integridad física de los niños, como su integridad ética. Vale la pena mencionar aquí la observación etnográfica realizada durante un desayuno en la casa de Lidia, en el que participaron sus ocho vecinas, todas ellas habitantes de un fraccionamiento cerrado lujoso y madres de niños en edad escolar. La conversación sobre los riesgos relacionados con los artefactos tecnológicos empezó con la anécdota sobre un joven de 16 años, quien sufrió derrame cerebral como consecuencia del abuso de los videojuegos, los cuales provocan presuntamente la producción de diez veces más adrenalina que un partido futbol (un dato confirmado por el saber experto, como aseguró la anfitriona). La experiencia de jugar un videojuego fue comparada con la inyección de una sobredosis de droga. El internet, por su parte, fue asociado durante la conversación con riesgos de carácter moral: se comentó que incluso sitios destinados aparentemente a niños pueden contener pornografía. Conclusión: la crucial importancia de que las madres vigilen constantemente a sus hijos.

En varias narrativas se dibuja claramente la función de la familia como red de vigilancia que protege la integridad física de sus miembros, lo que se objetiva en múltiples prácticas disciplinarias y de control, con parejas vigilante-vigilado que no se establecen libremente, sino que corresponden a las jerarquías familiares de género y edad: esposas, novias, hijas e hijos se narran o son narrados como vigilados; mientras que a esposos, novios, padres y madres se les adscribe el rol de vigilantes. De manera especialmente destacada se les asigna este papel a los padres de familia, una tarea que se convierte frecuentemente en un imperativo moral: un buen padre/una buena madre protege a sus hijos de los riesgos que amenazan su integridad física. La preocupación por la seguridad de los hijos es compartida por los sujetos que son padres, independiente de su posición social, aunque los riesgos a los que hacen referencia varían desde el pandillerismo y narcotráfico hasta los que se vinculan con el uso de tecnología.

Queda claro que las expectativas depositadas en la familia no se limitan a buscar en ella un salvavidas capaz de amortiguar la vulnerabilidad de sus miembros de cara al paulatino desvanecimiento de fuentes de seguridad social, sino que, al mismo tiempo, se la interpreta frecuentemente como una red de vigilancia perpetua ante el aumento de la inseguridad ciudadana. Pero esto no es todo. Hay otra tarea más que se le adscribe reiteradamente: la de ser fuente de valores éticos capaces de revertir el supuesto deterioro moral de la sociedad – una expectativa presentada mayormente como incumplida, lo que convierte a la familia en la gran culpable de la presunta crisis moral actual, como veremos a continuación.

4.3. ¿Dónde están los valores? o la familia culpable

Como ya se ha dicho a lo largo de este capítulo, las familias enfrentan actualmente cambios diversos. En cuanto a la realidad concreta del estado de Jalisco, el análisis realizado por el Consejo Estatal de Población (COEPO)³⁴ revela

³⁴ <http://coepo.app.jalisco.gob.mx/PDF/NotasInformativas/notacoepo20094.pdf>, consultado el 14.05.2013

datos interesantes. Así, por ejemplo, menciona el nuevo rol de la mujer en la economía como un hecho importante que ha modificado las formas de vivir en familia: la participación de mujeres en la población económicamente activa era del 26 % en 1990, mientras que para 2008 el porcentaje subió al 35. Esto implica, entre otros, una doble jornada (el hogar y el empleo) para la mayoría de estas mujeres. Otro dato pertinente: el 24 % de los hogares tienen jefatura femenina. Su número se ha venido incrementando en las últimas décadas (en 1990 este tipo de hogares constituían el 18.5%). Según el documento citado, este incremento responde a la influencia de diversos factores, como la postergación de la edad al matrimonio, el descenso de la fecundidad, el incremento de la esperanza de vida, el nuevo rol de la mujer y el aumento de divorcios: en el año 1996 se registraron 1555 divorcios en Jalisco, mientras que en 2007 fueron 4288 - un incremento del 175 por ciento. Al mismo tiempo, desde 1999 se ha venido dando una reducción sistemática en el número de matrimonios: en 1999 hubo 8.32 matrimonios por cada mil habitantes; para 2007, la tasa se redujo a 5.9.

No cabe duda que la estructura familiar actual se diversifica y se aleja cada vez más de su tradicional modelo patriarcal, con jefe varón como proveedor único y mujer como ama de casa y cuidadora de hijos. Y, sin embargo, por ejemplo, según la *Encuesta Nacional de Valores en Juventud*³⁵ realizada en 2012, el 67.4% de los jóvenes entrevistados declararon estar de acuerdo con la afirmación de que “un niño necesita de un hogar con ambos padres para crecer feliz”, el 47.1% estuvo de acuerdo con que “en las familias donde ambos padres trabajan se descuida a los hijos” y más de un tercio (36.8%) cree que “el hombre debe ser el único responsable de mantener el hogar”. El contraste entre las tendencias actuales en la estructura familiar y las opiniones de los encuestados, resulta difícil de ignorar. Aquí, nuevamente, se abre una brecha entre las expectativas depositadas en la familia y la realidad en constante transformación: una tensión que, entre otros, encuentra su desenlace en un discurso profundamente conservador, promovido, entre otros, por la Iglesia y el gobierno (Monsiváis 2009), marcado por nostalgia por la familia tradicional como fuente de los llamados

³⁵ www.imjuventud.gob.mx/uploads/ENVAJ_2012.pdf

“valores” (un término ambiguo que hace referencia a actitudes éticas “correctas”), y que culpa a las transformaciones contemporáneas de las familias por la supuesta confusión moral actual.

Llama la atención que, preguntados por las razones del aumento de violencia e inseguridad, varios de los sujetos de esta investigación no dudan en señalar el supuesto deterioro moral de la sociedad como su principal fuente, añadiendo frecuentemente que esta pérdida de valores éticos se debe a la desintegración de la familia. Familias rotas, matrimonios divorciados, madres irresponsables, inconscientes y egoístas, padres permisivos y sin autoridad, son presentados a menudo como culpables de la confusión moral de los jóvenes que se convierten en ladrones, asesinos, violadores y narcotraficantes. La lógica parece simple y obvia: una familia desintegrada o disfuncional no es capaz de enseñar los principios morales a los jóvenes, los cuales, incapaces de distinguir entre el bien y el mal, originan violencia. *Ergo*: la familia es la culpable de la violencia y la inseguridad.

Esta visión de familia culpable no se limita a afirmaciones basadas en el sentido común – no está ausente incluso en los discursos académicos:

“[...] Muchas de las investigaciones se han centrado en el escrutinio de la familia en búsqueda de las características y efectos de la violencia y se ha descuidado el aspecto relacional y la mirada de la violencia en tanto proceso y en su dimensión social. Las miradas causales sobre la violencia desde el ámbito de las familias han llevado a posturas que estigmatizan y responsabilizan a éstas como principales agentes generadores y reproductores de la violencia y en especial a las madres en tanto el descuido de los hijos y la muy posible participación económica de ellas para el sustento de los hogares. Con estas perspectivas, se deslinda la responsabilidad social del gobierno, del mercado y de la sociedad civil en general ante este fenómeno”. (Enríquez 2009:111)

Así, la tendencia de no tomar en cuenta las relaciones sociales en sentido amplio y de presentar la familia como el principal generador y reproductor de la confusión moral, resulta bastante difundida. No sorprende, entonces, que aparezca en varias de las narrativas recogidas, aunque no siempre con el mismo énfasis.

No obstante, donde se ve expresada de manera especialmente marcada, precisa y clara, es en la entrevista con Ramón (uno de los “gestores de riesgo”), representante de la institución que compite con la familia por el título de “cuna de valores”: la escuela. A continuación, fragmentos de la observación etnográfica en la escuela y de la entrevista con el maestro:

Hoy voy a entrevistar a Ramón – maestro de secundaria con tres décadas de experiencia. Quedamos de vernos en una Escuela Secundaria Técnica en Zapopan, donde Ramón imparte clases en el turno vespertino. Llego media hora antes de la cita. Un hombre, al parecer el prefecto, me detecta inmediatamente como extraña y pregunta por la razón de mi visita. Se ofrece a buscar al maestro Ramón. Regresa con malas noticias, el maestro no está. Quizá llegue al rato. Mientras tanto, me permite dar un pequeño paseo por la escuela.

El plantel consiste de varios edificios de dos pisos en torno al patio que a la vez es una cancha - está llena de alumnos que están en recreo. Sobre la entrada al patio leo una inscripción: Uniendo esfuerzos – de Maestros, Padres de Familia y Alumnos, en esta escuela se desarrolla El Proyecto Educativo “Hacia una educación de calidad” para formar: “Estudiantes de éxito” (me pregunto cómo deberían interpretarse las comillas...).

En la pared de uno de los edificios veo un mural: en el centro la alegoría de la Patria (la mujer de blanco con la bandera en una mano y el libro en la otra - la misma que luce en la portada de casi todos los libros de cívica y ética) divide la imagen en dos partes – a la izquierda un paisaje campestre, en primer plano un campesino leyendo un libro, a la derecha una nueva ciudad en construcción, en el primer plano una escuela. El mural luce tan extemporáneo que no me sorprendería si llevara allí medio siglo. Sobre la pared del edificio de al lado una inscripción en letras grandes: Escuelas secundarias técnicas por la superación de ¡México! ¡México! ¡México! Veo también, sobre las puertas de los salones de clases, inscripciones referentes a los valores: disciplina, lealtad, sinceridad, laboriosidad, amistad, tolerancia, fortaleza; hay además carteles más pequeños con una serie de eslóganes/mandamientos para los alumnos: “Sé fuerte, no te

dejes engañar con drogas” y “Tus padres son tus mejores amigos”, entre otros. No faltan posters, hechos aparentemente por los alumnos, sobre la división de la basura en orgánica, inorgánica y sanitaria. Me asomo por la ventana de la prefectura. Sobre la pared, en una tabla de corcho - entre una hoja con “Los cuatro acuerdos de la sabiduría Tolteca” y otra con un poema titulado “El amor nunca falla” - veo un artículo, recortado de un periódico, titulado “Podrían revisar mochilas” sobre un incidente que tuvo lugar en enero, en una de las Secundarias Técnicas, cuando se encontró un arma en la mochila de un alumno.

Son vísperas de Fiestas Patrias. La escuela está decorada con guirnaldas en colores de la bandera, escudos y retratos de los héroes de la independencia. De las conversaciones que escucho mientras espero, me doy cuenta que a las cinco tendrá lugar una ceremonia cívica. Los alumnos se forman en las orillas de la cancha. Los colores de sus camisetas, que se pusieron, al parecer, para la ocasión, forman la bandera mexicana: las del tercer grado son verdes, las del segundo blancas, las del primero rojas. Uno de los maestros pide que todos se acaben de formar y dejen de hablar. Pide también que los alumnos sean respetuosos durante la ceremonia. Se entona el Himno Nacional. Los maestros se esfuerzan por dar un buen ejemplo cantando, los alumnos cantan de mala gana. Siguen los honores a la bandera. Sale la escolta. Los maestros controlan que todos los alumnos estén saludando. Concluidos los honores, uno de los maestros lee una nota histórica sobre la lucha por la independencia. Conforme va leyendo, salen uno por uno, y algo avergonzados, alumnos disfrazados de los héroes de la Independencia: Hidalgo, con una peluca improvisada de calvicie y cabello blanco; doña Josefa con rebozo en los hombros, representada por una muchacha con aires de emo; Morelos, moreno y flaco, con paliacate en la cabeza... El siguiente número: los alumnos de primer grado cantan una canción sobre Miguel Hidalgo. Luego salen cuatro niños con trajes típicos y sombreros charros para bailar el Jarabe Tapatío. Los niños, como informa el director, practican en un centro cultural de Zapopan. Los aplausos después del baile son fuertes y parecen sinceros. Finalmente llega el momento del grito. En las esquinas del patio aparecen niñas con los enormes racimos de globos verdes, blancos y rojos. El

director habla de la libertad y la grandeza de México independiente. No hace ninguna alusión a la situación actual en el país. Finalmente todos gritan: “¡Viva México!” Las niñas sueltan los globos que desaparecen lentamente en el cielo. El director compara el vuelo de los globos con la libertad de los mexicanos. La ceremonia termina con el canto del himno de las Secundarias Técnicas y el grito: “Escuelas Secundarias Técnicas por la superación de ¡México! ¡México! ¡México! Victoria, victoria con disciplina, constancia y dedicación. ¡Gloria!” El grito tiene que ser repetido, porque los alumnos parecen haber olvidado las palabras. A algunos les hace gracia; pero el director les advierte que si no gritan bien, no se podrán retirar. Finalmente termina la ceremonia.

Se me acerca uno de los maestros, me informa que Ramón ya no tarda. Me pregunta si me gustó la ceremonia. Comenta que es muy difícil hoy en día inculcar a los jóvenes los valores patrios. Que no les importan. Antes las Fiestas Patrias eran todo un acontecimiento, uno iba al Grito, comía buñuelos. Ahora muchos no van a los festejos por miedo a los delincuentes. Qué triste. Y los valores... tan difíciles de enseñar... Por fin llega Ramón, se disculpa por el retraso. Empieza la conversación.

Preguntado por los riesgos dentro del ámbito escolar, Ramón habla, entre otros, de drogas (“dulces con enervantes, galletas con enervantes”), de posibles violaciones y secuestros (“genera psicosis en ocasiones y en sitios el que... pues anden tomando fotos. Porque se habla mucho de los niños... o la venta de niños, la venta de menores...”), además del pandillerismo y el bullying (“Hemos tenido alumnos que se los tienen que llevar en ambulancia... Hemos tenido que intervenir... ha sido desastroso en ocasiones, tener que organizarnos, avalentarnos y a tratar de disolver el grupo. Por fortuna, en el centro que estamos, la policía llega rápido. Las ambulancias también.”). Menciona finalmente a alumnos que se han convertido en víctimas de la violencia vinculada con la guerra contra el crimen organizado (“Teníamos un caso, muy sonado, de cuates que dejaron de venir a la escuela, porque al tío lo mataron... el tío, hermano de la mamá, él los mantenía, pues lo mató... en ese fuego cruzado que hablan... que a

veces paga el justo no el pecador... He hablado de un caso, pero documentamos como 35 casos en esta escuela, entonces eso sí genera, pues, un impacto”).

Ramón opina que el problema de la violencia en la escuela se agudizó en el último sexenio: “se ha hecho más evidente porque ahora los muchachos hasta se sienten orgullosos de decir: ‘Yo sueño con ser narcotraficante’”. El acceso ilimitado a la información juega aquí, según él, un papel decisivo: “Hay estudiantes que las noticias de violencia, de donde pasan cómo entrenaban a los halcones... pues ellos lo graban y lo están pase y pase, y cómo en bolsas cortan a la gente y todo... ellos lo tienen en videos que circulan, donde lo hacen, y hasta son para ellos placenteros. ¿Qué quiere decir? Ya no tienen... el concepto de lo bueno y de lo malo.”

No obstante, aunque menciona el aumento de la violencia en el país y el acceso indiscriminado a la información como males innegables que causan en parte la confusión moral de los jóvenes, a Ramón no le cabe duda que hay un culpable mucho mayor: la familia. “Si queremos ubicar el origen, es bien sencillo: el origen de todo es... la desintegración familiar”, comenta el maestro. Por ejemplo, los halcones de los narcos: “cuando les dicen: ‘¿Y tú, cómo te enganchaste?’, ‘No, es que a mí me secuestraron y me exigieron... entonces me capacitaron y ahora hasta me dan centavos para... para comer, y entonces yo trabajo de halcón’. O sea, sienten una pertenencia. ¿En dónde nació ese delincuente o ese halcón? En el descuido de la familia. Fue un hijo de familia que a lo mejor ni tiene padres integrados, que a lo mejor vive con el padrastro, o vive con el hermano, o vive con el vecino, o vive con el amigo. Entonces todos estos problemas están plenamente ubicados”. Y no se trata solamente de jóvenes en condiciones de pobreza: “hay hijos de maestros, de trabajadores, de políticos que en cuanto pueden, son delincuentes por deporte. Que roban, destazan y matan... nada más por capricho. Porque nunca hubo en sus medios, pues, quien les indujera valores positivos. Y se fueron por el mundo de antivalores”.

También el acceso ilimitado a la información, que, según Ramón, tanto daño les hace a los jóvenes de hoy, es propiciado justamente en la familia: “porque no es el gobierno el que les da celulares o el que les pague el internet

caro o que les pague el cable con canales abiertos, para que vean pornografía, violencia y de todo en las casas. Y que el alumno, de pronto, regresa a las dos de la mañana y lo que vio allí en los antros... que también, regresando, es parte de la familia. Yo soy responsable de decirle a mi hijo los horarios de entrada y de salida de casa y de normar los tiempos de descanso y... y vigilarlo. No está ocurriendo. [...] Si se fija, todo nos manda, ¿a dónde? La familia". La conclusión de Ramón es contundente: si no fuera por la desintegración familiar, por la apatía de los padres, su desinterés, su actitud falsa, su desvinculación de la escuela, todo estaría mucho mejor...

Sentado dentro de las instalaciones de una escuela que parece haberse quedado en el pasado hace décadas (si no fuera por algunos detalles-recuerdos de la contemporaneidad, como los eslóganes que advierten sobre drogas o la nota en la prefectura sobre el arma en la mochila) y después de una ceremonia cívica igualmente extemporánea (el desinterés de los alumnos no deja lugar a dudas sobre la falta de congruencia entre la ceremonia y lo que les importa a ellos), Ramón habla sobre la creciente incapacidad de la Escuela para hacer frente a la violencia cada vez más presente e ineludible. Queda claro que la Escuela no se salva de la oleada de violencia e inseguridad que inunda el país y a menudo se muestra impotente frente a ella. Pero, aunque Ramón parece disponer de una visión bastante compleja y amplia de los problemas que las escuelas encuentran actualmente en cuanto a riesgos a los que están expuestos sus alumnos, su conclusión resulta simple y carece de matices: si no fuera por la desintegración de la familia, los riesgos serían mucho menores.

Es aquí donde podría proponerse una hipótesis, aunque pueda parecer algo arriesgada: esta responsabilidad/culpa depositada reiteradamente en la familia, ¿no podría ser interpretada como una versión "tropicalizada" (por llamarla de alguna manera) de la responsabilidad que se deposita en el individuo cuando las instituciones fracasan como fuentes de seguridad y certeza? ¿No sería posible pensar que, en una cultura donde la centralidad de la familia es innegable, tanto, que la familia llega a ser presentada como una especie de "individuo dilatado" – la

individualización trágica se revela, entre otros, en esta figura de la familia responsable/culpable? Y la severa crítica de las familias expresada por el maestro como representante de la institución de la escuela, ¿no podría interpretarse como un esfuerzo de la institución por “embellecer su propio fracaso”, como lo formula Beck (2008)?

Es posible argumentar, por supuesto, que los reiterados llamados a la renovación moral de la familia, acompañados de quejas sobre su desintegración como la principal fuente de la violencia imperante, pueden ser entendidos como reacciones conservadoras a las profundas e inquietantes transformaciones que experimentan las familias hoy en día. Sin embargo, la interpretación propuesta aquí, que plantea ver en la responsabilidad depositada en la familia una modalidad de la responsabilidad colocada en el sujeto en el contexto del individualismo trágico, no excluye la anterior, sino la complejiza, proponiendo mirar la figura de la familia culpable desde una perspectiva diferente y complementaria.

4.3.1 Padres ejemplares

Algunas de las narrativas - especialmente las narrativas de sujetos que se definen principalmente como padres-educadores - parecen comprobar la hipótesis propuesta. La familia es narrada por ellos como reducto de certezas morales, virtud, claridad y esencia, rodeado de un ambiente marcado por pecado, confusión y superficialidad. Su tarea: preservar certezas, transmitir valores morales, enseñar a los hijos a distinguir entre el bien y el mal. Vale la pena subrayar que esta familia, narrada como recinto de virtud, resulta ser siempre la propia familia del sujeto. Los sujetos subrayan su excepcionalidad, comparándola con la condición de otras familias que representan en sus narrativas la sociedad decadente. Así, la familia constituye tanto el origen de confusión moral con consecuencias nefastas, como el origen de la renovación moral – todo parece depender de ella, la responsabilidad es toda suya.

En esta situación, en los hombros de los padres “ejemplares” recae la solitaria pero crucial misión de transmitir a sus hijos certezas morales en un

mundo marcado por antivalores. Lidiana, quien además de ser madre de cuatro hijos trabaja también como maestra de catecismo (lo que parece conferirle, a sus propios ojos, una cierta superioridad moral), lo expresa de manera especialmente elocuente:

Eso sí que me quita el sueño [...], como difícilmente tú puedes educar a tus hijos, en contra de la corriente. [...] Como que eso es lo que nosotros pretendemos como papás formar en nuestros hijos. Y... es difícil, porque llega un momento que los hijos están tan bombardeados de todo eso de lo que nosotros los queremos alejar que te llegas a convertir en un papá tirano para ellos. [...] No tenemos un buen gobierno, no tenemos unas buenas escuelas, no tenemos una buena sociedad, o sea... estamos, como si trabajáramos como seres aislados. (Lidiana)

Lo que expresa Lidiana resulta muy significativo: presenta su tarea de educar a sus hijos “contra la corriente” como una tarea solitaria, no solamente porque sus elevados estándares morales como madre constituyen (presuntamente) la antítesis de los estándares morales de demás padres de familia (culpables de la confusión moral de sus hijos), sino también porque se siente abandonada por las instituciones (el Estado, la Escuela) que, en su opinión, no cumplen con la tarea de fomentar valores “correctos”. Resulta sin duda interesante que el individualismo trágico llega a manifestarse aquí a través de un discurso claramente conservador que elogia el familiarismo y el regreso a valores tradicionales como una respuesta al supuesto deterioro moral actual – paradójicamente, aunque aboga por la recuperación de valores que contradicen claramente a la individualización (patriotismo, valores familiares, entre otros), Lidiana lo hace desde la posición de un sujeto individualizado, obligado a asumir la solitaria responsabilidad de educar a los hijos, entre otros, porque las instituciones de las que ella espera apoyo, parecen lavarse las manos.

También Salvador, quien comparte con Lidiana una posición económicamente privilegiada y una fuerte adscripción al catolicismo, se asigna, como padre, la tarea de preservar certezas, de transmitir a los hijos los valores morales, de enseñarles “qué es lo bueno, qué es lo malo”, de vencer la incertidumbre. Como católico está convencido de la existencia de una ética incuestionable (“lo que es verdadero, todo el mundo lo entiende, lo que es bueno,

todo el mundo lo capta”), asociada con una sabiduría eterna (divina), las cuales le permiten distinguir claramente entre el bien y el mal, las virtudes y los pecados, la claridad y la confusión, la esencia y la superficialidad. La profunda convicción de Salvador de ser portador de certezas morales lo convierte (desde su perspectiva) en un padre ejemplar, capaz de educar correctamente a sus hijos. De esta educación depende no solamente el futuro de ellos, sino el futuro de la sociedad. De ahí, la importancia que Salvador asigna a la familia como reducto de certezas morales: el padre-educador se convierte en una figura clave, en cuyos hombros recae toda la responsabilidad de crear un futuro mejor.

En cierto sentido, la familia juega en el contexto de búsqueda de certezas morales un papel paralelo a los refugios que los sujetos “construyen” para evitar los riesgos que amenazan su seguridad corporal (cf.:5.3.). No sorprende, entonces, que a veces la incertidumbre moral y la inseguridad parecen fundirse y confundirse. Especialmente interesante resulta en este contexto un pasaje narrado por Citlali, quien, como ya sabemos, habita en un barrio marcado por pandillerismo y drogadicción³⁶. En este pasaje Citlali abandona el refugio de su casa y se aventura en el “infierno” de su colonia, guiando por él a su hija adolescente, cual Virgilio a Dante:

Entrevistadora: Pero así... que anden solos en el barrio no le da confianza...

Citlali: No. Y menos con mi niña de quince años. Con ella es un poquito de... más situación, porque a lo mejor también tanto tenerla agarradita... Quiso soltarse. Entonces yo le dije: “Mira, mi hija...” Yo me fui con ella un día a la calle y le dije: “Mira, mi hija, si tu quieres andar libremente, de acuerdo, yo te doy tu libertad, pero no estás en la edad de saber qué es bueno y qué es malo, entonces, dependes de mí. Ve a esta niña, está embarazada, cómo se droga, ¿a ti te gustaría en un momento dado estar como está ella?” “No, pues, no.” Entonces me costó un poquito de trabajo, pero hablando con ella, haciéndole ver las cosas, parece que lo entendió. (Citlali)

³⁶ Es un ambiente del que Citlali se deslinda constantemente a lo largo de la narrativa, lo que, entre otros, podría relacionarse con su nivel relativamente alto de educación: Citlali tiene el grado de licenciada, lo que, a sus ojos, parece colocarle en una posición superior (moralmente, entre otros) en relación con sus vecinos.

Este fragmento de la narrativa es un buen ejemplo de la fusión entre la inseguridad y la incertidumbre moral, ambas ubicadas en el espacio exterior (la colonia), opuestas a la seguridad y certeza asociadas con la casa/la familia. Significativa resulta también la figura de la joven drogadicta y embarazada que aparece en el pasaje, porque personifica simultáneamente el riesgo vinculado tanto con la integridad física como la moral.

Una fusión similar aparece en la narrativa de Salvador con respecto a con una de las figuras de “enemigos de la familia” (de los que volveremos a hablar más adelante), específicamente la de “los que provocan uniones entre personas del mismo sexo”, como los denomina el sujeto:

Entrevistadora: ¿Por qué crees que se quieren casar?

Salvador: Porque quieren sentirse arropados como toda la gente, como saben que están fuera de la normalidad, o de lo que entendemos que es normal... el ser humano trata de sentirse arropado. Que la mayoría haga como él hace. Los delincuentes quieren que todos sean delincuentes. El que mata quiere que todos maten. El que roba quiere que todos roben. Porque así en la bola ni se sabe. En cambio si damos valores, damos educación, unimos a la familia, sabemos dónde están los hijos, sabemos... qué hacen, a qué horas, cómo, cuándo, dónde... Y se les dice: “No te estoy vigilando. Eres mi hijo y estoy sabiendo dónde estás”. Por cualquier cosa que se ofrezca. (Salvador)

Los homosexuales que se casan no solo siembran confusión de carácter moral, sino que la siembran en el corazón mismo de lo que, para Salvador, es el último recinto sagrado de la rectitud moral. Los que trasgreden los límites de este recinto, borrando los límites claros entre el bien y el mal (“porque así en la bola ni se sabe”), merecen ser comparados con asesinos y ladrones que personifican la trasgresión de otro carácter: la que amenaza la seguridad física. La incertidumbre y la inseguridad se funden así en la figura del homosexual-enemigo de la familia. Significativo resulta también el comentario de Salvador sobre sus hijos, en el que se mezcla la búsqueda por preservar las certezas (“damos valores, unimos a la familia”) con la búsqueda de seguridad a través de la vigilancia (“sabemos dónde están los hijos, sabemos... qué hacen, a qué horas, cómo, cuándo donde...”).

Así, algunos de los sujetos entrevistados se narran como padres en cuyos hombros recae no solamente la tarea de proteger a sus hijos en un ambiente inhóspito que amenaza su integridad física, sino que se atribuyen también la solitaria misión de transmitirles certezas morales en un mundo marcado por antivaleores.³⁷ La familia del sujeto parece constituir un minúsculo y solitario recinto de virtud amenazado por la tempestad de inmoralidad. Los sujetos subrayan reiteradamente la excepcionalidad de su familia, comparándola con otras, ya “infectadas” por los males de la sociedad decadente.

De ahí que algunos de ellos – Salvador y Lidiana en particular – además de educar a sus hijos “en contra de la corriente”, se adscriben otra misión: la de “iluminar” a otros padres de familia, confundidos e inconscientes, para así contrarrestar (y, quizá, incluso revertir) la amenaza del deterioro moral. Así, Lidia procura influenciar a otros padres de familia durante las clases de catecismo que imparte:

Yo que enseñé el catecismo, yo les digo a las mamás: “Aquí no es que se vengan y se memoricen oraciones, eso es bien fácil. [...] Si de aquí el niño no sale siendo un mejor niño, un mejor alumno, un mejor vecino, entonces, háganle de cuenta que esa es la tarea que tienen que hacer”. Esa es mi manera de ver las cosas y vieras qué difícil es transmitir este mensaje. (Lidia)

³⁷ En este contexto, parece pertinente mencionar la novela de Cormac McCarthy titulada *La carretera* (*The Road* en original) y la película basada en ella (*El último camino*, dir. John Hillcoat, 2009) que retrata la travesía de un padre y su hijo por un mundo posapocalíptico convertido en un páramo invernal tras un cataclismo misterioso. Durante su viaje luchan por sobrevivir (buscando alimentos y refugio), huyendo de caníbales que ahora pueblan la tierra. No obstante, no se trata de una simple supervivencia a toda costa: el padre lucha por inculcar valores morales a su hijo, recordándole incansablemente que su tarea consiste en “llevar la luz” a través de este mundo desolado. Tanto el libro como el filme se prestan, sin duda, para diversas interpretaciones – lo que interesa aquí es la idea de que la pareja padre-hijo se convierte en el último reducto de valores humanos en un mundo social desintegrado y, por lo tanto, en la única esperanza de la renovación moral.

Salvador, por su parte, envía a otros padres de familia correos electrónicos sobre superación personal y educación de los hijos con la esperanza de renovar moralmente a la sociedad:

Yo [el futuro] lo veo optimista, siempre y cuando inculquemos valores. Yo, la mayoría de los correos que mando los mando con esta intención. Porque mi idea es, por ejemplo, involucrar a siete familias, y esas siete familias que cada una involucre... no siete, a tres, para que esas tres involucren a otras tres. Y esas tres a otras tres. Y se vaya haciendo un panorama... mundial. (Salvador)

Para Salvador el deterioro de la seguridad y el deterioro moral son dos caras de la misma moneda (“pienso que es el egoísmo y la envidia lo que genera el... el narcotráfico y el robo y todo esto”), y es en la familia donde surgen tanto los vicios como las virtudes de la sociedad: familias disfuncionales generan delincuentes confundidos moralmente (“[el narcotráfico] es disfunción de la familia”), familias “sanas” generan ciudadanos virtuosos, agentes de la futura renovación. Es aquí donde la idea de la familia como reducto de seguridad y certeza encuentra una expresión especialmente llamativa.

4.3.2. Enemigos de la familia

La familia concebida como reducto de valores se constituye, como hemos visto, en oposición al mundo marcado por confusión moral. En esta visión excluyente y polarizada, la figura del padre/madre ejemplar se opone a figuras negativas representadas por los que atentan contra las certezas “sagradas” de la familia: entre ellos destacan los abortistas, los homosexuales y, de manera especialmente enfatizada, los padres-traidores - una amenaza que nace en el corazón mismo de la familia.

Así, según Salvador (quien, como ya sabemos, subraya reiteradamente su fuerte apego al catolicismo y, por lo tanto, a un código moral “incuestionable”), “los que provocan el aborto” y “los que provocan uniones entre personas del mismo

sexo” se encuentran entre los enemigos especialmente peligrosos de la familia³⁸. El sujeto los asocia con destrucción, anomalía, esterilidad y muerte: antítesis de los valores asignados por él a la familia. De allí que le resulta especialmente perturbador el hecho de que los homosexuales podrían casarse y borrar así el claro límite que divide los valores (asociados con la familia) y los antivalores (representados por sus enemigos):

Porque si la familia se reproduce, seguirá existiendo la familia. Pero si va a haber familias... entre comillas, porque esas se deberían llamar no-familias, podrían llamarse uniones, al fin, otro nombre, buscarles otro nombre, no matrimonio. (Salvador)

Este comentario resulta significativo: lo anómalo recibe el nombre reservado para la norma y así la penetra subrepticamente borrando límites y dejando abierta la posibilidad de contagio.

Especialmente interesantes, porque narradas desde la perspectiva opuesta, parecen en este contexto las experiencias de Álvaro, quien se declara homosexual y desde hace un tiempo comparte un departamento con su pareja:

Se me quedó muy grabado porque nos recibieron de una forma que yo no... a esas alturas de la vida yo no me la esperaba. Una señora me preguntó que si yo me iba a cambiar para allá y le digo que sí. Y me dijo: “¿Viene con su esposa?”, y le dije: “No”, y me dijo: “A, se va a venir a vivir solo”, y le dije: “No, tampoco, me vengo a vivir con mi pareja”, y me dijo: “Ay, ¿tienen niños?”, y le dije: “No, mi pareja es un hombre”. Y la señora se persignó. Entonces... se me hizo muy chisto..., se me hizo como ofensivo. Yo no le estaba diciendo nada. Y de repente cuando salimos del departamento, a veces..., casi nunca vemos a las señoras, pero si vamos saliendo y hay señoras con niños, avientan los niños casi para atrás, para que no nos vean, que no nos toquen. Y se me hace muy chistoso eso... sí, porque si dijeras tú, llegamos agarrados de la mano, llegamos besándonos, jamás, o sea, nosotros evitamos todas las caricias en el público. (Álvaro)

³⁸ Vale la pena añadir que Salvador menciona a dos figuras que, según la encuesta *¿Cómo nos vemos los tapatíos? (Encuesta de percepción ciudadana de calidad de vida en el área metropolitana de Guadalajara 2011)*, coinciden con los grupos sociales que evocan la mayor intolerancia entre los habitantes de Guadalajara: mujeres que han abortado (45% de intolerancia) y homosexuales (46% de intolerancia).

Narradas desde la perspectiva del estigmatizado, en el que se convierte Álvaro a los ojos de sus vecinos, las prácticas de “prevención del contagio” por parte de los que se mantienen dentro de la “norma”, son especialmente notorias.

Entre los “enemigos de la familia” hay una figura que es mencionada en las narrativas con frecuencia y énfasis extraordinarios: los padres de familia que no cumplen debidamente con su papel, vistos como una amenaza que nace en el corazón mismo de la familia. Llama la atención que la figura de padres-traidores aparece en lo narrado desde diversas posiciones sociales, aunque sus menciones resultan ser especialmente explícitas y contundentes en las entrevistas con sujetos con un fuerte apego a discursos religiosos (el catolicismo, como es el caso de Salvador, y la doctrina de la Luz del Mundo³⁹ con la que se identifica Elías):

Y son a veces los padres los que tenemos las culpas porque dejamos a los hijos que: “Ah, ¿cómo ves tú, mi hijo?” Y luego dice uno algo a los hijos: “Hijo, esto está mal”. “Usted vivió en su tiempo, ahora es otro tiempo”. No, no, no. Los tiempos son los mismos. Uno son los que los cambia. Porque si yo no era matón, a no, voy a ser matón. Estoy cambiándolo. Y eso no está bien. Eso es lo que pasa en un... de uno de padres, a veces... Les da uno libertad a los hijos y se hacen lo que ellos quieren. Y ya uno: “Ah, bueno, ah, que sigas”, en lugar de llamarle la atención. Les da libertad. Y todo eso es consecuencia [causa] de todos los criminales, de los malvivientes, todo eso es por uno de padres. (Elías)

Entonces, si un niño ve que sus padres están divorciados, separados, peleados y no hay unión, ¿para qué llega a la casa? Mejor se va con unos amigos de la esquina. Y como no hacen nada y no tienen estudios, dicen: “Oye, ¿cómo obtenemos dinero? Pues a aquel, vamos a sacarle lo que podamos”. Y se van con aquel... Entonces la base es los valores, la unión de la familia, todo lo que se tenga que hacer para unir, no para desunir, ¿verdad? (Salvador)

Esta figura del padre de familia débil, miedoso y sin autoridad, irresponsable e inconsciente, preocupado por valores falsos, que destruye la familia por egoísmo y conflicto, es narrado por algunos como el culpable de la confusión moral de los

³⁹ La iglesia de Luz del Mundo es una congregación pentecostal de origen local (fundada en Guadalajara en 1926) y con sede en la colonia Hermosa Provincia, donde habitan Elías y Ana (cf:7).

jóvenes, la cual los empuja a convertirse en delincuentes. Así, el padre de familia que traiciona su papel resulta ser el principal responsable no solo del supuesto deterioro moral de las nuevas generaciones, sino también de la inseguridad creciente.

Esta tendencia encuentra una clara expresión en un correo-cadena que circula recientemente en internet, titulado *Nadie se acuesta siendo un buen niño y despierta siendo un asesino*, en el cual a la pregunta qué debe pasar para que un hombre “normal” (sic) se transforme en un sicario (caracterizado como “gente joven de 15 a 25 años”), la respuesta es clara y categórica: delincuentes jóvenes, ladrones, asesinos, violadores, narcotraficantes vienen, casi en su totalidad, de hogares disfuncionales – su depravación es culpa de “padres permisivos y comodinos” que no asumen su responsabilidad. Estos padres buscan aprobación y aceptación de sus hijos en vez de ser su guía moral, olvidan que “la autoridad nace en el hogar” y “reside en los padres”, han eliminado “el policía interno que le llamaban consciencia”.

Dentro de la crítica que, al parecer, atañe a todos los padres de familia por igual (los autores recurren incluso a un “nosotros” incluyente), las madres son criticadas de manera especialmente severa: “mujeres que trabajan y dejan abandonados a sus hijos, inermes a las bajas pasiones de sus vecinos o de sus mismos familiares, niños que crecen acumulando odio y desprecio por la sociedad, [...] mujeres abandonadas que se prostituyen para mantener a sus crías, hijos que crecen con la vergüenza y el abandono de sus madres”.

Esta tendencia a destacar la culpa de las madres es también claramente reconocible en algunas de las narrativas:

Entonces, las señoras trabajan, se sienten autodependientes, empiezan los pleitos familiares, dicen: “¿por qué? si yo también apporto”, empiezan las discusiones. Los niños ven eso. A un niño no se le educa con la palabra, se le educa con el ejemplo. (Salvador)

Yo salgo, meto mi camioneta en mi casa y veo los que se van a pelear... niños, como de ocho a diez años. Le dije a mi hermana: “Y sus mamás, ¿dónde están?” (Ciltlali)

[Las madres del fraccionamiento] tienen alguien quien les ayude en casa, no tienen necesidad de trabajar, y yo veo que estos niños están más desatendidos y más descuidados que los niños que sus mamás trabajan y no hay una persona en casa que los cuide. [...] Y te voy a decir en qué dedican su tiempo: el gimnasio. Van mucho al gimnasio, puedo decirte que se dedican mínimo unas tres horas al día en eso, si no es que toda la mañana, y salen de allí para ir a recoger a sus hijos, si bien les va, si no es que están en rondas y lo hacen un día de la semana. Ellas no hacen comida, ellas no hacen mandado... que estén puntuales para las juntas de sus hijos en la escuela... para nada. ¿En que ocupan el tiempo? (Lidiana)

Madres pobres y ricas, las que trabajan y las que no trabajan, todas se merecen, al parecer, un reproche por igual: traicionan su rol de cuidadoras, olvidan que el sacrificio y la abnegación forman parte esencial del *ethos* de la maternidad.

En relación con la figura de la madre como “traidora” de la familia resulta interesante mencionar el esfuerzo de algunas mujeres entrevistadas por presentarse como madres ejemplares. Así, Lidiana, después de expresar su opinión devastadora sobre sus vecinas (madres irresponsables, vanidosas y perezosas) se presenta a sí misma en una luz positiva:

Yo veo esa diferencia, como, por ejemplo, mis hijos, los grandes, yo buscaba en las tardes actividades, saliendo de clases, para llevarlos, yo los llevaba, por ejemplo, a su fútbol, computación e inglés, porque las escuelas no eran bilingües, y la niña, por ejemplo, su balet, su clase de jazz, su clase de pintura, o sea, su clase de computación, pero, o sea, lo complementábamos así, y yo trabajaba... (Lidiana)

Citlali, por su parte, pone énfasis en la diferencia entre ella y las madres (y padres) de los “niños de las esquinas”:

Y por ejemplo hay veces que se salen fuera de mi casa, o un ratito en la cochera, pero sí, yo estoy allí. Y esa es, a lo mejor, la pequeña diferencia con los niños que están en las esquinas. Porque sus mamás, o sus papás... nunca... (Citlali)

Lorena, quien está a punto de casarse, preguntada por su futuro, traza una imagen idílica de familia armoniosa, proyectándose como una esposa y madre dedicada y fiel:

Yo me veo casada, y me veo muy entregada a mi marido, a mi casa y a mis hijos. [...] Y vamos a estar juntos, porque mi familia ya es al lado de él. No quiere decir que... a mis papás y esto, bueno, cuando se pueda, pero ahora mi familia es él. Y si hay hijos, pues sobre todo, mis hijos. Yo siento que además de... por amor, es por apoyo, también... entonces... eso que me refería de... de la entrega. De la entrega en todos los aspectos, y el apoyo en todos los aspectos, en las buenas y en las malas (Lorena)

Con esta imagen idealizada contrasta radicalmente la descripción que Angélica hace de la familia de su pareja:

Pues, su gente no ha sido de respeto, de... ahora sí que de llevársela bien..., ahora sí que la señora no tiene a sus hijos reunidos. Allá, desde muy chico el más grande ha caído a la penal por andar vendiendo y trayendo chingadera y media del otro lado. Y se salvó porque era menor de edad. [...] Las hijas del primer matrimonio, pues, ahora sí que cada quién está por su lado. [...] Al otro se lo mataron a la señora... por andar en lo mismo. Al otro..., pues se salvó ya. Dejó a la mujer con la que estaba y se juntó con otra, y ella, ahora sí que le enseñó llevar una vida más derecha... más a trabajar... Y el mío, pues apenas, no crea que esté así, porque también está medio animal. [...] Y mis cuñadas, pues, tienen hijos de uno y de otro y de otro. La otra, la más chida, ya tiene veinte años, tiene tres niñas. Y no trabajan, no estudian las niñas, no hacen nada. [...] Es la vida que mi suegra les enseñó. Y la otra más chica, de doce años, cuando quiere, llega a dormir y cuando no, no. Ahora sí que esta familia no va ni pa'tras y pa'delante. (Angélica)

Resulta significativo que Angélica, quien a lo largo de su narrativa emite pocos juicios de carácter moral, lo hace con ahínco cuando habla de la familia de su pareja. Aquí aparece de nuevo la figura de la madre que traiciona su rol (su suegra); pero, a la vez, aparecen también figuras femeninas capaces de “enderezar” la moralidad de los miembros (varones) de esta familia invadida por un “caos” ético: una de las esposas de sus cuñados enseña a su pareja a “llevar una vida más derecha”, Angélica hace constantes esfuerzos por “civilizar” a su pareja. Aquí, nuevamente, es reconocible la visión de la familia que, por un lado, se revela como culpable de la presunta confusión moral actual, y por otro, puede convertirse en refugio de certezas morales rodeado de mundo marcado por antivaleores. A la vez, resulta innegable la centralidad asignada en este contexto a la figura de esposa y madre: de ella depende en última instancia el éxito o fracaso moral de la familia.

4.4. En resumen

Como lo pudimos observar a lo largo de este capítulo, las expectativas depositadas en la familia como fuente de seguridad y certeza resultan muy altas: es narrada como un poderoso “amortiguador” de indefensión presente y futura para sus miembros, así como una red de vigilancia que previene riesgos que amenazan la integridad física; se espera de ella incluso que sea un recinto de valores éticos capaces de revertir el supuesto deterioro moral de la sociedad.

Las actitudes que emanan de las narrativas en torno a la institución de la familia, distan considerablemente de las expresadas en torno a las instituciones analizadas en el capítulo anterior: el Estado y el trabajo. Mientras que el mundo del trabajo es presentado a menudo como regido por leyes “naturales” y por ello difícilmente alterables y el Estado como una institución cínica de la que resulta difícil esperar apoyo, la familia es narrada por muchos como un poderoso “proveedor” de seguridades y certezas, que a veces parece asemejarse a una (supuesta) panacea universal contra la inseguridad y la incertidumbre. No obstante, en la práctica, la familia comparte a menudo el destino de las demás instituciones y se desdibuja frecuentemente como “depósito” de seguridad y certeza, como consecuencia de las transformaciones profundas que está experimentando actualmente. Sin embargo, llama la atención en este contexto que, mientras que cuando se habla de las demás instituciones hay una cierta resignación sobre su debilitamiento, las expectativas en torno a la familia se mantienen altas, lo que exacerba la tensión entre la familia esperada y la vivida.

A pesar de todo, no cabe duda que para los sujetos la familia resulta ser la más cercana y la más “suya” de las instituciones. Aunque no dudan en expresar sus críticas, desilusiones y frustraciones en torno a ella, queda claro que todos, sin excepción, se identifican con ella en mayor o menor grado.

Por eso, tomando en cuenta la gran responsabilidad depositada en la familia como fuente de seguridad y certeza en el contexto del debilitamiento de instituciones y la profunda identificación de los sujetos con la familia (además de

la tendencia, mencionada al principio del apartado, hacia el fortalecimiento de relaciones primarias en detrimento de lazos más amplios), se podría, quizá, arriesgar la hipótesis de que la familia tiende a jugar en ocasiones el papel de un “individuo dilatado” en el que se deposita el peso de la crisis, responsabilizándolo por la gestión de las tensiones y contradicciones estructurales.

Esta visión de la familia como una supuesta panacea contra diversas inseguridades e incertidumbres actuales, así como la tendencia a depositar en ella el peso de la crisis (en sus diversas facetas), resultan bastante generalizadas en lo narrado por los sujetos de esta investigación; lo que no significa que esta actitud no carezca de matices y diferencias relacionadas con los condicionamientos sociales de los sujetos.

Así, los sujetos que viven en situaciones de precariedad económica (y especialmente los que conjugan la precariedad económica con otras “vulnerabilidades”, tales como la vejez, la enfermedad, la condición de ser madre de hijos pequeños, entre otros), destacan sobre todo el rol de la familia como una red de apoyo mutuo enfocado en la supervivencia inmediata: de los familiares se espera solidaridad y disposición de compartir los recursos disponibles (una expectativa no libre de tensiones y frustraciones). Mucho menos destacada resulta en estas narrativas la expectativa de encontrar en la familia un apoyo emocional o afectivo, tampoco se enfatiza el rol de la familia como red de vigilancia, pero es reconocible en algunas de ellas la visión “moralista” de la familia: es culpada de la confusión moral y, a la vez, responsabilizada de ser fuente de formación ética de sus miembros (una tarea asignada especialmente a esposas y madres).

Entre más lejana se vuelve la amenaza de precariedad y vulnerabilidad para los sujetos, más se pueden permitir prescindir de la familia como un garante de la supervivencia. En algunos casos, surgen en este contexto posturas de corte individualista que desafían la exigencia de solidaridad familiar, subrayando la responsabilidad del individuo en la búsqueda de sustento (un buen ejemplo constituye la narrativa de Álvaro, quien cuestiona su obligación de apoyar económicamente a su familia de origen). No faltan, finalmente sujetos que,

gracias a su situación económica, pueden obviar el rol de la familia como “amortiguador” de indefensión de carácter económico, aunque varios de ellos declaran buscar en la familia un apoyo emocional en situaciones de crisis.

En cuanto a la familia interpretada como red de vigilancia destinada a mitigar la inseguridad creciente, ésta aparece sobre todo en narrativas de padres preocupados por la integridad física de sus hijos (aunque no faltan otras parejas vigilante-vigilado), y parece vincularse más con la condición de ser padres que con cualquier otro condicionamiento de los sujetos.

Queda, finalmente, la visión de la familia como fuente de valores éticos capaces de revertir el supuesto deterioro moral de la sociedad y con él la violencia y la inseguridad imperantes: una expectativa presentada mayormente como incumplida, lo que convierte a la familia en la gran culpable de la presunta crisis moral actual. Esta visión aparece con mayor énfasis y claridad en las narrativas de sujetos con un fuerte apego a una religiosidad de corte tradicional, entendida como la fuente de un código moral “incuestionable” (esta postura conservadora se vincula a su vez en varios casos con una posición socioeconómica elevada). Sus narrativas se revelan como actualizaciones de un discurso (promovido, entre otros, por la Iglesia y el Estado), marcado por una nostalgia por la familia tradicional presentada como un supuesto recinto de rectitud ética. Pero, aunque predomine en las narrativas mencionadas, este discurso demuestra también una sorprendente permeabilidad y sus huellas son reconocibles en lo narrado por varios de los sujetos.

Las lógicas de este discurso ilustran de manera especialmente llamativa la hipótesis propuesta en torno a la familia en cuanto un “individuo dilatado”, que asume el peso de la crisis y es responsabilizado por la gestión de las tensiones y contradicciones estructurales. Es posible reconocer una cierta analogía entre la responsabilidad/culpa depositada reiteradamente en la familia y la responsabilidad/culpa que se deposita en el individuo cuando las instituciones fracasan como fuentes de seguridad y certeza. En este sentido es posible argumentar (aunque esto parezca contradictorio, ya la familia es entendida aquí

como una institución social) que la *individualización trágica* se revela también en la figura de la familia responsable/culpable.

Capítulo 5

Lo siniestro nuestro de cada día: la ciudad y los cuerpos

En los últimos años Guadalajara ha ido perdiendo paulatinamente el aura de una ciudad tranquila y segura, de la que solía gozar antaño. La violencia desbordada que ha inundado el país – vinculada, entre otros, con la llamada “guerra contra el narcotráfico” iniciada por el gobierno federal en diciembre de 2006 – no ha dejado indemne a la metrópoli tapatía: desde el inicio del conflicto, periodos de relativa “latencia” de la violencia (ejecuciones y otras atrocidades reducidas al incansable conteo diario de los medios locales) se han entrelazado con acontecimientos fulminantes.

Así, el 17 de enero de 2011, los habitantes despertaron para enterarse de que, durante la noche del sábado y las primeras horas del domingo, la ciudad había vivido una jornada violenta que dejó como saldo cuatro ataques con granadas, un bloqueo de carretera con vehículos incendiados, al menos dos personas muertas y otras cuatro heridas. “Narcobloqueos llegan a zona metropolitana” (Público)⁴⁰, “Se desata la violencia; llegan narcobloqueos” (Mural)⁴¹. La Jornada Jalisco, al informar de “balaceras y primer narcobloqueo” añade que hace meses se han registrado ejecuciones y otros actos violentos en Guadalajara, “estos crímenes que a partir del año empezaron a contarse cotidianamente y de dos a tres o más por día.”⁴² Según el diario, los municipios de Tonalá y Tlaquepaque se han convertido en zonas de depósito de ejecutados: “la sangre corre con un velo de impunidad”⁴³.

⁴⁰ “Narcobloqueos llegan a la zona metropolitana”; *Público* (17.01.2011), consultado en: <http://kiosko.net/mx/2011-01-17>,

⁴¹ “Se desata la violencia, llegan los narcobloqueos”; *Mural* (17.01.2011), consultado en: <http://kiosko.net/mx/2011-01-17>

⁴² “Las ejecuciones en la entidad desmienten el discurso del gobernador Emilio González”, *La Jornada Jalisco* (17.09.2011), consultado en: <http://www.lajornadajalisco.com.mx/2011/01/17>

⁴³ *Ibid.*

En la noche del 16 al 17 de enero la efervescencia que hace tiempo se ha mantenido “bajo la superficie” estalla en varios puntos de la ciudad a la vez y ya no es posible mantenerla oculta: “señores, dejen de vivir en Disneylandia”, comenta un bloguero en reacción a la noticia, que, significativamente, recibió cobertura primordialmente a nivel estatal. Dos semanas después, la segunda ráfaga de violencia recibirá una cobertura inmediata de los noticieros nacionales.

Mientras tanto, en los días siguientes, varios diarios siguen recordando a los habitantes que su ciudad ya no es la misma: “Advierte GDL: viene lo peor” (Mural), “El procurador y policías prevén más ataques” (Público), “No patrullará el ejército las calles” (El Occidental)⁴⁴. Pasan los días y la agitación parece calmarse, pero el 28 de enero aparecen en diferentes partes de la zona metropolitana cuatro “narcomantas” que exigen de las autoridades estatales el cese de la persecución contra uno de los carteles que operan en la ciudad, de lo contrario “Jalisco arderá.”⁴⁵

Cuatro días después, en la noche de 1 de febrero, estalla nuevamente la violencia. Esta vez los noticieros nacionales no tardan en anunciarla en vivo como noticia de la última hora: TV Azteca reporta “un panorama complejo” que desató el miedo en diferentes zonas⁴⁶, Grupo Reforma habla de un hecho inédito en la capital tapatía⁴⁷. “En Guadalajara se soltaron los demonios” informa el canal Milenio: son seis narcobloqueos simultáneos, algo que no se había registrado en esta ciudad – tiroteos, granadazos, vehículos incendiados.⁴⁸ El reporte de la “noche de caos en Guadalajara” aparece junto con noticias similares de Monterrey – el noticiero parece poner el signo de ecuación entre la metrópoli nortea,

⁴⁴ “Advierte GDL: viene lo peor”, *Mural* (18.01.2011); “El procurador y policías prevén más ataques”, *Público* (18.01.2011); “No patrullará el ejército las calles”, *El Occidental* (18.01.2011), consultado en: <http://kiosko.net/mx/2011-01-18>

⁴⁵ “Amenaza cartel del Milenio: Jalisco “arderá”, *Proceso* (28.01.2011), consultado en: www.proceso.com.mx/?p=261761

⁴⁶ Consultado en: http://youtube.com/watch?v_bYL902NiXJ4

⁴⁷ Consultado en: http://youtube.com/watch?v_RewRYdsDzQ

⁴⁸ Consultado en: http://youtube.com/watch?v_XkvTe1mmrcw

azotada desde hace tiempo por la violencia y la capital tapatía, que hace poco todavía guardaba las apariencias de un enclave de seguridad.

En la mañana siguiente, las portadas de varios diarios comparten la misma imagen de los acontecimientos de la noche anterior: un microbús ardiendo al lado del nuevo puente atirantado. Este puente, abierto unos días antes, el orgullo del actual gobernador, se convierte así en el símbolo de una ciudad herida, dividida y polarizada, que detrás de las imágenes deslumbrantes y ostentos esconde su miseria, sus conflictos, su vulnerabilidad.

El microbús, el medio de transporte diario de muchos tapatíos, se carga de significados: el día siguiente, al tomar la ruta 380, oigo la voz agitada de un joven que relata los hechos de la noche anterior a un amigo: “Yo, cuando oí que quemaron un micro, pensé que lo quemaron con todo y la gente. Pero luego dijeron que no, que primero los bajaron... Porque si los hubieran quemado... Yo dije, que gente hace tal cosa...” Viajar en un microbús ya no significa lo mismo - la monotonía de las actividades cotidianas muestra su rostro siniestro.

El 2 de febrero, La Jornada Jalisco informa que “tras los hechos violentos en la ciudad, se desató una ola de falsos reportes que mantuvo a todas las corporaciones en alerta roja y a gran parte de la población en estado de psicosis.”⁴⁹ Añade también que la ciudadanía respondió a través de las redes sociales convocando inmediatamente una marcha contra la violencia. Esta marcha, bajo la consigna “no tenemos miedo, no más sangre en Guadalajara” tuvo lugar al día siguiente (destacaron en su organización los estudiantes del ITESO). “Bloqueos generan unidad por la paz” comenta El Informador⁵⁰ el día siguiente. Incluso el gobernador declara compartir el valor de los ciudadanos: “El crimen no nos acobarda: Emilio”, escribe El Occidental.⁵¹

⁴⁹ “Jornada violenta en la zona metropolitana con balaceras, granadazos y narcobloqueos”, *La Jornada Jalisco* (2.02.2011), consultado en: <http://www.jornadajalisco.com.mx/2011/02/02>

⁵⁰ “Bloqueos generan unidad por la paz”, *El Informador* (3.02.2011); consultado en: <http://kiosko.net/mx/2011-02-03>

⁵¹ “El crimen no nos acobarda: Emilio”, *El Occidental* (3.02.2011); consultado en: <http://kiosko.net/mx/2011-02-03>

“No hay que tener miedo, tener miedo es caer en el juego de esta gente” comenta un conocido. Y, sin embargo, no es fácil olvidar el temor: la ciudad que hasta hace poco guardaba apariencias de segura ahora parece vulnerable y expuesta, y con ella sus habitantes: “uno piensa que no le va a tocar, oye que le toca a todo el mundo, pero nunca piensa que le va a tocar a uno” - dice una de las víctimas de los acontecimientos recientes en el reportaje de Grupo Reforma – “No se vale ya vivir en Guadalajara; es salir con miedo a todos lados”. En los primeros días después de la “noche del caos” es difícil trazar los nuevos “círculos de seguridad”, inventar los nuevos parámetros de lo seguro/inseguro, porque los anteriores perdieron vigencia. Pero pronto aparecen los primeros intentos desesperados: “cuando vas a un antro, siéntate siempre muy dentro, porque cuando arrojan las granadas, las arrojan desde la puerta y quedan heridos los que están cerca”, aconseja un estudiante.

Se desata la búsqueda de culpables. Se culpa a los gobernantes, pero también a los ciudadanos, porque callan y no cooperan con las autoridades. No pueden faltar las mujeres como responsables, “porque ustedes tienen mucho que ver con esta situación. Ya que como ustedes quieren que los hombres los traten como reinas, ellos se meten al narco, para así tener fama y dinero” (comentario en You Tube). Los culpables parecen multiplicarse y con ellos la sensación de desamparo.

El 5 de febrero los medios informan que los Estados Unidos han lanzado alerta por inseguridad en Guadalajara: una noticia que agrava la angustia de algunos tapatíos, porque, como se comenta, “ellos, que tienen el servicio de inteligencia tan bueno, saben bien porque lanzan esta alerta – la cosa se va a poner peor”.

En total, como informó El Informador el 29 de enero (ominosamente, dos días antes de la segunda oleada de violencia), seis de cada diez Jaliscienses perciben la ciudad como insegura: “en Jalisco esta sensación domina a vecinos e incluso a estudiantes del nivel básico, sin importar la colonia donde viven.”⁵² La

⁵² “Seis de cada 10 perciben la inseguridad”, *El Informador* (29.01.2011), consultado en: <http://www.informador.com.mx/mexico/2011/267228/6/seis-de-cada-10-perciben-inseguridad.htm>

*ciudad, paulatinamente, muestra un rostro distinto del que aparecía todavía hace poco en el discurso oficial, no solo en referencia a la seguridad pública: se informa que Jalisco ocupó en 2010 los primeros lugares nacionales en incidencia delictiva, en suicidios, en desempleo, en salarios bajos y en deserción escolar a nivel de secundaria...*⁵³

Como lo argumenté en la parte teórica (cf.:1.3.4.), la relación del sujeto con su corporalidad y el espacio en el que ésta se ve inmersa, se vincula estrechamente con su condición histórica en el sentido más amplio (Sennet 1997). Es por ello que los significados y prácticas desarrollados por los sujetos en torno a su cuerpo y el espacio que habitan se convierten en valiosas observables para abordar las subjetividades.

La ciudad de Guadalajara - el espacio urbano concreto, en el que se ve inmersa la corporalidad de los sujetos de esta investigación - se convirtió recientemente en escenario de violencia e inseguridad crecientes. La vida en la metrópoli se ha teñido paulatinamente de la sensación de peligro, riesgo, amenaza. Lo cotidiano y lo conocido ha ido mostrando su rostro siniestro.

Sería difícil no asociar este proceso del deterioro de la seguridad en la urbe con los planteamientos de Anthony Giddens (1998) en torno al concepto de *seguridad ontológica*, interpretada por él como el sentimiento de relativa invulnerabilidad o capa protectora que permite dejar en suspenso posibles sucesos capaces de amenazar la integridad del sujeto. Sin embargo, argumenta el autor, esta barrera protectora “puede ser atravesada, temporal o permanentemente, por acontecimientos que demuestran la realidad de las contingencias desfavorables que implica cualquier riesgo” (ibid.:57). Una vez debilitada la seguridad ontológica, el orden de la vida cotidiana, en apariencia estable, se torna frágil y lo conocido se tiñe de incertidumbre (cf.:1.3.4)

Es aquí donde resulta igualmente pertinente mencionar el concepto de *lo siniestro*, abordado por Sigmund Freud (1979), quien parte de su concepción

⁵³ “Jalisco, en los primeros lugares de incidencia delictiva, suicidios, desempleo y bajos salarios”; *La Jornada Jalisco* (8.02.2011), consultado en: <http://lajornadajalisco.com.mx/2011/02/08>

general como “aquella suerte de espanto que afecta las cosas conocidas y familiares” (ibid.:12), o (citando a Schelling) “lo que debía haber quedado oculto, pero se ha manifestado” (ibid.:17), para definirlo, finalmente, en términos psicoanalíticos, como lo que “no sería nada nuevo, sino más bien algo que siempre fue familiar a la vida psíquica y que solo se tornó extraño mediante el proceso de su represión” (ibid.:28), añadiendo que se da frecuente y fácilmente “cuando lo que habíamos tenido por fantástico aparece ante nosotros como real” (ibid.:30).

Los planteamientos de ambos autores permiten mirar el deterioro de la seguridad como un proceso profundamente turbador que trastoca los aspectos más elementales de la relación que el sujeto desarrolla con el mundo que lo rodea. Cuando lo cotidiano revela su rostro siniestro y la capa protectora de seguridad ontológica se resquebraja, dejando al desnudo el caos que asecha detrás de la trivialidad de lo conocido, la vulnerabilidad, que forma parte irreductible de la condición humana, abandona su latencia y se manifiesta de manera innegable y clamorosa.

Esta vulnerabilidad que se presenta en el contexto del desdibujamiento de las coordenadas de lo seguro, pone en cuestión la pretensión moderna del ‘yo’ autosuficiente y protegido (Cavarero 2009, Butler 2006). Se exacerba así la tensión entre la invulnerabilidad postulada y la vulnerabilidad *de facto*, que atraviesa la relación del sujeto con su propia corporalidad, con el espacio que lo rodea y, finalmente, con las figuras del Otro que encarnan las amenazas escondidas dentro de lo urbano que pierde el aura de seguro. Es desde esta tensión entre la invulnerabilidad deseada y la vulnerabilidad vivida que propongo acercarme analíticamente a los significados y las prácticas de los sujetos entrevistados.

Empezaré con un apartado sobre el paulatino desmoronamiento de la sensación de seguridad en la ciudad, el desdibujamiento de límites acostumbrados entre lo seguro e inseguro y la creciente dificultad para reconstruirlos de manera duradera – aspectos de la ciudad “sentida” por los sujetos que se vinculan estrechamente con la sensación del aumento de vulnerabilidad frente a la

expansión de lo siniestro. Luego dedicaré un apartado a las figuras del Otro que aparecen en las narrativas y encarnan en ellas los riesgos presentes en la ciudad (parto aquí del supuesto que la vulnerabilidad sentida en el contexto de lo urbano marcado por riesgo es, en última instancia, la vulnerabilidad del sujeto-cuerpo frente al Otro como una posible amenaza). Después abordaré significados y prácticas que los sujetos desarrollan en torno a su corporalidad inmersa en lo urbano, para hablar, finalmente, sobre las diferenciaciones que surgen en las narrativas en torno al espacio mismo (las zonas de riesgo y las de seguridad, según los sujetos), concluyendo con un apartado sobre la búsqueda y defensa de “refugios” dentro de la ciudad que muestra su rostro siniestro y amenazante con cada vez mayor frecuencia.

5.1. Cartografías contingentes: la expansión de lo siniestro

Las referencias a la ciudad como espacio amenazado y amenazante abundan en las narrativas analizadas. De muchas de ellas emana la sensación de riesgo ubicuo, cercano e impredecible, frente al que los límites acostumbrados entre lo seguro y lo inseguro se vuelven borrosos, se desmoronan y a veces se invierten.

Esta sensación de la omnipresencia del peligro, que dificulta las distinciones entre lo seguro y lo inseguro y con ellas la posibilidad de orientarse en el espacio urbano de manera confiable, es expresada contundentemente por Marisol (una de los “gestores de riesgo”), entrevistada como periodista:

Marisol trabaja como periodista para uno de los periódicos más importantes de la metrópoli. Preguntada por el ambiente que percibe actualmente en la ciudad, responde: “Creo que ha cambiado. La gente tiene miedo. Y un momento en donde se reflejó perfectamente fue ahora, en el grito de independencia. Cincuenta por ciento menos gente en el centro de Guadalajara, eso es un indicador muy claro de lo que está pasando... de la percepción que se tiene de la ciudad, que algo está mal” – una sensación que se profundiza, según ella, por la incertidumbre que surge a partir de la propagación de información falsa o incompleta por parte de las

autoridades, además de su cinismo: “se siente a veces hasta como burla, que la autoridad está allí, que son los encargados de protegernos, pues no les interesa. Esa percepción es la que se siente en la gente”.

Opina que la situación ha empeorado, entre otros, a raíz de falta de empleos, la precariedad de empleos existentes y, sobre todo, de la estrategia gubernamental para combatir el narcotráfico que, en vez de reducir la inseguridad y la violencia, provoca su aumento. Los habitantes de la ciudad se sienten cada vez más desprotegidos frente a la ubicuidad del peligro: “yo creo que todas las colonias, en todos los puntos de la zona metropolitana de Guadalajara ha pasado algo. Desde un robo de una cartera, una bolsa, una cadenita, hasta una balacera, un ejecutado... Todas, todas las colonias, desde las más pobres hasta las más ricas. Yo en lo personal no identifico así como que zonas seguras. A lo mejor cada quien ubica su casa, ¿no?, o sea, ‘mi casa es aquí mi mundo, aquí me siento protegido’. Pero, volvemos a lo mismo. ¿Y el vecino de al lado? No sabemos. Yo así, zonas seguras... no... no, no. Yo creo que no hay en este momento zonas seguras.”

Y no solamente se trata de la imposibilidad de trazar límites de lo seguro en el espacio – el tiempo está marcado por una contingencia similar: “Afuera de un McDonald’s a las diez, once de la mañana, hay un ejecutado. Ya no hay así como una hora como tal. Igual en la noche también es cuando se dan más. Pero también, o sea, ya no es exclusivo en la noche. Simplemente, los asaltos a los bancos, donde también corre riesgo la gente. Y son, pues, de nueve a cuatro de la tarde. Entonces, ya no hay así como que una hora o un momento en donde se presente más el riesgo. Ya ahorita en donde sea”.

Preguntada sobre si podría hablarse de diferencias entre los habitantes de la ciudad en cuanto a su exposición frente a riesgos presentes en el espacio urbano, Marisol responde: “No creo, porque los pobres y los ricos van a los bancos, los pobres y los ricos van ya sea a un restaurante o van a una taquería. ¿Cuántos taqueros no han matado... en los últimos meses? Entonces yo creo que no hay un sector que esté más vulnerable, yo creo que no. Los... pues todas las extorsiones que ha habido, por teléfono, porque ya vieron que saliste del cajero

automático y te llevan a dar un paseo y te van a... quitarte dinero [...]. Yo creo que ya nadie se escapa. Todos somos vulnerables.”

La creciente dificultad de “cartografiar” la ciudad, de deslindar en ella lo seguro de lo inseguro (enunciada tan categóricamente por Marisol, quien declara la urbe un espacio de riesgo omnipresente), es claramente reconocible en la mayoría de las narrativas. Se expresa, en primer lugar, en la diferenciación, realizada por algunos de los entrevistados, entre el pasado (asociado con seguridad, libertad, confianza), y el presente (marcado por inseguridad, falta de libertad y desconfianza), y, en segundo lugar, en la caracterización que hacen de este presente marcado por la presencia de riesgo: la sensación no solamente del aumento de la inseguridad, sino de la precariedad y transitoriedad de lo que todavía es considerado seguro: tanto en relación con el tiempo como el espacio en la ciudad.

Varios de los sujetos entrevistados admiten notar un cambio respecto a la inseguridad, narrado por lo regular en torno a la oposición antes/ahora. Esta oposición surge frecuentemente en relación con la llamada guerra contra el narcotráfico, la cual significa para algunos de los sujetos un punto de ruptura entre la tranquilidad anterior y la violencia actual:

Esto de la inseguridad tiene poco... [...] Yo siento que tiene unos cuatro, cinco años, o sea... que realmente sentimos así pánico, hasta por andar por las avenidas. (Lorena)

Así como estamos ahorita, y creo que llevamos unos dos, tres años. Dos, tres años en donde sí se ha sentido más. A raíz de lo de Nacho Coronel.⁵⁴ (Marisol)

⁵⁴ Marisol hace referencia a la muerte del narcotraficante Ignacio “Nacho” Coronel, uno de los líderes del cártel de Sinaloa, quien fue abatido el 29 de julio de 2010, en el fraccionamiento Colinas de San Javier, en el municipio de Zapopan (“Muere abatido “Nacho” Coronel”; *el Universal* (29.07.2010), consultado en: <http://www.eluniversal.com.mx/notas/698597.html>). La muerte de Coronel tuvo como consecuencia el aumento del número de las organizaciones criminales dentro del estado y de la conflictividad entre ellas, lo que a su vez desembocó en el aumento de violencia en la zona metropolitana de Guadalajara. (“Crecen grupos delictivos tras la muerte de *Nacho*

La ciudad de “antes” aparece como un espacio de libre movimiento y confianza, en contraste con la de “ahora”: moverse en ella supone respetar límites impuestos por el riesgo: controlar el cuerpo y las emociones, no traspasar demarcaciones de lugares peligrosos (antros y bares encabezan la lista actual), abandonar zonas seguras sólo si es necesario, entre otros. Esta percepción de la ciudad es compartida por la mayoría de los sujetos:

Para mí, pues, es un cambio drástico, porque, bueno, de chico salíamos a donde queramos, nos invitaban amigos, íbamos a sus casas, todo eso. Pero a la hora que entró este... pues esta onda de inseguridad, pues, fue muy drásticamente y con muchas familias empezaron a cerrar y ahorita, pues, por ejemplo, o sea, es muy difícil... (Gustavo)

Hasta en tu mismo carro, yo creo que antes pasabas y era muy fácil de que tu discutías con el conductor de al lado porque se te metió, y se la rayabas así, con el claxon o le hacías cosas así..., y ahorita ya no... No le dices nada, ¿por qué?, porque no sabes si no trae una pistola y te va a disparar, porque ya eso lo hacen mucho, entonces ya, yo creo que te privas mucho hasta de eso... (Lorena)

Aunque la visión de ruptura entre el antes y el ahora resulta bastante generalizada entre los sujetos entrevistados, no todos la comparten por igual. Salvador, quien habita un fraccionamiento cerrado en el noroeste de la ciudad, narra el cambio en la percepción de inseguridad como resultado de una cierta “ilusión” generada por los medios. La realidad se mantiene inalterada (y así, quizá, aparentemente más controlable):

Yo creo que hay de todo. Como en todos los tiempos. Lo que pasa que ahora somos más y las noticias corren más rápido. Pero que siempre ha habido gente buena, gente mala. Siempre. No más que ahorita en la televisión llegan en quince segundos las noticias. (Salvador)

Esta opinión no deja de ser una excepción: los demás sujetos hablan de la ciudad como un tiempo-espacio de inseguridad creciente y generalizada: “ya

Coronel y *El Chayo* Moreno”, La Jornada (17.07.2011), consultado en: www.jornada.unam.mx/2011/07/17/politica/012n1pol)

dondequiera”, “ya en todos lados”, “ninguna zona es más segura” son frases que no faltan en casi ninguna de las narrativas:

En cuestión de inseguridad, yo creo que ahorita ya ni sabes dónde. En donde te metas, y si hay algo, te va a tocar (Lorena).

Ya no estás seguro en ningún lugar. En unas porque te pueden robar y otras porque te pueden matar. (Álvaro)

Como búsqueda de consuelo suenan en este contexto las referencias a Monterrey como una ciudad mucho más peligrosa.⁵⁵ Esta referencia aparece, entre otros, en la narrativa del joven Gustavo, cuyos padres, como comenta, descartaron la posibilidad de enviarlo a la metrópoli nortea para que estudiara en una de las universidades más prestigiosas del país, por razones de seguridad. Gustavo no solamente evoca a Monterrey para hacer una comparación en la que Guadalajara podría aparecer como una ciudad menos violenta e insegura (y así conservar todavía una parte del “antes” perdido) – Monterrey se convierte aquí, al mismo tiempo, en un augurio de lo que podría ser el futuro próximo de Guadalajara:

En base a la inseguridad, yo creo que sí, va a empeorar mucho. Dentro de aquí, de Guadalajara. Ya de fuera, pues, están mucho peor, la verdad. O sea, Monterrey, a mitad del día están colgando gente en los cancelos de los puentes y los queman. O sea, a mí se me hace algo... Mínimo aquí en Guadalajara... Pues yo creo que la razón es los Panamericanos. (Gustavo)

Lo que temporalmente protege a la ciudad de inundarse en violencia es la presencia de la policía federal y el ejército vinculada con el breve evento de los

⁵⁵ En los últimos años, la ciudad de Monterrey - la tercera metrópoli más grande de México, considerada además la más moderna y competitiva -, se ha convertido en sinónimo de inseguridad. La tasa de homicidios en la capital regiomontana pasó de 5.3 asesinatos por cada 100 mil habitantes en el 2009 a 37.5 en el 2011 (“IMCO: Monterrey, la ciudad más competitiva y la más violenta del país”, *Proceso* (14.08.2012), consultado en: <http://www.proceso.com.mx/?p=317062>).

Juegos Panamericanos (próximo en el momento de la entrevista).⁵⁶ La tranquilidad aparece frágil y casi engañosa, la catástrofe cercana e inminente.

La sensación de una tranquilidad precaria emana también de la narrativa de Angélica (quien, aunque comparte con Gustavo la condición de ser joven, habla desde una posición social contrastante en muchos aspectos). Ella narra la ciudad, y su colonia en particular, como un sitio de una calma fugaz y pasajera. El futuro parece asomar su rostro amenazante cada vez que la joven madre usa la palabra “todavía”:

Ahora sí que por aquí apenas se están juntando los vaguillos, pero generalmente no. Es *todavía* una colonia tranquila. [...] *Todavía*, como hay en Jalisco... más pandillerismo, más narcomenudista, todo eso, *todavía* no. Aquí *todavía*... *todavía*, como dicen los de aquí, *todavía* no agarran plaza. [...] *Todavía* los que van entrando, van entrando con familia chica, son personas con niños chicos, *todavía* no están muy grandes... Aquí, hasta ahorita, que se sepa que ya mataron a fulanito por estar vendiendo esto..., o llevaron a fulanito por andar haciendo esto... [...], *todavía* no se ve nada de esto. (Angélica)

⁵⁶ Los XVI Juegos Panamericanos se festejaron en Guadalajara en octubre de 2011. Ya varias semanas antes del evento, la ciudad vivió un descomunal despliegue de fuerzas de seguridad y tecnologías securitarias, sobre el que hubo una amplia cobertura mediática. Así, por ejemplo, *El Universal* informó, diez días antes del inicio de los juegos que “se reforzó la presencia de la Policía Federal con un despliegue de elementos equipados con tecnología de punta con el objetivo de garantizar la seguridad de las delegaciones de 42 países del continente que se darán cita en esta justa. Por lo que más de 11 mil elementos conformados por los tres niveles de gobierno serán coordinados por la Policía Federal para sumar esfuerzos y brindar las condiciones de seguridad necesarias. Entre las distintas dependencias que participarán se encuentran la Secretaría de la Defensa Nacional, la Secretaría de Marina, el Instituto Nacional de Migración, y la Procuraduría General de la República. [...] Además se instaló el Centro Principal de Mando, ubicado en la expo Guadalajara que cuenta con conectividad permanente a Interpol, Ameripol y el sistema de Plataforma México. En este lugar serán monitoreadas en tiempo real más de 650 cámaras de circuito cerrado de televisión distribuidas en estadios, en sedes alternas y en la zona metropolitana.” (“Supervisan seguridad para Juegos Panamericanos”, *El Universal* (4.08.2011), consultado en: <http://www.eluniversal.com.mx/notas/798311.html>)

La tranquilidad de la colonia narrada por Angélica podría desvanecerse en cualquier momento: la calma durará hasta que los niños crezcan para convertirse en delincuentes, hasta la primera riña, hasta que aparezca el primer muerto. Los peligros de la ciudad que Angélica dejó atrás mudándose a la periferia, invadirán su zona segura tarde o temprano.

Esta sensación de una seguridad frágil y volátil, “hasta el próximo aviso”, emana de varias narrativas (Álvaro, por ejemplo, cuenta en cualquier momento con un posible asalto en su peluquería, Citali se muestra sorprendida que todavía no ha sufrido un robo en su casa). Sin duda se vincula estrechamente con el paulatino desmoronamiento de la sensación de seguridad, el desdibujamiento de límites acostumbrados entre lo seguro e inseguro, así como la imposibilidad de reconstruirlos de una manera duradera.

La distinción seguro/inseguro se vuelve difusa tanto en relación con el tiempo, como con el espacio: resulta, por ejemplo, cada vez más difícil mantener la distinción acostumbrada entre el día como tiempo seguro y la noche como tiempo relacionado con mayor riesgo. La noche no deja de ser asociada con peligro, pero el día como un tiempo seguro se torna cuestionable. La angustia provocada por la imposibilidad de delimitar temporalmente el riesgo resuena en algunas de las narrativas:

[...] *a mitad de día* están colgando gente en los cancelos de los puentes y los queman. (Gustavo)

[...] en los mismos minibuses, que es donde me muevo, o sea, *en la mañana* se ha subido gente a robar. (Álvaro)

La percepción del espacio sufre cambios similares. Los sujetos relatan vivencias (suyas o de sus conocidos) que dan cuenta de la inquietante transformación de zonas percibidas como seguras en su contrario: Marisol regresa a casa por el camino acostumbrado (una de las avenidas principales de la ciudad) para encontrarse en la cercanía de una balacera; un amigo de Gustavo muere accidentalmente en un antro por un disparo; Gabriela se da cuenta de una reciente

ejecución al lado de la avenida por la que transita; Lidiana relata la muerte de su vecina y su hija en las cercanías de su casa:

Mira, yo, sinceramente, me volví muy miedosa, a raíz de que, aquí afuera, este..., una vecina, de aquí, del coto, fue con su hija a sacar..., bueno, fue al OXXO, a media tarde, ni siquiera noche era, y al querer ir a comprar algo al OXXO se dieron cuenta que no traían efectivo. Se les hizo fácil ir al cajero que está en el banco pegado al OXXO. Y allí las asaltaron y las mataron. Pero antes de hacerles eso, las violaron, o sea, un sadismo espantoso. (Lidiana)

La narración de Lidiana (quien habita en uno de los fraccionamientos cerrados más lujosos de la ciudad) expresa la transformación abrupta de un tiempo-espacio conocido, cercano y percibido como seguro en uno marcado por riesgo. Este súbito desmoronamiento de lo seguro resulta especialmente amenazante, porque transcurre en varias dimensiones simultáneamente: se trata de personas conocidas (una vecina y su hija) que se encuentran en un lugar cercano y frecuentado, en un horario considerado seguro, realizando las más cotidianas de actividades, que aún así se convierten en víctimas de un acto de violencia extrema, no sólo por ser identificadas como “ricas” (asalto y asesinato), sino también por ser mujeres (violación). Así, Lidiana no sólo comprueba su doble vulnerabilidad (como “rica” y como mujer), sino también la fragilidad de sus intentos de trazar límites entre lo seguro y lo inseguro. Los viejos mapas se tornan obsoletos, trazar mapas nuevos resulta una tarea difícil.

La percepción del cambio en el ambiente de la ciudad (expresada frecuentemente a través de la oposición antes/ahora), así como la sensación de una seguridad precaria, transitoria, “hasta el próximo aviso”, son compartidas por la mayoría de los sujetos independientemente de sus posiciones. El desdibujamiento de límites acostumbrados entre lo seguro e inseguro, y la creciente dificultad para reconstruirlos de manera duradera, desembocan en la sensación del aumento de vulnerabilidad frente a la expansión de lo siniestro.

No obstante, las respuestas frente al deterioro de lo seguro no se limitan a declaraciones de vulnerabilidad irremediable, como lo podrían sugerir los

hallazgos presentados en este apartado. Las actitudes de los sujetos – como lo veremos a continuación - demuestran diversos matices, desde las visiones de la ciudad como una zona de riesgo indiferenciado y omnipresente, hasta los meticulosos intentos de deslindar lo seguro de la amenaza, aunque sea temporalmente - en otras palabras, desde la declaración de una vulnerabilidad total, hasta los esfuerzos por salvar la invulnerabilidad postulada (aunque a veces solo parcialmente o de manera imperfecta) - posturas que aparecen en ocasiones dentro de lo narrado por el mismo sujeto. De ahí también la complejidad y, a veces, el carácter contradictorio de los esfuerzos por parte de los sujetos por posicionarse dentro de la ciudad percibida como amenazada y amenazante – en relación con su propia corporalidad, el espacio urbano en el que esta se ve inmersa, y las figuras del Otro que encarnan las amenazas que este espacio esconde.

5.2. Narcos y otros demonios: encarnaciones de riesgo

*Una BRUJA DE VERDAD es sin duda la más peligrosa
de todas las criaturas que viven en la tierra.
Lo que la hace doblemente peligrosa
es el hecho de que no parece peligrosa. [...]
Todas parecen señoras simpáticas.
(Roald Dahl: “Las Brujas” – cuento infantil)*

*Y todo el mundo es sospechoso
hasta que... este... pues, hasta que pasa o no hizo nada
(de la entrevista con el militar)*

Como lo pudimos observar en el apartado anterior, los sujetos relatan en sus narrativas la sensación de la paulatina pérdida de la ciudad en cuanto un espacio de seguridad, confianza y libertad. La ciudad actual es narrada, por lo contrario, como un espacio cada vez más amenazado y amenazante. Reguillo (2003; cf.:1.3.4.) propone hablar en este contexto de la percepción de la disminución del “espacio tópico” (propio y conocido) y el simultáneo ensanchamiento del “espacio

heterotópico” que, en palabras de la autora, “alude al territorio de los ‘otros’ y que representa esa geografía atemorizante en la que se asume que ‘suceden cosas” (ibid.:4). Así, lo que caracteriza y define el espacio heterotópico es la presencia del Otro que potencialmente encarna el peligro.

Según las narrativas, la experiencia de habitar y transitar por la ciudad significa el desafío de encuentros con este Otro latentemente amenazante, cuyos rostros parecen incontables: desconocidos, vecinos sospechosos, pobres resentidos, automovilistas agresivos o borrachos, policías violentos y corruptos, pandilleros, “cholos”, “vagos”, “miraguanos”; asaltantes, secuestradores, extorsionadores, violadores y narcotraficantes forman parte de una larga lista de posibles riesgos personificados, capaces de convertir lo conocido y cotidiano en lo siniestro.

Es posible argumentar que esta multiplicación y diversificación de las figuras del Otro amenazante se vincula estrechamente (y de manera recíproca) con la mencionada sensación del ensanchamiento del espacio heterotópico en detrimento del tópic, así como el desdibujamiento de los límites entre ambos – un proceso, a través del cual el Otro se está volviendo no solamente más próximo, sino también más difuso - se vuelve ambiguo, deja de ser “delimitable” y ya no puede ser expulsado fácilmente fuera de las esferas de lo propio y lo conocido.

Es aquí donde cobran pertinencia las metáforas de la lepra y la peste (Foucault 1976), mencionadas en la parte teórica (cf.1.3.4.). El leproso, marcado y claramente distinguible, puede ser expulsado fuera de las esferas de lo seguro – las lógicas de la lepra son claras, el contagio se evita a través de la división. La peste, por el contrario, se transmite de maneras misteriosas, por medio de mezcla y desorden - el apestado representa el Otro difuso, poco distinguible, disfrazado de uno Mismo o capaz de convertirse en uno Mismo en cualquier momento. Mientras que el leproso representa una amenaza controlable y por ello también una esperanza del restablecimiento de la invulnerabilidad, el apestado personifica un peligro que detona una vulnerabilidad irremediable.

Uno de los correos-cadenas que recientemente circulan por internet advierte: “Si encuentran a un niño que llora en la calle, con una dirección en la

mano, y le dice que lo acompañe a esa dirección (aunque sea cerca), llamen o llévenlo a la policía y NO a la dirección indicada... Este es el nuevo método que están usando para el secuestro y robo”. El mensaje es claro y contundente: cualquiera, incluso un niño en apariencia indefenso e inocente, puede encarnar la amenaza; el Otro amenazante ha dejado de ser identificable y aislable, ya no es posible “circunscribirlo” y “expulsarlo” a manera de un leproso. El contagio parece cada vez menos evitable – el mal, como la peste, se transmite incontrolablemente y cualquiera podría ser, potencialmente, su portador o su víctima.

Es aquí, nuevamente, donde cobra importancia la tensión entre la vulnerabilidad vivida y la invulnerabilidad postulada, que se expresa esta vez, por una parte, en la proliferación de representaciones del Otro ambiguo, camaleónico, difícilmente “controlable”, y por otra parte, en los esfuerzos por circunscribirlo – como veremos a continuación.

En las narrativas de los protagonistas de esta investigación no faltan alusiones al Otro que encarna el riesgo. Pero no todas las figuras del Otro son mencionadas con la misma frecuencia e intensidad – de ahí que decidí abordar en este apartado las figuras cuya presencia en las narrativas es especialmente notoria: los asaltantes, los secuestradores y los extorsionadores, así como los *narcos*, que constituyen una figura especialmente inquietante, dinámica y multifacética.⁵⁷

⁵⁷ Estas figuras no aparecen en las narrativas de manera aleatoria, por supuesto. Se asocian con delitos que impactan fuertemente en la percepción de la inseguridad. Por ejemplo, según la organización CIDAC (Centro de Investigación para el Desarrollo) (http://fundacionmepi.org/ARCHIVOS-MEPI/DOCUMENTOS/indice_delictivo_CIDAC.pdf), los delitos de mayor impacto, en cuanto a la percepción de inseguridad, son: secuestro, homicidios relacionados al crimen organizado, lesión dolosa con arma blanca, extorsión, robo a peatón (con y sin violencia), robo de automóvil – todos ellos relacionados con las figuras del Otro amenazante que serán analizadas a continuación.

5.2.1. Asaltantes, extorsionadores, secuestradores: los depredadores

Entre las figuras del Otro amenazante mencionadas en las narrativas predominan las que encarnan el riesgo para la integridad física del sujeto-cuerpo. Especialmente inquietante resulta en este contexto el Otro asociado con una potencial agresión premeditada: un depredador acechando a sus presas. Entre estos “depredadores” urbanos, los asaltantes son mencionados con gran frecuencia, pero no faltan también menciones de extorsionadores y secuestradores – la presencia de estas figuras dentro de lo narrado por los sujetos no es, por supuesto, fortuita: refleja, entre otros, el reciente aumento de la incidencia delictiva y, con él, el acrecentamiento de la percepción de la inseguridad.

En los últimos años los delitos aumentaron significativamente en la metrópoli y el estado: según las estadísticas presentadas por el gobierno del estado de Jalisco⁵⁸, entre el 2008 y el 2012, las denuncias por robos a personas aumentaron de 2,078 a 3,301, por robos a negocio de 1,850 a 3,346 y por robos a casa-habitación de 2,570 a 6,376. Las denuncias por extorsión telefónica subieron de 165 en 2009 a 295 en 2012. Aumentaron también los secuestros: de 12 en 2008 a 64 en 2012, sin mencionar los homicidios dolosos, cuyo número se triplicó entre 2007 y 2011: de 389 a 1,222. Ante estos datos, no sorprende la preocupación en torno a los potenciales agresores que emana de las narrativas.

Entre los “depredadores”, el asaltante es narrado como el más “cotidiano” – aparece asociado con un sinfín de espacios: las calles, el transporte público, los bancos, los negocios, las casas. En todas partes y a todas horas el asaltante parece asechar esperando su oportunidad para atacar. No obstante, a pesar de su

⁵⁸Jalisco, Gobierno de Estado: *¿Cómo vamos en Jalisco? Monitoreo de Indicadores del Desarrollo para el Bienestar de Jalisco*, consultado en: <http://seplan.app.jalisco.gob.mx/tablin/indicador/consultarDatos/1419?nivelId=&max=10&conceptoId=&programaId=&palabra=&subprogramaId=&dependenciaId=&offset=10&temaId=5&ejId=&agregado=1&url=buscar>

potencial omnipresencia, su figura no se materializa en cualquier cuerpo. Los sujetos coinciden mayormente en presentarlo como un hombre (varón) joven, como lo hacen, por ejemplo, Álvaro y Salvador, quienes confiesan haber sufrido asaltos:

El año pasado sí me quisieron asaltar [...], reaccioné a mostrarme tranquilo y como hacerles ver a *los chavos* que no estaba solo [...]. (Álvaro)

Muchos adolescentes no saben que es malo robar. Piensan que es algo divertido. (Salvador)

Otra característica adscrita algunas veces a la figura de asaltante es su condición de desconocido, proveniente de un espacio “exterior”:

La gente que roba no es de aquí, de Santa Tere. Vienen de otras partes (Álvaro)

Los delincuentes se trasladan a las zonas donde más fácil vean... (Salvador).

Vale la pena mencionar en este contexto el trabajo etnográfico realizado durante dos conferencias impartidas por integrantes de Protección Civil de Jalisco en marco de la iniciativa “Vecinos en alerta” en la colonia popular La Primavera. Aquí, reiteradamente, se contraponen la figura de un grupo vecinal (conocidos, confianza) a la de un potencial agresor (desconocido, desconfianza). En palabras de los conferencistas:

Conozco mis vecinos, conozco los carros de los vecinos. [...] Entonces ya podemos así nosotros detectar cuando hay algo por allí... “Sabes que, vecina, llevo prisa, pero fijate que este vehículo no es de aquí. Te encargo, ¿sí?” [...] La otra persona que veo pasar... no puedo leer... sus intenciones que tenga esa persona, pero esa persona no es de aquí y ya se me hizo medio sospechoso⁵⁹. [...] Las personas que entran también, hay que tener cuidado, que sean personas conocidas, bien recomendadas. [...] Están tocando a mi puerta, identificar quién es la persona que está tocando. Somos vecinos, no hay problema. Pero en algunas de esas veces puede ser alguien desconocido. No sabemos qué intenciones trae. (Conferencias *Vecinos en Alerta*)

⁵⁹ Resulta muy significativo el uso de la forma masculina del adjetivo (sintácticamente incorrecto) – claramente, esta “persona” a la que se refiere el conferencista es de sexo masculino.

Interesantes resultan las reacciones de vecinos presentes en la junta a estos intentos de cohesionarlos en torno a la figura de un desconocido amenazante. Algunos de ellos comentan que “los que se brincan para robar” son, por lo regular, muchachos de la misma colonia (cf.:7.1.). También algunas de las narrativas recogidas, especialmente las de sujetos que habitan colonias populares, ponen en duda el imaginario del asaltante como desconocido: los asaltantes “son de los mismos, de allí, de esos barrios”, asevera Citlali.

La figura del asaltante se asocia, además, con la posesión de armas (cuchillo, pistola) y uso de fuerza:

Meterse al OXXO y robarse unos cigarros. O meterse en una tiendita y amagar a la viejita que vende en la tienda con un cuchillo. Luego se consiguen la pistola y ya van a una empresa, una fábrica. (Salvador)

De repente te pueden empujar y ya te quitaron el celular, ya te quitaron tu bolsa (Lorena)

Sin embargo, no solamente el uso de armas y el comportamiento violento convierten a los asaltantes en figuras amenazantes. Se les adscriben, además, otras características que les permiten estar en ventaja sobre sus potenciales presas: los depredadores observan sin cesar, ven sin ser vistos, son perspicaces, astutos, no bajan la guardia. Aprovechan la debilidad de la presa, la atacan en el momento de su mayor vulnerabilidad:

Ellos están observando. Al que está más propicio es al que asaltan. (Salvador).

Aquí, nuevamente, las conferencias en las juntas de “Vecinos en alerta” resultan especialmente ilustrativas:

Cuántas veces nos bajamos del transporte público, casi nunca nos fijamos quién se bajó detrás de nosotros. O si alguien nos viene siguiendo. Cuántas personas no hay que van por la calle y van de manera distraída caminando muchas pensando en problemas que traemos, que se nos juntan, a veces hasta con la mirada abajo... Entonces, el delincuente, la persona que tiene malas intenciones, si nos mira desprotegidos, si mira que no vamos en alerta, va a aprovechar esa

situación. Nos va a ver como posibles víctimas. El delincuente lo que busca es el factor sorpresa. Si nos ve distraídos, nos ve una presa fácil, nos puede sorprender. (Conferencias *Vecinos en Alerta*)

La vulnerabilidad de la presa se contrapone aquí a la astucia y perspicacia del depredador, el cual no sólo aprovecha la debilidad de su potencial víctima, sino parece disponer de habilidad de inducirla y profundizarla:

[...] Aquí ustedes no tienen coyotes, ¿verdad? ¿A alguien les ha robado gallinas un coyote frente a ustedes? Yo soy del rancho... y veces en las narices de uno llega y se las roba. Y no puede uno ni gritar. Se le pone la piel chinita y no puede gritar. Entonces, así nos pasa con el delincuente. Nos paraliza. No podemos ni siquiera gritar. ¿Por qué? Porque nos va a sorprender. Si voy distraído, me ve presa fácil, me arrebató el bolso, me sorprendí tanto que ni siquiera he podido gritar, ya cuando grito, ya el delincuente va por allá. Me sorprendió y me quedé paralizado, así, literalmente paralizado. (Conferencias *Vecinos en Alerta*)

Sería difícil encontrar una mejor encarnación del temor de quedar “paralizado”, totalmente vulnerable y expuesto/a frente a una agresión, que la figura del “narcotizador” que de vez en cuando hace una fugaz presencia en los noticieros⁶⁰. Se trata de personajes que ofrecen a sus víctimas comida o bebidas que contienen ciertas drogas que provocan sueño o desmayo – finalmente, la víctima indefensa es despojada de sus pertenencias. La inquietante figura del narcotizador aparece también en algunos de los correos-cadenas que circulan en internet. En uno de ellos se advierte sobre el llamado “golpe de perfume”:

Me habían avisado que en los centros comerciales o estacionamientos hay gente que te abordan para ofrecerte OLER EL PERFUME, que estaban vendiendo pero que en realidad NO es perfume, ES AXTER. Cuando lo hueles te desmayas y aprovechan para robarte todo lo que llevas de valor.

⁶⁰ *El Informador* anuncia el 10 de septiembre de 2011: “Descubren a banda de presuntos narcotizadores que operan en Zapotlanejo” (consultado en: <http://www.informador.com.mx/jalisco/2011/321337/6/descubren-a-banda-de-presuntos-narcotizadores-que-operan-en-zapotlanejo.htm>.) El 27 de febrero de 2012 los narcotizadores reaparecen, esta vez en las pantallas: *Gdl Noticias* informa sobre un nuevo caso de una mujer narcotizada y robada. El día siguiente se notifica que ya se sabe que sustancias usan para narcotizar a sus víctimas.

El depredador no solamente está equipado de la misteriosa pócima capaz de provocar la indefensión total de su víctima, sino que, además, está disfrazado (en este caso de un vendedor), irreconocible como tal. Un personaje de características similares aparece en otro correo-cadena: “un hombre vestido de blanco disfrazado de santero o mimo”, integrante de una banda “muy bien organizada” que droga a mujeres (seres “vulnerables” por excelencia) para robarlas y violarlas: “la persona que se encuentra bajo los efectos de la droga que utilizan es vulnerable a todos los antojos de estos malandros inescrupulosos” – aquí el depredador no solo aparece como asaltante, sino también como violador, lo que, a su vez, aumenta la vulnerabilidad de la presa, la cual queda despojada de todas sus pertenencias (“completamente desnuda, sin nada en su poder, sin documentos”) y al mismo tiempo “arrebata de su dignidad” (sic).

Los correos-cadenas resultan interesantes, porque, como ya mencionamos, pueden ser vistos como “amplificadores” de ciertos imaginarios, los cuales son reconocibles también en las narrativas de los sujetos, aunque de manera mucho menos explícita (o menos caricaturesca). Así, por ejemplo, Álvaro, quien admite vivir con el temor constante de poder ser asaltado en su peluquería, narra sobre un asalto en su anterior lugar de trabajo:

Antes trabajaba en lo que es Pérez Verdía y Cairo..., allí nos asaltaron dos veces. Entraron como clientes, entraron armados y ahora sí que nos asaltaron a los trabajadores y a las clientas. Y teníamos vigilantes. Vigilantes, puerta con seguridad, puerta eléctrica, y aún así nos asaltaron. Los asaltantes, sobre todo, yo siento que obviamente no se van a lo tonto. Están estudiando a ver dónde hay dinero y en ese salón sí entraba mucho dinero. (Álvaro)

Aquí, los asaltantes no sólo vienen armados, sino también “disfrazados” (“entraron como clientes”), lo que imposibilita su identificación. Además parecen poseer el poder de inducir la indefensión de sus víctimas: irrumpen en el espacio seguro a pesar de que lo protegen varios “escudos” (“vigilantes, puerta con seguridad, puerta eléctrica”). Finalmente, disponen de otras propiedades que les permiten estar en ventaja sobre sus potenciales presas: son perspicaces, observadores y metódicos.

Muchas de las características adscritas a los asaltantes son compartidas por las figuras de extorsionador y secuestrador, pero, por lo regular, en su caso son presentadas como especialmente exacerbadas. Así, por ejemplo, su astucia y perspicacia parecen aumentadas por el uso de tecnologías de comunicación: la capacidad de observar a sus potenciales víctimas a través de redes sociales o de irrumpir en las esferas privadas a través del teléfono, entre otros. La crueldad que los caracteriza resulta igualmente “amplificada”: son violentos, despiadados y no dudan en asesinar a sus víctimas:

Conocí el caso... una trabajadora de un municipio... secuestraron a su hermano y le pedían un millón de dólares. Y la familia así como que... pues es que todos trabajamos, pero ni vendiendo la casa ahorita no nos dan el millón de dólares. Y es gente que no tiene esa cantidad de recursos. [...] ¿Y qué termina pasando? Pues como no pudieron pagar, mataron al muchacho. (Marisol)

Constituyen, además, un peligro para todos por igual:

Pues todas las extorciones que ha habido, por teléfono... porque ya vieron que saliste del cajero automático y te llevan a dar un paseo y te van a... quitarte dinero, los “secuestros exprés”, como los llaman. Entonces yo creo que todos, todos están expuestos. Y lo hemos visto: familias pobres o familias de clase media que les secuestran al hijo, al papá, a la hermana y que les piden... [...]. ¿Qué pasa en Nayarit? A los maestros, llegan y: “tienes que dar de tu sueldo tanto porcentaje mensual o quincenal al narco. Porque si no, vamos a ir en contra tuya o de tu familia”, o sea, yo creo que ya nadie se escapa. (Marisol)

También ellos, finalmente, parecen disponer del poder de “desactivar” las “protecciones” del cuerpo vulnerable, como lo ilustra, nuevamente, uno de los correos-cadenas. Esta vez se trata de alertar a padres de familia sobre la existencia de una banda de extorsionadores, quienes atraen a jóvenes en las cercanías de los cines y, realizando una encuesta ficticia, obtienen sus datos personales. Luego les piden apagar el celular con el pretexto de no incomodar a otros en el cine – desactivando así el artefacto de vigilancia/control parental. Cuando el joven está en el cine, los delincuentes llaman a sus padres y los informan sobre el supuesto secuestro proporcionándoles los datos personales que obtuvieron anteriormente de su hijo. “En ese momento, usted ya está en pánico y

listo para hacer lo que el maleante le pida”, concluye el texto, invitando a los lectores a seguir una lista de instrucciones de seguridad: no responder entrevistas en las calles y proporcionar información personal, no colocar tal información en internet y, sobre todo, nunca apagar el celular. “El nivel de inteligencia de los maleantes está aumentando”, advierte, “tenemos que ser más precavidos ante estas nuevas formas de delinquir”.

Las figuras de asaltante, extorsionador y secuestrador resultan ser encarnaciones del Otro especialmente inquietantes: su potencial omnipresencia y capacidad de camuflaje, las supuestas ventajas que tienen sobre sus presas (astucia, perspicacia, acceso a la información), su “creatividad” en cuanto a cada vez más sofisticadas maneras de delinquir, la misteriosa capacidad de inducir y profundizar la indefensión de sus víctimas, la crueldad y violencia que conllevan el riesgo de agresión física y muerte – todos estos aspectos los convierten en una personificación turbadora de riesgos que asechan al sujeto-cuerpo en el contexto del espacio urbano. No obstante, hay una figura que provoca en muchos una inquietud aún mayor, como veremos a continuación.

5.2.2. Los narcos

Para certificar que los capos son los “otros”, seres casi extraterrestres, memorizamos sus exóticos alias e inventamos sus dietas de corazón de jaguar con pólvora o langostinos espolvoreados con tamarindo y cocaína [...].

[Pero] la estrategia defensiva de no mirar o de asumir que los atracos ocurren lejos, en un parque temático de ajuste de cuentas para el que por suerte no tenemos entradas, se ha venido abajo. [...] El crimen ya no puede ser relegado a la región tranquilizadora de lo ajeno.

De manera simultánea, el terror se ha vuelto más difuso y más próximo.

Juan Villoro

La figura del narcotraficante aparece en las narrativas con gran frecuencia - por lo regular en relación con la llamada “guerra contra el narcotráfico”, la cual significa para algunos un punto de ruptura entre el antes (tiempo de equilibrio, tranquilidad, libertad y confianza) y el ahora (marcado por violencia) (cf.:5.1).

En algunas de las narrativas el “antes” aparece como época de tranquilidad, asociada, entre otros, con el supuesto pacto de paz entre narcotraficantes, el cual convertía Guadalajara en territorio neutro y de tregua:

Antes Jalisco era conocido como que aquí vivían, o sea, aquí vivían... era una ciudad tranquila... porque los narcos tenían el pacto... o es lo que se sabía, que “aquí vamos a vivir, puedes vivir tú que eres el contrario, puedo vivir yo, mi familia, acá no nos atacamos, es tierra neutra”. Ahora no, ahora es noticia de todos los días: un ejecutado o una balacera o alguna... alguna situación, entonces es el pan nuestro de cada día. (Marisol)

El “ahora” empieza con la ruptura del frágil equilibrio de la tregua, vinculada a su vez con el (controvertido) combate del narcotráfico por parte del gobierno: como la hidra, que al perder una cabeza regenera dos, la violencia asociada con el narcotráfico parece multiplicarse, se vuelve más visible. Hasta hace poco latente y circunscrita, se vuelve omnipresente, incontrolable, no conoce límites, amenaza a todos por igual:

Y yo creo que el gobierno lo único que hizo fue quitar cabezas, pero *así como quitaban una cabeza, crecían dos*, porque los grupos, pues, se dividían, entonces lo que hicieron fue que de tener dos o tres grupos del crimen organizado ahora hay una infinidad. (Marisol)

Yo siento que a medida que el presidente empezó a atacar al narco o..., de alguna manera para que se acabe, *es como cuando tú estás picando en un hormiguero y es cuando todas las hormiguitas empiezan a... y quieren picar*, y así. Entonces es un claro ejemplo, ¿no? (Lorena)

Ha llegado a tal punto que... dañan a gentes inocentes y se está volviendo un... pues, ¿cómo te diré?, *como cuando... echas como una bomba de humo... que les toca a todos*. Y todos corren y se esconden. Se está volviendo un terror y un miedo terrible para la gente... vivir donde vivas. (Gabriela)

Resulta interesante destacar las metáforas usadas por los sujetos, quienes, aunque hablan desde diferentes posiciones sociales, comparten la sensación de la falta de control y orientación, del peligro omnipresente y difuso, y de la impotencia frente a la violencia desatada.

La dicotomía antes/ahora aparece también frecuentemente en relación con la misma figura de los narcotraficantes (que rara vez son narrados como individuos y por lo regular aparecen de manera genérica como los *narcos*, los Zetas, los cárteles) – lo que, sin duda, da cuenta de un cambio substancial en los imaginarios de los sujetos.

Por ejemplo, algunos de los sujetos mencionan la “invisibilidad” de los narcotraficantes de antes y la sensación de que pertenecían a espacios claramente delimitados (y, por lo regular, lejanos):

Seguramente había narcos y había muchas cosas, pero, como ni nos enterábamos... [...] porque antes decían: ‘bueno, pues, Guadalajara, allí están los narcos’, ¿no? O Sinaloa, ¿no? Y ahora no, ahora es en todos lados. (Gabriela)⁶¹

A lo mejor ya había narcos aquí y no nos hemos dado mucho cuenta porque no ha habido mucho conflicto, estaba tranquilo. Como se empezaron a atacar entre ellos, pues ya los agarran donde sea. Ya hasta en Guadalajara. (Lorena)

Así, el *narco* de antes aparece como relativamente invisible y “circunscrito”, mientras que el de ahora es narrado como omnipresente – ya no es posible mantenerlo alejado. Asimismo, la violencia asociada con el narcotráfico, antes limitada al círculo de lo involucrados, ahora es ubicua.

Al narcotraficante de antes se le adscribe además a menudo una cierta honradez y respeto de pactos y códigos. Especialmente ilustrativa resulta en este sentido una carta que circula en internet, escrita por un supuesto veracruzano quien pide la liberación de su sobrina secuestrada por los narcotraficantes, apelando a los “valores” que los caracterizaban antaño. Así, los “narcotraficantes tradicionalistas” (como los denomina) se enfrentan entre ellos o con los policías, pero siempre de igual a igual, en las mismas condiciones de fuerza; son benefactores del pueblo (mejoran calles, realizan donativos a iglesias y escuelas, apadrinan quinceañeras y novios); están dispuestos a apoyar a los necesitados (el

⁶¹ Es interesante notar que Gabriela habla en este fragmento desde la perspectiva de su lugar de origen (Ciudad de México) – Guadalajara aparece así como un espacio lejano, “fuera” de su propio espacio.

autor de la carta recuerda con gratitud al narcotraficante que lo apoyó económicamente cuando no tenía trabajo). Ahora, sin embargo, “los grupos o cárteles (no todos) han perdido la esencia de su labor, pues han incurrido en secuestros, salvajes ejecuciones sádicas de civiles o gente inocente que no puede defenderse o incluso que nada tiene que ver con las actividades que ellos realizan” – el supuesto *ethos* del narcotráfico de antaño se va perdiendo, los *narcos* se están convirtiendo en la personificación de la barbarie.

Y efectivamente, los narcotraficantes son asociados por los sujetos, en primer lugar, con violencia desbordada. Son narrados como despiadados y sanguinarios, capaces de recurrir a violencia extrema; relacionados con prácticas tales como atentados (bombas, “granadazos”), balaceras, bloqueos de avenidas con vehículos incendiados, extorsiones, secuestros y ejecuciones. Su crueldad trasgrede límites de lo imaginable:

En Guerrero descuartizan a la persona, la desmembrenan [sic] totalmente y la colocan en todo lo que es... un carro o una camioneta. Y la cabeza arriba como trofeo y todos los demás miembros así... Que lo vean niños, que lo vean señoras... ¡que lo vean! Así. Así amanecen. Entonces allá estaba muy... muy cruel. (Pablo)⁶²

Esta violencia, una vez desatada, resulta imparable e ineludible, lo que a su vez se relaciona con otra característica adscrita frecuentemente a los *narcos*: su poder casi ilimitado. Son fuertes y numerosos, infiltrados en toda la sociedad, pero invisibles a primera vista. Representan un poder omnipresente pero difuso, escondido y camuflado:

Entonces, esta gente actual [los narcotraficantes]... hay dentro de todos los ciclos... no ciclos sino dentro de los estados... este... sociales en un determinado lugar, donde puede haber un... un comerciante, puede haber un... un empresario, puede haber un municipal, puede haber un policía, entonces, este, no sabe uno realmente... Puede estar uno platicando con x-persona sin saber que esta persona es... es del hampa, ¿no? (Pablo)

⁶² Entrevistado como uno de los “gestores de riesgo”: el militar (cf.:3.1.3.)

Este narcotraficante “camaleónico”, omnipresente pero difícilmente reconocible gracias a su capacidad de habitar cualquier cuerpo, sólo ocasionalmente muestra su “verdadero” rostro - usualmente cuando uno de los líderes es capturado y exhibido por la policía o el ejército, para aparecer repetidamente en noticieros y periódicos. Aún así, no faltan intentos de “identificar” a los narcotraficantes: hombres ricos de los que “no se sabe en qué trabajan”, que viven en abundancia y tienden al despilfarro. Arrogantes y prepotentes, armados y violentos, como los retrata, por ejemplo, una anécdota narrada por Marisol:

El presidente de la cámara restaurantera [...] nos comentaba el caso de un lugar de rock que llegaron unos muchachos y, pues, estuvieron tomando, al ratito trajeron... este... un mariachi. Y el dueño les decía: “oye, no, pues mariachi no, es un lugar de rock, no se puede”, no sé qué. Se levantan la chamarra... con una pistola... y así, y la ponen en la mesa: “aquí escuchamos lo que nosotros queramos, ¿algún problema?” Y pues, el señor, ¿qué hace?, “no, pues, está bien”... [...] Llega un inspector: “oigan, que se tienen que ir, que ya es tarde, que no sé qué...”, y agarra el celular el tipo, le toma una foto al inspector y le dice: “a ver, ánimo a sacarme, ya te tengo identificado con la foto”. [...] Y los fulanos se fueron hasta que se les dio su gana. (Marisol)

Frente a la sensación de omnipresencia e imprevisibilidad del riesgo encarnado en la figura del *narco*, no sorprenden los mencionados intentos de volverla “identificable”. La misma lógica de mantenerse lejos de “los que atraen la inseguridad” (como los denomina Gustavo) parece subyacer a los intentos de vincular la presencia de los narcotraficantes con ciertos lugares específicos: bares, antros, algunos restaurantes, discotecas, “lugares de banda”, “zonas de alto nivel” (*Puerta de Hierro, Andares*, por ejemplo)⁶³, aunque estas pruebas de “restringir” espacialmente el peligro resultan frecuentemente minadas por las propias

⁶³ Ilustrativos resultan los comentarios de los lectores de *El Informador* en respuesta a un artículo que informa sobre una balacera con el saldo de dos muertos y un herido en un centro comercial. El nombre del centro comercial no es develado por el periódico, lo que inquieta notablemente a los lectores. La discusión bajo el artículo gira en torno a la “identificación del lugar” (“Dos muertos y un herido, saldo tras balacera en centro comercial”, *El Informador* (18.09.2012), consultado en: <http://www.informador.com.mx/jalisco/2012/405467/6/dos-muertos-y-un-herido-saldo-tras-balacera-en-centro-comercial.htm>)

vivencias de los sujetos (un granadazo cerca del lugar de trabajo de Álvaro, una balacera en la avenida transitada por Marisol, entre otros).

A pesar de todo, el riesgo relacionado con la figura del narcotraficante resulta imposible de desterrar. La sensación de la potencial omnipresencia del peligro es compartida por la mayoría de los sujetos y se condensa en el temor de “estar en un lugar incorrecto en un momento incorrecto” y convertirse así en “víctima colateral”:

En ese momento que... hay una persecución allí y que te lleguen a impactar allí por cualquier cosa y, pues, tú sales perjudicado (Gustavo)

El miedo de encontrarse por accidente en un fuego cruzado representa, en cierto sentido, la quintaesencia de la sensación de riesgo ubicuo y difuso relacionado con la figura de los narcotraficantes – un riesgo que ya no puede ser relegado a esferas circunscritas y lejanas, y en cualquier momento podría convertirse en catástrofe. Se relaciona también con la tendencia de presentar el narcotráfico como un mundo paralelo, al que los sujetos se declaran ajenos, pero que se vuelve cada vez más próximo y difícilmente eludible.

En el contexto de los esfuerzos por desterrar el riesgo cada vez más cercano e impredecible, vale la pena mencionar, finalmente, lo que podríamos denominar, quizá, como la lógica de víctima culpable (reconocible en algunas de las narrativas), la cual podría resumirse en la (tan popular) frase “a nadie matan por buena gente”. El que es atacado o muere ejecutado por los *narcos* no es libre de culpa – esta parece ser una opinión compartida por varios sujetos, expresada desde posiciones sociales muy diversas: seguramente “andaba en malos pasos” (Lorena), se lo merecía por haberse dejado seducir por el dinero fácil (“en lo fácil es cuando suceden chingadera y media”: Angélica), por acercarse demasiado a la fuente del mal (“Si empiezas coquetearle con que el dinero, etc., ahí empiezan los riesgos.”: Salvador). Mientras que los torturados, mutilados y ejecutados llevan la marca del demonio, mientras es posible creer que fueron asesinados porque el diablo reclamó su alma vendida, los inocentes pueden dormir tranquilos.

No obstante, también esta lógica resulta frágil frente a una realidad que no se cansa de demostrar lo contrario. Un buen ejemplo constituye la cobertura mediática del atroz hallazgo de 26 cadáveres al interior de tres camionetas abandonadas en las cercanías de Arcos del Milenio (un monumento emblemático de la ciudad), el 24 de noviembre de 2011⁶⁴. El homicidio múltiple fue explicado el mismo día como acto de venganza entre cárteles⁶⁵, por lo que las víctimas inmediatamente fueron vinculadas por muchos con el crimen organizado: “ojalá se sigan matando entre ellos, es lo mejor que nos puede pasar como país, entre más lacras muertas menos gente dañando a nuestra sociedad”, comenta uno de los lectores de *Milenio*.⁶⁶ “Al menos cinco de las 26 víctimas, con antecedentes penales”⁶⁷, informa el día siguiente *El Informador* en un artículo sobre la identificación de los cuerpos.

Sin embargo, pronto surge la inquietante sospecha de que podría haber víctimas inocentes entre los 26 ejecutados: “no todos tienen antecedentes penales y la mayoría fue ‘levantada’ durante esta semana en distintos municipios de la Zona Metropolitana de Guadalajara”⁶⁸. La posibilidad de que algunos podrían no

⁶⁴ “Encuentran al menos 23 cadáveres dentro de camionetas en Guadalajara”, *Milenio* (24.11.2011), consultado en: <http://www.milenio.com/cdb/doc/noticias2011/4259178fb116421ada4be474acc4c5ef>; “Encuentran 26 cuerpos en los Arcos del Milenio”, *Milenio* (24.11.2011), consultado en: <http://jalisco.milenio.com/cdb/doc/noticias2011/4259178fb116421ada4be474acd304f9>; “Hallan 23 cadáveres en camionetas abandonadas”, *El Informador* (24.11.2011), consultado en: <http://www.informador.com.mx/jalisco/2011/339965/6/hallan-23-cadaveres-en-camionetas-abandonadas.htm>

⁶⁵ “Ligan al cártel del Milenio-Z con hallazgo de 26 cuerpos en Guadalajara”, *Proceso* (24.11.2011) <http://www.proceso.com.mx/?p=289106>; “Venganza entre cárteles, hallazgo de cadáveres”, *El Informador* (24.11.2011); consultado en: <http://www.informador.com.mx/jalisco/2011/340027/6/venganza-entre-carteles-hallazgo-de-cadaveres.htm>

⁶⁶ “Encuentran al menos 23 cadáveres dentro de camionetas en Guadalajara”, *Milenio* (24.11.2011), consultado en: <http://www.milenio.com/cdb/doc/noticias2011/4259178fb116421ada4be474acc4c5ef>;

⁶⁷ “Identifican como tapatíos a cuerpos hallados en Arcos del Milenio”, *El Informador* (25.11.2011), consultado en: <http://www.informador.com.mx/primer/2011/340208/6/identifican-como-tapatios-a-cuerpos-hallados-en-arcos-del-milenio.htm>

⁶⁸ “Identificados 19 de los 26 masacrados”, *La Policiaca* (26.11.2011), consultado en: <http://www.lapoliciaca.com/nota-roja/identificados-19-de-los-26-masacrados/>

ser víctimas culpables, convierte a todos en vulnerables: “Que se maten entre ellos... excelente!!! Que maten a personas inocentes, eso es lo que no se vale!!! Cuidado, esto parece que va a empezar, y por lo que veo, los secuestraron al azar, vámonos cuidando!!! [sic]”⁶⁹, escribe uno de los lectores.

Dos semanas después la frágil lógica de víctimas culpables parece ser restablecida: el 8 de diciembre son presentados ante los medios de comunicación tres presuntos responsables de los homicidios quienes declaran que entre víctimas no habían inocentes (“No, ellos vendían droga y eso”, dijo supuestamente uno de ellos)⁷⁰, a lo que uno de los lectores del artículo comenta: “¿Pues no decían sus familiares de los que mataron que ellos eran unas blancas palomitas? A huevo, yo siempre pensé que a nadie no más porque sí lo levantan, a menos que sea una confusión”. La frágil sensación de seguridad parece restaurada una vez más.

Pero no por mucho tiempo. Unos meses después, en mayo de 2012, otro macabro hallazgo consterna a la urbe: 18 cuerpos mutilados son encontrados en dos camionetas abandonadas en una brecha cerca de Ixtlahuacán de los Membríos, en las afueras de la ciudad. Con una escalofriante meticulosidad *El Informador* relata que dentro de uno de los vehículos se encontraron “siete cabezas humanas, cuatro torsos o ‘truncos’ desmembrados, tres brazos y cuatro piernas dentro de cinco bolsas”.⁷¹ Esta vez no cabe duda: varias de las víctimas identificadas, habitantes de la rivera de Chapala, no tenían vínculos con criminales; entre ellas se encuentran al menos tres estudiantes (dos hombres y una joven de 17 años). “Ya estaban los rumores de que andaban levantando hombres, pero uno cree que las cosas pasan no más a la gente mala, pero no es

⁶⁹ “Identifican como tapatíos a cuerpos hallados en Arcos del Milenio”, *El Informador* (25.11.2011), consultado en: <http://www.informador.com.mx/primer/2011/340208/6/identifican-como-tapatios-a-cuerpos-hallados-en-arcos-del-milenio.htm>

⁷⁰ “Presentan a detenidos por abandono de cadáveres”, *El Informador* (8.12.2011), consultado en: <http://www.informador.com.mx/jalisco/2011/343143/6/presentan-a-detenidos-por-abandono-de-cadaveres.htm>

⁷¹ “Semefo entrega 9 de 18 cuerpos hallados en Ixtlahuacán”, *El Informador* (13.05.2012), consultado en: <http://www.informador.com.mx/jalisco/2012/375849/6/semefo-entrega-nueve-de-18-cuerpos-hallados-en-ixtlahuacan.htm>

así. Acabaron con nuestra tranquilidad”, comenta supuestamente una mujer entrevistada por los reporteros de *El Universal*⁷² en las afueras de las instalaciones de Servicios Médicos Forenses. La arbitrariedad del crimen, las víctimas escogidas al azar, la pasividad de las autoridades (según la revista *Proceso*, la procuraduría recibió 34 denuncias sobre desapariciones, pero no las atendió⁷³) – todo ello deja a los ciudadanos con la sensación de vulnerabilidad creciente: “No tengo seguridad que el nuevo gobierno del partido que sea garantice mi seguridad [...], quiero tomar a mis seres queridos y actuar como una rata cuando el barco se hunde. [...] Estoy sintiendo miedo, ya no por mí, sino por mi familia, hijos, nietos, hermanos, sobrinos, vecino... No hay garantías, no tengo garantías, no tenemos garantías”, comenta una de las lectoras de *El Informador*⁷⁴.

La condición de no estar involucrado (involucrada) ya no basta para alejar el peligro – cualquiera puede convertirse en víctima. En este sentido, la figura del *narco* simboliza (de manera especialmente elocuente e inquietante) el gradual y cada vez más profundo desmoronamiento de los límites acostumbrados entre lo seguro y lo inseguro, y con él, la tensión cada vez más pronunciada entre la invulnerabilidad deseada y la vulnerabilidad *de facto*, en la que subyace, en última instancia, la preocupación por el cuerpo expuesto al peligro. A los significados y prácticas en torno a este cuerpo vulnerable será dedicado el siguiente apartado.

5.3. Cuerpos vulnerables en espacios inhóspitos

Recientemente ha circulado en el internet un correo-cadena que inicia con las siguientes palabras:

⁷² “Semefo entregó 9 de los 18 cuerpos hallados en Jalisco”, *El Universal* (13.05.2012), consultado en: <http://www.eluniversal.com.mx/notas/846932.htm>

⁷³ “Justicia deficiente y tardía”, *Proceso* (19.05.2012), consultado en: <http://www.proceso.com.mx/?p=308069>

⁷⁴ “Semefo entrega 9 de 18 cuerpos hallados en Ixtlahuacán”, *El Informador* (13.05.2012), consultado en: <http://www.informador.com.mx/jalisco/2012/375849/6/semefo-entrega-nueve-de-18-cuerpos-hallados-en-ixtlahuacan.htm>

URGENTE, MUCHO CUIDADO. Personas sin "oficio" están poniendo *Drano*, un trozo de papel de aluminio y un poco de agua en botellas de plástico tapadas, las están dejando en el césped, en los buzones de correo, en los jardines, en las calles, etc., esperando para que usted pueda recogerla con la intención de ponerla en la basura ¡pero mucho cuidado! Porque al recoger la botella, con el movimiento se agita aunque sea un poco dando como resultado que en menos de 30 segundos se acumule suficiente gas que luego la hará estallar con fuerza suficiente para dañar, incluso arrancar alguna de sus extremidades. [...] Al levantarla puede convertirse en una peligrosa bomba que puede dañar sus dedos, sus ojos, sus extremidades, su cara y su vida.

Aquí , el potencial peligro es arbitrario y aleatorio, no obedece a una lógica clara o "controlable"; además, se encuentra dentro del espacio conocido y cercano, se esconde en objetos aparentemente banales y cotidianos, es irreconocible a primera vista; y, finalmente - aunque constituye producto de un capricho siniestro de una fuerza externa - es activado por la imprudencia o la inconsciencia del sujeto-cuerpo, el cual sufre consecuencias de la confianza ingenua depositada en el ambiente inhóspito que lo rodea – un error grave por el que pagará con la pérdida de su integridad física.

Este breve texto condensa, en cierto sentido, la visión del sujeto-cuerpo expuesto a riesgos que se esconden en el espacio de la ciudad – una visión reconocible también en varias de las narrativas recogidas para este estudio: los significados y prácticas en torno al cuerpo asediado por riesgo son abundantes y diversos, pero les subyace, en muchos casos, la misma concepción del sujeto-cuerpo vulnerable, el cual, al abandonar el territorio seguro del refugio (cf.:5.5.), se adentra en un espacio potencialmente peligroso de la ciudad, en el que resulta preciso mantenerse en alerta constante con tal de salvaguardarse. Su supervivencia en este ambiente, en apariencia cotidiano y conocido, pero latentemente amenazador, depende de su destreza, su astucia, la agudeza de sus sentidos.

En este contexto, vale la pena mencionar otro correo-cadena reciente, titulado "Recomendaciones ante la inseguridad". El mensaje contiene una larga lista de consejos por parte de un presunto experto en "protección a ejecutivos, manejo evasivo y seguridad intramuros" (sic), entrenado por "ex agentes de servicio secreto y fuerzas especiales del Ejército Estadounidense" (sic), quien,

además, “ha brindado protección a nivel presidencial, dirigiendo operativos contra el crimen organizado” (sic). El agente aconseja, entre otros:

Observar siempre manos y ojos de cualquier extraño que camine hacia nosotros, si trae las manos en las bolsas posiblemente traiga un arma. [...]

Cuidarse de los limpiavidrios y no permitirles que se suban al cofre (casi siempre observan que traemos). [...]

Cuando nos pidan la hora en la calle, ignorarlos y seguirnos de frente, ya que no sabemos cuáles son sus intenciones reales.

Estos consejos podrían darnos risa, si no fueran una expresión clara y dolorosa de la desconfianza creciente que logra permear las más cotidianas de las situaciones y convierte a extraños (e incluso conocidos) con los que nos cruzamos en nuestro camino en posibles encarnaciones de un enemigo difuso que asecha escondido para atacarnos en cualquier momento (cf.:5.2.) – desconfianza que, además, lejos de basarse en temores imaginarios, es frecuentemente producto de experiencias, tanto las inmediatas, como las mediadas.

“Si tienen un plan, nosotros también debemos tenerlo”, concluye el presunto experto en seguridad. La urbe se convierte así, una vez más, en territorio poblado por depredadores (“es dominado por los que no deberían... y ya no podemos confiar en la policía porque los grandes mandos también están involucrados con la mafia”) y sus presas, cuyo mayor desafío consiste en “no salir lastimado, violado, mutilado, extorsionado, o cualquier cosa inimaginable que están haciendo estas personas” (sic). Así, los que se atreven vivir el suspenso de transitar por la metrópoli, tienen que mantenerse en alerta, camuflarse lo más posible, ser astutos, pensar rápido, no dejarse sorprender:

No portar tarjetas de presentación ni fotografías de familiares en la cartera. [...]

Si suena el celular y vamos caminando por la calle, debemos pegarnos a la pared, observar hacia ambos lados, contestar y pedir a la persona que llama que marque después. [...]

En caso de que [el secuestrador] insista en subirlos al auto, fingir un desmayo o un ataque de asma (tal vez le de una o dos patadas, pero no intentará cargarlos, lo más seguro es que se suba al auto y se vaya). [...]

Aunque las prácticas narradas por los sujetos entrevistados no alcanzan el “profesionalismo” sugerido por el “experto” (cuyas propuestas son dignas, sin duda, de un agente secreto), algunas de ellas resultan similares en cuanto a su lógica subyacente. Así, Álvaro, quien se traslada por la ciudad en autobús y a pie, habla de la necesidad de “buscar otras rutas por las que casi siempre vamos” (el “experto”, por cierto, también aconseja “variar rutas y no ser predecible”); Lidiana, quien por ser “rica” percibe a sí misma y a su familia como un potencial blanco permanente de asaltantes, comenta que su esposo “nunca sale por la misma puerta, trata de no entrar a las mismas horas”; Salvador (víctima de un asalto a mano armada en su propia casa) opina que todo se basa en observación: el que se descuida o “se pone de modo”, cae presa de los delincuentes.

Mantener perfil bajo en la calle para “burlar” a los asaltantes, mimetizarse, no ser identificable, resultan ser medidas de crucial importancia. En este contexto parece ilustrativo el comentario de Lidiana (quien, como sabemos, vive en un fraccionamiento cerrado lujoso) sobre una calcomanía con el nombre del fraccionamiento que sus habitantes pegaban sobre sus camionetas para agilizar el ingreso. Sin embargo, comenta la entrevistada, cuando abandonaban el fraccionamiento, la calcomanía los volvía reconocibles (como ricos) y así expuestos a agresiones, por eso dejó de usarse. No obstante, aún así no es fácil engañar a los depredadores: no falta la calcomanía para que Lidiana se sienta vulnerable (porque identificable) saliendo del fraccionamiento en una camioneta grande y lujosa.

La tendencia al “camuflaje” se expresa también en la constante preocupación por “blindar” la información personal. De ahí los mandamientos que se repiten en las narrativas, especialmente en torno a las tecnologías de comunicación que resultan un arma de doble filo: por un lado funcionan como dispositivos de seguridad (acceso a información rápida sobre potenciales peligros, posibilidad de mantenerse en contacto con los suyos, entre otros), por otro pueden aumentar la vulnerabilidad de los que no los usan con cautela. Lo expresan claramente Marisol (quien se siente vulnerable sobre todo en relación con su profesión de periodista) y Gustavo (quien se siente expuesto por ser “rico”). No

proporcionar el número de teléfono a personas desconocidas, no “postear” información personal en el facebook, tener cuidado con las fotos, no usar el nombre completo – todo para no caer presa del enemigo que asecha escondido en las tinieblas de la red, listo para atacar a los que se exponen a través de información:

Una familia que conozco tiene una lancha muy grande y pues evitar poner las fotos de esa lancha, que salga el nombre... Porque por medio de eso también te pueden ubicar, o sea, si llegan a ver la lancha en cualquier costa o lo que sea, pues te pueden ubicar que allí estás, y ya saben tu ubicación y pueden hacer un plan de secuestro o dependiendo cuáles son sus intenciones. O sea, evitar eso. (Gustavo)

Así, el manejo de información resulta crucial. Por un lado, consiste en el esfuerzo de “blindar” la información que podría volver vulnerable a la presa, por otro, en el deseo de volver “transparente” al enemigo (desenmascararlo, prever sus planes, no dejar sorprenderse) – ser el observador, no el observado. Para lograrlo, los que disponen de fondos suficientes y no sienten vocación por convertirse en agentes secretos, pueden contratar un servicio de inteligencia, como lo relata Gustavo:

Muchas familias... bueno, las de alto nivel, pues, contratan a compañías de seguridad, muchos no tanto de tener guardaespaldas y eso, pero de información. [...] Te dan la información, para evitar cualquier riesgo que puedas tener. (Gustavo)

Para los que un servicio de inteligencia privado queda fuera de su alcance, pueden recurrir a la información (no siempre confiable, pero ampliamente disponible) que brindan los medios. La práctica de mantenerse informado/a a través de los noticieros es narrada frecuentemente como una importante práctica “auxiliar”: una herramienta para orientarse en la ciudad y tomar decisiones en cuanto a los itinerarios “correctos”. Aunque, según algunos, los noticieros distan de ser una fuente confiable, resultan relativamente útiles como “guía de prevención”. Especialmente ilustrativo resulta en este contexto el caso de Marisol, quien, como periodista, relata tener acceso a la información de primera mano –

ventaja que aprovecha en situaciones críticas llamando a la editorial para tomar decisiones en cuanto a sus rutas por la ciudad:

El otro día, por Lázaro Cárdenas... regresaba de un evento en la UP y le hablé igual: "oye, hay mucho tráfico y va la policía a todo lo que da, así, así, así, yo estoy en el Álamo" Y me dice: "párate, oríllate o vete, salte de allí, porque hay una balacera". [...] Entonces... sí nos ayuda ser periodistas, en ese sentido, que tienes esa información. (Marisol)

En las narrativas no faltan, además, ejemplos de astucia que salva a las presas en una situación de peligro. Así, Álvaro cuenta con orgullo cómo previno un asalto en su peluquería, logrando "hacerles ver a los chavos que no estaba sólo". Gabriela relata por su parte cómo, gracias a la inteligencia de la empleada, los extorsionadores que llamaron a su casa quedaron neutralizados:

Estuvieron llamando y contestó la nana de mis hijos que ya tiene muchos años conmigo y, la verdad, es bastante inteligente. Porque le dijeron: "oiga, la señora fulanita..." "¿cuál señora? ¿de quién hablas?" "no, pues es que... este... queremos hablar con mi tía de este..." "¿quién le habla?" "no, pues, fulanito de los Estados Unidos..." "Uy, no tiene parientes en los Estados Unidos". ¿Sí me explico? O sea, ella se los mareo. (Gabriela)

En otra de las anécdotas, los depredadores disfrazados quedan desenmascarados gracias a la información a la que tiene acceso Marisol. En las cercanías de su casa, Marisol se encuentra con un retén y, aprovechando las ventajas de ser periodista, llama a su amiga, la coeditora, para informarse sobre él. La coeditora llama a la policía de Tonalá: resulta que el retén no está registrado – los falsos policías quedan desenmascarados.

La observación etnográfica realizada durante las juntas de la iniciativa *Vecinos en Alerta* en la colonia popular *La Primavera* (cf.:6.1.), brinda, nuevamente, datos interesantes. Los conferencistas invitan con énfasis a usar la astucia para neutralizar a los depredadores:

El delincuente lo que busca es el factor sorpresa. Si nos ve distraídos, nos ve una presa fácil, nos puede sorprender. En cambio, si yo voy un poco más en alerta, cuando voy en la vía pública, en la calle, en el centro, no sé..., voy más en alerta... y a lo mejor me doy cuenta que la otra persona

que veo pasar... no puedo leer... sus intenciones que tenga esa persona, pero esa persona no es de aquí y ya se me hizo medio sospechoso, entonces, ¿qué voy a hacer? Ya me voy haciendo un pequeño plan: me voy por el otro lado de la calle... a bueno, aquí adelantito está la tienda, y en la tienda sé que va a haber... está abierto y hay personas. Entonces, voy a llegar. Voy pensando: “si me dice algo...” ya voy pensando por lo menos en gritar, en pedir auxilio... Pero aquí es bien importante: si la persona... el que tiene males intenciones se percata que yo ya lo miré, ya no tan fácilmente me va a sorprender. Ya se va a estar pensando hasta hacer cualquier cosa, ¿porqué? Porque ya no me va a sorprender. Ya lo vi yo. (Conferencias *Vecinos en Alerta*)

Autocontrol y disciplina resultan, en opinión de varios sujetos, actitudes igualmente cruciales. “Ya no me expongo tanto”, confiesa Salvador, convencido de que la seguridad de cada quien depende de su comportamiento, “trato de cuidar los límites. Cuidar los horarios. Cuidar las situaciones a donde voy”: procura salir de día, evita zonas peligrosas. También Lorena declara cuidarse de no transgredir los límites de tiempos y espacios “prohibidos” (“yo nunca frecuento ese tipo de lugares, aunque me queden muy cercanos”). Álvaro rechaza abandonarse a la suerte y evita exponerse al peligro:

Hay una gente que piensa que cuando te va a tocar, te toca. Pero yo digo... OK, pero no te vas a ir de pechito, no te vas a ir a poner de pechito, o sea, si me voy a morir yo me voy dejar balacear, o sea, no. Si sé que hay peligro, mejor no voy [al antro]. (Álvaro)

No obstante, no se trata solamente de delimitar las rutas y los horarios porque, a pesar de las precauciones, el riesgo siempre está presente y en cualquier momento puede materializarse en una de múltiples figuras amenazantes: un asaltante, un secuestrador, un automovilista armado, entre otros (cf.:5.2.). Así, el controlar el cuerpo y no provocar conflictos se convierten en los primeros mandamientos para los que se adentran en la ciudad. Ilustrativos resultan en este contexto los comentarios sobre potenciales conflictos en el tráfico, asociados con la posible presencia de armas: tocar la bocina, maldecirle al chofer de al lado o incluso volverlo a ver, podrían resultar prácticas altamente peligrosas:

Y vi dos tipos peleándose en el carro y uno se le cierra al otro y uno se baja con un tubo y le iba a dar, o sea, le hizo que si le iba a dar. Y yo dije: ‘¿oye, y si el otro tiene una pistola?’ (Armando)

Como pudimos ver, en las narrativas abundan significados y referencias a prácticas en torno a la concepción del sujeto-cuerpo vulnerable, pero obligado a valerse por sí mismo, rodeado por un ambiente potencialmente amenazante, en el que resulta preciso mantenerse constantemente en alerta con tal de salvaguardar la integridad física. La destreza, la astucia, la agudeza de los sentidos, la capacidad de observar sin ser observado, el acceso a información, la habilidad de camuflaje y de autocontrol, son narradas por varios sujetos como herramientas importantes para mantenerse ileso en el territorio inhóspito.

Pero, aunque la mayoría de los sujetos declara cumplir meticulosamente con las reglas de autovigilancia y alerta permanente, muchos dudan de reconocer en estas medidas una garantía incuestionable de seguridad. Pocos comparten la convicción de que “las amenazas vienen cuando uno las busca, y si uno no las busca no pasa nada” (como lo expresa Salvador). La percepción reconocible en la mayoría de las narrativas es, mucho más, la de no-previsibilidad del riesgo.

El reconocimiento de la imposibilidad de lograr una invulnerabilidad total – expresado con mucho mayor hincapié por las mujeres - desemboca, en algunos casos, en un fatalismo declarado, el cual es narrado como un antídoto eficaz contra las angustias de la cotidianidad. Esta postura está presente en la narrativa de Lorena:

No vivo pensando en lo que va a pasar, en ¡qué miedo! Yo siempre he pensado que... creo en el destino. Yo siento que si de alguna manera me va a pasar algo, me voy a morir o algo, es donde me toca y punto, o sea, era el lugar que me correspondía. [...] Entonces yo no pienso en eso. Yo voy muy tranquila por la calle y no pienso nada. (Lorena)

Una actitud similar subyace también en la decisión de dejar de informarse sobre la situación de inseguridad en la ciudad, declarada por Gabriela y Lidiana (ambas con un nivel alto de educación). Aquí el acceso a la información deja de ser interpretado como una ventaja en cuanto a la posibilidad de orientarse mejor en la ciudad amenazante y se convierte en un factor de angustia que profundiza la

sensación de indefensión e impotencia. Lo expresa claramente Gabriela, contrastando las opiniones de sus padres (partidarios de la información como herramienta de protección) y su propia actitud:

¿Sabes qué pasa? Que yo decidí... yo creo que... no sé, hace tres, cuatro años, ya dejar de ver noticias y enterarme de todo. Claro que siempre te enteras, porque sí, voy al banco, llego con mis papás: “ya supiste que no sé qué...”. “No veo las noticias para no enterarme de nada”. “Pues te tienes que enterar...” y me dicen, ¿no?, porque ellos sienten que estar bien informado es una buena herramienta y seguramente tienen razón... para que puedas saber qué hacer y qué no hacer, o sea... como funcional, digamos. [...] Si me preguntas porqué lo hago yo lo de no ver las noticias, es por una cuestión de tranquilidad... mía, porque si yo me levanto, prendo la tele y me empiezo a angustiar [...]. Estoy segura de que si me toca, me va a tocar donde esté, aunque sea en mi casa, entonces quiero más bien como que soltar esa parte y confiar... y ya, o sea, “me siento protegida...” ya, lo que sea. La confianza como en... en un ser superior, como que... la confianza en Dios, pues, sea el que sea, pero un Dios. (Gabriela)

Este fragmento resulta especialmente interesante porque opone la defensa de las prácticas de autovigilancia (basadas en la racionalidad instrumental) a la postura que las rechaza como ineficaces frente a un riesgo omnipresente y difuso, lo que, a su vez, resulta en una actitud fatalista, en la tendencia hacia pensamiento mágico y en la búsqueda de protección en una fuerza providencial (cf.:7.2.).

Aunque podrían parecer mutuamente excluyentes, las dos posturas mencionadas coexisten en las narrativas: constituyen dos extremos del amplio abanico de actitudes declaradas por los sujetos. Aunque en lo narrado predomina claramente la defensa de las prácticas de autovigilancia y autocontrol, no faltan en ellas actitudes fatalistas – ambas posturas expresadas frecuentemente dentro de la misma narrativa. Es posible interpretar esta aparente contradicción como una expresión más de la tensión entre el deseo de invulnerabilidad y la conciencia de una vulnerabilidad en aumento. De cara al riesgo ubicuo y difícilmente predecible, cualquier medida de protección se vuelve cuestionable y precaria. Se desestabiliza la pretensión moderna del ‘yo’ autosuficiente y cerrado que defiende su totalidad negando su propia fragilidad – queda al descubierto su potencial condición de víctima inerme (Cavarero 2009).

5.4. Zonas de riesgo, zonas seguras

Basta un corto paseo por la ciudad para convencerse de su creciente fragmentación y “zonificación”: vallas, murallas y cercas eléctricas, rejas en ventanas de casas y tiendas, perros de pelea en patios y cocheras, personal de seguridad armado en las puertas de bancos y centros comerciales, filtros de ingreso y arcos detectores de metal en eventos masivos. Como en muchas otras urbes del país, el espacio de la ciudad se segrega, se restringen territorios, se controlan accesos, lo privado parece predominar cada vez más sobre lo público, lo común, lo compartido.

Mucho se ha escrito recientemente sobre el fenómeno de la segregación urbana en América Latina (Cabrales 2001, Capron 2009, López 2011, Prévot 2000, Roitman 2003) vinculándola con la creciente desigualdad y polarización social, así como el aumento de la inseguridad y violencia que desembocan en miedo y sensación de vulnerabilidad, entre otros. “En todas partes, la búsqueda de seguridad acentúa el repliegue a los espacios privados, como si la sociedad fragilizada no soportase ya la vulnerabilidad de los espacios públicos asociados a la pobreza y la delincuencia”, comenta Marie-France Prévot (2000:36), analizando el realce de la polarización socioespacial en las ciudades latinoamericanas, relacionada de manera recíproca con el proceso de fragmentación urbana.

Esta tendencia hacia la delimitación de espacios seguros dentro de la ciudad percibida como amenazante encuentra también expresión en las narrativas de los protagonistas de esta investigación – no solamente como referencias a prácticas concretas, sino también en cuanto a cartografías de carácter simbólico e imaginario que surgen en las narrativas en torno a la oposición seguro/inseguro. Cada uno de los sujetos traza en su narrativa lo que podríamos quizá denominar “un mapa de riesgos” – un guía que (aunque contingente) le ayuda a orientarse en lo urbano que, como un caleidoscopio, revela cada vez nuevas amenazas.

Algunos de los sujetos, en primer momento, presentan la ciudad como un espacio marcado por riesgo omnipresente – un buen ejemplo constituye la (ya citada) visión de la ciudad esbozada por Marisol (cf.:5.1.). Aquí, aparentemente no existen matices: el riesgo está en todas partes, a todas horas, atañe a todos por igual. Sin embargo, esta desidentificación pronto resulta superficial y en su lugar aparece un mapa con sitios de riesgo claramente marcados: bares, antros, restaurantes y taquerías son narrados como lugares de balaceras y ejecuciones (presencia de narcotraficantes), eventos en los que participan altos funcionarios públicos son asociados con posibles atentados, bancos con asaltos, cajeros automáticos con secuestros exprés, calles y avenidas con conflictos entre automovilistas que escalan en golpes y disparos, fraccionamientos “nuevos” con presencia de vecinos sospechosos. Así, aunque nadie ni nada se salva de la omnipresencia de riesgo, éste no es homogéneo, sino adquiere matices claramente definidos, relacionados con espacios, sujetos y objetos específicos.

Es similar en este aspecto la narrativa de Álvaro, quien frecuenta sobre todo el centro y el oriente de la ciudad, ya que ahí vive y trabaja. También aquí la vida cotidiana en la urbe parece ser acompañada por riesgo ubicuo, cercano, que en cualquier momento podría convertirse en catástrofe:

“Tan solo ayer que estaba aquí trabajando con un cliente, cuando le llegó un mensaje del granadazo que acaban de aventar [...] Y fue aquí cerca, yendo hacia Terranova” (Álvaro, 35, estrato medio bajo)

Las “zonas bien” son asociadas por Álvaro con la presencia de narcotraficantes, balaceras y atentados con bombas; las zonas populares, como el barrio céntrico de Santa Tere (donde trabaja), con robos y asaltos. Los más cotidianos de itinerarios están marcados por la inseguridad: el viaje en autobús, el lugar de trabajo, las caminatas por el vecindario (la presencia de “cholos” y venta de drogas, por ejemplo).

La impredecibilidad del riesgo marca de manera especialmente destacada el mapa de Armando, quien habita y trabaja en el noroeste de la metrópoli:

Es violencia *randomizada*, es violencia que aparece en momentos en que no debería de aparecer... [...] Es impredecible. Entonces estás así, con el miedo... (Armando, 40, estrato medio)

No obstante, también aquí aparecen pronto matices, síncopas, “focos rojos”:

Recientemente, en uno de los OXXOs, tres meses atrás, mataron a alguien. Estaba en su motocicleta, llegaron y le dispararon. En el Colli todo el tiempo están apareciendo cuerpos. Ahorita ya se calmó pero estaban apareciendo cuerpos o atacando gente. (Armando, 40, estrato medio)

De esta manera, las topografías de los practicantes de la ciudad se sobreponen a la topografía literal de la ciudad (de Certeau 2007; cf.:1.3.4.) – aunque el riesgo es narrado como omnipresente, cercano e impredecible, sus mapas no carecen de estructura, sino, por lo contrario, dilatan ciertos elementos, diferencian, producen fronteras, hacen que ciertos lugares pierdan contornos o se desvanezcan por completo, mientras que otros adquieren rasgos claramente delimitados; algunos elementos del espacio (la tienda OXXO, el antro, las avenidas, entre otros) quedan amplificadas para representar un “más”, en el cual se condensa la ciudad “sentida” por los sujetos.

La metrópoli, narrada por varios de los sujetos como un laberinto de peligros, deviene un espacio heterotópico (Reguillo 2003), en el que resulta preciso (con tal de mantenerse ileso) trazar “mapas de riesgo” que permitan orientarse en lo cotidiano que amenaza con convertirse en siniestro en cualquier momento. Y sin embargo, en cada una de estas topografías, aparece, como un islote de seguridad y tranquilidad, un espacio tópico (ibid.), propio y conocido, claramente delimitado y resueltamente defendido por los sujetos.

En la ciudad narrada por Lorena, radicada en una colonia popular en el sureste, hay una mancha de seguridad casi absoluta: su barrio como sitio de protección, confianza y armonía vecinal. La presencia de “vaguitos, chavitos que andan en la droga o alcoholizándose” no disminuye la sensación de tranquilidad que Lorena enfatiza hablando de su colonia. La zona segura pronto queda claramente delimitada: no es como las colonias vecinas (más humildes) donde se

dan violaciones y asesinatos, o las ricas, donde habitan los narcotraficantes y podría haber un atentado; se distingue también del centro, donde se dan asaltos, y las avenidas, donde podrían ocurrir pleitos y disparos. Conforme se desarrolla la narrativa, la zona de seguridad queda cada vez más restringida, pero Lorena no duda en defenderla: el comandante de policía fue asesinado en la colonia de enfrente, no en la suya, las riñas de pandillas tienen lugar en la avenida grande, no en la privada donde ella habita. También el salón de baile que frecuenta Lorena es narrado como un lugar seguro (“yo nunca vi ni que se agarren a golpes”), mientras que “antros” y “lugares de banda” son asociados con presencia de narcotraficantes y por ello con posibilidad de actos violentos. En el mapa de Lorena las zonas de riesgo y zonas seguras están claramente marcadas, lo cual parece permitirle moverse con destreza en la metrópoli.

También Angélica, quien habita una colonia marginal a las afueras de la ciudad, la narra como un lugar tranquilo, aunque la tranquilidad aparezca provisoria y “hasta el próximo aviso”: “es *todavía* una colonia tranquila”, los narcotraficantes “*todavía* no agarran plaza”, “*hasta ahorita*, que se sepa que ya mataron a fulanito por estar vendiendo esto... *todavía* no se ve nada de esto”. Este lugar, aunque solo temporalmente apacible, se distingue de otros, asociados primordialmente con conflicto – es comparado con los lugares donde Angélica habitó anteriormente: la zona oriental de Guadalajara y el pueblo de San Gaspar, ambos relatados como sitios de riñas. A lo largo de su narrativa, Angélica insiste reiteradamente en la tranquilidad de su colonia, aunque algunos hechos que ella misma menciona parecen contradecirle: habla de asesinatos, pero logra “expulsarlos” de la zona segura, “trasladándolos” a otros sitios (“sí, han hallado muertos de este lado del cerro, pero eso ya son riñas de... *no son de aquí, de la colonia*”), las violaciones que menciona quedan circunscritas a un sitio específico (“acá atrás, como los caminos están un poquito feos, pues las agarran allá y pues...”) – la seguridad de su entorno, aunque precaria y pasajera, queda salvaguardada.

En contraste, Citlali, radicada en el sur de la ciudad, narra su barrio como un ambiente inhóspito, marcado por delincuencia y vandalismo, habitado por

sujetos amenazantes: ladrones, drogadictos, pandilleros y... adolescentes embarazadas. En este sitio, uno de muchos similares que conforman la urbe (“yo he estado en varias colonias y no hay una que yo le puedo decir: ‘aquí está tranquilo’ o ‘aquí está bien’”), la casa se convierte en su único refugio: resguarda a ella y su familia, literalmente, durante riñas de pandillas, protege a sus hijos de malas influencias y peligros que asechan en la calle:

Yo les digo: ‘si alguien les dice algo, ustedes no se queden, vénganse, hasta corriendo, pero vénganse a la casa’ ¿Porqué? Porque pues corren peligro. (Citlali)

Adentro reina seguridad y rectitud moral, afuera peligro y depravación. La zona segura se limita al mundo resguardado detrás de las paredes (y rejas) de su casa – afuera: *hic sunt dracones*.

Como lo atestiguan los ejemplos citados, la diferenciación entre el espacio heterotópico y el tópico es claramente reconocible en las narrativas – los sujetos parecen compartir la preocupación por deslindar sus “zonas seguras” dentro de la metrópoli percibida como amenazante. No obstante, hay un grupo de entrevistados, para los que esta diferenciación, lejos de ser imaginaria, se vincula con la existencia de una frontera tangible y concreta: este es el caso de los habitantes de los fraccionamientos cerrados.

Los “cotos” (como se denominan localmente estos fraccionamientos), antes privilegio de los pudientes en busca de distinción, se han vuelto recientemente cada vez más comunes dentro de la metrópoli. La fragmentación, aunada a la segregación en aumento, ha atravesado la ciudad: la búsqueda de seguridad dentro de una muralla, bajo el ojo vigilante de las cámaras, detrás de la pluma de acceso, se está tornando cada vez más frecuente, no solamente entre los que ostentan el poder económico. No cabe duda, sin embargo, que los fraccionamientos más exclusivos son los que permiten observar la polarización entre el espacio tópico y heterotópico de manera especialmente destacada. La observación etnográfica realizada en *Valle Real* y *Jardín Real*, dos

fraccionamientos cerrados que se encuentran entre los más exclusivos de la metrópoli, ilustra esta realidad:

Visito Valle Real para entrevistar una de sus habitantes. Llego a eso de las once de la mañana, en autobús, lo que me obliga a entrar en el fraccionamiento por la entrada para peatones. Las plumas de acceso limitan la entrada y la salida de automóviles, para pasar a pie hay que registrarse en la caseta de vigilancia. Hago fila con la “servidumbre” (como se expresará luego mi entrevistada): empleadas domésticas, albañiles, jardineros.

Mientras espero, me asomo hacia dentro: la impecabilidad de las casas y sus jardines me resulta a la vez deslumbrante y desconcertante. Los caminos para peatones están desiertos, por las calles circulan lentamente unos pocos automóviles. Uno de ellos se acerca a la salida. La pluma de acceso se levanta, la mujer que maneja el coche se persigna al abandonar el fraccionamiento. El rosario amarrado al espejo retrovisor del coche bambolea suavemente. La mujer se incorpora al tráfico pesado de la avenida y desaparece. Le sigue otra que, para mi asombro, realiza el mismo pequeño ritual de salida.

Llega mi turno, me acerco a la ventanilla de la caseta: el vigilante registra mi nombre, apellido y fecha de nacimiento, sin pedirme permiso me toma una fotografía que queda guardada en la computadora. Finalmente, después de no haberme encontrado en la lista negra, me pregunta por la dirección de mi anfitriona. Puedo pasar.

Jardín Real es un fraccionamiento vecino del Valle Real – los divide una avenida. Esta vez entro en el fraccionamiento en la camioneta de una residente lo que me permite atravesar sin dificultades la primera frontera de seguridad: la entrada principal. “Después te pedirán tu identificación, a la entrada del coto al que vas, aquí no más registran las placas”, aclara la señora. Así que la vigilancia es doble, primero en la entrada principal y luego en los respectivos “cotos” (o condominios), en los que está dividido el fraccionamiento. “Jardín Real es como Valle Real, pero para los que son un poco menos ricos. Y luego siguen otras colonias. Y como que

cada vez baja más el nivel”, comenta mi acompañante. La señora me deja en una de las avenidas principales (Boulevard de Jardín Real). Son las ocho y media de la mañana. La oficina de ventas, que se encuentra a pocos metros, ofrece la información sobre casas y terrenos – su eslogan: “Porque tu mundo es real: Jardín Real”. Sin embargo, lo “real” de este mundo amurallado parece ser su cualidad más discutible: ¿no se trata más bien de una hiperrealidad hecha de exclusividad, seguridad, orden y limpieza? De ambos lados del Boulevard veo casas grandes e impecables, todas blancas, ocre o color arena - unas “minimalistas”, otras, por lo contrario, lucen vitrales, cúpulas y balcones de fierro forjado. Los jardines cuidados a la perfección. A pesar de la vigilancia en la entrada, las casas son rodeadas por muros y cercas, muchas de ellas por alambres electrificados – posiblemente necesitan más protección por estar en la avenida y no dentro de los “cotos”. En la glorieta principal regulan el (muy ligero) tráfico tres vigilantes uniformados; un anuncio informa, además, que el radar está operando. En el camino me cruzo con algunos/algunas residentes trotando o caminando en trajes deportivos; veo también empleadas domésticas, jardineros y albañiles que, aparentemente, se dirigen a su lugar de trabajo. Finalmente llego al “coto” que busco. En la entrada leo que para ingresar es necesario “registrarse con IFE, nombre y domicilio, incluyendo residentes”. Dejo mi credencial. El vigilante me permite pasar. Atravesando el condominio me siento observada por dos señoras que están regando sus céspedes: no me conocen, vengo caminando, no parezco una empleada – mi presencia parece resultarles inquietante...

Cuatro de los sujetos entrevistados, dos mujeres y dos hombres, habitan este tipo de establecimientos habitacionales, ubicados en el noreste de la ciudad (donde los fraccionamientos de este tipo son frecuentes). Todos ellos gozan de una situación socioeconómica estable y pertenecen a estratos económicos más altos (medio, medio alto, alto). En sus narrativas, la polarización entre el adentro (seguridad) y el afuera (riesgo) se encuentra especialmente explícita y exacerbada:

Seguridad..., este..., realmente la esencia es la seguridad. Eso es lo primordial. [...] Porque..., este..., pues se vive así, con esta tranquilidad. Muy a gusto. (Salvador)

Sentirte completamente seguro [en la ciudad]... no, no creo que lleguemos a ese punto, porque siempre hay un riesgo. Que sales en el coche... porque a fuerzas vas a lugares... vengo a la escuela... siempre hay un riesgo que te toque allí un... pues... estar en el lugar incorrecto. (Gustavo)

La seguridad es destacada por los sujetos como el aspecto más importante de la vida en un “coto”. Salvador, ingeniero y padre de familia, cuenta en este contexto una vivencia clave: un asalto con pistola que experimentó en una casa ubicada en la ciudad “abierta”. Esta experiencia hace que se traslade a un fraccionamiento cerrado. Así, aparece la oposición abierto (inseguro) / cerrado (seguro) que marca el mapa trazado por Salvador: mientras que el fraccionamiento cerrado es narrado como zona de seguridad incuestionable, al abandonarla el sujeto se adentra en un ambiente hostil poblado por depredadores, en el que es necesario tomar precauciones y mantenerse constantemente en alerta.

La oposición cerrado (seguro) / abierto (inseguro) se vuelve más compleja en la narrativa de Gustavo (quien, como ya sabemos, es el más joven de los entrevistados y vive en condiciones económicas excepcionalmente favorables). Aquí no solo se trata de delimitar un territorio seguro a través de un muro y control estricto a la entrada: su “coto” se distingue de otros por ser pequeño, lo que facilita el control.

La escuela, otra zona segura en el mapa de Gustavo, tiene características similares: es privada, cerrada y pequeña, y le da la sensación de estar en un ambiente conocido, de confianza y de estar entre amigos:

Y, pues, más que nada, de alguna forma también es muy *segura* la escuela, porque es algo más *cerrado*, no tanto pues *una escuela que se lleva con otras... mucho más grandes y públicas*, o sea, como en Ciencias tienen casi *el triple o cuatro veces los estudiantes*, o sea, ya es más probable que toque que haya una persona que... con la que no quieras, pues, involucrarte. [...] [Mi escuela] es de mucha *confianza*, sí. Sí, como con los proyectos, algo así, que se juntan en las casas, para hacer el trabajo y eso, y *tengo toda la confianza* con los que me toca, o sea, son *amigos* y eso. [...] En cambio, sí me han contado, si estudias en Ciencias o en algún otro colegio que sean *muchos*, pues hay más probabilidad que me toque una persona que me haga sentir incómodo o *sospecharía de ella*. [...] Aquí son de *confianza de toda la vida*. (Gustavo)

Aquí lo seguro queda claramente definido a través de una serie de oposiciones: cerrado/no-cerrado, no-público/público, no-grande/grande, no-muchos/muchos, amigos/no-amigos, confianza/sospecha. Lo seguro parece ser sinónimo de lo controlable y lo conocido, lo inseguro sinónimo de falta de control. Por ello, el hecho de encontrarse fuera de la zona segura significaría para Gustavo una vulnerabilidad total, si no fuera por una serie de medidas de control y protección (evitar antros, bares y restaurantes sospechosos, permitir ser controlado por los padres a través del celular, limitar la difusión de información personal en facebook para prevenir secuestros etc.) que, aunque imperfectas, le permiten moverse en la jungla de la ciudad:

Siempre hay un riesgo en todo. Pero, sí, de esta manera te puedes llegar a sentir mucho más seguro a que estés saliendo y estés completamente expuesto a cualquier riesgo. (Gustavo)

En varias de las narrativas el “coto” aparece como una suerte de no-ciudad, a la que no tienen acceso los peligros y las amenazas que asechan en las calles de la urbe “abierta”. No obstante, esta no-ciudad no se limita a ser un lugar protegido – se asocia también con otros significados. El regreso a la naturaleza es uno de los más destacados, presente, por ejemplo, en las narrativas de Gabriela y Lidiana, quienes, como madres, subrayan la importancia de las “áreas verdes” para el sano crecimiento de sus hijos:

Es muy diferente de otros lugares. Aquí, pues sí, se paga la seguridad, entonces este..., hay muchísima área verde. Entonces hasta cierto punto hay más tranquilidad que tus hijos se salgan al parque a jugar, que anden en bicicleta, a sea, con sus debidas precauciones, pero pues, es muchísimo muy diferente del resto de la ciudad. (Lidiana)

Sí, la seguridad y me gusta que está... el área verde. [...] De entrada, desde que vi el lugar, dije: “aquí es”. Me gustó. Digo... me gustó mucho esta energía del lugar. [...] Me gusta que acá es bosque, que está como apartado [...]. (Gabriela)

La presencia de naturaleza como atributo de la no-ciudad se relaciona, por supuesto, con la oposición civilización/naturaleza: no se trata solamente de apartarse de la ciudad en la burda búsqueda de seguridad, se trata también de

apartarse de la civilización (que esta ciudad actualiza) en busca de la armonía, libertad y felicidad perdidas.⁷⁵ Estas, a su vez, se asocian al mismo tiempo, con el regreso a la época dorada del pasado: la niñez. Así, el distanciamiento es doble: no sólo se trata de poner límites en el espacio entre la ciudad y la no-ciudad, sino también en el tiempo, entre el “ahora” y el “antes”, para recrear en la no-ciudad el mundo de la niñez asociado con libertad y felicidad:

Me tocó una época de mucho menos peligro, este..., donde podías confiar en la gente, de vivir con más libertad, de vivir, este, sin menos presiones [...], o sea, hay muchas cosas que yo no puedo ser tan libre como lo fui donde yo nací. Y he tratado, he tratado de..., los años que yo llevo aquí [en el fraccionamiento cerrado] de darles algo de eso que tanto mi esposo como yo vivimos en nuestra infancia. [...] Que mis hijos tengan un poco de la libertad que no les pudimos dar en otro lugar de Guadalajara. (Lidiana)

Queda claro que, en las narrativas de los habitantes de los “cotos”, la polarización entre el espacio tópico (el territorio propio y conocido) y el heterotópico (el territorio amenazante de los “otros”), no se agota en la oposición entre lo seguro (cerrado, conocido, control, protección, confianza) y lo inseguro (abierto, opaco, falta de control, vulnerabilidad, desconfianza), sino se profundiza y complejiza a través de otros significados. La muralla no solamente protege el mundo seguro del mundo-amenaza: los elegidos que conocen el conjuro necesario para atravesar la muralla, una vez adentro, son transportados a un no-aquí y no-ahora donde quedan suspendidas las crueles leyes de una civilización decadente y amenazadora.

⁷⁵ La publicidad en torno a los fraccionamientos cerrados resulta especialmente ilustrativa en este sentido: por ejemplo, los anuncios espectaculares del fraccionamiento *El Cielo* invitan a “respirar tranquilidad” mostrando una madre feliz corriendo con sus hijos y un perro por praderas verdes; *Los sueños* presumen “la vista al bosque de la Primavera” y un “lago panorámico”; en otro de los espectaculares una mujer embarazada, abrazada cariñosamente por su joven marido, descansa bajo la sombra de un árbol, etc. Los lugares en los que aparecen los anuncios (avenidas grandes, por lo regular) profundizan la oposición ciudad/no-ciudad.

Como pudimos observar, la polarización entre el espacio tópico y heterotópico está claramente reconocible en las narrativas. La ciudad narrada (y practicada) por los sujetos, independiente de su posición social o espacio habitado, aparece marcada por la dicotomía entre el espacio propio, seguro y conocido, y el ajeno, plagado de peligros - aunque la diferenciación y el contraste no siempre poseen la misma intensidad u “obiedad”. El riesgo que marca el espacio de la ciudad parece ubicarse siempre en las afueras de lo propio, vehementemente defendido; el espacio tópico, por su parte, es presentado frecuentemente como un potente “refugio antiamenazas”. No obstante, este recinto de seguridad, aunque presentado a menudo como inmune frente a los peligros, tampoco está libre de fisuras, grietas y paradojas, como lo veremos en el apartado siguiente.

5.5. Refugios

*Es un juego de computadora muy chido. Tú te construyes un refugio
y luego en la noche vienen unos zombis con hachas,
y tú te tienes que esconder... o defenderte con un arma...
(De una conversación entre niños)*

Frente a una realidad percibida a menudo como amenazante, no sorprende la proliferación de prácticas y significados en torno a lo que podríamos quizá llamar la búsqueda y la defensa del refugio. Los apartados anteriores dan cuenta del anhelo de los sujetos por conservar un espacio de seguridad dentro de la ciudad narrada como tiempo-espacio marcado por riesgo ubicuo. La casa, la colonia, el “coto” aparecen como espacios en los que quedan suspendidas las crueles leyes de la ciudad en cuanto a zona de conflicto o territorio de depredadores y presas.

La casa aparece en varias narrativas como un recinto de seguridad privilegiado:⁷⁶

⁷⁶ Según la *Encuesta de Percepción Ciudadana de Calidad de Vida en el Área Metropolitana de Guadalajara 2011*, realizada por el *Observatorio ciudadano de calidad de vida “Jalisco como vamos”*, el 88% de los habitantes de la ciudad se sienten seguros en su casa y sólo el 45% en la calle.

A lo mejor cada quién ubica su casa, ¿no?, o sea, “mi casa es aquí mi mundo, aquí me siento protegido”. Pero, volvemos a lo mismo. ¿Y el vecino de al lado? No sabemos. (Marisol)

[...] sí, nos está cambiando mucho a toda la gente... nos estamos quedando más en nuestras casas. [...] A mí me daría miedo que se tuviera que declarar toque de queda. Porque ya casi estamos en eso. (Álvaro)

Significativamente, varios sujetos relatan un cambio en sus prácticas en cuanto a sus salidas a la ciudad, sobre todo las nocturnas, aunque no solamente. El espacio seguro de la casa, más que un reclusorio voluntario, es presentado como un sustituto viable de la experiencia de practicar libremente el espacio de la ciudad – una postura, compartida, nuevamente, por sujetos con perfiles diferenciados:

De hecho, hace poco, que hubo unos granadazos, íbamos a salir y ya íbamos en el carro con el plan de salir, y yo cuando escuché sí me puse muy nervioso. Y le dije: “Sabes que, mejor no. Lo mismo que vamos a hacer en el bar, lo podemos hacer en... la casa”. (Álvaro)

[Los niños] se distraen de otras formas, no tanto en la calle. Uno no necesita estar en la calle para distraerse. (Ciltali)

Yo, por lo regular mis salidas ¿qué son? Ir la escuela, recoger a mis hijos y regresarme. En la tarde, como estas escuelas que tienen la opción de que tus hijos tienen las actividades después de salir del horario, para mí ha sido maravilloso. ¿Por qué? Porque yo ya no tengo que salir. Si se me ofrece algo, no sé, que a mis hijos les piden lo que quieras y gustes, mi esposo, ese acuerdo tenemos, le hablo y de regreso a casa llega a la papelería, a lo que sea necesario pues. Pero ya casi no salgo, casi no salgo. (Lidiana)

El abandono del refugio es narrado como un mal necesario que, aunque imposible de evitar, se procura limitar lo más posible. En ocasiones sorprende la literalidad con la que la casa se convierte en un “refugio antiagresores”, como en la narrativa de Ciltali, cuando cuenta que se resguarda en su casa durante riñas de pandillas, o cuando Marisol relata un incidente con un falso retén cerca de su casa, durante el cual su amiga le aconseja (por teléfono) que se encierre en su casa y apague las luces.

A pesar de todo, tarde o temprano es necesario abandonar el refugio – en este caso, el automóvil se convierte para algunos en un resguardo móvil en el que atraviesan zonas peligrosas entre una isla segura y otra:

Si uno va a ir a cierta zona, por cosas de trabajo, en donde hay... mayor riesgo, pues no hay que bajarse a comprar... refrescos o algo..., mejor los compro antes o los compro después. (Salvador)

No se necesita de demasiada agudeza etnográfica para constatar el papel de “burbuja protectora” que cumple el automóvil, especialmente para los estratos altos y medios: modelos cada vez más grandes y blindados; cristales oscuros; escapularios y rosarios amarrados a espejos retrovisores; el mandamiento “ventanas arriba, seguros abajo”, respaldado por incontables anécdotas sobre asaltos y secuestros realizados con facilidad gracias a la imprudencia de los automovilistas quienes, conmovidos por la pobreza de un presunto pordiosero, rompieron el mandamiento y bajaron sus vidrios, posibilitando así la violación del refugio sobre ruedas. Inclusive la necesidad de detener el automóvil frente al semáforo parece disminuir su poder de protección, tomando en cuenta la presencia de potenciales agresores - limpiavidrios, vendedores, pasajeros esperando en las paradas de autobús - como lo ilustra la narración de Armando⁷⁷:

Agarro mi maletín, llego al carro cuando estoy saliendo y lo meto a la cajuela, para que la gente... porque hay una estación de camiones cerca de donde vivo, o sea, llegando... [...] donde la gente, pues se nota que es gente humilde, toman camiones para meterse al periférico. Pero... a mi me da miedo, ¿no? Porque tengo que detenerme allí un momento, entonces prefiero que no vean nada que tengo... (Armando)

⁷⁷ Armando, como ya sabemos, enfatiza a lo largo de la entrevista su postura crítica, informada, reflexiva, y no se cansa de subrayar el vínculo entre la violencia “cotidiana” y la injusticia y la violencia sistémica. Admite, sin embargo, que en sus prácticas cotidianas recurre frecuentemente a las medidas de control y vigilancia, las que considera necesarias, aunque declara no identificarse con ellas plenamente (“odio lo que hago, pero lo hago”, comenta).

Resulta difícil no asociar este pasaje con escenas de ciertos filmes de terror o de ciencia ficción, en los que el héroe procura atravesar una ciudad infestada por monstruos (zombis de preferencia) en un automóvil, y es atacado por ellos. Los monstruos logran, por lo regular, subir al cofre o el techo, de tal manera que la frágil carrocería constituye la única barrera que protege al protagonista de ser devorado.

Como pudimos observar, las prácticas en torno a la búsqueda y la defensa del refugio abundan en el contexto de la metrópoli percibida como amenazante. Frente a la dilatación del espacio heterotópico, se profundiza la tendencia a demarcar y defender el espacio tópico. Mantenerse adentro lo más posible, limitar las salidas, recurrir a la burbuja protectora del automóvil en caso de traslado, asegurar los agujeros y fisuras por las que los riesgos, siempre externos, podrían invadir la zona de seguridad - estas prácticas son presentadas por algunos de los sujetos, no sin cierto orgullo, como ejemplo de su manejo exitoso de la situación de inseguridad:

En una calle, así como que en plena avenida, yo sola, tal vez me sentiría más vulnerable, pero he buscado las cositas que a mí me hacen sentir más segura, ¿no? Por ejemplo eso de cambiar el teléfono, el vivir en un lugar con seguridad, el tener un perro, ¿no?, o sea, esas cosas también me dan cierta seguridad y tranquilidad en lo personal, entonces, no, yo siento que en cuestión de seguridad no es tanto problema. (Gabriela)

No obstante, estas vehementes afirmaciones de inmunidad contra la ciudad marcada por riesgo se revelan pronto mucho menos patentes de lo que podrían parecer, como lo veremos a continuación. Los refugios, aunque narrados frecuentemente como zonas de seguridad “absoluta”, no quedan inmunes frente al paulatino resquebrajamiento de lo seguro, y la tan añorada seguridad total resulta a menudo ilusoria.

Un buen ejemplo constituyen en este contexto llamadas de extorsión que penetran en el mundo seguro (además de robos a casa-habitación, por supuesto - una violación del refugio especialmente turbadora). Gabriela, como ya

mencionamos, cuenta sobre un incidente con llamadas de extorsión. En su narrativa, el teléfono parece convertirse en una “fisura” a través de la cual las amenazas permean en el recinto de tranquilidad y seguridad (“O sea, si dentro de tu misma casa te están amenazando, ¿qué puedes esperar?, ¿no?”). Tapar la grieta (cambiar el número de teléfono, no responder llamadas, poner grabadora) resulta una tarea urgente. Sólo así se restablecen los límites claros (aunque precarios) entre dentro (seguro) y fuera (inseguro) – una preocupación que no aparece exclusivamente en la narrativa de Gabriela:

Cuando yo no estoy en casa, el teléfono no se contesta, yo les estoy hablando al celular [a los niños], no les estoy hablando a la casa, entonces, si no estoy en casa y suena el teléfono, no se contesta el teléfono. (Ciltali)

El vivir en la no-ciudad del “coto”, donde la seguridad, tranquilidad y libertad parecen inviolables gracias al muro que la aparta de la ciudad, tampoco es exento de contradicciones y paradojas que, aunque no admitidas por los sujetos, son perceptibles en las narrativas. Así, en la narrativa de Lidiana no solamente aparece el contraste dentro/fuera compartido por los demás habitantes de “cotos”; en su caso el hecho de habitar la zona segura parece aumentar los riesgos que asechan fuera del muro. “Te ven salir del Valle Real”, dice Lidiana, “y ya, eres candidata para lo que sea”: ser identificada como habitante del territorio de los ricos la vuelve más vulnerable a los ataques en el espacio inhóspito de la ciudad. Así, paradójicamente, la búsqueda de seguridad adentro se vincula con el aumento de vulnerabilidad afuera. La burbuja protectora del automóvil parece esconder paradojas similares: entre más grande y ostentosa, más vulnerable vuelve a su dueño a los ataques de los supuestos depredadores. En una perversa ecuación de proporcionalidad, la discrepancia entre el adentro y el afuera, y con ella la tensión entre la invulnerabilidad postulada y la vulnerabilidad vivida, se profundiza *ad infinitum*.

Además, incluso la inmunidad del “adentro”, tan apasionadamente aseverada por sus habitantes, se vuelve dudosa, de cara, por ejemplo, a repetidos operativos policiacos y militares que convierten los fraccionamientos cerrados en

escenarios de captura de líderes de cárteles de drogas⁷⁸. Uno de ellos tuvo lugar a principios de septiembre de 2012 y fue relatado por *El Informador* bajo el título “Operativo militar en Valle Real causa incertidumbre en vecinos”⁷⁹. Se informó que más de 40 soldados “visitaron” uno de los cotos donde presuntamente sorprendieron personas con armas de fuego y aseguraron droga. “Estábamos algunos nerviosos, y con la incertidumbre de lo que estaba pasado; no es la primera vez que los soldados llegan al fraccionamiento, y esperamos que ya no se instale más gente armada”, explicó supuestamente una joven habitante del lugar. Los comentarios de los lectores del artículo no dejan lugar a duda de que los fraccionamientos vistos desde afuera distan considerablemente de su visión idílica defendida por sus habitantes: “Para que se hacen, Puerta de Hierro, Jardín Real, Valle Real, San Javier, La Estancia, Providencia, etc., etc., no digo que todos, pero sí un 99.9999 o son Narcos, o tienen a su buchona, o son Ladrones, o evaden impuestos”, comenta uno de ellos. Otro añade: “ja ja, la incertidumbre de... ¿y van a venir ahora por mí?”⁸⁰.

De esta manera, las cartografías en torno a la ciudad en la que los límites entre lo seguro y lo inseguro pierden contornos, se convierten en un nunca acabado juego de espejos: en desesperada defensa del espacio propio y seguro, el riesgo queda expulsado al espacio del Otro, aunque sea temporalmente – las topografías cambian como un caleidoscopio, dependiendo del lugar social desde el que surgen. Las “zonas seguras” se convierten en “zonas de riesgo” y

⁷⁸“Agentes Federales realizan operativo en Jardín Real”, *El Informador* (26.01.2012) consultado en: <http://www.informador.com.mx/jalisco/2012/353418/6/agentes-federales-realizan-operativo-en-jardin-real.htm>;

“Capturan a presunto líder del Cártel de Jalisco”, *El Informador* (27.01.2012), consultado en: <http://www.informador.com.mx/jalisco/2012/353564/6/capturan-a-presunto-lider-del-cartel-de-jalisco.htm>.

⁷⁹ “Operativo en Valle Real causa incertidumbre en vecinos”, *El Informador* (6.09.2012), consultado en: <http://www.informador.com.mx/jalisco/2012/402887/6/operativo-militar-en-valle-real-causa-incertidumbre-en-vecinos.htm>

⁸⁰ Ibid.

viceversa. Por ejemplo, contrario a las declaraciones de los habitantes de “cotos”, Lorena, quien, como sabemos, habita un barrio popular, opina:

Yo creo que eso, lo que ha pasado en Guadalajara, yo lo..., yo creo que eso, más que nada, afectaría más en las zonas de alto nivel, porque, pues ahorita lo que se está viendo es cuestiones de narcotráfico y de todo eso, de narquitos pues, de las Zetas y demás... [...] Por ejemplo, si una de esas personas vive en Puerta de Hierro o algo, pues de aquel lado hacen, o dan un sustito. (Lorena)

Tal parece que, entre más difusas y omnipresentes se vuelven las amenazas, más desesperados devienen los esfuerzos por resguardar lo que queda de la ciudad habitable. De ahí la febril defensa de espacios que todavía mantienen la apariencia de propios y conocidos – una tendencia que, a su vez, fragmenta la ciudad en una infinidad de espacios tópicos y heterotópicos. El lograr expulsar el riesgo al espacio del Otro se convierte en la promesa de poder resguardar la frágil seguridad de uno mismo (aunque sea temporalmente) – una promesa sin duda seductora, ya que el “refugio” representa para los sujetos un recinto de relativa invulnerabilidad: perderlo significaría enfrentar una vulnerabilidad total e irrevocable.

5.6. En resumen

En este capítulo, he propuesto mirar el deterioro de la seguridad en la ciudad como un proceso que trastoca los aspectos más elementales de la relación que el sujeto desarrolla con el mundo que lo rodea - partiendo, sobre todo, de los planteamientos de Giddens (1998) en torno al debilitamiento de la seguridad ontológica. En consecuencia del resquebrajamiento de la capa protectora de la seguridad ontológica, el orden de la vida cotidiana se revela frágil y la vulnerabilidad, que forma parte irreductible de la condición humana, abandona su latencia. Esta vulnerabilidad que se revela en el contexto del desdibujamiento de lo seguro, desestabiliza a su vez la pretensión moderna del ‘yo’ autosuficiente y protegido (Cavarero 2009, Butler 2006). Se exagera así la tensión entre la

invulnerabilidad postulada y la vulnerabilidad *de facto*, que atraviesa la relación del sujeto con su propia corporalidad, con el espacio que lo rodea y con las figuras del Otro que encarnan los peligros de lo urbano.

Como lo pudimos observar, la tensión mencionada atraviesa todos los aspectos analizados en el capítulo: las figuras del Otro, presentadas como ambiguas y difícilmente “controlables”, pero marcadas por constantes esfuerzos por circunscribirlas; las posturas en torno al cuerpo – desde actitudes fatalistas hasta prácticas de autovigilancia y autocontrol; el espacio urbano visto como una zona de riesgo indiferenciado y omnipresente, pero, a la vez, los meticulosos intentos de deslindar en él lo seguro de la amenaza.

En términos generales, es posible notar que, en la ciudad marcada por un riesgo ubicuo, cercano y cada vez menos pronosticable, la tensión entre la vulnerabilidad vivida y la invulnerabilidad deseada tiende a encontrar su desenlace en esfuerzos de deslindar lo seguro de la amenaza, aunque a veces solo temporalmente o de manera parcial. “Dotar a la violencia de un territorio significa una victoria, en tanto confiere la ilusión de que aislando el territorio, se combate la violencia”, comenta Reguillo (2005:370). Lo mismo podría decirse sobre el riesgo. Aislarlo es la clave: otorgarle límites, o equiparse, uno mismo, de límites no traspasables. De ahí la abundancia de significados y prácticas en torno al “acorazamiento” del cuerpo, la “circunscripción” del Otro amenazante, las distinciones entre las zonas de riesgo y zonas seguras, la defensa de los refugios – esfuerzos, todos ellos, acompañados por la (no siempre admitida) sensación de su precariedad, contingencia, falta de perdurabilidad.

Esta tendencia se revela como bastante generalizada. Contrario a lo que es posible observar en los capítulos anteriores, en torno a la relación de los sujetos con el trabajo o el Estado (cf.:3.3), o inclusive en torno a la familia (cf.:4.4), donde los matices reconocibles en las narrativas permiten sospechar discursos diferenciados que subyacen en ellas, las cuestiones analizadas en este capítulo revelan una cierta “unanimidad” en lo narrado por los sujetos: todos ellos parecen posicionarse a lo largo del mismo eje, tendido entre la sensación de una vulnerabilidad creciente y el deseo de asegurarse contra las amenazas.

Esto no significa, por supuesto, que sea imposible notar diferencias entre los sujetos. No cabe duda, por ejemplo, que la posición socioeconómica del sujeto influye decisivamente en su capacidad de “blindarse” contra las amenazas - aunque sería erróneo suponer que la mayor capacidad de “blindaje” se traduce automáticamente en el aumento de la sensación de seguridad. Como lo atestiguan las narrativas de los habitantes de fraccionamientos cerrados, entre más delimitado, restringido y “purificado” aparece el espacio tópico, más amenazante se revela el heterotópico. Por otro lado, sería igualmente falso presumir que los menos privilegiados económicamente sean indiferentes a los riesgos de la vida urbana: también aquí, como lo pudimos observar, los esfuerzos por deslindar lo seguro de la amenaza se revelan bastante pronunciados, aunque sin duda devienen mucho más “artesanales” (ya que no se traducen, por supuesto, en la aplicación de tecnologías securitarias de última generación).

Los posicionamientos de los sujetos frente a la ciudad como un tiempo-espacio amenazado y amenazante revelan también diferencias en cuanto al género de los entrevistados – especialmente visibles en relación con lo narrado en torno al cuerpo. Así, las mujeres admiten su vulnerabilidad e indefensión con mucha mayor apertura, hablan con más frecuencia de sus miedos, angustias, sensación de impotencia, expresan sus dudas en relación con la efectividad de las exacerbadas medidas de autocontrol y autovigilancia frente a la ubicuidad del riesgo. Los hombres hablan con más énfasis sobre prácticas que les permiten controlar las situaciones de riesgo y tienden a no expresar abiertamente sus dudas, incertidumbres, temores – no cabe duda que frente a la inseguridad también hay emociones y actitudes más o menos “permitidas” y legítimas, según el género.

Pero, a pesar de todos estos matices dignos de destacar, las lógicas que subyacen en las narrativas parecen relativamente compartidas y se traducen en significados y prácticas enfocados en el “acorazamiento” contra riesgos siempre externos, encarnados en el Otro, ubicados en el espacio heterotópico, en las afueras de lo propio.

Es aquí donde cobran pertinencia los planteamientos de Roberto Esposito en torno al concepto de *la immunitas* (2003, 2005). Según el autor (como ya mencionamos en la parte teórica: cf.:1.3.1., 1.3.4.), la modernidad se afirma y progresa intensificando dinámicas y lógicas que aspiran suspender la vulnerabilidad que caracteriza inevitablemente el encuentro con el Otro (separándose al mismo tiempo de la comunidad ambivalente que supone tanto beneficio como amenaza). Las lógicas de la *immunitas* (un concepto que, según Esposito, podría ser interpretado como una de las claves explicativas del paradigma moderno) proliferan bajo el pretexto de preservar el cuerpo (individual y social) asediado por peligro – una amenaza situada en la frontera entre lo interior y lo exterior, lo propio y lo extraño, lo individual y lo común. La *immunitas* postulada se instituye a partir de la premisa de un riesgo siempre externo y por ello “expulsable”.

El autor plantea su argumentación desde la filosofía política y propone vincular el desarrollo y la intensificación de la *immunitas* con el surgimiento del Estado moderno y sus instituciones que, a cambio de obediencia, protegen al ciudadano de la comunidad ambivalente que potencialmente esconde en sus adentros la amenaza de muerte. Resulta difícil cuestionar este planteamiento. No obstante, lo que se quiere argumentar aquí (tomando en cuenta, entre otros, los hallazgos del análisis presentados en los capítulos anteriores: cf.:3 y 4) es que, actualmente, estas mismas instituciones modernas (promotoras de la *immunitas*) están desdibujándose como fuentes de seguridad y certeza – esto, sin embargo, no llega a debilitar las lógicas “inmunitarias”, sino parece trasladar su peso de las instituciones hacia el sujeto individual.

Frente a la institucionalidad en crisis, el debilitamiento del pacto social y la sustitución de la solidaridad por la responsabilidad individual, la tarea de buscar certidumbre y seguridad cae en los hombros del sujeto. Las violencias y los riesgos que marcan el tiempo-espacio de la ciudad profundizan la “soledad” del sujeto: “aceleran el debilitamiento del pacto social y la acentuación del individualismo como forma de respuesta ante un mundo no gobernable, ni asible, ni representable por ningún tipo de racionalidad fundada en acuerdos colectivos”

(Reguillo 2005:371). La *immunitas*, que prolifera bajo el pretexto de preservar el cuerpo asediado por peligro, se tiñe así de una inmediatez y literalidad extraordinarias – ya no se trata solamente del cuerpo como metáfora de lo social que se protege de los riesgos, siempre externos, que podrían alterarlo o contaminarlo, sino se trata del sujeto-cuerpo – literal y tangible – cuya consciencia de su propia vulnerabilidad le obliga a nunca acabados intentos de protegerse contra lo que le amenaza. Por ello, quizá, somos testigos de una notable (y paradójica) persistencia (si no exacerbación) del discurso “inmunitario”, como lo atestiguan, entre otros, las narrativas de los protagonistas de esta investigación. Las lógicas de *la immunitas* parecen proliferar a pesar de que (o quizá justamente *porque*) el proyecto civilizatorio de la modernidad muestra señales de una crisis innegable y sus debilitadas instituciones ya no logran conjurar la contingencia y el riesgo.

Capítulo 6

Comunidades o cómo estar juntos y no estarlo

A lo largo del análisis presentado hasta ahora la individualización se ha revelado como un proceso importante y multifacético que condiciona de diferentes maneras las subjetividades que se configuran en relación con los riesgos actuales. El debilitamiento del trabajo y del Estado como fuentes de seguridad, y la consiguiente colocación de la responsabilidad cada vez mayor en los hombros del sujeto; la familia imaginada a imagen y semejanza de un sujeto “todoresponsable”; lo urbano marcado por la expansión de lo siniestro que fragmenta y divide asignando a cada quien su espacio celosamente defendido y protegido: en las cuestiones abordadas hasta ahora subyace la concepción de un sujeto individualizado, aunque se exprese de maneras diversas, a veces incluso inesperadas o sorprendentes.

En contraste, las concepciones de lo común, lejos de saltar a la vista, resultan difícilmente rastreables en lo narrado por los sujetos. En cierto sentido podría decirse que lo común brilla aquí por su ausencia.¹ Una mirada más atenta revela, sin embargo, que esto no es del todo cierto. Aunque escasas, las menciones de lo común presentes en las narrativas atestiguan que los sujetos no descartan la idea de una comunidad solidaria como respuesta ante el riesgo, pero, al mismo tiempo, esta comunidad añorada aparece atravesada frecuentemente por una paradoja: se concibe a partir de una visión individualizada de lo social. Surgen así concepciones de lo común que podrían caracterizarse quizá como “lo

¹ Según el estudio “Sueños y aspiraciones de los mexicanos” publicado en la revista *Nexos* en febrero de 2011, (consultado en: http://www.nexos.com.mx/documentos/suenos_y_aspiraciones_de_los_mexicanos.pdf), 86% de los encuestados dijo no tener aspiraciones colectivas sino individuales y 63% estaba de acuerdo con que en México “cada quien jala por su cuenta” – los autores del estudio subrayan reiteradamente que los hallazgos revelan una profunda fractura entre lo individual y lo colectivo.

común individualizado”. Dentro del corpus de datos recogido es posible encontrarlo sobre todo en dos modalidades: lo común inmunizante y lo común como la suma de las partes individuales. En este breve capítulo se abordaran algunos aspectos de las paradójicas concepciones de lo común de cara al riesgo.

6.1. “Nosotros que somos gente de bien”: lo común inmunizante

*Hoy, en el nuevo régimen, el uso de la palabra “nosotros”
se ha vuelto un acto de autoprotección*

Richard Sennet

El filme titulado *La Zona* (dir. Rodrigo Plá, México, España; 2007) retrata un fraccionamiento residencial cerrado, autosuficiente, exclusivo, equipado con tecnología securitaria y seguridad privada. Conscientes de la corrupción policiaca y la incapacidad de las instituciones del Estado de proteger efectivamente a sus ciudadanos, los habitantes del fraccionamiento se resguardan en él de la delincuencia y la violencia que parecen asechar justo al otro lado del muro, donde se extiende un enorme barrio pobre. Mediante un amparo judicial los vecinos de “la zona” han logrado que la policía no pueda ingresar al lugar sin una orden, pero ese privilegio puede ser revocado si se produce en su interior un acto de violencia.

Durante una noche tormentosa ingresan al fraccionamiento tres jóvenes, habitantes del barrio vecino: un cartel que cae por la intensa lluvia derrumba un fragmento del muro que separa su mundo del mundo de los privilegiados. Entran en una de las casas para robar, pero son sorprendidos por la dueña y la asesinan. Durante el incidente muere también un guardia de seguridad, al que dispara por error uno de los residentes. Dos de los ladrones son abatidos por los miembros de la guardia privada. El tercero se escapa, pero no puede salir del fraccionamiento.

A raíz de este acontecimiento perturbador, se abre un intenso debate entre los residentes acerca de las posibles soluciones, que desenmascara tensiones escondidas debajo de la aparente armonía vecinal. Algunos proponen recurrir a las autoridades, pero la gran mayoría de los vecinos, temerosos de que les sea

revocado el privilegio de inmunidad y desconfiados, además, de la honestidad y eficiencia de la policía, deciden ocultar lo que había ocurrido y perseguir al prófugo por su cuenta. Hacen desaparecer los cadáveres, simulan que la muerte del guardia ocurrió por un ataque cardíaco, y emprenden la búsqueda del ladrón, reforzando la vigilancia a través de las cámaras y organizando patrullas de vecinos armados. El miedo, que alienta la imaginación de los habitantes, los acompaña en la persecución del intruso: corre la voz de que, además de ladrón y asesino, es violador, armado, capaz de cualquier cosa.

Mientras tanto, Alejandro, un adolescente que vive con su familia en el fraccionamiento, encuentra en el sótano de su casa al prófugo, Miguel, quien resulta ser un joven de su misma edad. Miguel reconoce que entró a robar, pero niega ser asesino. Intenta repetidamente abandonar el fraccionamiento, lo que sin embargo resulta imposible, debido a la exacerbada vigilancia vecinal y la impenetrabilidad de los muros de “la zona”. Finalmente, Miguel le pide ayuda a Alejandro, quien tras muchas vacilaciones decide brindársele – ambos graban una declaración de Miguel, para llevarla con un juez. Mientras tanto, un policía, quien recibe la denuncia de la desaparición de Miguel, inicia una investigación y empieza a presionar a los vecinos de “la zona”. Para librarse de esa presión, los residentes sobornan al superior del policía y logran que este sea obligado a dejar la investigación. En este momento los padres de Alejandro descubren la presencia de Miguel en su casa. Miguel intenta escapar por última vez, pero los residentes lo alcanzan. Asustado, dispara la pistola que ha estado escondiendo y hiere a una de las vecinas. Muere linchado por los habitantes de “la zona”.

Se puede interpretar de diversas maneras esta película que retrata una realidad compleja y contradictoria. Lo que interesa aquí es que resulta posible entenderla como un retrato de una cierta concepción de lo común: un “estar juntos” en el que subyace, en última instancia, la preocupación por la protección del cuerpo vulnerable y amenazado, lo común concebido a imagen y semejanza del individuo aislado y por ello (supuestamente) protegido.

Resulta pertinente recordar aquí los planteamientos de Roberto Esposito (2003, 2005) (cf.:1.3.1., 1.3.4.), quien opone la idea moderna de lo común, entendido como una “unidad de unidades”, una propiedad, un territorio a defender, y la idea de la *communitas*, que se constituye justamente por oposición a lo propio, interpretada como un conjunto de individuos a los que une un deber, una deuda con los demás. La *communitas* es intrínsecamente ambivalente: esconde tanto beneficios como amenazas, entre ellas también la amenaza de muerte. En respuesta a este aspecto entrópico y amenazante de la *communitas*, se constituye lo común moderno que aísla y protege a los individuos, liberándolos al mismo tiempo de la deuda que los vincula mutuamente. De esta manera surge una concepción de lo común que encuentra en el cuerpo aislado su más acabada metáfora: lo común como fusión de cuerpos, que tiene como resultado un cuerpo más grande, más protegido, inmune. Lo común “inmunizante” constituye sobre todo un dispositivo protector, un “nosotros” en el que el sujeto se resguarda de los riesgos de la otredad y a través del que se libera de la deuda que lo vincula con el Otro. No obstante, esta “inmunización” moderna no se realiza gratuitamente:

Lo que se sacrifica es precisamente el *cum* que es la relación entre los hombres, y por lo tanto, en cierto modo, a los propios hombres. Paradójicamente, se los sacrifica a su propia supervivencia. Viven *en* y *de* renuncia a convivir. [...] La vida es sacrificada a su conservación. En esta coincidencia de conservación y sacrificabilidad de la vida, la inmunización moderna alcanza el ápice de su propia potencia destructiva (2003:43)

Como ya mencionamos (cf.:5.6.), Esposito propone vincular el desarrollo y la intensificación de las dinámicas “inmunitarias” con el surgimiento del Estado moderno y sus instituciones que, a cambio de obediencia, protegen al ciudadano de la *communitas* ambivalente. Sin embargo, es posible argumentar también que estas instituciones están debilitándose actualmente como garantes de la *immunitas*, y la tarea de buscar certidumbre y seguridad cae, cada vez más, en los hombros del sujeto. En esta situación, la búsqueda de la *immunitas* se privatiza y se fragmenta, objetivándose, entre otros, en la multiplicación de “comunidades”

que prometen a los que gozan del privilegio de ser incluidos en ellas la protección contra las amenazas que asechan en las afueras.

No obstante, la pretensión de crear una comunidad de certeza-conseguridad, “suave y aterciopelada por dentro y espinosa y pinchuda por fuera”, cuya armonía interna “reluce y centellea contra el fondo de la oscura y enmarañada jungla que empieza del otro lado del portal” (Bauman 2003:183), no es exenta de paradojas y contradicciones, como lo ilustra magistralmente la película citada. Una vez violada la frágil frontera entre el adentro y el afuera, la febril búsqueda de la *immunitas* perdida justifica cualquier medio y hace que se desvanezcan dilemas morales en torno a la relación con el Otro, reducido enteramente a la encarnación de amenaza y por lo tanto sacrificable en nombre de la restauración de la seguridad vulnerada.

Como lo pudimos observar en el capítulo anterior, ante la inseguridad creciente que marca la experiencia de habitar la ciudad, la vulnerabilidad del cuerpo abandona su latencia y en respuesta surge una gran variedad de prácticas destinadas a aminorar la indefensión. Entre ellas, aumenta también la búsqueda del “acorazamiento” dentro de lo común protector – una búsqueda que encuentra expresión y resonancia en el discurso que elogia el “estar juntos” que protege aislando.

Un buen ejemplo de las lógicas de lo común inmunizante constituye un correo-cadena escrito por un supuesto habitante de Monterrey y titulado *El lado positivo de estos últimos días de violencia*. El autor (o autores), en un intento de convertir defectos en virtudes, enumera una serie de prácticas que han surgido en la metrópoli nortea a raíz de la oleada de violencia que enfrenta: las prácticas de autocontrol (“hoy volvimos a manejar con cortesía, nadie se mete entre los carros, [...] no se oye el claxon con recordatorios maternos, respetamos mejor las reglas de tráfico”), las de búsqueda de refugio (“nos recogemos temprano, nos sentimos más seguros en el hogar que en las calles”), las de vigilancia familiar (“los esposos acompañan a su esposa a las compras del mandado o los hijos no deben dejar solas a sus madres”), las de control de información (“dejamos recados en el

refrigerador de donde estamos con teléfono y dirección, conocemos más a los amigos de nuestros hijos”), entre otros. Sin embargo, lo que el texto elogia con mayor énfasis como una de las consecuencias más positivas de la violencia desatada, es el supuesto fortalecimiento de la necesidad de estar juntos:

Ahora volvieron los domingos familiares, comidas caseras con la familia extendida, llamamos más a los parientes lejanos y los que están fuera están más pendientes de los de aquí. [...] Por la noche cenamos juntos. [...] Las madres más despegadas están más pendientes de los jóvenes, ellos a su vez están más conectados con la actividad en casa. [...] Andamos más en grupos, nos agrupamos entre iguales, no más llaneros solitarios. [...] Las iglesias están llenas, todos estamos buscando a Dios. Sabemos que necesitamos un milagro. [...] Cuidamos los amigos que aún tenemos aquí. Todos apreciamos lo que tenemos.

Bajo la superficie de este panegírico comunitario, en el que ciudadanos virtuosos se dedican a actividades dignas de un cristiano ejemplar, se esconde una concepción de “estar juntos” muy específica. En primer lugar, para que se realice este prodigio comunitario, resulta necesaria la violencia como un elemento disciplinante y un afuera constitutivo – la comunidad parece prosperar gracias a las constantes amenazas que asechan en sus afueras. En segundo lugar, la concepción del “nosotros” que emana del texto resulta profundamente excluyente – no cualquiera puede pertenecer a la congregación de los virtuosos: los lazos de sangre, de amistad y de religión parecen decidir sobre la posible inclusión al gremio de los que “se agrupan entre iguales”.

En este contexto resulta pertinente citar también algunos datos que arroja la *Segunda Encuesta de Percepción Ciudadana de Calidad de Vida en el Área Metropolitana de Guadalajara* realizada por el Observatorio Ciudadano de Calidad de Vida, Jalisco Cómo Vamos (2012). Un dato interesante constituye, por ejemplo, el aumento de satisfacción de los encuestados con sus relaciones interpersonales, estas, a su vez, parecen relacionarse fuertemente con la cohesión familiar. Entre 2011 y 2012 aumentó la cohesión familiar medida por la frecuencia de las actividades que sus miembros realizan juntos: en 2011 34% de las familias se juntaban con mucha frecuencia y en 2012 el porcentaje subió al 41%. Aumentó también, según la encuesta, la solidaridad en relaciones interpersonales. En caso

de emergencia el 93% de los tapatíos declara contar con su familia (en 2011 lo declararon 85% de los encuestados), el 85% con amigos (75% en 2011) y el 75% con sus vecinos (70% en 2011). En cuanto a la confianza, los autores del estudio llegan a las siguientes conclusiones:

Así, se observan dos tendencias claramente definidas. La primera es cierta precariedad en el tejido social, aunque este parecería estar aumentando. La segunda es que solamente existe un claro grupo que brinda amplia confianza: la familia. Con los demás habitantes de la colonia se observa un nivel razonablemente alto de confianza; con los compañeros, apenas uno aceptable; y con los desconocidos, una clara desconfianza. (Observatorio Ciudadano 2012:185)

Aunque esto podría parecer arriesgado, es factible, quizá, interpretar estos datos en clave de lo común inmunizante. Es posible sospechar que el aumento de cohesión, solidaridad y confianza en relaciones interpersonales cercanas se relacione (entre otros, por supuesto) con la inseguridad imperante. Como comentan los autores del correo-cadena mencionado, “nos sentimos más seguros en el hogar que en las calles” (la desconfianza de los tapatíos hacia los transeúntes – 66% - resulta elocuente en este contexto), “andamos más en grupos”, “conocemos amigos de nuestros hijos” – todo ello en respuesta a las amenazas que asechan en la ciudad encarnándose en múltiples figuras del Otro (cf.:5.2.). Profundizando la sensación de asedio, los riesgos de la cotidianidad urbana parecen constituir un factor de fortalecimiento de lo común en su modalidad inmunizante.

Como lo atestiguan los datos estadísticos citados, para una mayoría abrumadora de los tapatíos la familia constituye la primera y la más importante fuente de solidaridad y confianza – lo común inmunizante en su forma más “concentrada” y reducida.² También las narrativas de los protagonistas de esta investigación confirman la importancia adscrita a la familia (como lo pudimos observar en el capítulo 4), especialmente como un “amortiguador” de indefensión y una red de vigilancia – a pesar de las tensiones que atraviesan la relación de los

² Cabe recordar aquí la hipótesis según la cual la familia puede ser vista como un “individuo dilatado” (cf.:4.3.): lo común que se constituye a imagen y semejanza del individuo.

sujetos con sus redes familiares, la fe en el poder protector de la familia parece seguir inquebrantable.

En cuanto a la solidaridad vecinal, los sujetos entrevistados se muestran mucho menos entusiastas, como lo podremos observar a continuación. También los datos arrojados por la encuesta mencionada demuestran que la cohesión, solidaridad y confianza vecinal no se compara con la familiar, aunque parece ir en aumento. Mientras que en 2011 el 61% de los encuestados estaba de acuerdo con la frase “los vecinos de esta colonia somos unidos”, en 2012 lo estaba el 66%. Casi 70% se declaran felices con su relación con los vecinos (igual que en 2011), aunque aumentó el número de los que se sienten infelices con sus vecinos: del 5% en 2011 al 9% en 2012. (Observatorio Ciudadano 2012).

Un ejemplo especialmente llamativo del discurso que apela a lo común inmunizante interpretado en términos de la unidad vecinal ofrecen las conferencias impartidas en la colonia *La Primavera*, en julio de 2011, en el marco del programa de autoprotección vecinal “Vecinos en alerta” – aquí algunos fragmentos de la observación etnográfica durante la primera de las conferencias:

En una de las calles del poblado La Primavera (una colonia semirural y popular a las afueras de la ciudad) se ha anunciado la primera junta de “Vecinos en alerta”: programa de autoprotección vecinal, promovido por el Grupo de Prevención del Delito de Seguridad Pública de Zapopan. La junta tendrá lugar en la cochera de uno de los vecinos – un pequeño auditorio improvisado con sillas de plástico. La cita es a las cinco, pero a esta hora el espacio luce todavía vacío. Poco a poco van llegando los primeros interesados. Los dos miembros del Grupo de Prevención del Delito que van a impartir la conferencia introductoria esperan pacientemente. “La semana pasada vinimos”, comentan, “pero no vino nadie, dicen que no sabían, nadie les avisó...”. La cochera se va llenando, han llegado 11 personas, los conferencistas deciden empezar.

Se presentan, anuncian que van a ofrecer a los presentes una breve introducción referente a la unión vecinal en contra a la delincuencia. “Sabemos que han sufrido robos.”, comenta uno de ellos, “Están sucediendo cosas. Nosotros

no venimos a resolverles la vida, pero sí a darles algunas herramientas, para que ustedes sepan cómo actuar ante algún ilícito o alguna amenaza de un delito.”

Su compañero añade: “Nuestro programa, al ser informativo, es una forma autodidáctica, para que ustedes empiecen a conocerse, empiecen a ver quiénes son sus vecinos, porque a veces yo ni siquiera me doy cuenta quién es mi vecino. ¡No me doy cuenta! Estoy en mi casa, veo que están robando en aquella casa y pues... con que no me roben. Egoísta. Una forma egoísta de no solventar un problema de mi colonia... No. Alerta. Nosotros como sociedad tenemos la obligación de reunirnos, la obligación, ya no tanto derecho, obligación de unirse, y unirse, porque cuantas veces nosotros no hemos escuchado: delincuencia organizada por aquí, delincuencia organizada por allá.... Y de los vecinos, ¿dónde escucha eso? No se escucha. Entonces ya es tiempo de que nosotros empecemos a generar esta cultura de la organización: vecinos organizados. Donde yo, como vecino, don Juan, conozco a mi vecino Pedro, mi vecino Pedro conoce a Doña Petrita. Entonces, como todos ya nos conocemos, pues tenemos más posibilidades para protegernos”.

Como la primera medida de autoprotección vecinal, los conferencistas proponen la elaboración de lo que llaman “un árbol telefónico” que consiste de una lista de números de teléfono de los habitantes del vecindario. “Para que ustedes: ‘Ah, este es el teléfono de Don Pancho, se le andan brincando. Don Pancho, se le andan brincando allá, en su casa’. Por si no timbra, al que sigue: ‘Oyes, allí a Don Pancho se le andan brincando’, y todos empiezan a llamarse. Y hacen una cadena. Una cadena, donde este muchacho que se metió a robar, pues no va tener salida. Y ya los policías, pues lo van a detener”.

Los vecinos comentan tímidamente que lo de los policías no es así... que nunca vienen. Se los llama pero no vienen. O pasan y no se detienen, aunque vean que algo malo está pasando. Los sábados hay borrachos en la esquina. En el parque hay quienes se ponen a fumar marihuana. Hay robos, a veces incluso al medio día, basta que uno salga un rato de la casa. “Aquí no funciona eso de llamar a la patrulla”, opina uno de los presentes y los demás están de acuerdo. “Ya parece que somos intocables: vienen, pasan, no paran...”

Bueno, responde el conferencista, para eso también sirve la unidad vecinal, porque si llama uno a lo mejor no vienen, pero si denuncia uno y otro y otro más, la policía se siente más presionada y vendrá. Continúa: “En muchas colonias... más pudientes... se les dan... las opciones, pues, para que pongan un sistema de seguridad. En nuestro caso, puede ser simplemente un silbato, donde todos, teniendo un silbato, al oír que están pitando: ‘Ay, ¿qué está pasando? Algo está pasando’. Ya me alerté. Ya mi vecino... algo le está sucediendo... algo... Prendo mis luces a las diez de la noche y ya oímos... todos empiezan a pitar. Hay una persona sospechosa en la calle que no debe estar allí, no tiene porqué estar allí. Pero yo ya estoy alertando, ya chiflé, entonces ya mi vecino ya se puso en alerta.”

Lo importante, reitera, es que los vecinos se conozcan y que se apoyen mutuamente. “Ahorita vamos a hacer un pequeño ejercicio”, añade, “para que vean su reacción ustedes mismos”. Junta a los vecinos en pares, les da hojas blancas y plumas. “Van, con una sola mano, dibujar su mano. Con una sola mano lo van a hacer. ¿Cómo lo harían ustedes? Háganlo.” Los vecinos, algo incómodos, procuran realizar la tarea, que, por supuesto, solo es factible en pareja: uno pone la mano sobre la hoja y el otro la dibuja. “¿Ya terminaron todos?”, pregunta el conferencista. “Todos aquellos que se ayudaron, es la forma correcta de ayudarnos mutuamente como lo dijimos. Los que lo intentaron de hacer solos, pues... no estamos acostumbrados a ayudarnos...”, concluye.

El punto clave es, según los conferencistas, combatir la apatía vecinal: “Donde hay mucha apatía vecinal, con mucha facilidad le roban. A veces el delincuente está robando a plena luz del día, el vecino sí vio, pero ¿qué dice el vecino, qué piensa? ‘No quiero meterme en problemas. Si digo que yo vi, no, me van a llamar... No, yo mejor no vi nada. De todos modos el vecino... es el que me cae mal...’ Hay que participar en las cosas que sean de interés común. Porque si yo veo que están atacando al vecino, agarro el teléfono, hago un simple reporte, al final de cuentas me estoy protegiendo a mí. Porque el delincuente, si roba con toda facilidad en tal poblado, en tal calle, si nadie dice nada, ¿qué va a hacer? Va a seguir. El delincuente, a veces son dos o tres, pero son bien organizados, bien unidos y saben si viene ya la patrulla, si viene el vecino, si están en algún riesgo,

en algún peligro y están bien organizados. Nosotros que somos gente de bien, a veces nos hace falta únicamente organización y unión. Cuando los vecinos están organizados, están unidos, el delincuente se da cuenta y de pronto ya no se mete en ese lugar. ¿Por qué? Porque los vecinos se apoyan, porque los vecinos se comunican, porque los vecinos están al pendiente unos de otros. Se trata de apoyarnos. Cualquier persona rara, extraña, inmediatamente un reporte. ¿Qué vamos a lograr? Que venga la policía, que haya más presencia policiaca y que cheque aquellas personas que no sabemos qué intenciones tengan. Por eso es importante que ustedes como vecinos se conozcan. Porque así inmediatamente vamos a identificar cuando una persona, pues, es extraña. Es convertirnos en ojos de nuestros vecinos y también de la policía”.

Los vecinos no se ven muy convencidos. Es que los borrachos y los mariguanos son de aquí, de la misma colonia, comentan. Todos los conocen. Hasta de los que roban se sabe quiénes son. No más que no viene la patrulla, cuando se la llama...

Esto, responden los conferencistas, será justamente el tema de la siguiente conferencia: ¿Cómo denunciar de manera efectiva? Por hoy es todo. Gracias por la atención. Se despiden.

El discurso de los conferencistas ofrece, sin duda, un ejemplo muy claro de la concepción de lo común que se establece y consolida a partir de la amenaza. La organización vecinal es presentada como un potencial contrapeso de la llamada “delincuencia organizada”. La unión vecinal, la comunicación, el interés y la ayuda mutua surgen en respuesta al peligro, encarnado en un agresor que, aunque moralmente inferior, ha entendido que en la unión hace la fuerza. La debilidad de “nosotros que somos gente de bien” consiste en que subestimamos las ventajas de la organización y la unión: lo común es presentado como un poderoso instrumento de autoprotección.

Por otro lado, resultan también interesantes las reacciones de los vecinos ante este discurso. Lejos de entusiasmarse por la perspectiva de la construcción de una comunidad de autoprotección, denuncian reiteradamente la indiferencia de

las instituciones de seguridad. No les convence tampoco la distinción tajante que el discurso de los conferencistas procura establecer entre el grupo vecinal (virtuoso, solidario, conocido) y los potenciales intrusos (extraños y sospechosos). Su experiencia es otra: la realidad del barrio no es tan blanquinegra ni tan simple, y la distinción entre el vecino-aliado y el Otro que se revela como amenaza no siempre es nítida: resulta imposible establecerla a partir de las oposiciones conocido/extraño o dentro/fuera.

Varios de los sujetos entrevistados, especialmente los que habitan colonias populares (algunas de ellas con un alto grado de marginación), están igualmente lejos de interpretar su vecindario como un ambiente de confianza y armonía. Según Citlali, en su barrio reinan delincuencia y vandalismo: además de riñas de pandillas son también frecuentes los robos a casa-habitación, perpetrados por lo regular por los habitantes del mismo barrio:

Fíjese que [los que roban] son de los mismos, de allí, de esos barrios. Lo que pasa es que... como le digo... como hay mucha drogadicción, a mi me ha tocado de esos que ven que están hasta totalmente perdidos y drogados, y esos que andan totalmente drogados son los mismos que se brincan. (Citlali)

Álvaro, igualmente, caracteriza su vecindario como marcado por crimen y drogadicción, aunque admite que la situación ha mejorado últimamente:

Donde yo vivo es barrio de puros cholos, pero se ha tranquilizado un poquito. [...] Las drogas, ahora sí que las ves al orden del día, toda la gente vende drogas. [...] Antes había más robos, más peleas, más asesinatos, aparecían de repente, no sé, cada semana dos muertos, un muerto... Robos a casas. Y ahorita... no sé si esta gente ya se fue de allí, o crecieron... (Álvaro)

Angélica cuenta que tuvo que abandonar el vecindario que habitaba anteriormente porque “puros pleitos era estar soportando”; se muestra contenta de que entre sus vecinos actuales “casi nadie se mete con uno” (aunque algunos de ellos resultan ser “mariguanos”). Lorena, quien ha habitado su vecindario desde el nacimiento, es la única que hace una breve mención de una cierta solidaridad vecinal:

La gente de aquí no se mete con los de aquí. Al contrario, como que... como que nos cuidan. Como que la gente, como le llaman la gente del barrio, de aquí, la cuida a la gente de aquí... (Lorena)

La dificultad de reconocer en su vecindario una posible “comunidad” se profundiza adicionalmente por el hecho de que los sujetos expresan frecuentemente su excepcionalidad (deslindándose del vandalismo, la drogadicción, los “pleitos” y otros “vicios” que caracterizan sus respectivos vecindarios) y, por lo tanto, su falta de identificación con sus vecinos.

Contrario a lo que podría parecer, esta tendencia no es reconocible exclusivamente en las narrativas de los menos privilegiados. Así, Lidiana relata su experiencia de vivir en un fraccionamiento cerrado en términos profundamente ambivalentes. Los riesgos que enfrenta ella (y su familia) pertenecen a dos índoles: por un lado, los que amenazan su seguridad física, asechan detrás del muro del “coto”, en la jungla de la ciudad, y se mantienen fuera gracias al exorcismo diario de controles, escaneos y cámaras de vigilancia en la entrada, y por otro, los que amenazan sus certezas morales y que no se pueden desterrar tan fácilmente. De ahí que la vida en el “coto” parece cumplir ampliamente con expectativas de Lidiana en cuanto a garantía de seguridad, pero sus esperanzas de encontrar en él una “comunidad de semejanzas” quedan frustradas. La búsqueda de seguridad (entendida como búsqueda de preservar la integridad física) se traduce, entre otros, en las prácticas de protección, vigilancia y búsqueda de refugio, vinculadas fuertemente con la tendencia a controlar el tiempo y espacio, lo que les brinda una cierta “tangibilidad” (por ejemplo, la posibilidad de delimitar la zona segura, aunque de manera precaria). La búsqueda de preservar la certeza moral, mucho menos “tangible”, resulta más difícil. Mientras que las amenazas a la seguridad física tienden a encarnarse en el Otro radical que forma parte del “afuera”, las que asechan a las certidumbres pueden esconderse en su entorno directo, personificados en un vecino o un amigo de sus hijos – el Otro que a la vez es parte de uno mismo, difícilmente “alejable”. De ahí que Lidiana declara no identificarse enteramente con el estilo de vida de los habitantes del fraccionamiento, no deja de subrayar que su familia es “muy

diferente a ellos”, cuenta que va reduciendo su círculo de amistades, confiesa sentirse sola (aislada) en su lucha por educar a sus hijos “tan bombardeados de todo eso de lo que nosotros los queremos alejar”. Se abre un grieta entre las dos funciones que Lidiana adscribe al “coto” – la de brindarle seguridad (cumplida) y la de ofrecerle una “comunidad de semejanzas” (incumplida).

“Vive con gente como tú”, invita un anuncio de un fraccionamiento cerrado (en la fotografía una pareja joven de clase media sonríe amigablemente) – sin embargo, resulta llamativo que ninguno de los habitantes de “cotos” menciona en su narrativa a sus vecinos (a excepción de Lidiana, quién, como acabamos de ver, los describe en términos mayormente negativos) - la convivencia vecinal parece no constituir un elemento clave en su experiencia de habitar el fraccionamiento.

En resumen, la tendencia que emana de las narrativas parece ser la de búsqueda de lo común dentro de vínculos primarios: la familia es narrada por muchos como su principal experiencia de “estar juntos”: como la casa, que se convierte en el refugio por excelencia dentro del espacio de la ciudad (cf.:5.5.), la familia parece cumplir con la misma función en el espacio social. El vecindario, por lo contrario, es narrado a menudo como una “comunidad” difícil y profundamente ambivalente: no carece de una cierta solidaridad, pero a la vez es narrada frecuentemente como fuente de posibles amenazas.

Finalmente, hablando de lo común en su modalidad inmunizante resulta importante mencionar también ciertas colectividades religiosas o cuasi religiosas con las que se identifican algunos de los sujetos entrevistados. Como lo podremos observar en el próximo capítulo, dedicado a las creencias y ofertas de sentido (cf.: 7.2.), las “comunidades de sentido” (Berger y Luckman 1997), a las que eligen pertenecer algunos de los sujetos, les ofrecen no solamente la certidumbre compartida sino también una sensación de seguridad, fruto de su apego a las normas de la comunidad en cuestión, la cual se constituye, nuevamente, a partir de la oposición entre el adentro (los “virtuosos”) y el afuera (los “pecadores”).

6.2. “Poner tu granito de arena”: lo común como la suma de las partes

De vez en cuando, por lo regular en el contexto de acontecimientos especialmente perturbadores, aparecen en el internet correos-cadenas que invitan a sus lectores a orar a la misma hora conectando sus energías positivas para contrarrestar o revertir de esta manera los peligros del acontecimiento en cuestión. Ilustrativo resulta un correo titulado “Otra carta de Japón” – un texto que circuló pocos días después del terremoto y tsunami que devastaron las costas japonesas en marzo de 2011, causando, entre otros, la avería del reactor nuclear de Fukushima y el consiguiente aumento de radioactividad.

En la carta, enviada supuestamente a todos los países del mundo, una japonesa (Megumi) invita a los lectores a orar y meditar a las 21 horas de tiempo japonés, ya que, como añade, la meditación y la oración “es la forma más fácil y más poderosa para conectarnos a todos”. Luego siguen indicaciones más específicas:

Hay dos puntos en los que nos podemos enfocar. En primer lugar, NO nos centramos en la desdicha personal. Nos centramos en sanar a toda la humanidad, en toda la existencia y todo el planeta Tierra. En segundo lugar, nos centramos en transformar la ultranegativa energía radiactiva en la ultrapositiva energía del amor. La energía no se destruye, pero puede transformarse. En primer lugar, abrimos nuestro corazón. A continuación, visualizamos a la Tierra cubierta con luz dorada que entra en toda existencia individual hasta que la Tierra comienza a brillar por sí misma, y rezamos para que una sustancia de hielo azul enfríe el reactor nuclear y lo convierta en la cosa más bella que cada uno pueda imaginar.

Entre más personas logren a “reunirse” para meditar al mismo tiempo, más potente será el cambio de la energía negativa en positiva, asevera la supuesta autora.

Entre las invitaciones a oraciones colectivas no faltan ejemplos locales: “Nunca habíamos tenido un México tan peligroso con tanto Narco, tanta violencia, miedo por nuestros hijos”, escriben los autores de uno de los correos, proponiendo

como respuesta “una idea sensacional y extraordinaria”: al igual que un grupo de ingleses convocados durante los bombardeos nazis por un consejero del mismísimo Sir Winston Churchill, quienes todas las noches paraban lo que estaban haciendo para orar por la paz logrando así que el bombardeo terminara, también los mexicanos deben “orar durante un minuto todas las noches a las 8:00 pm por el país, por la seguridad de sus habitantes y eliminar el crimen”. Si todos hacemos lo mismo al mismo tiempo, parecen sugerir los autores, lograremos un cambio extraordinario, aunque cada quien lo haga por su cuenta.

En junio de 2011, en la portada de la revista *QUO (Conocimiento que transforma tu vida)*³ apareció el siguiente título: “La plaga humana. Siete mil millones de depredadores atentan contra el planeta”⁴. En la imagen aparece un bebé de pocos meses (desnudo y con el código de barras impreso en el brazo) multiplicado infinitamente través de un fotomontaje: miles de niños pequeños, todos iguales aunque captados en diferentes poses, sentados sobre una planicie de tierra árida, visiblemente resquebrajada por la sequía.

“¿Nos hemos convertido en una peste para el planeta y el resto de sus habitantes?”, preguntan los autores del artículo, a lo largo del cual la raza humana es presentada como la más depredadora del planeta - es comparada, entre otros, con plagas de langostas y saltamontes y, finalmente, descrita como “uno de los mayores agentes catastróficos desde que un asteroide chocó contra la Tierra arrasando con la mitad de las especies”. Se informa que la población humana utiliza hoy en día el equivalente a 1.5 planetas para satisfacer sus necesidades y que sus consumos energéticos y materiales son de tales dimensiones que ponen en riesgo el funcionamiento adecuado de los ciclos bioquímicos del planeta. Los autores mencionan también el crecimiento exponencial de la población, especialmente inquietante en el contexto de la escasez de los recursos no renovables y alimentos, aunque añaden que para evaluar el proceso de

³ La revista se autodefine como revista de divulgación práctica más importante de México, que fomenta el conocimiento y la imaginación, informando de forma clara y entretenida.

⁴ *Quo*, No. 164, junio 2011, pp. 36-46

degradación del medio ambiente es necesario considerar no solamente el volumen de la población, sino sus patrones de consumo: “se requerirían 4.5 planetas para satisfacer la demanda de una población mundial cuyo estilo de vida fuera el mismo de un ciudadano promedio de los Estados Unidos” y “si la humanidad viviera como un ciudadano medio en India, entonces se utilizaría menos de la mitad de la biocapacidad del planeta”. Hasta ahí el análisis: no se mencionan dilemas vinculados con el sistema económico imperante ni tampoco se señalan cuestiones políticas – la sobrevivencia del planeta parece depender, primordialmente, de los patrones de consumo del “ciudadano promedio”. También parece depender de sus decisiones en cuanto a la procreación - significativamente, el artículo empieza y termina con la mención del Movimiento por la Extinción Humana Voluntaria (VHEMT, por sus siglas en inglés) que une a individuos, quienes, convencidos de que la raza humana es nociva para la Tierra, han tomado la decisión de no reproducirse.

Observo nuevamente la imagen en la portada: cientos de niños iguales sentados sobre tierra infértil y seca. Me doy cuenta que, debido al fotomontaje, la imagen logra un efecto adicional, quizá indeliberado, pero sin duda elocuente: los niños, aunque sentados uno al lado del otro, parecen no notar su mutua presencia, cada uno luce perfectamente indiferente a los demás, enteramente individual.

¿Qué tienen en común los dos ejemplos citados, escritos obviamente en registros muy distintos, ya que el primero apela abiertamente al pensamiento mágico, mientras que el segundo pretende una cierta científicidad? Parece que, a pesar de las diferencias, apelan a una concepción de lo común bastante similar: lo común que se constituye ante una amenaza como la suma de las partes individuales y que cobra fuerza a partir de la multiplicación de la misma práctica a manera de un fractal o una especie de reacción en cadena.

Esta visión de lo común está también presente en las narrativas de algunos de los sujetos (quienes en su mayoría pertenecen a niveles socioeconómicos más altos y comparten un nivel relativamente alto de educación), especialmente los

que muestran un cierto interés por el tema de los riesgos medioambientales, aunque no solamente. Preguntados por sus actitudes hacia el medioambiente, los sujetos mencionan ciertas prácticas de corte ecologista, tales como la de cuidar agua y separar basura, usar bolsas biodegradables, reciclar ropa y juguetes, limitar el tiempo de uso de la televisión y aparatos electrónicos, apagar las luces y el gas. La salvación del planeta parece depender de prácticas de carácter individual, a las que los sujetos se refieren por lo regular como una forma de “poner su granito de arena”:

Por lo menos yo estoy haciendo... aunque sea poquito, pero algo. Bueno, ya no se calienta tanto el planeta... (Gabriela)

Sí, estoy a favor de la ecología. Si todos hiciéramos un poquito... el mundo no se va a restablecer, pero podemos hacer que nos dure un poco más. (Álvaro)

Son maneras que pones tu granito. Y ayudas. Porque si no lo haces, pues... Porque no sólo eres tú. Es lo que yo pienso. Si tú lo haces, mucha gente te ve y esa gente va a empezar a hacer. Es como un efecto dominó. Y que si no lo haces puedes ayudar a que mucha gente no lo haga y, pues, no eres solo tú. Y es lo que puede afectar. O sea, una persona no afecta tanto, pero ya en grupo sí afecta mucho. (Gustavo)

Las prácticas de las que habla Gustavo tienen carácter individual. El mismo declara que no estaría dispuesto, por ejemplo, a convertirse en un miembro de un grupo de activistas medioambientales: “como que no va tanto con mi persona”, comenta. No obstante, adscribe a sus prácticas un considerable poder de “contagiar” a los demás – el “grupo” al que se refiere es un cierto número de individuos actuando de manera similar y capaces de provocar así un cambio importante.

Una lógica similar aparece en la narrativa de Salvador en relación con su (ya mencionada) preocupación por los riesgos de la (supuesta) decadencia moral actual. También aquí los riesgos son enfrentados a través de prácticas individuales que se multiplican a manera de un contagio, como lo ilustra el fragmento sobre los correos electrónicos dedicados a la educación apropiada de

los hijos que Salvador envía a otros padres de familia esperando lograr así una renovación moral de alcances potencialmente globales:

Yo [el futuro] lo veo optimista, siempre y cuando inculquemos valores. Yo, la mayoría de los correos que mando los mando con esta intención. Porque mi idea es, por ejemplo, involucrar a siete familias, y esas siete familias que cada una involucre... no siete, a tres, para que esas tres involucren a otras tres. Y esas tres a otras tres. Y se vaya haciendo un panorama... mundial.
(Salvador)

Queda claro que la concepción de lo común como suma de partes individuales que, además, puede expandirse a manera de un contagio, se inspira en las características de las nuevas tecnologías de comunicación. Mientras que Salvador se refiere al uso literal de las redes como medio de la difusión de sus convicciones, Gustavo no las menciona directamente, pero seguramente constituyen una inspiración para su concepción de lo común. Esto no sorprende, si tomamos en cuenta el poder de convocatoria y movilización de las redes sociales, del que los sujetos son, por supuesto, conscientes.

Y efectivamente, sería difícil subestimar el rol de las nuevas tecnologías de comunicación, no solamente como medios reales que conectan y articulan a manera de rizomas, sino también como metáforas de ciertas maneras de estar juntos. Por ejemplo, como argumenta Ardití (2009), las actuales formas emergentes de hacer política no serían posibles sin la conectividad a través de la cual se generan comunidades transitorias que articulan a individuos y grupos para realizar acciones alternativas. La “política viral”, como la propone llamar el autor, emula las formas de propagación de los virus: son formas de participación política que no implican la pertenencia a un grupo y que convocan a ciudadanos que actúan espontáneamente en momentos coyunturales para replegarse después.

Cito la política viral porque constituye un ejemplo de prácticas de “estar juntos” que conjugan la idea de una conectividad intensa con un compromiso relativamente limitado. En este sentido, la concepción de lo común que le subyace no carece de ciertas similitudes y resonancias con la concepción de lo común que es posible observar en los fragmentos mencionados de las narrativas analizadas.

Aunque hay que añadir, por otro lado, que mientras que las “intervenciones intermitentes” de la política viral pueden crear situaciones de reciprocidad real (si bien efímera en ocasiones), capaz de desembocar en una cierta agencia transformadora, la visión de lo común como la suma de las partes presente en las narrativas parece basarse en la idea de una interconexión entre individuos que se antoja más bien imaginaria, pero a la que se le asigna, sin embargo, un poder considerable.

Así, por un lado, es posible encontrar en las narrativas una cierta exaltación del poder de la supuesta interconexión: aunque los sujetos no llegan a adscribirle características mágicas comparables con las mencionadas en los correos-cadenas citados al principio del apartado, no dudan de que sus prácticas individuales sean altamente “contagiosas” y que, además, se potencian al multiplicarse: por ejemplo, Gustavo habla en este contexto del “efecto dominó”, Salvador está convencido de que “haciendo un pequeño cambio nosotros, generamos un gran cambio alrededor”. Por otro lado, hay que subrayar que el énfasis está puesto aquí en prácticas que, aunque realizadas en nombre del compromiso con un “nosotros” difuso, son principalmente individuales.

En pocas palabras, esta concepción de lo común (al igual que lo común inmunizante, descrito en el apartado anterior) puede ser interpretada como la expresión de la búsqueda de la comunidad que no llega, sin embargo, a traspasar las limitaciones del mundo individualizado. La convicción de que actuando individualmente es posible lograr un cambio significativo gracias a la supuesta interconexión ilimitada, podría apaciguar la impotencia ante la aparente inmovilidad del *statu quo*, pero resulta difícil no sospechar que en realidad lo está perpetuando.

6.3. Comentarios finales

Varios autores comprometidos con la tarea de dilucidar las lógicas y dinámicas de la contemporaneidad expresan su preocupación por el deterioro de la solidaridad y de la responsabilidad mutua que caracteriza lo social actual (Butler 2006;

Cavarero 2009; Esposito 2003, 2005; Sennet 1997; Zizek 2011). Algunos sugieren en este contexto que justamente la experiencia de riesgo podría revelarse como detonador de una nueva solidaridad y del regreso a lo común. Cavarero (2009) argumenta que el reconocernos vulnerables ante la amenaza podría desembocar en el reconocimiento de la vulnerabilidad de los demás y, por lo tanto, desestabilizar la ilusión moderna del sujeto autosuficiente y cerrado sobre sí mismo. Beck (2008) confía que la experiencia compartida de formar parte de la sociedad de riesgo podría tener un efecto igualmente cohesionante:

Los riesgos globales abren un espacio moral y político del que puede brotar una cultura civil de la responsabilidad por encima de fronteras y enfrentamientos. La experiencia traumática de la vulnerabilidad de todos y la consiguiente responsabilidad con respecto a los otros (también por propia supervivencia) son las dos caras de creerse el riesgo mundial. (2008:89)

Morin (2004), por su parte, en referencia a la crisis planetaria desatada por los atentados del 11 de septiembre, propone - ante las promesas incumplidas del progreso salvífico y de la razón providencial - “reemplazar” el evangelio de la salvación (“puesto que todos seremos salvados, seamos hermanos”) por el de perdición: “puesto que todos vamos hacia nuestra perdición, seamos hermanos”. Lo que nos une, según el filósofo, es la amenaza de un futuro catastrófico – en una palabra: el riesgo.

Sin embargo, como lo pudimos observar en este breve capítulo, los datos recogidos no prometen una pronta realización de estas esperanzas. Lo común como respuesta ante el riesgo, lejos de prometer una diversidad compartida e incluyente, se revela en ocasiones ilusorio o se construye a imagen y semejanza del individuo en busca de protección.

En su versión inmunizante lo común se reduce al círculo más cercano de relaciones primarias y se convierte de esta manera, paradójicamente, en una expresión más de la individualización. La búsqueda de protección en las “comunidades de semejanzas” resulta bastante compartido por los protagonistas de la investigación: empezando por la familia, la primera y más importante fuente

de solidaridad y confianza, y terminando con ciertas comunidades religiosas o cuasi religiosas con las que se identifican los sujetos.

En cuanto a la otra concepción de lo común presente en las narrativas, en la que se exalta el poder de la acción individual en nombre de la supuesta conexión con un “nosotros” difuso, esta es compartida por un grupo menos extenso de los sujetos (los que por lo regular tienden a pertenecer los estratos medios y altos). Las lógicas de lo común como la suma de las partes individuales apelan, por supuesto, a la idea de una acción colectiva y solidaria ante la amenaza, pero, al mismo tiempo, reemplazan lo común real y concreto por uno virtual y difuso, ensalzando al mismo tiempo el poder de agencia del sujeto individual que actúa en nombre de esta comunidad etérea.

Es posible argumentar que ambas concepciones de lo común abordadas en este breve capítulo pueden ser interpretadas como expresiones de la búsqueda de una comunidad solidaria ante el riesgo, la cual no llega, sin embargo, a trascender las limitaciones del mundo individualizado.

Capítulo 7

Creencias y ofertas de sentido: domar la incertidumbre

El estudio reciente titulado *Una ciudad donde habitan muchos dioses: cartografía religiosa de Guadalajara* (Gutiérrez Zúñiga et al. 2011) revela datos interesantes: si bien una mayoría abrumadora de la población de la ciudad sigue siendo católica (95% según los censos del INEGI), el campo religioso de la urbe se está transformando – según las autoras, el panorama de la ciudad ya no es de monopolio católico, sino de “una diversidad policromática de instituciones, prácticas y creencias diversas” (ibid.:10). Resulta sin duda revelador y significativo que el número de lugares de culto no católicos en la ciudad es actualmente sólo ligeramente menor que el total de templos católicos (aunque los últimos gozan por lo regular de un mejor posicionamiento y son menos “efímeros”).

No obstante, como subrayan las autoras, la complejidad del proceso de la pluralización de creencias solo puede apreciarse apropiadamente si además de su aspecto cuantitativo e institucional consideramos también el rol de ciertos consumos culturales que juegan un papel importante en la reconfiguración de las prácticas y las creencias sin afectar necesariamente las adscripciones religiosas formales. Así, mientras se diversifica la adscripción religiosa de los tapatíos (siendo las denominaciones cristianas no católicas – evangélicas y pentecostales – las principales protagonistas de este proceso), la pluralización de creencias tiene también importantes dimensiones no institucionales, vinculadas, entre otros, con la emergencia de la cultura espiritual alternativa en sus diversas facetas: desde movimientos orientalistas y esotéricos, a través de la corriente *new age*, hasta el movimiento nativista de la mexicanidad. La actividad de grupos vinculados con estas y otras corrientes espirituales “generó una oferta para un nuevo tipo de consumo cultural-espiritual-terapéutico observable en libros, revistas especializadas, programas de radio y televisión, consultorios, librerías, tiendas nutricionales y de objetos rituales, centros de meditación y talleres de aprendizaje de diversas técnicas” (ibid.:82).

Vale la pena añadir que la lista de “ofertas de sentido” (Reguillo 2007) que encuentran sus consumidores entre los habitantes de la metrópoli no se agota en propuestas de carácter estrictamente religioso o espiritual. Sería sin duda incompleta, si no añadiéramos a ella, por ejemplo, la corriente de superación personal, que, aunque no siempre vinculada con las corrientes religiosas o espirituales, juega un importante papel orientador - juzgando por la proliferación y el indudable éxito de conferencias, manuales y compendios de consejos en torno a la posibilidad de lograr plenitud, felicidad y éxito en diversos aspectos de la vida.

La pluralización que se vive actualmente en la metrópoli tapatía no es, por supuesto, un proceso excepcional. Forma parte de procesos globales de secularización y pluralización vinculados con los avances de la modernidad. Su importancia para entender las subjetividades contemporáneas resulta difícil de subestimar. Como subraya Peter Berger (1971), en la situación de pluralidad, “el hombre de la calle se ve confrontado con una gran variedad de entidades, religiosas o no, definidoras de la realidad que compiten por lograr su adhesión, pero ninguna de las cuales dispone de fuerza coercitiva para obligarlo a adherir” (ibid.:183) – en consecuencia, las definiciones de la realidad pierden su carácter objetivo: *se ven privadas de su condición de dadas por supuestas*. En esta situación, “cualquier elección particular queda relativizada y poco segura. Cualquier certeza que se pueda alcanzar tendrá que ser rastreada en la consciencia subjetiva individual, puesto que ya no puede ser extraída del mundo exterior socialmente compartido y asumido como real” (ibid.:217).

Perdiendo su condición de ser dadas por supuestas las creencias de carácter religioso pierden también la gran parte de su capacidad de legitimar la realidad socialmente definida – una tarea, cuya importancia es subrayada reiteradamente por el autor:

Toda legitimación sirve para mantener una realidad – es decir, una realidad tal y como es definida en una comunidad humana particular. La legitimación religiosa pretende relacionar la realidad humanamente definida con la realidad sacra, universal y última. Las construcciones intrínsecamente precarias y transitorias de la actividad humana reciben entonces la apariencia de

una seguridad y de una permanencia definitivas. Dicho de otro modo, los *nomos* construidos por el hombre reciben un *estatus* cósmico. (ibid.:61)

Según Berger, el mundo socialmente construido es principalmente una ordenación de experiencia o, en otras palabras, la constitución de un *nomos*, entendido como un orden lleno de sentido o un todo regido por leyes. En este contexto, la importancia de la religión consiste en su poder de legitimar el *nomos*, relacionando las precarias realidades del mundo social con una realidad última que, por definición, está más allá de las contingencias de los significados y las actividades de los hombres. El *nomos*, legitimado por la religión, se presenta al sujeto como una realidad permanente y llena de sentido, en la que quedan integradas sus experiencias, también las perturbadoras, aterradoras y dolorosas:

En otras palabras, [el sujeto] puede perderse en ese *nomos* social que da sentido a las cosas. En consecuencia, los sufrimientos se vuelven más tolerables, el terror menos avasallador, ya que la sombrilla protectora del *nomos* se extiende hasta cubrir incluso aquellas experiencias que pueden reducir al individuo a una aullante animalidad. (ibid.:86)

En el planteamiento de Berger, el *nomos* abarcador, compartido y dado por supuesto brinda al sujeto la apariencia de seguridad, permanencia y estabilidad, y le posibilita además dar sentido incluso a fenómenos anómicos (a saber, los que desestabilizan el *nomos* y amenazan con su destrucción), tales como sufrimiento, maldad o muerte.

Visto desde esta perspectiva, el actual debilitamiento de la obviedad y del carácter compartido del *nomos* a raíz del proceso de la pluralización de las ofertas de sentido se revela como un fenómeno con profundas consecuencias para la condición del sujeto. Es aquí, donde el concepto de la individualización trágica (cf.1.3.1.) se revela nuevamente pertinente y acertado: como lo pudimos observar en los capítulos anteriores, se profundizan la inseguridad y el riesgo que marcan la experiencia cotidiana del sujeto – podríamos decir, en cierto sentido, que de esta manera lo anómico irrumpe en la cotidianidad de los sujetos y despierta la necesidad de “domesticarlo” brindándole sentido. El sentido, sin embargo, está perdiendo su condición de dado por supuesto y, por lo tanto, su carácter confiable,

definitivo e incuestionable. El sujeto no puede evadir la búsqueda de certezas, pero estas nunca son estables – la misma posibilidad de elegir entre varias opciones las convierte en certezas siempre relativas.

Como lo mencionamos en la parte teórica (cf.:1.3.2.), según Gianni Vattimo (2000), el sujeto contemporáneo vive en un mundo múltiple, marcado por una relativización radical de sentido y valores, la cual desemboca en la oscilación del sujeto entre la pertenencia y el extrañamiento. El autor interpreta esta oscilación constante como una experiencia potencialmente emancipadora. Su optimismo posmoderno es cuestionado, sin embargo, por Benjamin Arditi (2000), quien argumenta que esta inestabilidad permanente podría evocar igualmente la nostalgia por lo fijo y permanente que favorezca “una demanda de certidumbre que puede ser satisfecha por visiones del mundo autoritarias o intolerantes” (2000:107). Tomando en cuenta los planteamientos de Berger (1971), quien destaca la importancia de conceder el sentido a la experiencia, podemos suponer que las visiones de Vattimo y Arditi retratan dos extremos de un amplio abanico de posibles respuestas de cara a la incertidumbre - desde la aceptación de la contingencia, hasta posturas de carácter fundamentalista.

Como lo veremos a continuación, en las narrativas analizadas es posible reconocer tanto la sensación de la fragilidad y contingencia de las certezas, como la búsqueda de un sentido “fijo”, abarcador y coherente ante las inseguridades y riesgos en aumento. Aunque las posturas de los sujetos son diversas, las une, sin duda, la importancia adscrita por ellos a sus creencias (entendidas como adhesiones a ciertas ofertas de sentido). El poder orientador de las creencias en una realidad marcada por una incertidumbre “crónica” resulta difícil de subestimar.

El tema de las creencias y su relación con la configuración de subjetividades en torno a riesgos, inseguridades e incertidumbres actuales es complejo y este capítulo no aspira agotarlo. Se eligieron tres cuestiones que cobraron centralidad a partir del análisis de las narrativas y a ellas serán dedicados los siguientes apartados. En el primero de ellos se abordarán las creencias en cuanto a “definidoras” de la realidad, vistas desde la tensión entre la fragilidad de las certezas y la demanda de un sentido estable y abarcador (o entre

el extrañamiento y la pertenencia, como lo propone Vattimo). El segundo apartado será dedicado a un aspecto de las creencias que cobra una especial importancia en el contexto del paulatino desvanecimiento de seguridades, a saber, su rol como fuente de protección. Finalmente, en el tercer apartado, se procurará dilucidar las lógicas que subyacen en las ofertas de sentido vinculadas con la corriente de autoayuda (autosuperación/transformación/sanación), a las que se adhieren algunos de los entrevistados – ya que, en cierto sentido, pueden ser consideradas paradigmáticas en cuanto a la condición del sujeto contemporáneo frente al riesgo.

7.1. Entre la pertenencia y el extrañamiento: buscando el sentido

El padre Francisco es sacerdote, teólogo y filósofo. Preguntado por su visión de la contemporaneidad, responde que la vislumbra como época de crisis civilizatoria. Esta crisis tiene dos aspectos: crisis de valores y crisis de conocimiento. Por un lado, los valores inauténticos, superficiales y utilitaristas predominan sobre los auténticos, plenos, hondos y enfocados en el bien común, por el otro, la tendencia hacia la especialización y el pensamiento analítico e instrumental desemboca en la imposibilidad de una visión abarcadora del mundo: “el hombre pierde el conjunto” y se vuelve esclavo de “la estructura desarmada”.

El hombre contemporáneo es presentado por el padre Francisco como desorientado e infeliz – intuye su propia decadencia, pero es incapaz vislumbrar lo nuevo: “Todavía no encuentran el camino. Todavía no saben que quieren”; [lo nuevo] se alcanza a intuir, pero no se alcanza a conceptualizar”, comenta el padre, destacando también la gran necesidad de “sentir” como señal de la crisis, así como la búsqueda de nuevas maneras de conocer y relacionarse con el mundo: “es una necesidad... de soltar el cuerpo, a ver que se siente... de la esclavitud, como cuando te rompen los grillos y te sacan de la caverna de Platón siendo tu el esclavo, y ves tú el sol, pero te quedas totalmente ciego, porque es demasiado el deslumbramiento”.

La actual crisis de valores se refleja, entre otros, en el aumento de indiferencia y egoísmo, pero también en la sensación de falta de sentido de la vida, lo que desemboca en búsquedas diversas, muchas de ellas superficiales, como lo es, según el padre, la religiosidad basada en emociones y no en la entrega.

De su crítica no se salva la institución de la iglesia católica, la cual es presentada como anquilosada en el pasado, inmovilizada por una burocracia poderosa, incapaz de ofrecer sentido y guía moral a los feligreses: “Dicho así, brutalmente, tienes una burocracia que es la que manda, que son los arzobispos y el clero, y tienes una segunda que son los que obedecen, que es el pueblo fiel. Pero el pueblo obedece en ir a misa los domingos. Pero eso está quedándose sin ningún valor. Van a la irreligiosidad, porque hay abandono de todas las iglesias. [...] Porque las religiones se han quedado atrás. No van con el ritmo del tiempo.”

Al padre Francisco no le cabe duda: vivimos la decadencia de un ciclo histórico y todavía no somos capaces de vislumbrar los contornos del nuevo: “Para mí, ahora está ya el colapso de este siglo de las luces que termina y no se sabe que va a comenzar todavía. Es tan reciente... Además son dimensiones culturales que no se miden en años, ¿no? Aunque esto va ya muy de prisa. Eso tiene que ir cambiando. ¿Cómo? No sabemos.”

La sensación de vivir en una época de decadencia moral, la búsqueda de valores “auténticos”, la añoranza de un sentido claro, compartido y abarcador – todos estos aspectos mencionados en la entrevista citada encuentran también su expresión en las narrativas de los protagonistas de esta investigación. Las posturas de los sujetos son muy variadas – desde la defensa de certezas “eternas” vinculadas con la religiosidad de corte tradicional, a través de creencias profundamente “subjetivizadas”, hasta el rechazo de la religión como posibilidad de dotar de sentido a la realidad y la búsqueda de ofertas de sentido alternativas. La variedad de las posturas es en sí muy elocuente: permite vislumbrar la tensión entre la pluralización y la consecuente relativización de certezas y la necesidad de dotar de sentido coherente a la experiencia – una necesidad que aumenta

conforme aumentan también la inseguridad y la incertidumbre que marcan lo contemporáneo.

No faltan entre los sujetos entrevistados los defensores de certidumbres fijas, incuestionables y permanentes. Salvador, quien, como sabemos, se declara firmemente como católico practicante, subraya su preocupación por la supuesta crisis actual de valores que, según él, se traduce directamente en el aumento de crimen y violencia. Narra la época actual como un tiempo de confusión y debilidad moral, superficialidad y pecado (antivalores que, dicho sea de paso, encuentran en su narrativa la encarnación más completa en la figura del narcotraficante). Coincide en este sentido con Lidiana, igualmente apegada al catolicismo de corte tradicionalista, para quien el aquí y ahora es marcado por materialismo y búsqueda de estatus, superficialidad, falsedad y fugacidad. Ambos se asignan una cierta superioridad moral, la cual a su vez se relaciona justamente con su fuerte adscripción al catolicismo. Su religión es narrada por Salvador como fuente de una ética ancestral, eterna, divina (y por ello incuestionable) que le permite diferenciar claramente entre el bien y el mal – hace también una distinción entre religiones “milenarios”, fundadas por amor, y las “actuales” caracterizadas por codicia, egoísmo y superficialidad. El regreso a los valores ancestrales y la búsqueda de lo esencial, lo estable, lo profundo parecen ser la única respuesta posible a la crisis de valores de la que se ven rodeados Lidiana y Salvador. También Gustavo (quien, además de la adscripción religiosa, comparte con Salvador y Lidia el alto nivel socioeconómico) reconoce en la religión católica “un pilar en que se apoya la gente”. “Yo me apoyo en ello para continuar con mis bases morales”, declara.

Aunque los sujetos mencionados subrayan continuamente su fe inquebrantable en una ética atemporal que les brinda su religión - una ética cuyo abandono es interpretado como la fuente principal de la violencia y la inseguridad actuales -, no cabe duda que justamente la vehemencia con la que expresan su apego a este código moral y la posición de excepcionalidad que se adscriben en relación con los demás (presentados como confundidos moralmente), revelan la tensión entre la búsqueda de certezas irrefutables y la pérdida de la obiedad de

cualquier creencia. Como argumenta Berger, las más complejas y frenéticas legitimaciones de corte religioso surgen cuando las estructuras de plausibilidad se encuentran amenazadas (1971:77).

A primera vista, resulta similar la manera en la que narran el rol de sus creencias religiosas Elías y Ana, la pareja de adultos mayores en condiciones de precariedad económica, quienes, sin embargo, no son católicos, sino fieles de la Iglesia de Luz del Mundo (cf.:7.2.), una congregación pentecostal de origen local (fundada en Guadalajara en 1926) y con sede en la colonia Hermosa Provincia, donde habitan los sujetos entrevistados. También en esta narrativa la religión es presentada como un antídoto contra la decadencia y la debilidad moral, una garantía de rectitud ética y una guía confiable para distinguir entre el bien y el mal:

Porque aquí no hay mentira. Aquí el mentiroso es el falso. Y el que no es falso, no es mentiroso. Habla siempre con la verdad. Tenemos una enseñanza muy limpia y muy patente que nosotros sabemos que es recta y así uno debe de ir. (Ana)

No faltan aseveraciones sobre la excepcionalidad de su doctrina como la única verdadera en medio de confusión y aberración (representadas, esta vez, por los católicos):

Entre los católicos hay gente que trata de hacer el bien, a ser bueno, pero le falta una ayuda, quien les arrime... quien los oriente bien... (Elías)

No obstante, a pesar de las similitudes entre lo expresado por Elías y Ana, quienes viven en una situación de precariedad perpetua, y la defensa de la ética perenne expresada por los más privilegiados de los sujetos, el papel de las creencias no es el mismo en ambos casos. Mientras que Salvador, Lidia y Gustavo toman una postura que puede ser interpretada primordialmente como un intento de legitimación del *statu quo*, en la narrativa de Elías y Ana el énfasis está puesto no en la legitimación como tal, sino en la construcción de una teodicea (a saber, la explicación de experiencias anómicas en términos de legitimaciones religiosas (Berger 1971:83)). La situación de precariedad extrema y las experiencias de hambre y enfermedad son interpretadas por los sujetos como

parte un plan divino, de una justicia que rebasa las lógicas y las imperfecciones de la justicia terrenal (cf.:3.2.3.):

Elías: [...] Porque acuérdesse que dice, el rico y el Lázaro, cuando estaban allá y estaba el rico sufriendo... aquí gozó, pero ya cuando llegó allá, decía: “manda Lázaro, que mis labios, mis dedos...”, dice: “cuando estuviste en la tierra, él sufrió...”, él comía de lo que caía de él, las migajas, y ahora está gozando...

Ana: Ahora te toca sufrir a ti.

Elías: ...“siquiera mándame a mis familiares que le lleguen y le digan cómo estoy aquí sufriendo...” Allí tiene. Todo es cuestión de que quiera uno y tenga uno fe en ello. Porque si no tiene uno fe, es imposible, dice, hasta para agradar a Dios es imposible. Sin embargo, la fe nos ayuda mucho. Yo creo en todo lo que dice la Biblia, lo que nos da el santo hombre este, lo que nos habla para bien de nuestras almas, cómo y todo lo que debemos de hacer, así que lo voy a hacer... lo voy a hacer. Sin embargo, en aquel momento, el rico decía: “no..., mándalos”. ¡Allí está! (Elías y Ana)

El fragmento citado no deja lugar a dudas que para los sujetos mencionados las creencias religiosas (y el código ético que ellas suponen) juegan un papel crucial para la explicación de su situación en términos de una realidad sacra, coherente y abarcadora. Recurriendo nuevamente a los planteamientos de Berger, podríamos decir que esta teodicea, defendida por Elías y Ana, les permite pasar por experiencias extremas (hambre, enfermedad, abandono) manteniendo la convicción de que “aún estos sucesos o experiencias ocupan un lugar en un universo que tiene sentido” (Berger 1971:72). Resulta pertinente añadir que su profundo (y en apariencia inquebrantable) convencimiento sobre el carácter incuestionable de este sentido abarcador se relaciona, entre otros, con el hecho de que viven en una comunidad relativamente cerrada, constituida por los fieles de la misma iglesia, lo que le brinda una cierta “impermeabilidad” frente a la relativización de certezas. Según René de la Torre (2000), la organización social de la Hermosa Provincia conjuga una estructura fuertemente jerárquica con una normatividad exacerbada y vigilancia, ofreciendo a los creyentes un fuerte sentido de comunidad en torno a valores y representaciones compartidos.

Pero no todos los “precarios” entre los sujetos encuentran en las creencias la oportunidad de dotar sus experiencias de un sentido sacro y abarcador; tampoco resulta generalizada la visión de la religión como el “salvavidas” moral en tiempos de desmoronamiento de valores. La joven Angélica, por ejemplo, duda de la importancia de la religión como guía ética:

[...] a mí me educaron en ser católica, y a mí me enseñaron que mis hijos deben de estar bautizados, a que deben de hacer su primera comunión, su confirmación, y el niño, como todo un hombre, sacar a su mujer de blanco. Aunque a uno no la sacaron, ¿verdad? Igual a mis hijas, a mí me gustaría verlas salir de blanco. Pero, de allí en otra cosa, uno no se acuerda más que cuando se está muriendo un pariente o cuando uno se está muriendo. Es cuando se acuerda uno de la religión. Igual cuando pasa algo grave se acuerda uno de los santos. [...] pero cuando no, o para andar bailando, para andar tomando, ¿se acuerda uno de eso? Nadie se acuerda. Entonces yo creo que si fuera importante, a todo se acordaría uno, y no es así. Para estar criticando al de enfrente, pues, no me acuerdo, y tendría que acordarme. (Angélica)

Aquí se ve claramente mermado el poder de las creencias religiosas como fuente de sentido y de ética en la cotidianidad, aunque, significativamente, Angélica menciona experiencias anómicas como detonadoras de sus “regresos” a lo religioso. De esta manera queda destacada también la dimensión instrumental de la religiosidad de Angélica, que se expresa, entre otros, en la búsqueda de protección sobrenatural en situaciones de crisis, como lo veremos más adelante (cf.:7.2.)

Gabriela, quien tiene 40 años, es divorciada y trabaja actualmente como maestra de yoga, confiesa ser católica “por trámite”: es bautizada, se casó por iglesia, sus hijos recibieron la primera comunión (fotos que conmemoran la ocasión están expuestas en la vitrina de su sala). Se distancia de la religión católica en cuanto a una oferta de sentido, criticando la institución de la iglesia como “cerrada” (paradójicamente, con excepción de su anterior líder, Juan Pablo II, a quién presenta como “abierto” y respetuoso hacia otras religiones), pero admite la importancia de “tener una parte espiritual”, la cual busca desarrollar a partir de otras fuentes: literatura en torno a la corriente mística-esotérica-espiritual, ejercicios de yoga, cursos sobre temas relacionados con esotérica

(“Vive tu prosperidad con los ángeles”, “Activando la glándula pineal”, “Rompiendo lazos”):

[...] todos estos cursos van hacia lo mismo: como a conectarte con una esencia divina como Dios, con el universo, para, de alguna manera, bajar ese amor universal o como le quieres llamar... esa energía y compartirla con los demás, con el resto de la gente, con el resto de los seres vivos, con el planeta... (Gabriela)

Las fuentes de las certezas de Gabriela se caracterizan por un relativo eclecticismo, aunque se vinculan en su totalidad con la cultura espiritual alternativa: la corriente mística-esotérica-espiritual, como la denomina la entrevistada. Entre sus lecturas se encuentran tanto las vinculadas con el movimiento nativista de la mexicanidad como las de corte orientalista, entre otros:

Trato de buscar libros que tengan que ver... por ejemplo... Miguel Ruiz, con los cuatro acuerdos, sí, que es chamán... descendiente... no me acuerdo ahorita de que cultura de México, pero él crea algo que le llama los cuatro acuerdos. Y los cuatro acuerdos son como... mmm... no normas, pero lineamientos de vida que te van a ayudar a vivir más tranquilo y mejor, ¿no? Cómo no engancharte, no tomarte las cosas de manera personal, por ejemplo, es uno. Entonces, no es tanto que yo busque libros sobre una religión o sobre... ciertos lineamientos, sino trato buscar libros de gente que... dentro de su cultura, dentro de su ambiente ha destacado y me gusta lo que ellos hacen, lo que piensan, y trato de leerlo para... para aprender de su filosofía. O sea, como tomar de varias filosofías. Gandhi me encanta, por ejemplo. Este... la Madre Teresa de Calcuta... o sea, soy súper pacifista, ¿me explico? Este... del Dalai Lama también, entonces, pues libros que salen de ellos, que yo veo que me llaman la atención, lo compro y esos son lo que leo. Krishnamurti me gusta mucho también. (Gabriela)

Sin embargo, a pesar de su profunda identificación con la corriente mística-esotérica-espiritual que emana de la narrativa, llama la atención un corto pasaje en el que Gabriela se distancia de sus propias creencias en un gesto verdaderamente posmoderno:

No me acuerdo quien me decía, creo que mi papá: “¿Para qué te metes en todas esas cosas, si no te sirven de nada?”. Y yo le digo: “mira, a lo mejor y no me sirven de nada, pero si me ayudan a programar mi mente en otra cosa, ya me funcionaron.” Aunque no funcione como tal el ritual que

vas a hacer o lo que sea, si mi mente se lo cree y me funciona, pues ya, no me importa, pues, sí, ¿no? En lugar de estar enfrascada en algo que me va a angustiar, o que me va a enojar, o que me va a hacer sentir mal, pues si tengo la opción de elegir, mejor elijo lo que me va a hacer sentir bien. (Gabriela)

Este distanciamiento “irónico” de lo que a través de toda la narrativa aparece como una convicción profunda y coherente, resulta muy significativo. Revela el carácter potencialmente “intercambiable” de las adscripciones de Gabriela; permite vislumbrar el aspecto “titubeante” de lo que ella llama su “parte espiritual”. Las elecciones de Gabriela en torno a su espiritualidad dependen en gran parte de sus emociones y de sus experiencias estéticas – de ahí que resulta inevitable vislumbrar en el fondo la contingencia que marca sus creencias. La subjetividad de Gabriela se convierte en su primordial (si no único) punto de referencia: elige entre una variedad de ofertas de sentido, ninguna de las cuales puede ser dada por supuesta. Resulta interesante que Gabriela asume esta contingencia como una oportunidad de construir “libremente” su universo de sentido – una postura que contrasta con la pretensión de “estabilidad” que emana de las narrativas de Salvador, Lidia, Elías y Ana, quienes luchan por preservar la creencia en un ser exterior, eterno e inmutable, como garantía de sentido incuestionable.

Vale la pena mencionar en este contexto el testimonio de Lorena, quien se declara católica, añadiendo que no es practicante, aunque no por eso menos creyente:

Yo me considero católica..., pero no voy mucho a misa. La fe que... la gente que va mucho al templo no la tiene, ya la tengo aquí [en el corazón]. (Lorena)

También en su caso aparece un distanciamiento interesante:

[...] sí existe o no Dios, para mí es un gusto saber que existe en mí. ¿Por qué? Porque yo, a lo que he hecho mi vida y he sentido por él, este..., es muy bonito, es como cuando a un niño le hablas de Santa Claus y... y es muy triste cuando te dicen que no existe, que eran tus papás. Pero si un día a mi me dijeran: “era mentira, Dios no existía, las cosas se dieron por naturaleza, y nunca existió Dios, bla, bla, bla”, yo siempre quiero que él exista en mí. Porque yo estoy sola y siento una emoción muy bonita, cuando pienso en él, entonces le ofrezco lo que hago, le agradezco, le pido,

pero sí es muy profundo. Yo voy por la calle a veces y miro la naturaleza, el cielo, miro todo, yo soy así muy cursi a lo mejor..., pero yo doy gracias a Dios por lo que soy y lo que tengo, poco o mucho, pero yo agradezco. [...] Pero te digo, si esto no existiera, no tengo problema... (Lorena)

El Dios de Lorena no es lo Absoluto, la verdad incuestionable, el punto de referencia inalterable. Su existencia parece depender de la voluntad de Lorena, quien decide creer en él, para mantener intacto su universo de sentido. Aquí no hay escapatoria de la incertidumbre – hay que vivir con ella (Lorena parece lograrlo con una ligereza envidiable) eligiendo entre sentidos posibles, nunca absolutos o irrefutables.

El abanico de las respuestas de los sujetos en torno a sus creencias sería, finalmente, incompleto, si no mencionáramos la narrativa de Armando, científico y profesor universitario, quien se declara ateo y rechaza la religión en cuanto a “garantía de sentido”. También la institución de la iglesia es criticada por él severamente (a la par con las demás instituciones: el Estado y el ejército, por ejemplo) como hipócrita e indigna de confianza. No duda, finalmente, en declarar su soledad ante sus dilemas morales: uno solamente puede confiar de sí mismo, declara, “solamente. Tienes que volverte tú tu compás moral.”

Como lo pudimos observar, las posturas de los sujetos son muy variadas: desde las que surgen a partir de la nostalgia por horizontes claramente cerrados, delimitados e irrefutables, hasta las que se basan en el consentimiento de la contingencia. En términos generales es posible interpretar todas estas posturas como intentos de definir la realidad en la situación de la pluralización de ofertas de sentido. Por otro lado, sin embargo, si ponemos énfasis en las diferencias entre las posturas de los sujetos, es posible reconocer también la relación entre estas posturas y los condicionamientos de los sujetos – volveremos a estas cuestiones en el apartado final de este capítulo (cf.:7.4.).

Mientras tanto, resulta pertinente dedicar un apartado a un aspecto que cobra una especial importancia en el contexto del actual deterioro de seguridad: el rol de creencias y ofertas de sentido en cuanto a fuentes de protección.

7.2. “Tengo un angelote”: creencias como fuente de protección

Como lo pudimos observar a lo largo de los capítulos anteriores, el tema de protección sobrenatural aparece repetidamente en lo narrado por algunos de los sujetos, especialmente cuando las respuestas de corte “racional” o institucional frente al riesgo aleatorio e inminente se revelan en sus ojos como insuficientes o ineficaces. Basta recordar los comentarios de los más “precarios” entre los sujetos en torno a la contingencia de sus empleos, interpretada por ellos como parte de una lógica providencial (cf.:3.2.3.), o la sensación de vulnerabilidad del cuerpo inmerso en el espacio de la ciudad marcada por un riesgo omnipresente e impredecible, que, además de respuestas de corte “securitario”, detona también la búsqueda de amparo sobrenatural (cf.:5.3.):

Estoy segura de que si me toca, me va a tocar donde esté, aunque sea en mi casa, entonces quiero más bien como que soltar esa parte y confiar... y ya, o sea, “me siento protegida...” ya, lo que sea. [...] La confianza como en... en un ser superior, como que... la confianza en Dios, pues, sea el que sea, pero un Dios. (Gabriela)

Yo voy muy tranquila por la calle y no pienso nada. [...] Siempre he tenido la fortuna, porque, bueno, más bien pienso que tengo un angelote, ah..., un angelote que me cuida. (Lorena)

La lista de protectores sobrenaturales, encabezada por Dios, incluye también a diversos santos, ángeles, seres de luz y de sanación, entre otros:

En todas mis clases [de yoga], al principio, sobre todo siempre pido que... que se... que haya seres de luz o seres de sanación en mi clase y que la gente verdaderamente, en ese momento, encuentre lo que necesita en ese instante. (Gabriela)

Yo cuando tengo problemas así que... ahora sí que les pido mucho a mis santos. Yo soy muy creyente de la Morena... de la Virgen Morena de Guadalupe o de Santo Toribio. Igual mi pareja. Mis papás son creyentes de la virgen de Guadalupe también. Sí creen en San Martín y todos ellos... Rezarles, pedirles demandas... y si se les cumple, porque sí les han cumplido, van a la parroquia donde está el santo para dar las gracias. [...] Cuando se necesita algo... porque, ahora

sí que la familia está mientras haya dinero y cuando no hay dinero, la familia se hace pato.
(Angélica)

Los dos pasajes citados resultan interesantes por varias razones. En primer lugar demuestran que el origen de los seres protectores es diverso: entre los mediadores entre lo profano y lo sagrado se encuentran no solamente los santos aprobados por la institución de la iglesia católica, sino también seres sobrenaturales de otra índole, en este caso provenientes de la corriente de la espiritualidad alternativa. En segundo lugar, especialmente en el pasaje extraído de la narrativa de Angélica, es posible observar la dimensión instrumental de la creencia. Resulta significativo que Angélica, aunque cuestione la importancia de la religión como guía moral (cf.:7.1.), admite recurrir a sus santos en situaciones críticas. Su relación con los santos patronos es claramente pragmática y la confianza que deposita en ellos no se basa solamente en la fe sino también en la experiencia: los santos cumplen, lo que no siempre puede decirse de la familia – un claro ejemplo de que el apoyo sobrenatural puede ser interpretado como una alternativa viable frente al desdibujamiento de las instituciones como fuentes de seguridad. En palabras de José Manuel Valenzuela:

La población mexicana posee una mística y religiosidad popular sincrética (que recupera elementos de diversas matrices religiosas) y numinosa (que integra aspectos sacros y profanos). Esta condición, vinculada a la precarización y vulnerabilidad social, han generado una amplia presencia de diversos santos populares que convocan la fe de millones de devotas y devotos, al mismo tiempo que participan como vicarios cuya intercesión milagrosa es invocada para resolver asuntos económicos y de salud y otros aspectos que definen el riesgo en los sectores populares. (Valenzuela 2011:196)

En este contexto, vale la pena mencionar también el indudable éxito del beato Juan Pablo Segundo como un santo protector y milagrero. Basta recordar el fervor religioso que despertó la visita de sus reliquias en Guadalajara, en octubre de 2011. El siguiente registro de la observación etnográfica durante el acontecimiento recupera algunos aspectos de este fenómeno:

Las reliquias del beato Juan Pablo II, que desde el 25 de agosto están recorriendo México, están por llegar a Guadalajara. Consisten de “una cápsula con sangre de Juan Pablo II, varios objetos usados en las actividades de culto: solideos, casullas, mitras y sotanas que fueron parte de su atuendo personal, además de una estatua de cera”.⁵ La página web de la Archidiócesis de Guadalajara presenta el programa oficial bajo el lema “Beato Juan Pablo II, mensajero de paz, intercede por nuestra Patria”⁶. El lema fue elegido, porque, como comenta uno de los obispos, “en nuestra Patria existe un clima de desconcierto, de inseguridad, rencor y venganza, provocados por la violencia que se ha desatado”⁷

El 25 de octubre, El Informador anuncia que todo está listo para la llegada de las reliquias y publica su itinerario⁸. El día siguiente informa que las reliquias ya están en Jalisco.⁹ Ambos artículos, publicados en la versión electrónica, reciben varios comentarios de lectores, divididos principalmente en dos bandos: los “fieles” y los “escépticos”. Los primeros destacan, entre otros, que “el papa Juan Pablo Segundo (sic) es un ejemplo de amor y fe, q [sic] nadie puede negar, el que sus reliquias estén aquí nos da la fuerza y la fe de que todo puede mejorar” y confían en que “una Nación, una Iglesia, una Casa, un Barrio lleno de Pasión por Dios provocará cambios que no serán posibles por ningún partido político”. Los “escépticos”, por su parte, se muestran indignados: “hasta cuando??? [sic] el pueblo mexicano despertará de esta burla e ignorancia esto es pura idolatría pero pronto será la caída de la gran babilonia”, “Y luego se extrañan del atraso científico-tecnológico del país, estimulando la beneración (sic) de sangre y objetos.

⁵“Culmina recorrido de reliquias de Juan Pablo II por Jalisco”, *El Informador* (29.10.2011), consultado en: <http://www.informador.com.mx/jalisco/2011/333804/6/culmina-recorrido-de-reliquias-de-juan-pablo-ii-por-jalisco.htm>

⁶ Consultado en la página web de la Arquidiócesis de Guadalajara: www.arquidiocesisgdl.org.mx

⁷ *ibid.*

⁸“Todo listo para la llegada de las reliquias de Juan Pablo II”, *El Informador* (25.10.2011), consultado en: <http://www.informador.com.mx/.../todo-listo-para-la-llegada-de-las-reliquias-de-juan-pablo-ii.htm>

⁹“Las reliquias de Juan Pablo II ya están en Jalisco”, *El Informador* (26.10.2011); consultado en: <http://www.informador.com.mx/jalisco/.../las-reliquias-de-juan-pablo-ii-ya-estan-en-jalisco.htm>

Enajenados e ignorantes.” No falta quien encuentre la similitud entre las reliquias y el hada del guayabo, un supuesto hallazgo milagroso que tuvo lugar en Guadalajara en agosto del mismo año (“y luego se admiran ante una turba de ignorantes que van a ver a la Hada de la cubeta”)¹⁰.

Es el 26 de octubre, las reliquias ya están en Jalisco y pronto llegarán a Guadalajara. Decido acudir a la Catedral Metropolitana para observar su llegada. Según la información oficial, las reliquias estarán en la Catedral a las tres de la tarde. Necesito trasladarme de la Primavera (Venta del Astillero) al centro, una distancia considerable, por eso parto a la una de la tarde. Al salir del pueblo veo al borde de la carretera un grupo de al menos cien personas: en su mayoría son mujeres, además de niños que, juzgando por los uniformes y mochilas, acaban de salir de la escuela. Hace mucho calor, el cielo está despejado, el sol muy fuerte. Algunos se protegen de él bajo sombrillas, muchos llevan globos blancos y amarillos, no faltan pancartas hechas a mano. En una de ellas alcanzo leer un fragmento de un poema dedicado a Juan Pablo II. Las reliquias pasarán por aquí en cualquier momento – están en su camino de Tala a Guadalajara. Al pasar por la Venta del Astillero veo un espectáculo parecido: esta vez los fieles son más y están congregados no sólo a la orilla de la carretera, sino también sobre el puente peatonal. Llevan banderitas blancas y amarillas, serpentinas, globos.

Son las dos de la tarde. Llego a la catedral. Contrario a mis expectativas sus puertas están cerradas. El tráfico fluye por la Avenida 16 de septiembre de manera acostumbrada, no veo patrullas ni policías cuya presencia anuncia usualmente la cercanía de eventos masivos. Sólo al acercarme me doy cuenta de que en ambas entradas principales empiezan dos filas de fieles que dan interminables vueltas en la plaza frente al Palacio de Gobierno. El calor de la tarde me resulta insoportable.

¹⁰ En la segunda semana de agosto de 2011, miles de tapatíos fueron a ver la supuesta hada encontrada en un guayabo por José de la Luz (Pepe) de la colonia San José Río Verde. Pepe mató el hada por accidente en el intento de captarla, así que decidió conservarla en formol y colocarla en una pecera con luces de colores. El hada, como pronto se descubrió, era un pequeño juguete de plástico. El incidente recibió una amplia cobertura mediática.

Camino a lo largo de las filas que no sólo se alargan, sino “engordan” rápidamente. Sin embargo, no avanzan. Los que están parados en lugares asoleados se esconden bajo sombrillas, veo también que varias mujeres y algunos hombres optaron por un cierto modelo de sombrero, probablemente chino, de bambú y en forma de campana. No tardo en descubrir su procedencia: el vendedor los pregona como “sobreros plegables de bolsillo”, los saca de una bolsa negra de plástico (tamaño jumbo), cuestan 10 pesos, se venden como pan caliente. En la fila esperan sobre todo mujeres, muchas de ellas mayores, algunas religiosas, pero no faltan hombres y niños. Me doy cuenta que era ingenuo de mi parte pensar que iba a poder entrar en la catedral. Descartada la posibilidad, cruzo la avenida y me coloco frente a la entrada principal, por donde, como supongo, van a ingresar las reliquias. No soy la única, crece un pequeño grupo de espectadores a mi alrededor. Me pregunto cuando tuvieron que llegar los primeros de la fila. Uno de mis “vecinos” comenta que algunos han estado esperando desde las siete de la mañana. La iglesia también ya está llena. En las puertas, jóvenes en chalecos amarillos con inscripción “orden” no dejan entrar a nadie más.

El reloj de la catedral toca las tres y los fieles empiezan a inquietarse. Desde la fila se oyen los primeros “¡se ve, se siente, Juan Pablo está presente!” y “Juan Pablo II, te quiere todo el mundo”, no obstante nada indica que las reliquias estén cerca. Arriba, en el campanario, tres muchachos están esperando para tocar las campanas. “¿Ya nos podemos ir?”, pregunta una niña pequeña a mi lado, su madre la mira con reproche.

Finalmente se oye el sonido de un claxon, los que estaban sentados se ponen de pie, empiezan a sonar las campanas. Primero se ven llegar algunas patrullas de policía federal y estatal, cierran rápidamente la avenida en la altura de la catedral. Entran dos camionetas blancas con la imagen del papa y vidrios grandes. Es difícil adivinar que está transportando la primera, pero en la segunda se ve claramente el féretro con la figura de cera que representa a Juan Pablo II. La muchedumbre invade la avenida, los más rápidos y atrevidos logran tocar las ventanas de la camioneta, se persignan, ríen y lloran. La camioneta no puede avanzar, las improvisadas “fuerzas de seguridad” en chalecos amarillos intentan

restablecer el orden. Finalmente las camionetas logran dar vuelta y llegan a la entrada central de la catedral. En la puerta aparece el arzobispo, el féretro es cargado en la iglesia, se levantan incontables brazos con celulares y cámaras que procuran grabar el acontecimiento. La puerta se cierra. Una mujer parada cerca de mí le comenta a su vecino que con eso le basta, que, aunque no va a poder entrar en la iglesia, siente la presencia de Juan Pablo II, su amor, su fuerza – tiene un rosario colgado en el cuello y una bolsa de tela con la imagen de Cristo y la inscripción “yo soy... el camino, la verdad y la vida”. Viene acompañada de dos hijas adolescentes.

Los de la fila tienen que seguir esperando. Me acerco y escucho que se les explica que ahora tiene lugar una misa y que luego van a poder pasar. Algunos empiezan a rezar el rosario. Decido dar otra vuelta a lo largo de la fila. Van apareciendo vendedores de recuerdos alusivos a la ocasión. El surtido es amplio: hay fotos del papa, “mensajero de la paz”, con palomas en el fondo, hay posters con el fotomontaje del papa vivo con la estatua de cera y la virgen de Guadalupe, hay oración del chofer con la imagen de las reliquias sobre cartoncillo, hay también imágenes pequeñas con oraciones “de bolsillo”, escapularios y rosarios en varias versiones. Se reparten volantes del Radio María, “Portadora de Esperanza”. La fila crece, los últimos feligreses están parados a lo largo de Avenida Juárez, a dos cuadras de la Catedral. No avanzan. Son las cinco de la tarde. Me pregunto si lograrán entrar. A las ocho las reliquias tienen que estar en la Basílica de Zapopan...

Busco en la prensa la información sobre lo que no pude ver: lo que pasó dentro de la catedral. Milenio resume el mensaje del cardenal Juan Sandoval Iñiguez durante la recepción de las reliquias: “el purpurado pidió la intercesión de Juan Pablo II por la paz en México [...] y recordó que el beato también ‘sufrió esa violencia injusta, esa violencia del terrorismo internacional’”¹¹ El Informador, por su parte, menciona que el cardenal destacó que Juan Pablo II “supo transmitir la

¹¹ “Guadalajara recibe con júbilo reliquias del Papa”, *Milenio* (27.10.2011)

presencia de Dios, además de paz y seguridad.”¹² Juan Sandoval Iñiguez habló también de la violencia, “el fruto amargo de la injusticia, del hambre, de la corrupción y de la falta de oportunidades para los jóvenes, por los que es urgente poner remedio a este tipo de situaciones para que vuelva la paz.”¹³

Según El Informador, el cardenal “negó tener conocimiento de que en esta región se tenga algún caso de milagro a raíz de la intercesión de Juan Pablo II, ‘pero esto habrá que ocurrir’”¹⁴ También el noticiero de la Arquidiócesis informa que “si bien el señor Cardenal no ha recibido testimonios de milagros realizados en Guadalajara por intercesión del Beato, confía en que muy pronto estos se realizarán y podría ser alguno de ellos el que lleve a los altares a Juan Pablo II.”¹⁵

Una mujer les comenta a los reporteros: “Es que estoy muy feliz, porque vengo a pedirle a Juan Pablo por la salud de una sobrina mía que tiene leucemia. Y él sabe que México tiene que llevarse el milagro [sic], para que él sea santificado.”¹⁶ Al parecer, no sólo se trata de ser sanado milagrosamente, sino de ganar la competencia de milagros a nivel internacional...

Mientras tanto las reliquias recorren la metrópoli: pasan, entre otros, por la Basílica de Zapopan, el Santuario de los Mártires, el Seminario Mayor, la parroquia de Santa Cecilia y el Templo Expiatorio, para, finalmente, ser entregadas a una comisión receptora de la vecina Diócesis de Tepic.¹⁷

¹²“Veneración masiva a Juan Pablo II”, *El Informador* (27.10.2011), consultado en: www.informador.com.mx/.../veneracion-masiva-a-juan-pablo-ii.htm

¹³ “Pide cardenal acercarse a reliquias de Juan Pablo II”, *El Informador* (27. 10. 2011), consultado en: <http://www.informador.com.mx/.../pide-cardenal-acercarse-a-reliquias-de-juan-pablo-ii.htm>

¹⁴“Veneración masiva a Juan Pablo II”, *El Informador* (27.10.2011), consultado en: www.informador.com.mx/.../veneracion-masiva-a-juan-pablo-ii.htm

¹⁵ Página de Arquidiócesis de Guadalajara: <http://noticias.arquidiocesisgdl.org.mx>

¹⁶<http://www.informador.com.mx/jalisco/2011/333163/4/veneracion-masiva-a-juan-pablo-ii.htm>

¹⁷ “Culmina recorrido de reliquias de Juan Pablo II por Jalisco”, *El Informador* (29.10.2011), consultado en: <http://www.informador.com.mx/jalisco/2011/333804/6/culmina-recorrido-de-reliquias-de-juan-pablo-ii-por-jalisco.htm>

La esperanza depositada en el beato frente a la violencia, la inseguridad y la incertidumbre a las que faltan respuestas institucionales eficaces, la espera de un milagro cuando fallan soluciones de corte racional, la busca de un amuleto que podría alejar los peligros de la cotidianidad – todo ello se conjuga en el entusiasmo que despertó la visita de las reliquias. En este contexto vale la pena mencionar también la página de internet titulada *Milagros del Papa*¹⁸, en la que además de varios testimonios de milagros realizados por Juan Pablo II, es posible ver un corto video que invita a comprar una medalla conmemorativa de la beatificación. “Desde que uso la medalla del Papa mi vida ha mejorado y me siento más protegida”, dice una de las afortunadas poseedoras de la medalla. Otra añade: “tiene algo que me hace sentir muy segura”.

La medalla constituye, por supuesto, solo uno de muchos posibles ejemplos de amuletos que ayudan aminorar la angustia y el desamparo. Entre ellos se encuentran tanto rosarios y escapularios que cuelgan de los espejos de los automóviles, como las virgencitas *pop*, el éxito comercial de la empresa *Distroller*¹⁹ - diseños coloridos con la virgen de Guadalupe convertida en personaje de caricatura que adornan artículos escolares, pulseras, bolsas y accesorios, con inscripciones humorísticas que, sin embargo, no dejan de ser demandas de protección (“Virgencita, plis, cuídame mucho”, “Virgencita, plis, cuida mucho todos los de mi salón, pero un poquito más a mí.”). Además, la variedad de objetos protectores no se agota en los que aluden a creencias vinculadas con el catolicismo, sino abarca también amuletos y sustancias mágicas de origen diverso, sin olvidar procedimientos mágicos tales como las limpias, destinadas a alejar malas vibras. La observación etnográfica realizada en las llamadas hierberías en el Mercado Libertad (uno de los mercados más grandes y antiguos de la ciudad) retrata algunas facetas de esta amplia oferta de protección que se revela profundamente ecléctica y sincrética:

¹⁸Consultado en: <http://www.milagrosdelpapa.com>

¹⁹ Consultado en: <http://www.distroller.com>

Llego al Mercado Libertad (San Juan de Dios) poco después de las nueve de la mañana. Muchos locales no abren todavía, hay poca gente. Los estrechos pasillos entre los puestos cerrados con rojizas cortinas de metal, forman un verdadero laberinto. Las cortinas de algunos puestos se abren poco a poco. Verdulerías y carnicerías parecen haber abierto antes, pero todavía no tienen muchos clientes. Una de las vendedoras está aprovechando el rato libre para ojear el periódico amarillista Metro: está leyendo la parte dedicada a la seguridad: “Llamadas de terror” dice el titular.

De paso me encuentro con un puesto que me llama la atención: ofrece hierbas, jabones en cajas descomunales, pomadas, inciensos y amuletos. Un cartel grande: “Pulseras de San Benito para protección” - las hay en dos versiones: una austera, de cuentas rojas, y otra más “a la moda”, hecha de imitación de piedras preciosas. La vendedora nota mi interés y me pregunta que se me ofrece. Pregunto qué otras opciones tiene para protegerse y para no exponerse al peligro. Me explica que hay también collares, de cuentas y con colgantes de ojo de venado, especialmente eficaces para la protección de niños, aparte de esencias, pomadas y jabones; depende del tipo de protección que busco específicamente.

Me doy cuenta que este puesto “mágico” (o “hierbería”, como suelen llamarse) no es el único, en el mismo pasillo veo al menos cuatro. En uno de ellos me encuentro con una vendedora más dispuesta a conversar. Le hago la misma pregunta: si tiene algo eficaz para la protección... “¿Como para proteger qué?”, pregunta, “su persona, su casa, su negocio, porque todo aquí es para protección, pero depende mucho de lo que busca uno”. Pregunto qué es lo que mejor se vende. “Pos, mire, se venden mucho las esencias, los inciensos, los esprays...” Los esprays son, según la señora, especialmente efectivos: hay que esparcirlos sobre el cuerpo o, en forma de cruz, en el lugar que uno quiere proteger. Me muestra el surtido: son al menos cinco diferentes. Parecen frascos de pintura en aerosol, sin embargo las etiquetas dejan claro que se trata de otra cosa: sobre uno de ellos veo la silueta de una mujer desnuda en una pose sensual – el spray se llama “Venus” y es “para las que trabajan en la calle”, como me explica la

vendedora: se lo ponen en el cuerpo y así quedan protegidas de malas vibras. Hay también uno especial para proteger el negocio, otro con la imagen de un lobo negro con dientes enormes sobre un fondo rojo,, otro más, etiquetado como “incienso arrasa todo”.

Pregunto qué más me recomendaría. “Depende mucho de la creencia de cada quien..., hay cirios de diferentes tamaños, veladoras y velas..., hay imágenes de San Martín, Jesús Malverde (para los que están en peligro desean protección todos los días) y de Santa Muerte. La Santa Muerte es especialmente milagrosa”. Ofrece leerme las cartas, inclusive puede prepararme una loción especial si le digo exactamente cuál es el mal que quiero alejar de mí: la envidia, las malas vibras, robos, falta de dinero... Pregunto qué es lo que usa ella, que le funcionó mejor. Me muestra un collar de un trébol de cuatro hojas, dice que le trae buena suerte. Entonces, ¿qué voy a llevar? Le agradezco y digo que tengo que pensarlo.

Recorriendo el mercado, sigo topándome con las hierberías, parecen ser la especialidad de este lugar. Me paro frente a otra más. La vendedora me ofrece esencias: la de coco para la prosperidad y la de un olor poco identificable para el amor. Me las esparce una en cada mano. Que las huelo. Se ponen detrás de las orejas, después de cada baño. Duran mucho. Pregunto si se venden bien las esencias. “Sí, muy bien, son las que mejor se venden. Y también los amuletos. Aquí cada año viene una señora de Texas, güerita como usted, y se surte de amuletos que no tiene idea...” Me veo obligada comprar la esencia de coco. Después de regatear pago 30 pesos. Parece que de todos modos estoy pagando de más, porque recibo un amuleto de regalo. (El amuleto tiene forma de una herradura pequeña envuelta en hilo rojo, adornada con lentejuelas; está pegada sobre una hoja roja con imágenes de San Martín y San José; en el reverso una mano enorme parece bendecirle a una pareja que se da un beso, en torno a la imagen las palabras: abundancia, amor, suerte, felicidad.) “Cocco eleggua, esencia 100% natural”, leo en la etiqueta, adornada con la imagen de una máscara exótica, “especialmente elaborado para romper esas malas rachas negativas, abre todos los caminos, trabajo, hogar, amor, se utiliza para la

prosperidad, su función básica es la de aportar limpieza y equilibrio en todo nuestro entorno, da seguridad a quien lo utiliza". Pregunto a la vendedora qué es lo que utiliza ella. Me dice que trapea alrededor del puesto, primero con agua pura y luego con un líquido que aleja malas vibras. Me lo muestra: parece un frasco mediano de detergente líquido, pero contiene un brebaje rosado...

Sigo recorriendo el mercado. Subo al segundo nivel donde hay, sobre todo, fondas con comida. Veo que los vendedores recurren más bien a imágenes de corte católico para amparar sus negocios: La virgen de Guadalupe, de Zapopan, de Talpa, Santo Toribio, rosarios, rostros de Cristo. Me encuentro con un vendedor del periódico Metro, al parecer el más vendido aquí, en el mercado. Lo veo en varios puestos. "Terrorista en Oblatos", leo en la portada. Sigo caminando. Poco a poco me doy cuenta del tamaño del lugar, de la dificultad de orientarse en el embrollo de sus estrechos y calurosos pasillos, de la gran cantidad de entradas y salidas, subidas y bajadas, patios y corredores. Se me hace tarde. Abandono el mercado, equipada de la esencia de coco y el amuleto.

Como lo pudimos observar, la búsqueda de amparo en lo sobrenatural tiene numerosas facetas: seres, objetos y procedimientos protectores que no se limitan a los establecidos por el catolicismo y llevan la huella de creencias muy diversas: una realidad que remite, nuevamente, a la pluralidad de las ofertas de sentido de las que los habitantes de la ciudad son (potenciales) consumidores. Esta pluralidad queda también confirmada por datos estadísticos. Por ejemplo, según la (ya citada) *Encuesta Nacional de Valores en Juventud*²⁰, realizada en 2012, el 79.1% de los jóvenes encuestados cree en la virgen de Guadalupe, el 74.1% en los milagros, el 67.1% en los santos, el 27.8% en los amuletos y el 26.7% en las limpias.

Los datos presentados hasta ahora sugieren una cierta instrumentalización de creencias con fines puramente "prácticos" y puntuales, tales como la protección inmediata o la solución de un problema concreto (a manera de una medicación

²⁰ www.imjuventud.gob.mx/uploads/ENVAJ_2012.pdf.

preventiva o de emergencia), pero el poder protector de las creencias no siempre toma esta forma tan “austera”. En algunos casos la esperanza de protección forma parte de una estructura compleja de creencias que parecen constituir un sofisticado reducto de certeza-con-seguridad cuidadosamente edificado.

Un ejemplo especialmente sugerente constituye en este sentido la narrativa de Elías y Ana, miembros de la Iglesia de La Luz del Mundo, una congregación religiosa que, como ya mencionamos, constituye una comunidad relativamente cerrada con una estructura fuertemente jerárquica y una normatividad exacerbada (cf.:7.1.). El líder de la iglesia (“Santo Apóstol”, “Varón de Dios”), un ser presuntamente extraordinario y el único mediador entre lo profano y lo sagrado, une características del buen pastor (protector) y padre castigador. Los hermanos de la colonia viven, según René de la Torre (2000), en un mundo marcado por control y una fuerte rutinización de prácticas, que les ofrece, sin embargo, el amparo y la promesa de salvación eterna. Elías y Ana subrayan constantemente su profunda confianza en Dios y, sobre todo, en la oración de “Varón de Dios” de la que parece depender el frágil equilibrio del mundo en su marcha:

Todo el mundo está tranquilo, está en paz gracias a la oración de él, que día tras día, hora tras hora, noche tras noche, está de pie, en rodillas, orando a Dios. (Elías)

El “Santo Apóstol”, gracias a su condición de elegido encarna la protección:

Y Dios dice que él da miles de miles por la vida de un Santo de esos. Entonces, Dios lo quiere mucho. Y todo le concede. [...] No tenemos miedo. Estamos a la sombra de un Varón de Dios (Ana)

Sin embargo, el privilegio de gozar de esta sombra protectora tiene un precio irrevocable: la obediencia a las prescripciones de la doctrina – claras e irrefutables. La certeza del código moral es absoluta y no hay dudas sobre su cumplimiento; las consecuencias de trasgresión resultan igualmente categóricas:

Y si Dios se agrada de nuestras obras buenas, nos bendice Dios. Nos ayuda. Pero si, por lo contrario, somos malos, más nos castiga Dios, más nos castiga Dios. (Elías)

Elías y Ana parecen narrar la fantasía de una comunidad de certidumbre-con-seguridad hecha realidad: las certezas carecen de ambigüedad y garantizan, además, la seguridad, siempre y cuando los miembros de la comunidad se mantengan dentro de los límites de lo permitido. Es afuera donde pululan la depravación y el pecado, consecuencia de ignorancia o de trasgresión deliberada. La comunidad de los fieles, por lo contrario, deviene un reino de pureza, bendición y amparo - de ahí que los sujetos se narran inmunes frente a posibles riesgos presentados como resultado de confusión moral:

Si todos los malvivientes no hubiera, había la gente más tranquila, más pacífica, no había tantos muertos, yo simplemente veo... gente que están, disque, el otro día los que estaban cenando en la noche en un restauran, nooo... los ametrallaron, los mataron. ¡Caray! Pues, qué, pues. Gente inocente que no debía. Borrachos allí andan, en las carreteras. Nada menos ahora, ¡cuántos carros chocaron!, se murieron diez. Por la imprudencia de esos... de los borrachos. Y eso es lo que estamos enseñados: a no tomar, a no ser malvivientes, a no ser rateros, a no... maltratar de las personas que no tienen culpa de nada, todo eso... es lo que tratamos y lo que nos han enseñado. Y nosotros lo tratamos de poner por obra. Es lo que le digo. Entonces todas estas cosas, mientras Dios no quiera, a nosotros no llega. Y, sí, no temas, el mal a ti no vendrá, pero ¿cuándo?, cuando tú hagas el bien, cuando tú lo que Dios manda, lo que Dios quiere... Entonces allí es donde está el secreto de uno. (Elías, 66, estrato bajo)

Este bastión de certeza-con-seguridad narrado por Elías y Ana ofrece, sin duda, un ejemplo especialmente elocuente del poder protector de las creencias. Sin embargo, no constituye una excepción. Así, por ejemplo, en la narrativa de Salvador (un católico practicante, como sabemos), es posible reconocer una visión de la religión como garantía de certeza y seguridad que resulta similar en muchos aspectos.

Como ya mencionamos, Salvador expresa reiteradamente la profunda convicción en que existe una ética universal, eterna e incuestionable que permite a su conocedor tomar decisiones siempre correctas. En su narrativa surge la figura de un católico ejemplar, constantemente preocupado por conocer la verdad, por superarse y por buscar claridad y esencia (contrastada con supuestos sujetos

confundidos, superficiales, impacientes, débiles y perezosos, indispuestos a estudiar la Biblia, propensos a tomar decisiones equivocadas). El conocimiento de las reglas divinas provee a los fieles no solamente de certezas de carácter moral, sino (nuevamente) parece brindarles también un aura de seguridad. Gracias a su ética clara y patente, Salvador es capaz de evitar un posible “contagio” con el mal y así evitar riesgos. Comentando sobre un hipotético contacto con narcotraficantes (quienes en su narrativa encarnan el pecado) concluye:

Yo veo lo malo, lo detecto y lo observo, pero no me gusta rascarle mucho. Porque yo sé la solución. Si las personas no quieren hacerlo, es su responsabilidad. [...] Me retiraría un poco. Mejor. Creo que es lo más sano. El proverbio dice..., perdón que esté insistiendo, pero allí dice, en esas 15 hojitas [El Libro de los Proverbios] dice todo. Dice ahí: “Cuando veas una ocasión que no es correcta, dale la vuelta”. Si tú ves que vas a pasar por un punto donde hay riesgo o peligro, dale la vuelta, y no te va mal. Eso es indiscutible. Es este..., es lo que Jesucristo dijo, viene por añadidura. Si tú haces cosas buenas, lo demás viene por añadidura. [...] Pero si empiezas coquetearle con que el dinero y etc., ahí empiezan los riesgos. (Salvador)

Pero los conocedores de verdades divinas no solamente disponen de un recetario que les permite solucionar dilemas éticos de la cotidianidad y mantenerse así a una distancia segura de zonas potencialmente “infectadas” por el pecado/riesgo. La fe les vuelve inmunes a la muerte misma – el “escudo” de certeza y seguridad que los protege parece no tener fisuras:

¿Qué es lo peor que puede pasar? Que maten a mis hijos. Sería lo peor. Pero no es lo peor. A lo mejor es lo mejor. Si lo ves desde un punto de vista eterno. Porque muchos piensan que la muerte es un castigo, y según mis creencias, la muerte es un premio. Si llevas una vida recta, obtienes un premio. Y... no puede haber falla. Porque Dios no se raja. Si lo dijo y prometió, cumple. Que nosotros pensamos que muchos buenos se mueren muy rápido, ahí también dice porqué, es para eso, para que no se corrompan. (Salvador)

Finalmente, hablando del poder protector de las creencias, vale la pena mencionar nuevamente la narrativa de Gabriela, adepta del corriente místico-esotérico-espiritual y maestra de yoga, quien, además, organiza y participa regularmente en cursos de corte esotérico. Su “comunidad de sentido” (Berger y

Luckman 1997) - sus alumnos, amigos y pareja - se caracteriza por el acceso a una serie de verdades trascendentales que permiten a los iniciados romper con los vicios del mundo que los rodea, marcado por miedo, represión, desequilibrio, agresividad, tristeza y falta de amor, y lograr así un nuevo nivel de consciencia, el cual les brinda liberación (“rompes lazos con lo que no quieras en tu vida”), purificación (“limpiar tú tu ser con esta energía universal”), equilibrio, paz y armonía (“[la yoga] te regresa otra vez a tu centro, te quita muchas cosas que no son tuyas, me siento más tranquila”). No faltan recetarios que permiten aplicar los saberes trascendentales en la vida diaria (“los cuatro acuerdos son como... no normas, pero lineamientos de vida que te van a ayudar a vivir más tranquilo y mejor”). No falta finalmente una interpretación de peligros y riesgos de la cotidianidad - ya no en clave del pecado, sino como desequilibrio y trastorno de flujos de energía positiva – que desemboca en prácticas que permiten a los iniciados “acorazarse” contra las amenazas:

Hay cosas que tú atraes porque vibras en eso y te tienen que pasar [...]. Entonces lo que pasa en estos cursos es que vas desbloqueando esos registros, los vas abriendo, porque, era lo que yo te decía, en lo que tú vibras, es lo que tú atraes. Si todo el tiempo estás teniendo miedo, pues algo te va a pasar, porque lo estás jalando, ¿no? Entonces abres estos registros y empieza a fluir mejor la... esa energía hacia ti. (Gabriela)

Aquí, nuevamente, las creencias brindan no solamente un conjunto de certezas que permiten una interpretación de la realidad marcada por el riesgo, sino prometen también la seguridad que en este caso resulta ser fruto de una nueva consciencia.

El poder de antídoto contra incertidumbre e inseguridad que los sujetos adscriben a sus respectivas creencias resulta fascinante (en términos de investigación). Parecen edificaciones cuidadosamente construidas, en las que todas las partes encajan perfectamente, para brindar a los que gozan del privilegio de resguardarse dentro de sus muros, una visión del mundo tan coherente que parecen no existir en él fisuras ni grietas por las que podrían penetrar dudas o peligros.

Las narrativas atestiguan la importancia del aspecto protector de las creencias, el cual se revela en prácticas y significados diversos: desde la búsqueda de protección en las figuras de santos patronos y otros seres sobrenaturales, a través de amuletos y procedimientos mágicos, hasta los sofisticados reductos de certeza-con-seguridad en los que parecen convertirse las creencias de algunos de los entrevistados. No obstante, a pesar de las aseveraciones de varios sujetos sobre la tranquilidad que les brinda la protección sobrenatural que reciben, sería erróneo suponer que las prácticas de protección de corte religioso o mágico excluyan otras prácticas enfocadas en la “amortiguación” de los riesgos a los que se ven expuestos los sujetos. Los sujetos declaran realizar simultáneamente prácticas de diversa índole para aminorar su vulnerabilidad. Así, Lorena, a pesar de su confianza en el destino y la protección angelical, la cual le brinda supuestamente una serenidad imperturbable, respeta también el código de autocontrol al recorrer la ciudad. Gabriela, por su parte, no se limita a respiración profunda y ejercicios de yoga para asegurar el flujo de energía positiva y alejar así el mal y el peligro, sino recurre también a prácticas de corte securitario y tecnológico (fraccionamiento cerrado vigilado por cámaras, control del teléfono, entre otros). Tanto Elías y Ana como la pareja de Angélica, aunque no dudan de protección divina en situaciones de crisis, buscan incansablemente nuevas formas de sustento. La seguridad que brindan las creencias dista de constituir una solución única o universal, lo que no disminuye, sin embargo, su importancia.

7.3. “Atacar nuestros defectos”: promesas de transformación

El circo de la mariposa (*The Butterfly Circus*, 2009, dir. Joshua Weigel) es un cortometraje que goza de una gran popularidad. Es posible verlo a través de *You Tube*, donde, como informa *Wikipedia*, solo en el primer año después de su lanzamiento fue visto más de siete millones de veces. Una breve búsqueda en Google no deja lugar a dudas que para muchos el filme transmite un alentador y

conmovedor mensaje de autosuperación y esperanza. Lo protagoniza Nick Vujicic, un conocido orador motivacional, quien nació sin brazos y piernas.

El filme, ambientado en los Estados Unidos en los tiempos de la Gran Depresión, cuenta la historia de un pequeño circo, cuyo carismático director Méndez y su tropa consuelan con sus alegres y poéticas actuaciones a los que sufren los flagelos de la gran crisis. Una tarde, al pasar por una feria, el director encuentra en una muestra de curiosidades a Will, quien carece de extremidades y es exhibido ahí como un fenómeno (junto con el hombre tatuado, las hermanas siamesas y la mujer barbuda). Méndez lo invita a formar parte de su tropa. Will es recibido cordialmente por los integrantes del circo, pero no se le asigna ningún número. Méndez se niega exhibirlo como un fenómeno y opina que Will tiene que encontrar una manera diferente de participar en el espectáculo. Méndez critica a Will por su amargura y autocompasión a raíz de su discapacidad; le hace comprender que todos los demás integrantes del circo, con sus capacidades extraordinarias, son producto de superación y transformación. Como orugas que se convierten en mariposas, ellos también se transformaron de individuos depreciados y rechazados en artistas dignos de admiración.

Un día, mientras que los cirqueros disfrutaban de un día de campo a la orilla de un río, Will cae en el agua. Pide ayuda, pero nadie le oye. Aunque inicialmente parece estarse ahogando, se da cuenta de que puede nadar. A partir de entonces realiza durante las funciones del circo un acto asombroso: sube a un alto poste, para luego lanzarse de él a una pequeña tina de agua. De esta manera Will recupera su dignidad y su felicidad; gracias a su perseverancia, él, un discapacitado, logra lo que para muchos parecería imposible. El mensaje (conmovedor e impactante, juzgando por los entusiastas comentarios en *YouTube*) resulta contundente: nada es imposible y todo depende de ti – ser una oruga despreciable o una mariposa digna de admiración está enteramente en tus manos.

El cortometraje citado es un ejemplo especialmente elocuente de las lógicas de un discurso que parece subyacer en una gran variedad de las ofertas

de sentido actuales. Su proliferación se vincula estrechamente con la expansión y profundización de la individualización, que, como hemos mencionado reiteradamente, libera el sujeto de ciertos constreñimientos estructurales, pero al mismo tiempo deposita en él el peso de la crisis, responsabilizándolo de su éxito o fracaso. Las “atmosferas terapéuticas”, como propone denominarlas Reguillo (2007), se propagan justamente a partir de la premisa de que las dificultades enfrentadas por el sujeto tienen su origen en su propia inadecuación al orden social dominante (ibid.) – un impedimento que, sin embargo, puede ser superado a partir de una transformación “sanadora” cuyo éxito depende de la perseverancia y el esfuerzo del sujeto.

Tomando en cuenta que este imperativo de transformación surge en una situación de incertidumbre crónica, la cual genera una necesidad y una búsqueda de orientación, no sorprende la gran proliferación de numerosas y variadas “ofertas de sanación” (ibid.) que pretenden guiar al sujeto en la ardua tarea de la metamorfosis: desde manuales de autoayuda, a través de cursos de corte esotérico-místico-espiritual, hasta las diversas figuras de “gestores de incertidumbre”, empezando por terapeutas de diversa índole y terminando en oradores motivacionales.

Este discurso, que presenta al sujeto como fuente de la crisis y lo responsabiliza de una transformación profunda, aparece en una gran variedad de contextos: no solamente en relación con ciertas corrientes de corte alternativo, sino también en el marco de instituciones establecidas, como lo demuestra, por ejemplo, la entrevista con el médico. A continuación, el resumen de algunos de sus fragmentos:

El doctor Humberto es especialista en medicina interna y coordina una clínica de obesidad y enfermedades metabólicas relacionadas. Preguntado por los riesgos que, según él, enfrentan actualmente las personas, menciona sobre todo los que se vinculan con los avances de la modernidad: factores ambientales, la industrialización de la comida, alimentos con conservadores, el uso de agroquímicos. Todo ello “ha condicionado, pues, que la humanidad se esté

enfrentando a alteraciones, como pueden ser las enfermedades crónico-degenerativas: obesidad, diabetes.” El problema consiste, según el doctor, en que la especie humana no es capaz de adaptarse genéticamente a los vertiginosos cambios actuales: “Toda especie se tiene que adaptar a las condiciones de vida. Las especies que no logran adaptarse a esas condiciones, no subsisten”.

No obstante, lo que sí se puede cambiar son las conductas: “Yo le digo a un diabético: ‘¿sabes qué?, tu enfermedad puede mejorar y se puede controlar con que tú modifiques tu estilo de vida. Modificar tu estilo de vida quiere decir que entres en un plan sano de nutrición, o sea, que te apegues a un plano donde tengas un peso saludable, donde generalmente tengas que hacer ejercicio rutinariamente por cierto tiempo y en ocasiones exigirte más de ese tiempo. Y la otra es que tienes que aprender a conocer las señales de tu cuerpo, que son tus indicadores de riesgo”. No obstante, según la experiencia del doctor, hacer cambios resulta más difícil de lo que podría parecer: “Imagínate que tú le tengas que decir a una persona, donde tiene una cultura alimentaria muy específica, muy rutinaria, que toda la rutina que él ha hecho no es la adecuada, a los cuarenta años, cuarenta y cinco años, ¿sí? Entonces, tiene que cambiar... Complicado. [...] Entonces, las personas no saben afrontar el... el cambio, ¿no?, que requieren para disminuir su riesgo”. El médico comenta además que la verdadera dificultad no consiste en lograr el cambio en la conducta del paciente, sino conseguir que este cambio persista: un cambio verdadero significa un cambio total de vida, y pocos son dispuestos y capaces de lograrlo.

Reflexionando sobre las razones por las que resulta difícil lograr esta transformación sanadora, el doctor menciona la pasividad como una característica cultural de los mexicanos, la cual, sin embargo, está desapareciendo paulatinamente: “La pasividad o... en un momento dado... que si esto tiene que ver con el gobierno, el gobierno tiene que hacer la chamba, no la tengo que hacer yo, que si esto es divino, pues Dios me mandó este castigo y... cada vez, como que lo vemos menos. Pero vemos otra vez la parte, ¿no? Tampoco no haces nada. O sea, ya no es divino, ya no es del gobierno, pero no quiero aceptar mi parte que tengo que hacer, ¿no?”

Finalmente, el doctor reflexiona también sobre el papel actual del médico: “Ya no es el omnipotente que está acá atrás, ¿no?, sino que ahora se vuelve... ahora no soy la persona que te va a decir: ‘tienes que hacer esto, porque lo digo yo’, sino que ‘tienes que hacer esto, porque soy tu asesor y te tengo que poner todas, todas las posibilidades de riesgo, aquí están, y yo te las voy a ir marcando, qué hacer para no ponerte en riesgo’. Pero es un asesor”.

En la interpretación de Humberto, la realidad actual obliga al sujeto a transformarse con tal de adecuarse a las cambiantes condiciones de vida – una tarea difícil, ya que no todos tienen la disposición y, sobre todo, la perseverancia necesaria para lograrlo. Resulta significativo que el sujeto es presentado aquí como el incuestionable protagonista de este cambio. La institución médica, y el médico como su representante, lejos de ser presentados como una fuerza coercitiva, juegan un rol meramente orientador: la responsabilidad del cambio cae en los hombros del sujeto.

También Jorge, entrevistado como terapeuta naturista, pone énfasis en la responsabilidad del sujeto y vislumbra en lo que llama la “irresponsabilidad personal” la principal fuente de la crisis actual:

Jorge trabaja como terapeuta naturista. Su diagnóstico de la actualidad resulta poco optimista: “la gente tiene mucha necesidad de sentir. [...] Es una necesidad de querer sentirse, de querer sentirse vivos, de quererse sentir alegres, felices, y no lo logran con nada”. Esta necesidad no satisfecha se traduce en la sensación del vacío, malestar, enfermedad y soledad. Finalmente, desemboca en búsquedas diversas, mal encaminadas y “a tientas” (“es como una búsqueda sin saber qué es lo que estás buscando”). Las nuevas tecnologías de comunicación, las drogas y las religiones son mencionadas por Jorge como ejemplos de búsquedas que no logran llenar el vacío.

Procurando explicar su malestar, las personas encuentran frecuentemente respuestas equivocadas: “La mayoría de la gente está en ese casete: de que... de la energía... de las malas energías, de la mala vibra, de las envidias, cuando la

verdad es irresponsabilidad personal. [...] No hay brujería. Cuando alguien está embrujado, en mis creencias, allí sí, preocúpate. Pero la mayoría de las situaciones y circunstancias que yo veo aquí, que les hago ver a la gente, es su... su... su propia irresponsabilidad, ¿sí?, su propia ausencia de sí mismos y dentro de la familia. Y la gran mayoría de la gente eso no lo quiere ver. La gran mayoría de la gente lo que quiere es pensar que está embrujado, que el vecino le hizo, que el vecino le quito... [...] Y no nada más de la gente que viene aquí conmigo. Yo escucho la gente en la calle, platico con la gente, acostumbro mucho platicar en la calle, y no hay mucho... mucha diferencia de... ni de clases sociales, ¿eh? [...] No quieren afrontarse ni enfrentarse... confrontarse... consigo mismo. Y ese es el... el... de lo que yo me he dado cuenta... ese es el talón de Aquiles de... de ahorita.”

El diagnóstico está claro: los irresponsables (a la vez víctimas y culpables de la crisis actual) buscan la fuente de sus fracasos en el afuera, mientras que la actitud correcta consiste en asumir la responsabilidad y buscar las razones de la crisis dentro de uno mismo.

A esta lógica se adscriben también algunos de los sujetos de esta investigación. Varios de ellos comparten la sensación de vivir en tiempos de crisis y admiten la necesidad de cambio, no obstante, sería difícil encontrar en sus narrativas el llamado a una transformación a nivel de las instituciones o críticas del sistema social. Tienden, más bien, a colocar la responsabilidad por el cambio en los hombros del sujeto individual: de sus intentos de transformar a sí mismo depende el futuro mejor. Especialmente ilustrativas parecen en este sentido las narrativas de Salvador y Gabriela, cuyas posiciones sociales se asemejan en ciertos aspectos (sobre todo, en cuanto al nivel socioeconómico y la inclinación política), aunque los sujetos difieren, entre otros, en sus adscripciones religiosas.

Salvador, además de ser defensor incansable de certezas eternas e incuestionables, se declara partidario de superación personal (y conocedor de literatura en torno a ella). Busca corregir sus defectos, “programa” su mente para el pensamiento positivo (“porque el pensamiento positivo hace que haga cosas positivas”), se informa y “actualiza” constantemente. Su lógica es simple y es

presentada como irrefutable: “debemos atacar nuestros defectos y lo demás viene por añadidura”:

Y a veces estamos tan obstinados en querer cambiar al otro y no cambiamos nosotros mismos. Sin embargo haciendo un pequeño cambio nosotros, generamos un gran cambio alrededor. [...] Porque a veces andamos preocupándonos por cambiar al mundo. Y hay un correo por allí que recibí también que dice: “Quiero cambiar al mundo. ¿Por dónde empiezo?” Después de reflexionar dijo: “pues, por mi continente. ¿En qué continente vivo? En el americano. ¿Y de todo el continente, por cuál país empiezo? Pues, por México, soy de México” y después de analizar “¿cuál estado? Pues Jalisco, soy de Jalisco ¿Y qué colonia? Y de las casas de mi colonia, pues por mi casa.” Y empiezo en mi casa. (Salvador)

Así, el cambio “verdadero” proviene de la responsabilidad asumida por uno mismo hacia sí mismo: El futuro de la sociedad depende del sujeto individual cuya agencia se vuelca hacia él mismo en la tarea de superación (nunca acabada ni suficiente). El sujeto se vuelve “todoresponsable”. Menos mal que, al parecer, también es “todopoderoso”:

El 99 por ciento depende de uno. Porque el ser humano trata de decir..., a ser víctima, y a compadecerse. “Ay, es que yo soy así, porque..., y porque..., y porque..., pero no. [...] Tengo una cita textual de un libro que no me acuerdo del autor que dice: “muy bien, naciste en la basura. ¿Te vas a quedar allí?” Es que depende de nosotros. Si naciste dentro de la basura y tu entorno es pura basura, de acuerdo, naciste en la basura. Tienes dos caminos: hacerte la víctima o salir disparado como un cohete hacia el infinito. Tuya es la decisión. (Salvador)

Las dificultades y los impedimentos que enfrenta el sujeto en su lucha por superarse parecen no residir en sus múltiples condicionamientos, sino en su actitud falsa que le impide reconocer su verdadero potencial. De ahí que sería difícil encontrar un mejor ejemplo de superación que un discapacitado exitoso:

El mayor número de seres humanos decimos, y es lo más fácil, “es que mi papá fue así, es que mi mamá fue así, es que yo nací muy pobre, es que yo nací sin una pierna, es que yo nací sin pies” Pero ahí está Nick Vujicic. [...] Es un cuate que no tiene piernas ni brazos..., da conferencias. Hay un teléfono, le pisa, lo agarra y lo agarra así [*muestra*], sabe nadar, gana dinero en la bolsa de

valores, es economista, es financiero, es... conferencista a nivel mundial, y nació sin brazos y sin piernas. Lo iban a abortar. Y ese ser humano está haciendo mucho bien. Mucho bien. (Salvador)

Nick Vujicic no solamente supera su extrema discapacidad, sino tiene éxito en esferas que para muchos quedan inalcanzables (“gana dinero en la bolsa de valores, es economista, es financiero, es... conferencista a nivel mundial”). La discapacidad que parece casi insuperable se convierte así en un impedimento aparente frente a la fuerza del espíritu de este “santo” de superación personal.²¹ Su mensaje es claro e indiscutible (porque legitimado por su propio ejemplo): todo el poder y toda la responsabilidad están depositados en el sujeto.

Mientras que Salvador, como católico, interpreta la superación personal como una manera de lograr una vida profundamente cristiana y virtuosa para poder dar ejemplo a sus hijos y participar así en la transformación hacia una sociedad mejor, Gabriela se deslinda (parcialmente) de las enseñanzas de la iglesia y, como sabemos, se adscribe a la corriente mística-esotérica-espiritual, buscando en ella sus “lineamientos de vida” (cf.:7.1.; 7.2.). No obstante, a pesar de diferencias entre ambos, la concepción del sujeto que emana de la narrativa de Gabriela es muy similar:

Pues en el fondo yo creo que... así... si fuera un resumen de todas las filosofías, sería como “hazte responsable de tu vida”, porque muchas veces nos hacemos... queremos ser víctimas de las circunstancias, de las personas. Pero más bien es: “hazte responsable de lo que tú haces, de lo que tú tienes, de lo que tú estás viviendo en este momento, porque te lo creaste” [...] (Gabriela)

También aquí el cambio es experimentado por el sujeto como resultado de su propio esfuerzo dirigido hacia sí mismo (“si tú quieres, lo decides y evolucionas”): se trata de purificación; liberación de amor y armonía “bloqueados por nuestra vida, por la cultura, por la sociedad, por la educación que te dieron”; búsqueda de paz y equilibrio; apertura hacia la “esencia divina” y el universo. El sujeto supera

²¹ Un ejemplo similar: el Venezolano Maickel Malamed quién a pesar de una fuerte discapacidad motora participó en el Maraton de Nueva York 2011, y completó los 42 kilómetros, llegando a la meta después de 15 horas.

pruebas, crece y evoluciona. Su transformación desencadena finalmente cambios en su entorno:

Y... cuando empiezas como... a limpiar tú tu ser con esta energía universal, pues entonces lo demás a tu alrededor empieza a cambiar, por lo mismo, porque tú ya no eres la misma persona, tu energía es otra... (Gabriela)

No faltan en la narrativa de Gabriela alusiones al sujeto como constructor de su propio destino (“tú transformas ese destino de acuerdo a tu trabajo personal”), las cuales aparecen también en narrativas de otros sujetos. Así, Álvaro se muestra convencido de que “todo depende de uno”, Lorena, por su parte, cree en el poder del pensamiento positivo (“probablemente, por ser positivo, generes una vibra diferente”) – vale la pena recordar que Álvaro y Lorena comparten la esperanza del ascenso social y por ello, quizá, se muestran receptivos a este tipo de lógicas.

Resulta esclarecedor comparar esta concepción de sujeto “todopoderoso” y “todoresponsable” con concepciones de sujeto de corte más “tradicional”. Especialmente ilustrativa resulta en este sentido la narrativa de Elías y Ana, fieles de la Iglesia de Luz del Mundo. Aquí el poder del sujeto es enérgicamente cuestionado – su salvación depende de la voluntad de Dios y de la oración del Santo Apóstol, el líder de la iglesia y el único mediador entre los fieles y Dios. La tarea principal de los fieles consiste en rendir la más estricta obediencia a los mandamientos de Dios. Los que no cumplen con ella son indignos de la redención:

Dios nos da mucho. [...] A veces no lo merecemos por nuestros comportamientos o porque nos hacemos sordos o tontos, necios a lo que nos han enseñado y decimos: “ahora no voy a la oración, ahora no voy a mi consagración”. ¿Por qué? Porque allí está el diablo usándonos para que no vayamos. Entonces, también, Dios nos castiga, ¿eh? Nosotros nos castigamos. ¿Por qué? Porque, este... somos necios. Tenemos una enseñanza y no la ponemos por obra. Entonces allí está... nuestro castigo por nosotros. (Ana)

De manera significativa, este pasaje pone énfasis en la obediencia/desobediencia y el consiguiente premio/castigo en nombre de una justicia impartida por un ser divino en el más allá. En contraste, el sujeto de Salvador y Gabriela no es presentado como obediente (desobediente), sino como responsable (irresponsable). En ambos casos el sujeto sufre las consecuencias de sus actos, pero mientras que el castigo es impartido desde el exterior en respuesta a la transgresión de normas (también impuestas desde fuera), el sujeto “responsable (irresponsable)” se confronta consigo mismo en una situación de incertidumbre.

A pesar de estas diferencias, ambas posturas revelan también varias similitudes que permiten vislumbrar en el discurso de autosuperación (transformación/sanación) ciertos raíces profundamente cristianos. Esclarecedores resultan en este contexto los planteamientos de Esposito (2011), quien nos recuerda que a nuestra concepción de la persona - que encuentra su fuente, entre otros, justamente en los dogmas cristianos - subyace la idea de una unidad hecha de una duplicidad (cuerpo y alma), en la que el cuerpo (la parte animal) tiene que someterse al dominio del alma (la parte propiamente humana). Según esta concepción,

el hombre es persona si, y solo si, es dueño de su propia parte animal [...]. Por cierto, no todos tienen esta tendencia o esta disposición a la propia ‘desanimalización’. De su mayor o menor intensidad derivará el grado de humanidad presente en cada hombre y, por lo tanto, también la diferencia de principio entre quien puede ser definido con pleno derecho como persona y quien puede serlo solo en ciertas condiciones. (Esposito 2011:66)

En pocas palabras, la clave está en el sometimiento del cuerpo al dominio del alma: es aquí, también, donde está claramente visible la continuidad entre el pensamiento cristiano y las lógicas de autosuperación. No es coincidencia que Elías y Ana mencionen reiteradamente la necesidad de dominar la carne, definiéndola como “el instrumento de Satanás”, ni tampoco es fortuito que Salvador hable de la necesidad de “atacar nuestros defectos”, o que Gabriela muestre interés en cursos esotéricos que, entre otros, le enseñan como “controlar el inconsciente de manera consciente”; queda claro también porqué justamente un

discapacitado extremo, que logra controlar su cuerpo a través de su fuerza espiritual y mental, se convierte en la máxima expresión del éxito de superación personal.

El discurso de la autosuperación (transformación/sanación) invita al sujeto a transformarse en una persona plena y exitosa (una persona de verdad, podríamos decir). Vale la pena destacar que esta transformación que se espera del sujeto es presentada, por un lado, en términos de “maduración” y “concientización” (el sujeto asume responsabilidades que otros se niegan asumir, lo que les atribuye a los otros una cierta inmadurez) o incluso “evolución” (el sujeto abandona su viejo “yo” imperfecto para volverse ¿más humano?) y, por otra, en términos de “sanación” (la aparición de discapacitados como ejemplos de autosuperación exitosa, no es aquí, sin duda, fortuita) o “purificación” (especialmente presente en la narrativa de Gabriela en torno a las prácticas de corte esotérico). También aquí la herencia cristiana está, sin duda, presente. Basta citar el testimonio de Ana, quién narra su conversión a la doctrina de la Luz del Mundo, para vislumbrar varias similitudes entre ambos discursos:

Quando yo conocí esta religión, yo no conocía a Dios. [...] Porque yo era una pecadora y que no conocía... Yo estoy agradecida con el Varón de Dios, porque... mucha misericordia Dios tuvo para mí por haberme... por haber conocido a mi compañero que me arrimó a lo de Dios. Pero el alma que no es de Dios, así se arrime veinte, diez mil veces y no es de Dios, la desecha. Pero antes... pero antes de venir yo acá, al pueblo del Señor, yo soñé la iglesia. Entonces, fíjese, ya Dios... me estaba encaminando a lo de Dios. Pero como yo era una mujer mala, no..., no... Dios me dio mis revelaciones, mis sueños... Y antes yo de entender ya la doctrina, yo era rebelde con él, yo no creía [...] Entonces, este..., ya empecé yo a soñar unos sueños bien hermosos, bien hermosos, de la doctrina, del todo. Allí me revelaba el señor Jesucristo lo que yo había sido, cómo era yo. Pero yo tenía que limpiarme primero para poder entrar a la iglesia, porque yo quería entrar a la iglesia pero me detenía un... un hermano que estaba en la puerta, que me decía que no, que primero me fuera a limpiarme a bañarme y me enseñaba allí el arroyo de agua. Y me dijo que sí, pero que viera primeramente un rollo... de película... yo soñé... en este rollo yo me veía bailando con hombres pero con cuerpos de animales, cuerpos de gente pero con cabezas de animales. Allí yo me veía todo, todo, todo lo que yo haría en el mundo... y ya... entonces ya se acabo eso y ya me dijo que sí, que ya podía pasar... al templo. Pero todo lo que yo he visto, yo lo soñé antes de conocer la iglesia: la santa cena, el hermano que yo ni lo conocía, vi al Señor Jesucristo, al Varón

de Dios, con dos palmas en sus manos. Entonces me decía que ¿a dónde? Yo le decía que p'allá. Y me señalaba que viera para allá, veía cerrado, que viera para acá y veía cerrado. Entonces me decía que viera... vías con trenes... que esa era la única salida. Así me estaba demostrando que la salida era espiritualmente, no material, sino espiritualmente. [El Varón de Dios] nos enseña y en lugar de darnos un mal consejo nos da un buen consejo, si nos ve descarrillados, porque, Usted sabe que las ovejas a veces se descarrillan... [...] Y yo, desde entonces, créamelo [...], yo tengo mucho amor al Varón de Dios porque gracias a él yo sigo en la iglesia. Gracias a él... no me siento que estoy libre de pecado porque somos humanos, tenemos pecados [*llora*], pero gracias a él, conocí la verdad. (Ana)

Podríamos decir que Ana narra aquí el proceso a través del cual logró someter su cuerpo al dominio del alma. Como en el caso de la autosuperación, también esta transformación es narrada en términos de concientización, sanación, purificación y, sobre todo, de la victoria del sujeto sobre sus propias debilidades. Sin embargo, hay aquí una diferencia importante. Para que se realice la transformación de Ana, es necesaria una fuerza externa, un fuente de sentido abarcador e incuestionable, que elige transformar a Ana como parte de su plan providencial y le proporciona, además, una guía ética confiable para mantenerse entre los que, gracias a su transformación, han logrado formar parte del círculo de los dignos de redención (fuera de este círculo se encuentran, por supuesto, los pecadores, incapaces de dominar el cuerpo y, por lo tanto, indignos de ser salvados).

No así el discurso de autosuperación: la "personalización" es presentada en él como un proceso voluntario que depende enteramente de la decisión del sujeto y está, además, indiscutiblemente en su poder. De su decisión depende tanto *sí* se transforma en una persona plena y exitosa, como *de qué manera* lo logra. De ahí que, los que no muestran la disposición de convertirse en personas plenas (exitosas) a través de la superación o lo procuran lograr de maneras equivocadas, son los únicos culpables de su exclusión del *status* de los "adecuados" (o dignos de redención, podríamos decir) y se condenan, ellos mismos, a permanecer y oscilar eternamente dentro del limbo que abarca una

larga y compleja jerarquía de los más o menos inadecuados, culpables de su propio fracaso como personas “legítimas”²².

Es aquí donde el discurso de autosuperación se revela pertinente en relación con la condición del sujeto contemporáneo ante el riesgo. Según Gilles Deleuze (1995), estamos viviendo actualmente el ocaso de la sociedad de disciplina (con sus rígidos “moldes” de las instituciones, como prisión, escuela, familia, Iglesia, entre otros), y el surgimiento de la sociedad de control, en la que los “moldes” se convierten en “modulaciones” elásticas y flexibles. Mientras que en la sociedad de disciplina el sujeto se confrontaba con la norma, rígida e impuesta por un poder “externo” (y difícilmente cuestionable), en la sociedad de control las normas se multiplican, se relativizan, se vuelven contingentes. Se podría decir que el sujeto contemporáneo es cada vez menos un sujeto *culpable* de infringir las normas (claramente delimitadas) y obligado a rendir cuentas ante una entidad “externa” (que, al mismo tiempo, garantiza la certidumbre), y es cada vez más un sujeto en cuyos hombros cae la solitaria *responsabilidad* de enfrentar riesgos en situación de incertidumbre. En este contexto del debilitamiento de normas e instituciones, ¿no se convierte el riesgo en un dispositivo de control por excelencia, que encauza la agencia del sujeto hacia los (nunca suficientes ni “garantizados”) esfuerzos por lograr seguridad y certidumbre?

En palabras de Gilles Lipovetsky,

[...] cada cual se observa, se comprueba, se vuelca sobre sí mismo en busca de verdad y de su bienestar, cada uno se hace responsable de su propia vida [...] Aquí la socialización y la desocialización se identifican, al final del desierto social se levanta el individuo soberano, informado, libre, prudente administrador de su vida: al volante, cada uno abrocha su propio cinturón de seguridad. [...] El proceso de personalización [individualización] es un nuevo tipo de control social liberado de los procesos de masificación-reificación-represión. (Lipovetsky 2002:24)

²² Durante conversaciones informales con adeptos de la corriente esotérica-espiritual, he tenido la oportunidad de escuchar explicaciones según las cuales las recientes catástrofes naturales (terremotos, tsunamis, inundaciones) son interpretadas como “limpias” durante las cuales son eliminados los que no han logrado un nuevo nivel de consciencia, necesario para la renovación de la humanidad. El hecho de no haber evolucionado hacía un nuevo nivel de consciencia los descalifica, al parecer, como personas legítimas y por lo tanto los vuelve “eliminables”.

A pesar de que la visión del sujeto individualizado como “soberano, informado, libre” resulta profundamente cuestionable – porque, mientras que el imperativo de responsabilidad concierne a todos por igual, no para todos se traduce en el aumento de libertad – resulta interesante que el autor propone interpretar la responsabilización vinculada con la individualización como un dispositivo de control social. Así parece que, paradójicamente, la hiperresponsabilidad colocada en el sujeto, que en apariencia lo empodera, en realidad lo encierra frecuentemente en la jaula de nunca suficientes intentos de “adecuarse” con tal de mantenerse a salvo, sin garantía de tomar decisiones correctas, por las que, sin embargo, tiene que responder plenamente. “Todo es consecuencia de lo que hagamos o de lo que dejemos de hacer. La inseguridad también. Es consecuencia de nuestros actos”, comenta Salvador, resumiendo de esta manera no solamente la ética de autosuperación, sino al mismo tiempo la condición del sujeto contemporáneo frente al riesgo.

7.4. En resumen

En este capítulo se discutieron ciertas cuestiones que ilustran la centralidad de las creencias para la configuración de subjetividades en el contexto de riesgo, inseguridad e incertidumbre: como “entidades definidoras de la realidad” (Berger 1971:183), como fuente de protección y como guía ética. A lo largo del capítulo ha sido posible constatar que las posturas y adhesiones de los sujetos en torno a estas cuestiones son diversas, lo que, sin duda, refleja el proceso de pluralización presente en la metrópoli. Esto no quiere decir, por supuesto, que este proceso sea aleatorio: es posible argumentar que la adhesión de los sujetos a ciertas ofertas de sentido se vincula con sus respectivas posiciones sociales (aunque no siempre de manera lineal o simple).

Sería difícil, por ejemplo, negar la relación entre las creencias de los sujetos y su estatus socioeconómico. Así, los más privilegiados económicamente revelan una adhesión a un discurso que se basa primordialmente en la

legitimación del *statu quo*: una ética eterna, inalterable e incuestionable es presentada como la garantía del “buen funcionamiento” del mundo, y los fenómenos anómicos (violencia, inseguridad, riesgo) son interpretados como consecuencia de la trasgresión (o falta de la observancia) de las normas de esta ética de origen divino que garantiza orden y armonía.

Los menos privilegiados económicamente y en vías (o con esperanzas) de ascenso social parecen identificarse mucho más con ofertas de sentido que prometen cambio: es aquí donde encuentran resonancia las ofertas de autosuperación/transformación/sanación, porque presentan el sujeto como fuente de la crisis y como su única solución – lo que lo responsabiliza, pero también le brinda la apariencia del empoderamiento.²³ Es aquí también donde aparece frecuentemente una cierta aceptación de la contingencia, interpretada como una oportunidad de elegir sus propias convicciones y creencias, que se refleja, por ejemplo, en un consumo ecléctico de ciertas propuestas vinculadas con la cultura espiritual alternativa o una actitud selectiva en torno a la religiosidad tradicional.

En cuanto a los sujetos que viven en condiciones de precariedad perpetua, es posible notar en algunos casos una cierta indiferencia frente a las creencias como fuente de sentido y de normas éticas, y en otros, por lo contrario, un fuerte énfasis puesto en las creencias como garantía de un *nomos* abarcador, capaz de “absorber” lo anómico. Independiente de sus diferencias, los más precarios parecen compartir un fuerte apego al aspecto protector de las creencias. La protección sobrenatural es narrada como un antídoto eficaz contra el riesgo cuando no alcanzan las soluciones de corte racional o institucional.

La búsqueda de protección sobrenatural revela también diferencias en cuanto al género: las mujeres (independiente de sus condicionamientos socioeconómicos) son las que admiten abiertamente confiar en la protección de

²³ El discurso de autosuperación coloca toda la responsabilidad en el sujeto sin cuestionar las estructuras, lo que lo convierte en un discurso conservador – por eso no entra en conflicto con el discurso legitimador del *statu quo*, como lo ilustra claramente la narrativa de Salvador quien se declara partidario de ambos discursos. Las reglas de autosuperación parecen constituir en su narrativa la prolongación de los mandamientos de la ética divina. Los que no se apegan a ellas son culpables de su propio fracaso - las estructuras se mantienen así legitimadas.

seres sobrenaturales, mientras que los hombres entrevistados prefieren callar sobre ello.

Finalmente, resulta pertinente mencionar también el nivel educativo de los entrevistados y su relación con las creencias y los consumos de ofertas de sentido. No cabe duda de que a mayor nivel educativo, más informada la postura del sujeto ante las creencias, lo que no significa, sin embargo, un distanciamiento del pensamiento religioso (la postura de Armando, quien se declara ateo, constituye aquí una excepción), sino su interpretación en términos de una elección oportuna frente a la multiplicidad de ofertas de sentido.

Capítulo 8

Futuros, futuridades, fines del mundo

El tema del futuro ha acompañado de diferentes maneras todas las cuestiones abordadas en el análisis. La misma definición del riesgo como “el presente de catástrofes futuras” (Beck 2008:27) pone énfasis en el porvenir distópico cuya expectativa inevitablemente condiciona el aquí y ahora. Las subjetividades en torno al riesgo se configuran justamente en esta compleja tensión entre el presente y el futuro, en la que se conjugan la imaginación, las emociones, los saberes y las experiencias.

Conforme se vuelve cada vez más cuestionable la pretensión moderna de crear un mundo seguro y estable, y conforme las experiencias cotidianas no hacen más que despojar la realidad de su obviedad tranquilizante y profundizar la sensación de la pérdida de lo dado por supuesto, el futuro se convierte en una dimensión profundamente inquietante. Esta inquietud en torno al futuro se manifiesta continuamente en las narrativas de los protagonistas de este estudio: los significados y las prácticas descritos en los capítulos anteriores se pueden comprender solamente si tomamos en cuenta que se configuran en el contexto de la sensación de la inminencia de posibles amenazas.

No obstante, no faltan en el corpus de datos recogido menciones explícitas del futuro imaginado por los sujetos. A ellas será dedicado este último capítulo de análisis. Se abordarán en él tres cuestiones que cobraron importancia a partir del análisis inmanente de las narrativas. En primer lugar dedicaré un apartado a lo que, siguiendo a Pratt (2003), podría denominarse como la crisis de futuridad, a saber, la dificultad de construir proyectos de vida estables y coherentes, o de trascender el presente para brindar sentido al porvenir. El segundo apartado será dedicado a los futuros imaginados en relación con el desbordamiento de violencia e inseguridad vinculado con la llamada “guerra contra el narcotráfico”. El tercer y último apartado abordará el tema del futuro civilizatorio en relación con la actual crisis medioambiental.

8.1. Futuridades en crisis: proyectos de vida inciertos

Somos los locos que creemos en un futuro mejor
(Propaganda reciente de Coca-cola)

El aquí y ahora en el que se ven inmersos los protagonistas de esta investigación, retratado a lo largo del análisis, se revela marcado por riesgos, inseguridades e incertidumbres de diversa índole y sería difícil negar la opacidad y contingencia que tiñen el presente narrado. Las visiones del futuro que surgen a partir de las narrativas tienden a tener características similares. Si asumimos, como lo propone Berger (1971), que el futuro alcanza una forma de pleno sentido gracias a que el orden y sentido del presente es proyectado en él, queda claro que imaginar futuro en el contexto del presente marcado por contingencia no es una tarea fácil. Resulta difícil eludir la opacidad del futuro cuando las instituciones se desdibujan como fuentes de seguridad, cuando las oportunidades laborales se vuelven cada vez más escasas y precarias, cuando las violencias ya no pasan en tiempos-espacios distantes sino aquí y ahora, y cuando parece no haber remedio contra la fragilidad de certezas. Es aquí donde cobra pertinencia la propuesta de Pratt (2003) de mirar la contemporaneidad como época de la crisis de futuridad (cf.:1.3.2.), la cual podríamos entender como la dificultad de trascender más allá del presente y de construir un proyecto de vida estable y coherente, o como la carencia de horizontes que podrían brindarle sentido al porvenir.

Y efectivamente, preguntados por el futuro, los sujetos en su mayoría se muestran pesimistas y a veces se declaran incluso incapaces de narrar sus futuros imaginados. Varios de ellos asocian el futuro con el paulatino deterioro de bienestar y estabilidad, aunque no faltan expresiones de un optimismo moderado acompañadas de un “siempre y cuando”: un porvenir condicionado, posible solamente gracias a una transformación (moral).

En la narrativa de Lidiana, el futuro distópico imaginado es contrastado con un pasado mítico (la niñez que, como sabemos, Lidiana vivió en una numerosa familia sonoreense de clase media), presentado como una idílica época dorada de

bienestar, cuyos vestigios todavía se encuentran en el presente, aunque también ellos se van desvaneciendo conforme el presente marcado por contingencia se convierte en un futuro aún más incierto:

Y bueno, nunca fuimos ricos, tampoco me considero que haya sido pobre, porque, pues, vivíamos, comíamos lo que queríamos, vestíamos lo que queríamos, siempre tuvimos zapatos nuevos, estudiamos donde quisimos, este, íbamos de vacaciones todo el tiempo, o sea, llevábamos una vida..., ahorita yo les digo a mis hijos: “yo quisiera darle lo que yo como gente de clase media nos dieron mis papás”, y no les puedo dar y se supone que vivo en un lugar de ricos. [...] Ahorita mis ocho hermanos, la que menos tiene, tiene su propia casa, vive en una casa propia, tiene su carrito propio, no le debe a nadie y no está endeudada con ningún banco. Todos tenemos una vida estable [...] Entonces te digo, ojalá yo pudiera decir a la edad de mis papás, pues, mira, mis hijos viven bien... (Lidiana)

Mientras que Lidiana invoca el pasado idílico como el punto de referencia para pensar la incertidumbre del futuro, Álvaro, quien está lejos de idealizar su niñez marcada por carencias y violencia familiar, recurre al presentismo declarado ante un porvenir interpretado como un paulatino pero imparable declive del bienestar:

No pienso en el futuro. De repente yo tengo la visión de ir viviendo al día... Pensar en un... Si pienso en un futuro es pensar..., no sé..., a lo mejor el sol va a ser cada vez más fuerte. Nunca he pensado en un futuro que no vaya a haber rateros, que no vaya a haber inseguridad, así como de repente te lo ponen en las películas, lo carros del futuro y todo muy seguro. Más bien siento que va a ser al revés. Que conforme pasen los años, va a haber menos... menos calidad de vida. (Álvaro)

En esta visión del futuro ya no caben las promesas modernas de progreso y seguridad – ellas quedan relegadas, significativamente, al ámbito de la ficción. No es coincidencia que el sujeto asocia las visiones del futuro mejor con producciones cinematográficas de ciencia ficción. La realidad parece tener la dirección opuesta: la de un gradual y constante desmoronamiento de un orden.

Esta sensación del declive está también presente en la narración de Elías, aunque en este caso no se trata solamente de retratar una decadencia en progreso, sino también una catástrofe posible:

Pues, el futuro no lo sabemos. Lo que estamos viendo, ese es una cosa. Estamos viendo que está poniéndose el mundo muy... muchas cosas... [...] El futuro, pues... el futuro, van empeorando, que progresa todo lo que va empeorando, eso es lo que puede suceder, que pueden quedarse pobres y se comen uno a otro... (Elías)

Narrado desde una precariedad extrema, el futuro distópico es asociado por el sujeto con hambruna y la consiguiente amenaza de canibalismo. El mundo pierde así la condición de “vivable”, no solamente porque desaparecen en él las condiciones de supervivencia física, sino también porque se desmoronan las normas que le brindan coherencia y sentido. De esta manera, el porvenir sombrío tiene dos facetas que se complementan: la carencia del bienestar y la decadencia de las normas éticas. La última caracteriza también el futuro imaginado por Gustavo, quien (a pesar de múltiples diferencias) comparte con Elías la inclinación hacia una moralidad conservadora vinculada con su apego a la religiosidad de corte tradicional:

Yo creo que sí vamos a un punto... pues... malo. O sea, la gente está siendo más liberal, o sea..., pero al mismo tiempo la gente también se está juzgando mucho e intenta por medio de chantaje o lo que sea que la gente lo vea como alguien superior por lo mismo, se está haciendo muy envidiosa la gente en este punto. Y pues yo creo que vamos a llegar al punto en el que... pues sí, vamos a llegar a un tope en el que la gente va a tener que volver a tener confianza y ver al otro como un igual, porque si no va a ser eso, siempre va a haber una competencia y pues vamos a terminar hasta matando a alguien de pronto al sentir ese deseo de ser superior a los demás. O sea, puede llegar ese punto. (Gustavo)

El presente retratado por Gustavo se caracteriza por una competencia exacerbada que se asemeja al estado de naturaleza hobbesiano – la guerra de todos contra todos por supervivencia y poder, potencialmente mortal, ya que no se respetan en ella las normas éticas. El futuro es presentado por él como una posible intensificación de esta tendencia, aunque tiene también una versión mucho más optimista: la de un despertar ético después de que la sociedad obsesionada por la competencia mortal habrá tocado fondo.

Una visión igualmente moralista y moderadamente optimista del futuro aparece en la narrativa de Salvador (quien, como sabemos, reitera incansablemente su fuerte apego al catolicismo). “Yo [el futuro] lo veo optimista”, comenta, “siempre y cuando inculquemos valores”. El futuro mejor es claramente condicionado: depende de la lucha presente por preservar las normas éticas que pierden actualmente su claridad. El porvenir depende de una transformación moral de gran alcance: un reto que, paradójicamente, es posible de enfrentar justamente porque la sociedad se encuentra en una profunda crisis moral que, a los ojos de Salvador, constituye una condición favorable para la transformación:

A ver. ¿Para qué sirven las crisis? Para crecer. Las crisis son buenas. Un ser humano, ¿cuándo cambia de actitud, o cuando cambia de forma de pensar? Cuando es estremecido. Cuando el tumbado. Cuando es impactado. Antes no cambiamos. (Salvador)

Su inquebrantable fe en el poder de transformación que atribuye al sujeto individual (transformación que, a manera de contagio o de una reacción en cadena, se difundirá necesariamente en toda la sociedad: cf.:6.2.) y la convicción de que “todo depende de nuestros actos” (cf.:7.3.), le permite a Salvador ser optimista en relación con el futuro. Pero su actitud se revela, más bien, como excepcional, ya que entre los sujetos entrevistados predomina un cierto pesimismo acompañado frecuentemente de la sensación de impotencia ante un futuro imaginado como continuación e intensificación de un presente que parece carecer de la condición de alterable. Esta sensación de impotencia de cara al futuro se expresa de manera especialmente clara en narrativas de algunas mujeres, quienes, como madres, desde diferentes posiciones sociales, se muestran preocupadas por el futuro de sus hijos:

Eso sí que me quita el sueño, es más que la verdad. Sí es muy difícil yo ver el futuro de mis hijos, porque no está en mis manos, la otra parte... y la otra parte veo que está en manos de nadie. [...] Entonces, hídole, aunque uno no quiera ser pesimista, pero sí llega un momento que dices tú: “¿por dónde?” (Lidiana)

Poos, ahora sí que 'ta canijo pensar en el futuro... [...] A mí no me gustaría que mi... como yo, que tengo niño, que pasara por todo eso [pandillerismo, riñas, narcomenudeo]. O simplemente ahorita... a mí, bueno, yo salí embarazada a los diecinueve años, ya no era niña, pero he visto a muchas que a los trece, catorce años... [...] a mi no me gustaría que me diría mi chiquilla: "ay, a los doce años ya estoy panzona" o "estoy embarazada" o "me voy a juntar"... a mi no me gustaría ver eso. (Angélica)

El futuro... es tan incierto... [...] Yo creo que tal vez a muchos padres de familia nos da temor y preocupación... por los hijos, nietos... ¿qué mundo van a vivir? Veo un muchacho que anda ahí, pues, todo trastornado por las drogas... Anda con una cubeta aquí, se la pasa... hasta las horas de la noche. Camine y camine, hablando incoherencias. Digo: qué triste que alguno de nuestros hijos llegara a ser así. ¿Por qué? Porque no tuvieron oportunidades de estudiar. Y si no estudiaron tampoco tuvieron oportunidades de trabajar en alguna cosa que les diera dinero... la manera de vivir mejor... (Remedios)

El pesimismo y la impotencia ante un futuro incierto, que sin duda podrían ser interpretados como síntomas de la futuridad en crisis, destacan en las narrativas analizadas. Si bien (como lo pudimos observar) no faltan en ellas destellos de optimismo, visiones sombrías de futuro predominan claramente.

Sorprendentemente, los hallazgos que acabamos de presentar contrastan fuertemente con los resultados de algunas encuestas recientes. Así, por ejemplo, la Encuesta Nacional de Valores en Juventud 2012²⁴ revela que la mayoría de los jóvenes encuestados cree que tendrá más oportunidades que sus padres para tener trabajo (59.7%), educarse (68.1%), tener servicios de salud (62.6%) y ahorrar dinero (52.5%). Casi tres cuartos de ellos (73.9%) están seguros de poder realizar sus proyectos personales.

El estudio titulado "Sueños y aspiraciones de los mexicanos", realizado por GAUSSC y Lexia y publicado por la revista *Nexos* en febrero de 2011²⁵, arroja, igualmente, datos que parecen poner en entredicho la visión sombría del futuro que emana de la mayoría de las narrativas analizadas. El abrumador 90% de los entrevistados confía en que puede cambiar su propia vida, el 76% cree que los

²⁴ Consultado en: http://www.imjuventud.gob.mx/uploads/ENVAJ_2012.pdf

²⁵ http://www.nexos.com.mx/documentos/suenos_y_aspiraciones_de_los_mexicanos.pdf;
<http://www.nexos.com.mx/?P=leerarticulo&Article=2047019#comentarios2047019>

sueños se pueden hacer realidad, el 69% declara que sabe a dónde va como individuo. Por otro lado, el 62% opina que el país va por mal camino, el 57% piensa que México deterioró comparado con el de sus abuelos y el 65% que sus padres vivían mejor que ellos/ellas mismos/mismas.

El contraste entre el aparente optimismo en torno a sus posibilidades individuales y el pesimismo en relación con el desarrollo del país es interpretado por los autores del estudio como un síntoma del profundo individualismo de los mexicanos: subrayan la confianza casi ilimitada en sí mismo, la apuesta por el propio esfuerzo, el refugio en el mundo nuclear de la familia, la desconfianza radical en el Estado – hallazgos, todos ellos, compartidos también por este trabajo. Y, sin embargo, no deja de sorprender la profunda confianza de los entrevistados en su poder transformador, así como su fe en la firmeza y robustez de sus proyectos vitales; especialmente si tomamos en cuenta que el 49% menciona la crisis económica, la inflación, la pobreza y el desempleo como los problemas más serios enfrentados por ellos actualmente, y que la aspiración mencionada con más frecuencia (48%) es la de lograr estabilidad y la mejora del empleo.

Esta discrepancia entre el optimismo de los entrevistados en torno a sus posibilidades individuales y la visión mucho menos radiante de sus condiciones de vida podría relacionarse con el discurso (mencionado reiteradamente a lo largo de este estudio: cf.:3.2.3.; 7.3) que acompaña los procesos de individualización, acentuando las capacidades y las responsabilidades del sujeto, y minimizando al mismo tiempo el peso de las estructuras. Este optimismo de los entrevistados en relación con sus posibilidades de controlar su vida podría interpretarse asimismo como la otra cara de la “inadecuación biográfica del yo” (Bauman 2001, Reguillo 2007), a saber, la autopercepción del sujeto de que es enteramente responsable de su condición de vida. De ser así, la profunda autoconfianza revelada por la encuesta podría tener un lado inquietante, ya que, desde esta perspectiva individualista, el sujeto es el único autor no solamente de sus éxitos, sino también de sus fracasos, y los últimos se convierten en claras señales de su supuesta inadecuación para el orden social. La falta de futuridad parece convertirse así en la responsabilidad del que, a pesar de las presuntas posibilidades ilimitadas,

carece supuestamente de una actitud apropiada para construir exitosamente su futuro.

Si esta interpretación es acertada, la responsabilización del sujeto por la crisis de futuridad se revela como una más de las facetas de la individualización trágica (Beck 2008). Desde esta misma perspectiva podría interpretarse quizá también el reciente aumento de suicidios. En enero de 2013 *La Jornada Jalisco* informó que en 2012 se presentaron 500 suicidios en el estado – una cifra record en la historia de Jalisco. Entre los suicidios se contabilizaron 230 muertes de personas de entre 18 y 34 años. Según José de Jesús Gutiérrez Rodríguez, jefe de las Clínicas de Salud Mental de la Universidad de Guadalajara, citado por el periódico, “muchas de las personas que deciden quitarse la vida se encuentran en una etapa de su vida en la que buscan una independencia económica y social, sin embargo, las condiciones actuales no se los permiten. [...] El factor más importante en este momento es, tal vez, el económico porque la gente se está encontrando que no hay empleo y que el poco que hay es temporal, mal pagado, sin prestaciones, que es un empleo que no le da ninguna certidumbre para su proyecto de vida”²⁶

Resulta difícil subestimar las implicaciones la crisis de futuridad, especialmente cuando la incertidumbre y la impotencia de cara al porvenir y la imposibilidad de construir un proyecto de vida estable y coherente, son acompañadas por la sensación de que se es culpable de no ser capaz de construir un futuro brillante.

8.2. Después de la violencia: los futuros del presente siniestro

En otoño del 2012, la revista *Proceso*, un semanario de información y análisis con amplia cobertura nacional, presentó una edición especial titulada *El sexenio de la muerte. Memoria gráfica del horror*. Se trata de una recopilación de fotografías,

²⁶ “El 2012, el año con más suicidios en la historia de Jalisco”, *La Jornada Jalisco* (6.01.2012), consultado en: <http://www.lajornadajalisco.com.mx/2013/01/06/el-2012-el-ano-con-mas-suicidios-en-la-historia-de-jalisco/>

tomadas por los reporteros de la revista a lo largo del sexenio 2006-2012, durante la llamada “guerra contra el narcotráfico”, que, como sabemos, ha sido acompañada por un auge de violencia y una profunda crisis de seguridad en todo el país. “Se trata del epitafio de un sexenio, la prueba en imagen de una política fallida para combatir el crimen”, comenta Juan Villoro, escritor y periodista, encargado de una breve introducción a esta estremecedora colección de imágenes que retratan la muerte en sus facetas más siniestras. Cadáveres cubiertos de manchas de sangre seca, pálidos, amoratados, verduzcos, empolvados porque recién desenterrados. Semidesnudos, mutilados, decapitados, cortados en pedazos. Envueltos en cobijas, cubiertos con trozos de cartón y lonas de plástico. Caras tapadas con cinta canela, manos y piernas amarradas con cables telefónicos y cadenas. Charcos de sangre. Cuerpos tirados en las calles, en lotes baldíos y entre escombros, colgados de puentes.

Este catálogo de terror queda interrumpido en el medio por un corto texto, titulado “El presidente de la sangre”, escrito igualmente por Villoro, quién presenta el aumento dramático de la violencia como el resultado de las políticas fallidas del gobierno federal (y especialmente el presidente Felipe Calderón) para combatir el crimen. Y, efectivamente, resulta difícil no vincularlo con la miopía de las decisiones gubernamentales. No obstante, frente a estas imágenes desgarradoras, la explicación de Villoro parece al mismo tiempo profundamente insuficiente. Como un síntoma que grita por ser descifrado para revelar un malestar invisible a primera vista, estos actos de violencia desbordada, registrados a través de las cámaras, constituyen expresión de una realidad compleja y multifacética, atravesada por tensiones difícilmente explicables a través de lo inmediato y lo reciente. Al mismo tiempo, a través de la multiplicación de las imágenes que retratan el desbordamiento de la violencia, esta crónica de horror logra reavivar el extrañamiento en torno a lo siniestro que en ocasiones podría dar la apariencia de haberse vuelto cotidiano. La violencia desbordada no admite explicaciones satisfactorias ni maneras “exitosas” de enfrentarla: se resiste a ser integrada dentro del *nomos* (Berger 1971) coherente y abarcador. Ante su

ineludible presencia tanto el presente como el futuro se tiñen de inquietud y angustia.

Como lo pudimos observar a lo largo del análisis, las inquietudes en torno al aumento de la violencia y la inseguridad vinculado con la llamada “guerra contra el narcotráfico” abundan en las narrativas de los sujetos. Muchos de los significados y las prácticas en torno a esta realidad marcada por la paulatina expansión de lo siniestro se abordaron en los capítulos anteriores (cf.:3; 5). Pero lo narrado no se limita a interpretaciones en relación con el presente, sino frecuentemente retrata también futuros imaginados por los sujetos en el contexto de la violencia y la inseguridad crecientes. Estas visiones del futuro se relacionan por lo regular con las inquietudes en torno al desarrollo de la llamada “guerra”.

Inmersos en un presente en el que lo siniestro parece expandirse continuamente (cf.:5.1.), algunos de los sujetos imaginan el futuro como una continuación de este proceso del paulatino aumento del ambiente de amenaza. La expectativa de un futuro siniestro se nutre, por un lado, de la experiencia inmediata de vivir en un espacio-tiempo marcado por la inseguridad en aumento, y por otro, del saber (o experiencia mediada) sobre catástrofes consumadas en otros espacios y tiempos, lo que brinda a lo imaginado el aura de lo posible:

En base a la inseguridad, yo creo que sí, va a empeorar mucho. Dentro de aquí, de Guadalajara. Ya de fuera, pues, están mucho peor, la verdad. (Gustavo)

Y... cuando yo estaba chica, teníamos un vecino, este, que venía del Salvador. Y salíamos a jugar. Y un día, me acuerdo perfecto que... estábamos jugando y llegó un policía, porque, pues, andaba por allí y... iba cuidando..., no sé. Bueno, el niño salió aterrorizado a su casa, a esconderse debajo de su cama, gritando como loco. Y yo en ese momento no entendí. Pues yo tenía menos... yo creo que tenía como doce años, yo creo, doce, once años. Y entonces ya le platicué a mi mamá y mi mamá me explicó, ¿no? Y dije: “¡qué terrible vivir así!” Pues a veces siento que estamos no así tal cual, pero muy cercano. Y la verdad sí, no me gusta... Este... me parece terrible que [mis hijos] tengan que vivir algo así. (Gabriela)

Entonces sí nos está cambiando mucho a toda la gente, porque nos está..., nos estamos quedando más en nuestras casas [...]. A mí sí me daría miedo que se tuviera que declarar toque de queda. Porque ya casi estamos en eso. (Álvaro)

Especialmente ilustrativa resulta en este contexto la apocalíptica visión del futuro esbozada por Armando, siempre preocupado por revelar las contradicciones y las debilidades del sistema social:

¿Sabes de lo que yo tengo miedo? Que una población en su desesperación comience a confiar en los narcos, en los soldados del narco. [...] Se trata del establecimiento de una estructura diferente en lugares donde el gobierno no alcanza, y eso es lo terrible. [...] El gobierno sí ha sido... es un desastre, está súper centralizado, tiene corrupción, y esto y el otro, pero de alguna manera, pues... el problema que yo he visto con los señores de la droga es que están muy fraccionados y eso entonces implicaría una guerra civil. Y una guerra civil con una población de 110 millones de habitantes con el 60 por ciento de ellos concentrados en ciudades, ¿sabes cuántos nos vamos a morir de hambre? ¿Sabes qué va a pasar en esas ciudades? Si has hablado de horrores estilo... Auschwitz o... no... olvídalos. Vas a ver cosas... que no nos vamos a enterar, o en mayor parte no nos vamos a enterar, o si nos enteramos, posible somos los objetivos o somos los que estamos haciendo la agresión... Yo recuerdo que una de las cosas que más me dio miedo, cuando el sistema se rompe, es por ejemplo Corea del Norte. En Corea del Norte tuvieron una hambruna. El sistema todavía estaba... pero un ejemplo de lo que los seres humanos son capaces de hacer... es horrible... había un orfanato en Corea... los niños empezaron a desaparecer. Las malas voces dicen que estaban siendo usados como comida. ¿Alguna vez has visto *Hannibal Rising*?²⁷ Esto hicieron los soldados. Entonces uno dice: pero esto no es película, esto es una realidad que puede pasar en una situación así... se vuelve horrible. Y eso es lo que yo temo. (Armando)

En esta visión catastrófica, la autoridad legítima (aunque cuestionada) del Estado se desvanece y los “señores de la droga” (como los llama el sujeto) se posicionan como poder real. La desaparición del Leviatán y el consiguiente desmoronamiento

²⁷ Armando hace referencia a un fragmento inicial de la película *Hannibal Rising* (dir. Peter Weber, USA, 2007) que narra la niñez y juventud del (ficticio) asesino en serie y caníbal Hannibal Lecter: durante la segunda guerra mundial, Hannibal y su hermana Mischa quedan huérfanos y se esconden en la casa de campo de la familia, donde, sin embargo, los encuentra un grupo de mercenarios. Al no encontrar otra fuente de alimento, los mercenarios matan a Mischa y recurren al canibalismo.

del pacto social desembocan en la multiplicación de los conflictos y, finalmente, una guerra de todos contra todos como consecuencia de carencias y hambre. Las leyes y las normas morales pierden sentido: la práctica del canibalismo representa aquí la pesadilla de la anomía hecha realidad. El *nomos* colapsa, la realidad pierde su coherencia y se llena de horror.

Esta Apocalipsis imaginada se nutre tanto de la observación (mediada e inmediata) de una realidad específica (basta mencionar los territorios dentro del país donde las normas gubernamentales efectivamente dejan de operar y los grupos del narcotráfico se establecen como poder paralelo), como de datos difícilmente comprobables sobre espacios-tiempos lejanos y, finalmente, de la ficción. Se construye a partir de fuentes diversas para expresar un temor detonado por la experiencia concreta de vivir en un presente amenazado constantemente por la irrupción y expansión de lo siniestro.

La visión del futuro como una continuación y una (posible) “intensificación” del presente aparece también en la narrativa de Angélica, aunque ella, por lo contrario, lejos de recurrir a intensas imágenes catastróficas, prefiere presentar el futuro como resultado de una inercia difícilmente superable. Angélica parece hablar *desde* una catástrofe cotidiana - una catástrofe de baja intensidad, podríamos quizá decir - cuyo futuro se confunde con su presente y por ello, tal vez, se revela especialmente sombrío:

No, ya... esto no va a ir mejorando, va empeorando. Al menos que el gobierno se meta y ya ponga un alto. Pero, pues, a lo que se ve y que se cuenta y se dice, también el gobierno lleva su mochada. [...] Si acaban con los narcos, pues se les acabaría la fiesta a ellos. En cambio si legalizaran todo eso, que no es muy apto tampoco, a los narcos se les acabaría su negocio, ¿cuál sería su ganancia? [...] Y todo se conecta: mientras no haiga [sic] trabajo, va a haber quienes se metan a vender, quienes se metan a producirla, quienes se metan a repartirla..., entonces... mientras ellos no hagan nada y no dejen de recibir su pedacito de pastel, no se va a hacer nada. (Angélica)

Pero no para todos el presente marcado por violencia e inseguridad crecientes constituye un incentivo para imaginar futuros opacos. Hay quienes prefieren interpretar la situación actual como un breve momento de desequilibrio, al que, sin

embargo, seguirá inevitablemente la restauración de la tranquilidad, como lo hacen Salvador y Gustavo, dos sujetos que comparten tanto una situación socioeconómica privilegiada como inclinaciones políticas conservadoras:

Yo creo que sí vamos a llegar a un punto en el que sí va a parar eso, o sea, chance no exterminarse por completo, pero va a llegar un punto de control, en el que ya va a ser mínimo el narcotráfico, porque... o sea es algo inmenso. [...] Pero, pues, yo creo que sí puede llegar un punto de control en el que ya pueda haber más seguridad. El punto de esto es parar la violencia. [...] Yo creo que, la verdad, en este punto, soy optimista. Yo creo que va a mejorar la situación... (Gustavo)

Todo cae por su propio peso. Y siento que va a haber puntos desequilibrantes, pero al final, al final, vuelve la calma. (Salvador)

Aquí la inestabilidad es temporal y parece inscribirse en el ritmo normal de la fluctuación de la historia. A “puntos desequilibrantes” siguen periodos de calma, ya que tanto los unos como los otros pertenecen a la dinámica natural del mundo. En palabras de Gustavo, “sube la situación, va todo bien, pero siempre va a haber una caída en la que estemos mal, pero de nuevo vamos a llegar a ese tope que va a subir. Yo creo que así es siempre.” Aquí no existen futuros catastróficos, sino meras oscilaciones en torno al estable eje del tiempo; el péndulo de los acontecimientos no puede alejarse demasiado de su centro y lo anómico queda integrado dentro del *nomos* abarcador. Lo que parece estar saliéndose de control será controlado, ya que constituye solo una breve anomalía dentro del eterno fluir de los sucesos.

Esta interpretación del presente sombrío como preámbulo de un futuro mejor no es la única. Gabriela, quien, como ya sabemos, se declara adepta del pensamiento esotérico, pone el desbordamiento actual de violencia e inseguridad en una perspectiva aún más “abarcadora” y le da una interpretación mucho más atrevida: ya no se trata de pensar la crisis actual como un etapa pasajero al que seguiría otro más apacible, sino de entenderla como parte integral de una gran transformación de alcance cósmico:

Yo creo, más bien, y de hecho sé por algunas fuentes de información y demás que la vibración del planeta ha cambiado. Está cambiando la manera cómo el planeta vibra. Entonces, obviamente, estos cambios chiquitos que ha habido últimamente, al llegar al 2012, la tierra, hablando en cuestión de física cuántica, va a dar un salto cuántico, como una evolución. Entonces, yo lo que siento es que vamos a evolucionar, ¡vamos a mejorar!, ¿sí? ¿Cómo? Pues... todo esto lo que se está viendo ahorita: la guerra del narcotráfico, toda la inseguridad que hay en el país, todas estas cosas pequeñas, que de alguna manera siento que es como... como que están llegando al tope, al límite, ¿sí?, este... tienen que limpiarse. Cuando tú limpias algo, tienes que sacar desde el fondo todo. Y es lo que está pasando ahorita. Y eso está permitiendo que en el 2012 podamos empezar de una manera distinta. (Gabriela)

Aquí la actualidad turbadora no representa ya un breve momento de desequilibrio en el eterno ciclo de acontecimientos, sino es presentada como un necesario estadio de efervescencia en el proceso de evolución/transformación que no se limita solamente al mundo social, sino alcanza dimensiones cósmicas. El conflicto social se naturaliza como parte de la “purificación” planetaria, indispensable para lograr un “salto cuántico”.

A lo largo de todos los capítulos de análisis ha sido posible notar que las inquietudes en torno al reciente aumento de la violencia y la inseguridad tienen un lugar destacado entre las preocupaciones de los sujetos. Les resulta difícil (si no imposible) no tomar postura ante la constante expansión de lo siniestro que marca el aquí y ahora. La incertidumbre del presente ensombrece a la vez el futuro imaginado y detona interpretaciones diversas en torno a él: desde predicciones de catástrofes (tanto las “cotidianas” como las extraordinarias), hasta intentos de “domesticar” la violencia desbordada presentándola como una anomalía corregible y pasajera dentro de la eterna fluctuación del tiempo, o de naturalizarla como parte de una evolución en marcha que rebasa las lógicas del mundo social.

8.3. “La Tierra quiere que la limpien”: crisis civilizatoria como crisis medioambiental

Diciembre de 2012: la expectativa del fin del mundo tal y como lo conocemos está en su apogeo. Algunos predicen que el 21 de diciembre el mundo sufrirá un cataclismo de dimensiones bíblicas, otros esperan la fecha ansiosamente ya que traerá una renovación benéfica de la humanidad y el inicio de una nueva era. La llamada “profecía maya” – la presunta fuente principal (aunque no única) de las creencias escatológicas que van ganando popularidad conforme se acerca el solsticio de 2012 – sugiere, según algunos, que la humanidad podría dirigirse a una nueva era de armonía, orden y fraternidad, siempre y cuando logre enfrentar sus miedos y comprender el error de su actitud depredadora hacia la Tierra. Esto, sin embargo, no pasará sin que se desaten primero algunas catástrofes mayores, tales como una gran ola de calor, provocada por la industrialización, que terminará por depurar la Tierra de energías negativas, o la colisión con un cometa.²⁸

Mientras se acerca la fecha del apocalipsis crece la lista de los posibles eventos catastróficos: reversión de los polos magnéticos del planeta, tormentas solares, explosión de un supervolcán, alineamiento galáctico, sin olvidar, por supuesto, una invasión extraterrestre.²⁹ Se multiplican también fuentes de información sobre el Apocalipsis Maya: librerías se llenan de libros que explican la naturaleza y probabilidad de las amenazas inminentes, miles de sitios de Internet abordan el tema desde diferentes perspectivas, canales televisivos producen series de documentales sobre diversas modalidades del fin de los tiempos³⁰, en los cines aparecen películas que, gracias al perfeccionamiento de efectos especiales, retratan el apocalipsis de maneras cada vez más espectaculares.³¹ La

²⁸ *Muy interesante*, enero 2012, no.1, pp. 40-52

²⁹ *Quo*, No. 159, enero 2011, pp.32-41

³⁰ Por ejemplo: *El fin de los tiempos* (History Channel 2006); *Las siete señales del Apocalipsis* (History Channel 2007); *Apocalipsis 2012* (Discovery Channel 2009), entre otros.

³¹ Basta mencionar la película titulada *2012* (dir. Roland Emmerich, USA, 2009)

página de *Wikipedia* que contiene la información sobre el fenómeno 2012 se encuentra entre las más visitadas del año.³² Incluso la NASA decide tomar postura y desmentir los rumores sobre el inminente fin del mundo que causan pánico entre algunos ciudadanos estadounidenses.³³

En México la expectativa del fin de los tiempos no llega a desbordar los ánimos, pero alcanza a sembrar inquietud. El tema aparece también en las narrativas de algunos de los sujetos de esta investigación:

Me han llegado muchas invitaciones a cursos del 2012, muchísimas... no tienes idea, sí, sí, porque la gente está como cada vez más apanicada con esa idea de: "¡el diciembre del 2012!" [...] Yo personalmente no creo que se vaya a acabar el mundo así, de que ya explotó y todos se murieron, la verdad no, yo no lo creo. Yo creo que se va a acabar el mundo como lo conocemos, o sea, se va a cerrar un ciclo en la vida del planeta de una cultura en la que no se respeta a nada y a nadie, y que vamos a empezar a ser más conscientes de todo esto, no sólo del planeta, o sea, de otros seres vivos, de otras personas, de..., pero lo básico, o sea, si empiezas por la raíz, sería el planeta, porque es la Tierra, ¿no? (Gabriela)

En eso no creo, no creo mucho [en las predicciones de 2012]. Puede ser que sí haya coincidencias en algunos casos, pudiera ser, pero realmente yo no creo mucho en eso, yo creo más bien... que nosotros... influimos, sí. Tanto en la vida diaria como en el planeta. Todo es consecuencia de lo que hagamos, o de lo que dejemos de hacer. (Salvador)

Yo no creo en esto de que se va a acabar el mundo a tal fecha. No. Pero nos lo vamos a ir acabando. Es como en un terreno, no sé, que haya muchas ratas, las ratas empiezan a escarbar, escarbar, escarbar, hasta que llega un punto que, ¡zas!, se derrumba. Es lo que... lo que siento. (Álvaro)

Las posturas que toman los sujetos resultan significativas: rechazan la idea de una súbita catástrofe final, pero claramente relacionan la idea del fin del mundo con el deterioro ambiental. Aunque declaran no creer en la inminente llegada de un espectacular juicio final, asocian el apocalipsis profetizado con la actual

³² Consultado en: <http://www.diariowebcentroamerica.com/ciencia-y-tecnologia/lo-mas-leido-en-wikipedia-en-2012/>

³³ Consultado en: <http://www.nasa.gov/topics/earth/features/2012.html>

depredación del planeta (con posibles consecuencias catastróficas), de la que, como subrayan, todos somos culpables.

A lo largo de los años de su popularidad, el fenómeno de 2012 llegó a complejizarse y volverse bastante multifacético; las presuntas profecías han evocado también diversas interpretaciones, desde las más literales hasta las que tienden a dar a las predicciones ciertos significados metafóricos. Los fragmentos citados sugieren que aquellos protagonistas de este estudio que deciden tomar postura ante el apocalipsis profetizado parecen darle una interpretación que conjuga la consciencia medioambiental con elementos de la escatología cristiana: el deterioro ambiental es causado por una civilización depredadora que perturba el orden natural (consagrado) del mundo y por lo tanto tendrá que sufrir aniquilación o vivir una transformación purificadora. La metáfora de una catástrofe arrasadora, entre cuyas inspiraciones se encuentra, sin duda, la del juicio final, alude a la idea de una civilización culpable y necesitada de expiación.

Huellas de estas lógicas están presentes también en lo expresado por Jorge, entrevistado como terapeuta naturista (cf.:7.3.):

Para Jorge la fecha de 2012 es solamente un punto de referencia, un parte aguas, un anuncio de un cambio que esta poniéndose en marcha. “Un cambio hacia lo espiritual. Básicamente hacia lo espiritual, porque ya es una necesidad mundial”. Cuenta que muchas personas vienen a preguntarle por el supuesto fin del mundo: “Están apanicados de que se va a acabar el mundo. Pero no, nada que ver. Que sí va a haber situaciones, sí va a haber situaciones, pero pues, de una manera o de otra la vamos a ir librando...”

A Jorge no le cabe duda que este cambio hacia lo espiritual tiene que incluir también una nueva actitud hacia la naturaleza: hay que parar la contaminación, regresar a lo natural, buscar una relación armoniosa con la Tierra. Está seguro que los recientes desastres naturales se relacionan con la contaminación ambiental y son una clara señal de que la misma Tierra se encuentra en el necesario proceso de autopurificación: “Pues es parte de lo

mismo, o sea, son limpiezas, todo está cambiando. Es como limpiar la casa. Es una limpieza”.

“Hace poquito – cuenta Jorge - estábamos en el río, acá en la Primavera, estaba también con una... una persona muy interesante también, quien se dedica también a esto [medicina naturista]. Y jugando con las piedras, porque estábamos en el río y él estaba jugando, y de repente se conectó y dice: ‘La tierra quiere que la limpien.’ [...] Le digo: ‘¿Quiere que la limpien o se está limpiando?’ Me dice: ‘Las dos cosas.’” Y efectivamente, continua Jorge, la contaminación del medioambiente rebasa nuestra imaginación: “El mar está contaminado a todo lo que da. El agua de la lluvia ya está contaminada. [...] Los fertilizantes de ahorita es más prejuicio para el alimento que beneficio. [...] Porque tanto fertilizante a la gente ya nos está haciendo daño. Tantas enfermedades nuevas... O más enfermedad en gente más joven. Cánceres, tumores, osteoporosis. La menstruación a muy temprana edad. ¡Niños con chichis, con tetas! Entonces, toda esta mutación la Tierra la está... la tiene que purificar de alguna manera”.

Aquí, nuevamente, es posible observar la visión de una civilización “culpable” que atenta contra la naturaleza. Es importante notar que la naturaleza aparece aquí en dos sentidos: como medio ambiente, pero también como lo natural que deviene lo “normal”. La agresividad de la civilización, dirigida hacia el planeta (la contaminación), se vuelca en contra de la civilización misma, y esta se convierte en sinónimo de degeneración, mutaciones monstruosas (“niños con chichis, con tetas”), anomalía. La civilización atenta no sólo contra la naturaleza entendida como medio ambiente, sino al mismo tiempo contra la naturaleza como orden normal (consagrado) de las cosas.

Este mismo imaginario de la civilización depredadora, degenerada, destructora del medio ambiente³⁴ y, en consecuencia, de sí misma, aparece,

³⁴ En este contexto vale la pena recordar la palabra “ecocidio”, que expresa de manera especialmente acertada el imaginario de la civilización culpable. Así, por ejemplo, El Occidental informa el 4 de octubre de 2011 sobre el “Indignante ecocidio en Sayula. Talan árboles para que unos negocios tengan espacio”.

como ya lo pudimos observar, en narrativas de algunos de los sujetos. Así, Gabriela habla de “una cultura que no respeta a nada ni a nadie” y quebranta “ciertas reglas del planeta” –una cultura (educación, sociedad) asociada además con represión, miedo e ignorancia, necesitada de transformación y purificación. Gustavo menciona el desperdicio de los recursos y la miopía de la humanidad que se dirige hacia su propia ruina. Salvador habla de un “nosotros” (incluyente) culpable de provocar un desequilibrio en el armonioso ritmo de la naturaleza:

Entonces yo siento que [el aumento de terremotos] es consecuencia de lo que estamos haciendo, como todo. [...] Es consecuencia de la extracción del petróleo. Y de los cambios climáticos, y de que estamos deforestando el bosque. Y de que cada día se van consumiendo tantas hectáreas, no tengo idea cuanto de bosques, o cambia el clima. Al cambiar el clima ya no hay tanta precipitación del agua, o sea, todo se desbalancea, todo influye. (Salvador)

A raíz de la culpa asumida incluso ciertos fenómenos naturales se interpretan en ocasiones como consecuencia de la nociva actividad humana:

[La catástrofe nuclear de Fukushima] va a afectar a todo el mundo... tanto en la economía como en el medioambiente también... hace unos días que estaba lloviendo... era por eso. (Álvaro)

Los sujetos que muestran interés por la temática medioambiental³⁵ coinciden no solamente en que la relación entre la civilización y la naturaleza se encuentra en crisis, sino también en que la crisis apenas está empezando y se va a ir profundizando en el futuro a raíz de la miopía y falta de compromiso por parte de los humanos. Paradójicamente, el verdadero despertar solo será posible cuando la situación toque fondo y la amenaza de extinción se vuelva apremiante:

Yo sí creo que... que... siento que vienen épocas difíciles [...] Pues lo del agua, por ejemplo, que a lo mejor se acaba el agua para tomar y así... [...] Falta así como una crisis más fuerte, yo creo, todavía del planeta, porque yo siento que todavía mucha gente no está consciente de todo lo que... estamos haciendo con el planeta y no hemos tocado fondo... Entonces siento que todavía

³⁵ El interés por las cuestiones medioambientales no es generalizado entre los sujetos entrevistados. Es compartido por un grupo relativamente pequeño y parece vincularse con un cierto nivel socioeconómico y educativo.

hay cosas que van a pasar y que la gente que no quiera hacerse consciente, digamos, de manera consciente, de manera... por ellos mismos, pues la vida se va a encargar de "tienes que ser consciente, ¡que no gastes el agua!", ¿no? Y te vas a quedar sin agua, a la mejor. (Gabriela)

Pues yo ahorita, la verdad, ahorita en el momento, o sea, [el medioambiente] no me preocupa como para... de verdad... ¡sí, hay que hacer algo!, porque no estamos en un punto de verdad drástico. Pero yo creo que si estuviera, ponle, veinte años de ahorita y estaríamos mucho peor de lo que estamos, yo creo que sí, la gente tomaría mucha más consciencia. Pero esto se me hace medio absurdo, porque para que la gente haga algo, tenemos que llegar a un punto drástico. Y pues va a ser muy difícil salir de ello. (Gustavo)

En cuanto al desenlace de esta futura crisis profunda las opiniones se dividen. Hay quienes predicen la ruina de la civilización:

Podemos llegar a un punto, la verdad, muy drástico, en el que no vamos a tener recursos para usar. Y allí sí va a ser una pared con la que vamos a topar y no vamos a tener para donde voltear, porque no tenemos ningún otro mundo a donde irnos ni de dónde sacar esos recursos. (Gustavo)

Pero hay también visiones más optimistas. Para Gabriela la crisis medioambiental es una necesaria etapa "expiatoria", a través de la cual la humanidad podrá lograr un nuevo nivel de consciencia, en armonía con el "salto cuántico" universal. La evolución benéfica adquiere aquí características de una ley cósmica inalterable que concierne a todos los seres vivos por igual: tanto a los humanos como a la naturaleza antropomórfica:

Porque el mundo tiene que evolucionar, o sea, finalmente todos estamos moviéndonos y evolucionando. Y el planeta, el planeta Tierra, es un ser vivo que está formado de miles de cosas y seres, y millones de seres vivos y demás, pero al final de cuentas, en sí, la Tierra es un ser vivo. Y nosotros mismos también... (Gabriela)

Mientras tanto, a la espera de esta transformación benéfica y ante la voracidad y miopía actual de la civilización que atenta contra lo natural (en ambos sentidos: en cuanto "normal" y en cuanto "medioambiente"), el planeta (antropomórfico) empieza a "reaccionar" y sus "reacciones" resultan más que justificadas: la civilización merece la ira "purificadora" de la madre Tierra - solo así

recuperará su equilibrio y su inocencia. Las catástrofes naturales son interpretadas aquí como una justificada defensa del planeta frente a los estragos causados por la civilización depredadora. Se trata, entre otros, de recuperar el equilibrio perdido y de purificar lo contaminado:

Los terremotos... La gente no sé a qué se lo atribuya. Yo te puedo decir que es misma reacción del planeta, que nos lo estamos acabando, y la tierra se tiene que reajustar de todo lo que le estamos sacando... Es muy lógico... en una... no sé, en una bola de cristal que esté llena de piezas, empiezas a sacar piezas y se tienen que reacomodar. (Álvaro)

Todo es limpieza. O sea, la misma Tierra está haciendo sus acomodos, sus reacomodos... pero en autopurificación. (Jorge)

Las “acciones” purificadoras y equilibrantes de la “madre naturaleza” se complementan, a su vez, con las acciones de los que están cambiando su actitud hacia el medioambiente y “ponen su granito de arena” realizando prácticas (por lo regular individuales) de corte ecologista: cuidar agua y separar basura, usar bolsas biodegradables, reciclar, limitar el tiempo de uso de aparatos electrónicos, ahorrar la electricidad y el gas, entre otros (cf.:6.2). La crisis medioambiental aparece así como la crisis en la relación entre la naturaleza (fuente de bondad, equilibrio, sabiduría, pureza violentadas) y la humanidad presentada como un conjunto de individuos necesitados de concientización y una transformación sanadora. El cambio de actitud medioambiental parece tener así características de una conversión religiosa hacia una vida virtuosa, y la salvación (o la posibilidad de evitar la catástrofe ambiental) depende de la suma de las conversiones individuales.

De esta manera se vuelve borrosa la relación entre el problema medioambiental y la crisis civilizatoria en cuanto una crisis sistémica. La complejidad de la crisis civilizatoria se reduce aquí a la crisis medioambiental que, lejos de ser presentada como consecuencia de ciertas lógicas y dinámicas del sistema social imperante, es interpretada en términos “escatológicos” o “espirituales” (cf: Zizek 2011b). El fenómeno 2012, tanto en su vertiente del “juicio final” como en la del “salto cuántico”, se revela como una metáfora especialmente

ilustrativa de esta tendencia: como ha sido posible observar, los sujetos interesados en la temática medioambiental, aunque expresan su incredulidad en relación con una inminente catástrofe final, encuentran un cierto sentido en las profecías en cuanto metáforas de la relación de una civilización culpable con la naturaleza violentada, en sintonía con la visión “espiritualizada” de la problemática medioambiental.

8.4. En resumen

Este último capítulo de análisis ha sido dedicado a las visiones del futuro de los protagonistas de esta investigación. Como ha sido posible constatar, el futuro imaginado aparece frecuentemente marcado por incertidumbre y pesimismo: aunque no faltan sujetos que se declaran despreocupados por el futuro, no cabe duda que las visiones distópicas predominan en las narrativas analizadas. Esta actitud sombría hacia el porvenir se expresa de diversas maneras: desde la incapacidad declarada de imaginar claramente el futuro hasta las visiones apocalípticas.

Especialmente algunos de los más desfavorecidos entre los sujetos tienden a visualizar el futuro como una paulatina pero implacable intensificación del presente marcado por inseguridad e incertidumbre. Este futuro imaginado, tanto en relación con sus proyectos vitales como con la violencia imperante, tiene a menudo características de una fatalidad cuyas dinámicas parecen deteriorar gradualmente las condiciones de vida y ante la cual los sujetos se narran frecuentemente impotentes. Esta impotencia ante el futuro opaco se traduce a su vez en actitudes que varían desde una cierta indiferencia, fruto del presentismo declarado, hasta la angustia, especialmente aguda en relación con la preocupación por el futuro de los hijos.

El profundo pesimismo en torno al futuro comparten también los que, desde posiciones diferentes, denuncian las injusticias e insuficiencias del sistema social imperante. Aquí las visiones distópicas del futuro forman parte de una visión de lo social que cuestiona la sustentabilidad de las estructuras actuales: la potencial

catástrofe futura como consecuencia de la perpetuación de las dinámicas vigentes del sistema social se convierte así en un argumento especialmente elocuente para sustentar la visión reprobatoria del presente.

Pero no todos imaginan el futuro como un inevitable deterioro de la situación presente. Hay quienes – tal vez gracias a que gozan de una posición social más favorable -, ven la inseguridad y la incertidumbre actuales no como un augurio de un futuro aún más incierto, sino como un lapso pasajero al que seguirán tiempos mejores: una insignificante anomalía en el eterno fluir del tiempo. No faltan incluso interpretaciones de las contingencias presentes en clave de una crisis sanadora o como una etapa necesaria en la “evolución” hacia un futuro brillante.

Mientras que la mayoría de los sujetos toma postura en torno al futuro en relación con sus proyectos vitales y con la situación de inseguridad y violencia imperantes, son pocos los que expresan su preocupación por el futuro civilizatorio vinculado con la crisis medioambiental. Esta preocupación parece vincularse, sobre todo, con un cierto nivel socioeconómico y educativo. Contrario a la crisis de futuridad y la preocupación en torno a la inseguridad ciudadana en aumento que detonan posturas diferenciadas, las visiones del problema medioambiental parecen compartir el mismo discurso subyacente que “espiritualiza” las cuestiones medioambientales oscureciendo su carácter social y sistémico. La relación entre la naturaleza y la sociedad tiende a ser imaginada aquí a manera de una profanación de un orden consagrado por la sociedad como un conjunto de individuos necesitados de una conversión salvífica. De esta “conversión” (o su falta) dependerá el futuro de la civilización.

Parte III
Conclusiones

9.1. Paisajes movedizos: sujetos ante el riesgo

Este estudio partió de la inquietud acerca del riesgo como “configurador” de subjetividades y giró en torno a la pregunta por las subjetividades que se configuran en relación con la noción de riesgo. A lo largo del análisis ha sido posible observar las posturas de los sujetos frente al riesgo en sus diversas facetas y también las tensiones que ellos enfrentan en el contexto de la realidad marcada por inseguridad e incertidumbre crecientes.

Primero se abordaron las subjetividades en torno a tres instituciones – el Estado, el trabajo y la familia – desde la tensión entre las expectativas de seguridad depositadas en ellas y su creciente debilitamiento en cuanto a fuentes de seguridad. Se analizaron también las narraciones y las prácticas de los sujetos en relación con su experiencia de verse inmersos en la cotidianidad urbana que va perdiendo paulatinamente el aura del tiempo-espacio seguro; el sujeto-cuerpo se revela en este contexto profundamente vulnerable, lo que desemboca en búsquedas diversas enfocadas en la recuperación de la invulnerabilidad postulada. Se dedicó un breve capítulo a la compleja y difícil relación de los sujetos con lo común, añorado como fuente de protección y solidaridad, pero difícilmente asumible en sus contradicciones y ambivalencias. Se tomaron también en cuenta las creencias de los sujetos y su importancia para dotar de sentido a una realidad marcada por riesgo e inseguridad – vistas desde la tensión entre su contingencia y la búsqueda de un sentido abarcador y coherente por parte de los sujetos. Finalmente se dedicó un capítulo a las visiones del futuro en el contexto de riesgo.

En términos generales, es posible argumentar que los hallazgos de este estudio confirman la visión del sujeto contemporáneo esbozada en la parte teórica (cf.:1.3.1.): la individualización que desemboca en la responsabilización del sujeto, a la vez que se debilitan las acostumbradas fuentes de seguridad y certeza; la crisis de la institucionalidad que se mantiene en una relación recíproca y compleja con los procesos de individualización; el debilitamiento de lo común en el contexto

del reemplazo de la solidaridad por la responsabilidad individual; la relativización de sistemas de valores y esquemas de interpretación, así como la búsqueda de saberes alternativos ante la incapacidad del saber legitimado para paliar la contingencia y ofrecer la esperanza; la opacidad del futuro.

Es posible reconocer huellas de todos los fenómenos mencionados en el corpus de datos analizado, aunque son, por supuesto, muy diversas las maneras en las que se actualizan concretamente en lo narrado por los sujetos. Así, por ejemplo, la relación entre la individualización y el debilitamiento de las instituciones es observable aquí en varias modalidades. Se revela, entre otros, tanto en el poder individualizador de la precarización del trabajo, como en la responsabilización del sujeto por su propio bienestar, resultado de la incapacidad (o el desinterés) del Estado de brindar seguridad a sus ciudadanos; subyace también en la vulnerabilidad del sujeto-cuerpo de cara a riesgos de la cotidianidad urbana. A su vez, estos aspectos de la realidad marcada por riesgo pueden ser experimentados e interpretados por los sujetos de modos muy variados. La desregulación del mercado laboral puede detonar la aprobación de la llamada “flexibilización” como promesa de oportunidades laborales, pero también los temores vinculados con la posibilidad de la pérdida de un trabajo permanente de cara a la precarización en aumento, o angustia en torno a una cotidianidad en la que se sobrevive gracias a empleos provisionales y mal pagados, por mencionar solo algunas posibilidades. El desdibujamiento del Estado como garante de seguridad detona, igualmente, respuestas diversas: el consumo de soluciones ofrecidas por el mercado (desde pólizas de seguro hasta la contratación de compañías de seguridad privada), la búsqueda de protección y apoyo en redes familiares, el resguardo dentro de comunidades religiosas, por ejemplo. La vulnerabilidad ante los riesgos de lo urbano se traduce tanto en medidas de corte “racional” en torno a la privatización y delimitación del espacio, como en búsqueda de la protección sobrenatural, entre otros.

Los ejemplos podrían multiplicarse. A lo que apuntan (y lo que se quiere subrayar aquí) es que es posible observar a lo largo del análisis presentado ciertas tendencias de carácter general que, sin embargo, encuentran actualizaciones muy

variadas en lo narrado y practicado por los sujetos. A las diferencias y “variaciones” entre las posturas de los sujetos - fruto de su adhesión a ciertos discursos constituidos intersubjetivamente y, al mismo tiempo, de su creatividad en cuanto a la construcción de sus propias narrativas - dedicaré el siguiente apartado. Aquí quisiera presentar primero algunas observaciones de carácter general.

En primer lugar, vale la pena destacar que, a partir de los datos recopilados y analizados, es posible observar el poder individualizador y fragmentador del riesgo. Según algunos autores (Beck 2008; Cavarero 2009; Morín 2004), el reconocimiento de la propia vulnerabilidad en el contexto de riesgo podría detonar el reconocimiento de la vulnerabilidad de los demás, lo que a su vez posibilitaría la recuperación de la responsabilidad mutua. En la vulnerabilidad ante el riesgo radicaría, así, la esperanza de una nueva solidaridad. Según Cavarero, “la vulnerabilidad de nuestros cuerpos singulares, expuestos el uno al otro, constituye la condición humana que nos pone en común pero dejándonos distintos” (ibid.:14); Beck, por su parte, vislumbra en la “experiencia traumática de la vulnerabilidad de todos” (2008:89) la esperanza del surgimiento de la responsabilidad con respecto a los demás “por encima de fronteras y enfrentamientos” (ibid.).

Los hallazgos de este estudio en particular no confirman las hipótesis mencionadas. Los riesgos enfrentados por los sujetos en el contexto de la individualización en progreso aunada a la crisis de lo institucional y el debilitamiento de lo común, parecen más bien fomentar y profundizar adicionalmente la individualización. Cuando el acceso al empleo depende de los solitarios esfuerzos de cada quien por perfeccionar su adecuación, cuando no se confía en el vecino y se confía solamente en la familia y los amigos más cercanos, cuando los lugares públicos se convierten para algunos en sinónimo del peligro y la casa en un refugio anti-amenazas, resulta difícil vislumbrar en el riesgo la fuente de una nueva solidaridad.

Además, los hallazgos de este estudio permiten interpretar el riesgo como un potente dispositivo de control. En un ambiente marcado por riesgos que se antojan omnipresentes, cada vez más cercanos y difícilmente predecibles, el

sujeto se encuentra frente al imperativo de valerse por sí mismo: es responsabilizado de su éxito o fracaso ante el riesgo. Conforme se desdibujan las instituciones como fuentes de seguridad y protección, la tarea de asegurarse cae en los hombros del sujeto: el postulado de la *immunitas* (Esposito 2005) está dejando de ser el asunto de las instituciones – su peso se traslada hacia el sujeto individual. De él depende si logrará mantener su empleo por más que los pocos meses garantizados en su contrato, si sabrá evitar ser incriminado por un policía corrupto, si podrá evadir el ataque de los “depredadores” urbanos, si elegirá el santo patrón correcto para la protección o la modalidad apropiada de superación personal para autotransformarse exitosamente. De esta manera, la agencia del sujeto parece “atrapada” en la febril búsqueda del aseguramiento de la supervivencia y el sujeto se revela replegado sobre sí mismo en los perpetuos esfuerzos por autoprotgerse. Paradójicamente, en el contexto de riesgo, la responsabilidad colocada en el sujeto, que en apariencia lo empodera, se revela como una poderosa modalidad de control social, ya no impuesto por las instituciones disciplinarias, sino colocado en el sujeto mismo (y por ello, quizá, especialmente efectivo).

Aquí, nuevamente, no faltan autores que sugieren que esto no necesariamente tiene que ser así y proponen ver en el riesgo un potencial detonador de liberación y agencia transformadora. Zizek (2011), por ejemplo, interpreta la postura contemporánea de cara a riesgo como la indefinida postergación de la catástrofe, la cual se traduce en obsesivos esfuerzos preventivos por mantener el *statu quo* siempre amenazado. La única manera de liberarse de este círculo vicioso es, según Zizek, un cambio radical de perspectiva: “la verdadera catástrofe YA ES vivir bajo la sombra de la amenaza permanente de una catástrofe” (2011:227). Aceptando la inevitabilidad de la catástrofe, el sujeto recobra su capacidad de imaginar posibilidades contrafácticas recuperando así su agencia y su poder transformador. Beck, por su parte, menciona tres reacciones posibles de cara a riesgo omnipresente: negación (que, según el autor, caracteriza la cultura moderna), apatía (que se manifiesta en el nihilismo posmoderno) y transformación. La última surge de la “expectativa de lo inesperado [que] conduce

a que lo obvio no se considere ya obvio” (2008:79) – el *shock* causado por el peligro exige de un nuevo comienzo, el cual abre nuevas posibilidades de acción para el ser humano.

Sería difícil encontrar en los datos analizados una confirmación de las hipótesis citadas. La visión del sujeto que surge a partir del análisis presentado es más bien la un sujeto que se sabe vulnerable y al mismo tiempo obligado a valerse por sí mismo, replegado sobre sí mismo en los intentos de no exponerse a la catástrofe siempre posible.

9.2. Entre el discurso y la narrativa: interpretar el riesgo

Como argumenté en el capítulo dedicado a la metodología (cf.:2.1.2.), la aspiración de esta investigación ha sido, desde el principio, no quedarse solamente a nivel de lo expresado por sujetos diferenciados estructuralmente y culturalmente, sino buscar en sus narrativas y prácticas huellas de ciertos discursos vinculados con la noción de riesgo, para observar luego de qué maneras los sujetos se apropian de ellos y los convierten en insumos para dotar la realidad de sentido, aprovechándolos como marcos interpretativos y como guías para la acción (Reguillo 1996).

A lo largo del análisis de los datos me estaba preguntando reiteradamente qué discursos sociales producidos intersubjetivamente se actualizan en las narrativas y prácticas de los sujetos, y, por otro lado, cómo los sujetos se apropian de estos discursos para dotar de sentido a la realidad en la que se ven inmersos. En otras palabras, he intentado de mirar las narrativas y prácticas desde la tensión entre lo social interiorizado y lo subjetivo exteriorizado, en la que se forjan las subjetividades.

Y efectivamente, conforme avanzaba el análisis me ha sido posible detectar y delimitar ciertos discursos que parecen subyacer en lo narrado y practicado por los sujetos. No en todas las cuestiones analizadas en este estudio la distinción entre los discursos es igualmente clara. Hay temas, como la relación de los sujetos con las instituciones o su identificación con ciertas ofertas de

sentido, donde las diferencias entre los discursos aparecen más marcadas, en otras cuestiones, como el tema de la corporalidad inmersa en el espacio urbano, resulta difícil trazar las diferencias. Tampoco son claros los límites de los discursos que subyacen en las narrativas: son altamente permeables, en algunas narrativas aparecen de maneras más nítidas o explícitas que en otras, pero rara vez son excluyentes y muchas veces coexisten de diversas maneras – los sujetos se muestran creativos respecto a sus maneras de dotar de sentido a la realidad: en sus narrativas combinan elementos de discursos diversos logrando coherencias “mestizas” e “híbridas”. El vínculo entre las identificaciones de los sujetos con ciertos discursos y su posición social resulta igualmente “poroso”. Aunque (como lo veremos a continuación) resulta posible notar ciertas tendencias en las identificaciones de los sujetos según sus condicionamientos y posiciones (el estrato socioeconómico, el género, la edad, la religiosidad, la inclinación política, entre otros), éstas son reconocibles gracias a la intensidad de la presencia de un cierto discurso en la narrativa en cuestión y no gracias a su presencia única o excluyente.

No obstante, aunque resulta importante tomar en cuenta todos los comentarios mencionados, es posible reconocer en las narrativas y prácticas de los sujetos ciertos discursos que orientan sus esfuerzos por dotar de sentido a los riesgos enfrentados, configurando así las subjetividades. Son los siguientes:

Pretensión de control

Este discurso gira en torno a la concepción de riesgo como una dimensión de la realidad que es posible mantener bajo control o “expulsar” fuera de los límites de lo seguro, *siempre y cuando* se respeten ciertas normas, se apliquen ciertas medidas, no se trasgredan ciertos límites. Es un discurso que aspira estabilidad, permanencia, el mantenimiento del *statu quo* y de la inmunidad ante amenazas. Lejos de presentar el riesgo, la incertidumbre, la contingencia como aspectos estructurales de la realidad, los presenta como excepción y anomalía, subrayando su carácter residual y por lo tanto “eliminable” sin necesidad de trastornar las estructuras existentes.

Este discurso se objetiva en un sinfín de significados y prácticas. Como ejemplo paradigmático podrían citarse, quizá las prácticas en torno a la defensa y protección del espacio tópico, ya que resultan especialmente visibles y “literales” (basta recordar aquí el fenómeno de fraccionamientos cerrados), pero estas seguramente no son las únicas. Así, el mismo discurso subyace tanto en las opiniones aprobatorias del Estado securitario (punitivo, beligerante) que promete restablecer la seguridad a través del sometimiento de un enemigo presentado como una amenaza “externa”, como en la exacerbación de las figuras del Otro amenazante convertidas en un afuera constitutivo de visiones de uno Mismo que se pretende un reducto impenetrable. Se objetiva también en la búsqueda de lo común “inmunizante” que se constituye en respuesta a un afuera interpretado como fuente de peligro. Está presente, finalmente, en la visión de las inseguridades e incertidumbres del presente como una breve y corregible anomalía en el fluir del tiempo.

Este discurso, que promete mantener límites claros entre lo seguro e inseguro, se revela, al mismo tiempo, fuertemente moralizante. Así, el aumento de crimen y violencia es interpretado, por ejemplo, como resultado de confusión y debilidad moral, superficialidad y pecado – o, en otras palabras, del abandono de una ética ancestral, eterna, divina y por ello irrefutable que permite diferenciar claramente entre el bien y el mal. Este aspecto moralizante del discurso en cuestión resulta ser un poderoso legitimador del *statu quo*: la ética “incuestionable” es presentada como la garantía del buen funcionamiento del mundo; los fenómenos anómicos (violencia, inseguridad, riesgo) son interpretados como consecuencia de la trasgresión (o falta de la observancia) de las normas de esta ética de origen divino que garantiza orden y armonía. Es por eso que este discurso se actualiza de una manera especialmente explícita en las narrativas de sujetos con un fuerte apego a una religiosidad conservadora, entendida primordialmente como un código ético (aunque es posible vincularlo también con otros condicionamientos e identificaciones de los sujetos, como lo veremos a continuación).

Especialmente ilustrativas resultan en este contexto las expectativas en torno a la familia como fuente de valores capaces de revertir el supuesto deterioro moral de la sociedad y con él la violencia y la inseguridad imperantes – una expectativa presentada mayormente como incumplida, lo que convierte a la familia en la culpable de la presunta crisis moral actual. Las transformaciones de la familia actual se interpretan aquí en términos de trasgresión de las normas: una trasgresión que vuelve permeables los límites de un mundo seguro, permitiendo así la irrupción de las amenazas.

También la llamada “guerra contra el narcotráfico” llega a ser interpretada en términos de lucha del bien contra el mal: los “malos” que atentan contra los “buenos”, aunque parezcan poderosos, tienen que perecer, ya que constituyen una peligrosa desviación de las normas consagradas. No faltan, finalmente explicaciones “moralizantes” de otros riesgos producidos estructuralmente, como es el caso de las exclusiones provocadas por la precarización y falta de empleo: el trabajo es presentado como una actividad digna y decorosa que distingue a los ciudadanos honrados de los que no trabajan o se dedican a actividades ilícitas. En virtud de una especie de “lógica invertida”, la exclusión es interpretada en ocasiones como consecuencia de inadecuación moral, lo que, nuevamente, legitima el *statu quo*.

Queda claro que este discurso, que interpreta el riesgo como anomalía u objeto de control y “expulsión”, representa una actualización especialmente destacada y clara de las lógicas de la *immunitas* (Esposito 2005). Se basa en el supuesto de que es posible mantener intacta una esfera de seguridad y certeza a cambio de una meticulosa observancia de normas y no-trasgresión de límites. El riesgo se revela aquí como un poderoso dispositivo de control: da por sentada la perpetua inminencia de la catástrofe (siempre externa), la cual, sin embargo, se pospone indefinidamente gracias a una serie de medidas preventivas.

Este discurso tiende a aparecer con mayor claridad y énfasis en las narrativas de los más privilegiados entre los sujetos: parece encontrar una especial resonancia entre los que pertenecen a estratos socioeconómicos más altos y disfrutan de una situación estable. Además es un discurso que se vincula

con inclinaciones políticas de corte conservador y, como ya mencionamos, con una adscripción a una religiosidad tradicional. Incluso es posible argumentar que el género juega un cierto papel en la identificación de los sujetos con este discurso, ya que aparece con más énfasis en las narrativas de los hombres. Esto no significa, sin embargo, que el discurso en cuestión esté ausente en las demás narrativas. Todo lo contrario: se revela altamente permeable y sus huellas no faltan en ninguna de las narrativas analizadas, especialmente en relación con dos cuestiones: las inquietudes de los sujetos en torno al deterioro de la seguridad dentro de la ciudad y la visión de la familia culpable. Varios de los sujetos comparten tanto la preocupación por “delimitar” el riesgo dentro de lo urbano que pierde el aura de seguridad, como la tendencia hacia las explicaciones “moralistas” del aumento de la violencia e inseguridad que culpan el supuesto deterioro de la familia. Aquí el discurso en cuestión se revela especialmente generalizado y resulta difícil buscar relaciones simples o lineales entre su presencia en las narrativas y los posicionamientos de los sujetos.

Promesa de transformación

En este discurso, el riesgo es interpretado primordialmente como un componente “natural” (normal, lógico) de una realidad que ofrece oportunidades ilimitadas. Por lo tanto el discurso en cuestión se caracteriza por una cierta aceptación de la contingencia y la incertidumbre, interpretadas como condiciones favorables para una transformación liberadora por parte del sujeto. Es un discurso que se vincula claramente con la expansión y profundización de las lógicas de la individualización, la cual libera el sujeto de ciertos constreñimientos estructurales, pero al mismo tiempo deposita en él el peso de la crisis, responsabilizándolo de su éxito o fracaso. Por ello no sorprende que este discurso, que promete una transformación liberadora, tienda a minimizar categóricamente el peso de las estructuras presentando el sujeto como cuasi todo-poderoso. Por otro lado, se revela igualmente categórico en relación con las vulnerabilidades del sujeto interpretándolas como consecuencia de su insuficiencia/inadecuación (por la que el sujeto es responsabilizado). La exposición al riesgo se convierte así en el

asunto de cada quién y su manejo exitoso depende de la adecuación lograda por el sujeto en sus diversas modalidades: desde la flexibilidad laboral, a través de la astucia y la inteligencia que permiten al sujeto mantenerse ileso en la jungla de la ciudad, hasta la capacidad “espiritual” de producir un aura positivo que aleja malas vibras (para dar solo algunos ejemplos).

Esta visión específica del sujeto ante el riesgo se traduce, entre otros, en una cierta indiferencia frente a las instituciones como garantes de seguridad. Conforme la lógica de “cada quién se preocupa por sí solo”, tanto el Estado (de por sí ya bastante ambivalente como fuente de seguridad) como la familia son presentados en ocasiones como un apoyo prescindible (por ejemplo, pudimos observar en este contexto posturas de corte individualista que desafían la exigencia de solidaridad familiar, subrayando la responsabilidad del individuo en la búsqueda de sustento).

En cuanto al trabajo, este tampoco es asociado primordialmente con seguridad, pero sí con la oportunidad de ascenso social: el mundo laboral en presentado como un mundo de oportunidades, siempre y cuando el sujeto muestre una actitud adecuada: flexibilidad, creatividad y el aprovechamiento del capital social, entre otros. La escasez de empleos llega a ser interpretada como una falacia difundida por los que se niegan a adaptarse a las reglas del juego. Los que sí están dispuestos a adaptarse (son activos, creativos, flexibles) están destinados a triunfar. La derrota de los demás es resultado de su pasividad, conformismo y falta de flexibilidad – en pocas palabras, de su inadecuación.

Es aquí donde cobra pertinencia la lógica de la víctima culpable en relación con riesgos de diversa índole: no solamente en relación con el empleo, sino también, por ejemplo, en relación con las amenazas que se esconden en la cotidianidad urbana: el que cayó víctima de los depredadores se descuidó seguramente, no se mantuvo suficientemente en alerta, o simplemente atrajo el peligro por tener miedo y emanar así un aura negativo. De cualquier modo, no estuvo a la altura de las circunstancias y la responsabilidad es toda suya.

Otra lógica pertinente en el contexto de este discurso es la de la crisis presentada como oportunidad de superación. Aquí la crisis, tanto a nivel del sujeto

individual (el reconocimiento de su insuficiencia), como a nivel global (el aumento de la violencia, la crisis medioambiental, por ejemplo), es interpretada como un estadio necesario para lograr una transformación benéfica de la que depende el futuro mejor – una transformación presentada como un cambio individual que detona cambios en los demás, o como suma de transformaciones individuales multiplicadas a manera de una reacción en cadena.

Ante este imperativo de transformación - de la que depende, al parecer, no solamente el futuro individual de cada quién, sino, en ocasiones, también el futuro de todos -, se vuelve apremiante la necesidad de orientación. Por ello, en el contexto de este discurso, cobran especial importancia ofertas de sanación/superación que prometen guiar al sujeto en su metamorfosis (muchas vinculadas con la espiritualidad alternativa, pero no solamente). Estas, a su vez, lejos de ofrecer certezas incuestionables, compiten por la adhesión del sujeto, la cual, nuevamente, es resultado de su decisión tomada en la situación de incertidumbre. El sujeto se convierte así en su primordial (si no único) punto de referencia: elige entre una variedad de ofertas de sentido, ninguna de las cuales puede ser dada por supuesta. Esta contingencia de las certezas es interpretada aquí como una oportunidad de construir “libremente” el universo de sentido. La promesa de libertad conlleva, sin embargo, el corolario de la responsabilidad, ya que certezas mal elegidas pueden significar un fracaso.

En términos generales, este discurso, que promete una transformación sanadora/liberadora, presenta al sujeto como fuente de la crisis y como su única solución, lo que lo responsabiliza, pero también le brinda la apariencia del empoderamiento. Coloca la responsabilidad en los hombros del sujeto minimizando al mismo tiempo el peso de las estructuras, por lo que, aunque apela constantemente al anhelo de cambio, se revela como un discurso conservador.

La presencia de este discurso es especialmente notable en narrativas de los sujetos que, por diferentes razones, aspiran un cambio, primordialmente el cambio de su posición social. En otras palabras, la promesa de transformación benéfica que depende de los esfuerzos del sujeto individual (y no de cambios de carácter estructural) parece encontrar resonancia entre los que buscan

empoderarse. De ahí que aparece con más claridad en las narrativas de los estratos medios (medio alto, medio, medio bajo), ya que son ellos los que buscan frecuentemente ascender socialmente y tienen ciertas esperanzas de lograrlo³⁶ (o ya lo han logrado: el discurso de transformación legitima en estos casos el ascenso social conseguido); la promesa de empoderamiento podría explicar también porqué es más explícito en las narrativas de los sujetos más jóvenes. Además no carece del aspecto de género: parecen tender a identificarse con él más las mujeres que los hombres; resulta también significativo que se actualiza de manera destacada en la narrativa del sujeto que se declara como homosexual, ya que este condicionamiento, junto con su situación socioeconómica, lo coloca en una situación socialmente más vulnerable: la promesa de transformación (a través del trabajo, en este caso) apela a esta vulnerabilidad presentándola como superable. Finalmente, vale la pena mencionar que la identificación de los sujetos con este discurso se vincula también frecuentemente con la tendencia hacia la cultura espiritual alternativa, una religiosidad ecléctica y una actitud selectiva en relación con la religiosidad tradicional.

Resignación ante lo inevitable

En este discurso el riesgo y la contingencia adquieren características de un destino y una fatalidad difícilmente eludibles.

Las instituciones (especialmente el Estado y el trabajo) son presentadas aquí como garantes ilusorios de seguridad y frecuentemente también como fuentes de riesgo. Del Estado se habla con desconfianza y desilusión: sus políticas, tanto las de bienestar como las securitarias, son interpretadas a menudo como aparentes, ineficientes, injustas, marcadas por parcialidad, destinadas a cubrir el cinismo y la corrupción de los gobernantes. El Estado es referido con un

³⁶ Según el Informe de Movilidad Social en México 2013 (http://www.ceey.org.mx/site/files/resumen_ejecutivo_ismm_0.pdf; consultado 12.06.2013), México se caracteriza por contar con composición relativamente móvil entre los estratos medios. No así los quintiles extremos: 48% de los que provienen de hogares de quintil más bajo se mantienen allí, así como 52% del quintil más alto.

distante y opaco “ellos”: aparece como una institución lejana, fuera del alcance, difícilmente penetrable, regida por lógicas que poco tienen que ver con el bien común - un Estado que no cumple con sus promesas y que, aunque en apariencia protector de los ciudadanos, se revela frecuentemente arbitrario y capaz de una violencia aleatoria que profundiza la vulnerabilidad de los más expuestos en vez de aminorarla.

En cuanto al trabajo, predomina aquí una cierta resignación frente a la precariedad que parece difícilmente superable: la escasez y la inestabilidad del empleo es denunciada en ocasiones como una realidad injusta, pero a la vez interpretada como inalterable. En este contexto, el aspecto ético del trabajo llega a perder contornos: actividades lícitas e ilícitas como posibles fuentes de sustento parecen diferenciarse en algunos casos primordialmente por el grado de su peligrosidad y dejan de interpretarse en categorías morales. La sensación del abandono por parte de las instituciones desemboca en la oscilación entre la desesperación y el cinismo.

Ante la indiferencia y la arbitrariedad de las instituciones, los riesgos producidos estructuralmente llegan a adquirir características de una fatalidad cuyas lógicas resultan difícilmente penetrables. La impotencia frente a la incertidumbre perpetua detona interpretaciones de la precariedad y la contingencia como un destino regido por fuerzas providenciales, fuera del control y entendimiento del sujeto. Es aquí también, donde se vuelve visible el poder anti-defensa de las creencias. En una cotidianidad marcada por inestabilidad y fragilidad incesante, la confianza en la protección de una fuerza sobrenatural se convierte en un resguardo de seguridad y certeza.

Esta búsqueda de protección sobrenatural adquiere diferentes formas: desde una relación “pragmática” e “instrumental” con las fuerzas sobrenaturales (los santos patrones, por ejemplo) enfocada en la solución de un problema concreto (falta de trabajo, enfermedad, peligros de la cotidianidad urbana, entre otros), hasta complejas legitimaciones de precariedad y otras experiencias anómicas en términos de una teodicea, a saber, como parte un plan divino, de una justicia sobrenatural que rebasa las lógicas y las imperfecciones de la justicia

terrenal. La creencia en la protección providencial se convierte así en la garantía de la persistencia de un *nomos* abarcador, capaz de “absorber” lo anómico. Al mismo tiempo, ante la opacidad del futuro, producto del presente marcado por precariedad e incertidumbre, la fe en lo sobrenatural permite en algunos casos mantener la esperanza de una vida mejor, trasladándola en el más allá.

Hay otro antídoto contra la indefensión que resulta importante dentro del discurso en cuestión: la familia. A ella se le asigna frecuentemente el rol de un punto de apoyo capaz de mitigar diversas vulnerabilidades de los sujetos: es presentada como un poderoso “amortiguador” de indefensión y como una “red de supervivencia” entendida sobre todo como fuente de apoyo económico en situaciones de pobreza, aunque no solamente. Si bien no se niegan las tensiones originadas por la dependencia de la familia como apoyo (la violencia intrafamiliar, por ejemplo), las esperanzas depositadas en ella en cuanto un “salvavidas” en situaciones de crisis se antojan inquebrantables.

Este discurso predomina, por supuesto, en las narrativas de los más desprotegidos y “precarios” entre los sujetos entrevistados, sobre todo en cuanto a la situación socioeconómica, la edad y el género. Aparece de manera especialmente destacada cuando las desventajas de la posición del sujeto se multiplican y potencian mutuamente: cuando se es, por ejemplo, no solamente una mujer en situación de precariedad económica, sino también migrante y madre soltera; o cuando se es adulto mayor, enfermo y sin la garantía de la seguridad alimenticia. Aquí la desprotección ante riesgos producidos estructuralmente es especialmente aguda: no solamente por la indiferencia de las instituciones, sino también por la imposibilidad de amortiguarla a través de soluciones ofrecidas por el mercado (posible en caso de los más favorecidos económicamente). La impotencia ante una realidad marcada por falta de estabilidad y de seguridad, desemboca en un fatalismo declarado.

Sin embargo, sería erróneo suponer que este discurso se actualice exclusivamente en las narrativas de los más precarios, ya que se muestra en ocasiones mucho más permeable de lo que podría parecer. Esta tendencia resulta especialmente visible en relación con el aumento de la inseguridad dentro de la

ciudad. La expansión de lo siniestro, el desdibujamiento de los límites entre lo seguro y lo inseguro, la imposibilidad de “controlar” los riesgos cada vez más omnipresentes, cercanos e impredecibles – todo ello hace surgir posturas de corte fatalista por parte de sujetos con condicionamientos diversos. Cuando fallan soluciones de corte racional o institucional, la fe en una lógica providencial se convierte en un antídoto sorprendentemente eficaz contra la sensación de desprotección.

Declaración de catástrofe

Es un discurso que presenta los riesgos actuales como consecuencia y a la vez el síntoma de las contradicciones estructurales. Emanan de él una profunda inconformidad con el sistema social vigente, una actitud crítica y desconfianza hacia las instituciones, así como un anhelo de una radical transformación estructural.

Este discurso denuncia tanto el cinismo y la indiferencia del Estado en sus políticas de bienestar, como los abusos de poder en sus políticas de corte securitario. Se le acusa de falta de transparencia y de manipulación de información, de diversas violaciones de derechos humanos y de la propagación de violencia, al mismo tiempo que se cuestiona su capacidad de controlar la situación en el país. El Estado aparece en este discurso como indigno de confianza y capaz de quebrantar la ley que él mismo representa y, al mismo tiempo como débil e impotente, falta de legitimidad y autoridad, lo que abre la posibilidad de que ciertos poderes fácticos (el narcotráfico, sobre todo) se conviertan en su siniestra alternativa. Tanto el ejército como la policía personifican aquí los abusos de poder. Al mismo tiempo, se denuncia también la desprotección de los ciudadanos ante la violencia aleatoria, tanto por parte del llamado “crimen organizado” como por parte de las instituciones estatales.

Igualmente devastadoras resultan las críticas de la actual situación del mercado de trabajo. El trabajo es presentado como un derecho indiscutible que permite vivir una vida digna, su falta es interpretada como la expresión de injusticia y violencia estructural. La precariedad, inestabilidad y escasez del

trabajo se revelan así como consecuencia de males estructurales, y a la vez como detonadores y orígenes de la delincuencia y la violencia.

De la severa crítica no se salvan otras instituciones: los medios son presentados como indignos de confianza y propensos a manipular la visión verídica de la realidad; la Iglesia aparece como una institución hipócrita, incapaz de ser guía moral para los contemporáneos; tampoco se duda de la actual desintegración de la familia.

Esta visión catastrófica del presente queda, finalmente, complementada por visiones apocalípticas del futuro, en el que las instituciones actuales sufrirían una desintegración cada vez más profunda, lo que, a su vez, daría pie a ciertos fenómenos anómicos profundamente turbadores.

A primera vista, este discurso que no teme denunciar y criticar los males estructurales podría parecer profundamente liberador y generador de agencia transformadora. Según la, ya citada, argumentación de Žižek (2011), sólo aceptando la inevitabilidad de la catástrofe, el sujeto recobra, paradójicamente su capacidad de actuar y su poder transformador, adaptando el punto de vista “desde” la catástrofe e imaginando posibilidades contrafacticas. Sin embargo, el discurso en cuestión aparece en las narrativas analizadas acompañado de un cierto desaliento frente a la aparente inalterabilidad de un sistema, que, aunque injusto, parece poseer una dinámica propia. La severa crítica se conjuga con la resignación frente a una realidad que parece estar perdiendo la condición de alterable.

Hay que añadir que este discurso es el menos difundido entre los sujetos entrevistados, de ahí que resulta algo riesgoso sacar conclusiones en cuanto a su relación con los perfiles de los sujetos, aunque es posible sostener que se vincula con niveles relativamente altos de educación, los cuales, en algunos casos, aportan al desarrollo de posturas críticas.

Estos son los discursos que me fue posible detectar a través del análisis de las narrativas y otros textos recopilados. Seguramente no son los únicos, pero dentro del corpus de datos analizado son los que se dibujan claramente como

insumos de sentido a los que los sujetos en cuestión recurren para interpretar la realidad marcada por riesgo. Podría decirse que estos discursos, producidos intersubjetivamente, constituyen el “menú” del que se nutren los significados y las prácticas de los sujetos. Por otro lado, resulta indispensable añadir que las maneras de su apropiación por parte de los sujetos distan de ser rígidas o automáticas: ninguno de los sujetos los actualiza de manera “pura”, en las narrativas aparecen “mestizajes” diversos y a veces sorprendentes. En su búsqueda de dar sentido a la realidad marcada por riesgo, los sujetos concilian a veces discursos (en apariencia) contradictorios y sus narrativas resultan “híbridas” en mayor o menor grado.

Un buen ejemplo constituye la narrativa de Lorena. A lo largo de lo narrado por ella se nota su identificación con el discurso que promete la transformación. Lorena se muestra convencida de que, gracias a su actitud apropiada y sus esfuerzos, su vida tiene grandes posibilidades de ser exitosa: es flexible, dispuesta a “actualizarse”, sabe como “agradar” y aprovechar su capital social, sabe finalmente como aumentar sus posibilidades a través del pensamiento positivo. Subraya su adecuación en relación con diferentes aspectos de su cotidianidad: entre otros, se muestra experta en cuanto al manejo de la inseguridad en la ciudad, declara saber cuáles lugares hay que evitar para no ponerse en peligro y cómo cuidar de sí misma, por ejemplo.

Sin embargo, hay en la narrativa un punto de inflexión que permite notar cómo este discurso que elogia la adecuación y suficiencia del individuo se conjuga con el discurso fatalista (o el de la resignación a lo inevitable): la incertidumbre que Lorena vive en relación con su empleo, que, como ella misma admite, le causa angustia y miedo (cf.:3.2.3.). Lorena se sabe impotente ante la arbitrariedad de su contratación. Incapaz de controlar la incertidumbre, interpreta la decisión de sus superiores como parte de un destino diseñado por una fuerza providencial no definida. Por otro lado, reconoce también los límites de su destreza al recorrer la ciudad: a pesar de declarar reiteradamente su capacidad de valerse por sí misma, admite que en cuanto a los riesgos escondidos en lo

urbano no hay garantías. En última instancia, lo que le queda es buscar protección sobrenatural.

Interesante resulta también la narrativa de Gabriela, quien no duda en recurrir a elementos de varios discursos con tal de “asegurarse” contra los riesgos de la cotidianidad. Así, aunque parece predominar aquí, nuevamente, el discurso que promete la transformación (en su versión especialmente completa, porque abarca tanto interpretaciones que Gabriela realiza en torno a su situación individual como interpretaciones de la crisis civilizatoria como un necesario estadio en la evolución hacia un futuro mejor), no faltan alusiones a la pretensión de control, ni tampoco huellas de la resignación a lo inevitable. Gabriela no solamente entrena su cuerpo y mente para producir energía adecuada y protegerse así de malas vibras, sino se encierra también en un fraccionamiento cerrado bajo el ojo vigilante de cámaras; no duda, finalmente, en recurrir a la protección sobrenatural (un Dios difuso, aparte de ángeles y seres de la luz).

Otro ejemplo pertinente constituye la narrativa de Salvador, quién a lo largo de ella concilia la pretensión de control con la promesa de transformación. El sujeto elogia las ventajas de habitar un fraccionamiento cerrado, se expresa favorablemente sobre el ejército y la policía en cuanto a instituciones protectoras, no duda de que la inseguridad constituye la consecuencia de trasgresiones de una ética incuestionable – en pocas palabras, en su narrativa subyace claramente el discurso que pretende el control en sus diversos aspectos, presentando el riesgo como una dimensión que se puede mantener fuera de los límites de lo seguro, siempre y cuando se tomen ciertas medidas. Y es aquí, justamente, donde el discurso de control se conjuga armoniosamente con el de la promesa de transformación, ya que el éxito de las “medidas” por tomar para evitar riesgos depende enteramente de la disposición del sujeto para adecuarse. Salvador subraya reiteradamente que “todo es consecuencia de nuestros actos”: la seguridad depende tanto de la disciplina con la que el sujeto se mueve dentro de lo urbano que esconde peligros, como de su disciplina moral. De su disposición de “adecuarse” a los límites de lo seguro, dependerá el grado de su exposición a

los peligros. Los riesgos aparecen aquí como perfectamente controlables, siempre y cuando el sujeto se mantenga en el proceso de adecuación constante.

Finalmente, entre ejemplos especialmente ilustrativos de las “hibridaciones” presentes en las narrativas, vale la pena mencionar también lo narrado por Armando. No cabe duda que su narración actualiza de manera clara y completa el discurso de la declaración de catástrofe: sus críticas del sistema social son severas, nada ni nadie parece salvarse de ellas - una visión sombría de la contemporaneidad que, si no cambia de rumbo, enfrentará su autodestrucción. Quizá justamente por eso Armando se ve obligado declararse solitario frente a riesgos que propone caracterizar como “randomizados”, imposibles de prever, cercanos, omnipresentes. Esta sensación de soledad frente a los peligros de la cotidianidad desemboca, a su vez, en múltiples prácticas de corte “securitario” que podrían inscribirse perfectamente en el discurso que pretende el control, aunque Armando no se identifica con sus lógicas.

Estos son solo algunos ejemplos de “hibridaciones” y “mestizajes” presentes en las narrativas, que permiten observar que los discursos se actualizan en ellas de maneras poco lineales y muchas veces complejas. Por otro lado, queda claro también que las identificaciones de los sujetos con los discursos en cuestión no siempre pueden asociarse de manera simple o excluyente con sus condicionamientos o su posición social, aunque, como fue posible observarlo, pueden notarse ciertas tendencias que vinculan los posicionamientos de los sujetos con su adscripción a ciertos discursos. La noción de riesgo, entendido como “el presente de catástrofes futuras” (Beck 2008:27) o como la inminencia de la irrupción de lo anómico, constituye un punto de referencia privilegiado para observar la tensión entre el discurso y la narrativa en la que se configuran las subjetividades. Al despojar la realidad de su aparente obviedad, el riesgo abre una dimensión en la que la búsqueda de marcos interpretativos se conjuga con la creatividad de los sujetos.

9.3. Las contribuciones de la tesis

Una de las grandes apuestas (y a la vez uno de los retos) de esta investigación ha sido la de mirar la condición del sujeto contemporáneo dentro de una realidad concreta. El estudio partió de ciertos supuestos teóricos muy generales, referidos a la simultánea exacerbación y crisis de la modernidad, y el desafío consistió en sumergirse en el contexto específico de la investigación sin perderlos de vista. Por otro lado, aspiré también enfatizar la especificidad y los matices de la realidad investigada. La tesis aborda lo local y específico, comprendiéndolo, sin embargo, como parte de las lógicas y las dinámicas abarcadoras de lo contemporáneo.

Por otro lado, procuré también acercarme de la manera menos circunscrita posible a la realidad investigada, aprovechando el carácter abierto y ambiguo de la misma categoría de riesgo. El corpus de datos, recogido y analizado bajo esta premisa, me permitió lograr una mirada que conjuga varios aspectos de la realidad social vista a través del “lente” de riesgo, considerados como partes de un todo complejo: un paisaje multidimensional y multifacético.

No obstante, como lo sugiere el título de la tesis, no se trata aquí de un solo paisaje, sino de varios y, además, movedizos. La pregunta por la configuración de subjetividades exige mirar lo social desde las posiciones diferenciadas de los sujetos históricamente situados. Por ello no se puede hablar de un paisaje homogéneo o compartido, ya que las maneras en las que los sujetos interiorizan lo social para luego exteriorizarse reproduciéndolo y transformándolo, son necesariamente diversas. Además, para complejizar aún más el panorama, las cuestiones abordadas, que aluden constantemente a la inseguridad y la incertidumbre, convierten estos paisajes sociales vistos a través de los ojos de los sujetos en paisajes contingentes, inestables, movedizos. Dar cuenta de esta complejidad sin perder de vista lo inmutable, lo abarcador y lo compartido ha sido uno de los mayores desafíos (y, esperemos, logros) de esta tesis doctoral.

Una de las contribuciones más importantes de este estudio - fruto de la mirada colocada en la tensión mencionada entre lo compartido y lo diverso – ha sido el esfuerzo por revelar los discursos que subyacen en las narrativas de los

protagonistas de la investigación. Este ejercicio, que consistió en el reiterado ir y venir entre las especificidades de las narrativas de los sujetos y sus rasgos compartidos, no solamente permitió llegar a los hallazgos teóricos presentados en el apartado anterior (cf.:9.2.), sino confirmó también la pertinencia de la perspectiva metodológica propuesta, a saber, la que enfatiza la tensión entre la narrativa y el discurso en la que se forjan las subjetividades. Finalmente, además de estos hallazgos específicos, el análisis permitió también a llegar a conclusiones de carácter más general y abarcador en torno a la condición del sujeto contemporáneo ante el riesgo (cf.:9.1.).

Entre las contribuciones de la tesis hay que mencionar también un cierto valor histórico que posee, ya que retrata la situación de México y específicamente de la ciudad de Guadalajara durante el sexenio 2006-2012.

9.4 Las posibles líneas de indagación futura

Un documento final de una investigación da frecuentemente la impresión de una cierta exhaustividad y completitud, pero suele pasar que su autor o autora tengan en relación con él una impresión distinta: la de haber abarcado solamente una pequeña parte de la complejidad que representa el objeto de investigación y de haber tenido que delimitar su indagación sacrificando algunos aspectos del problema por analizar. Tampoco es raro oír comentarios sobre la dificultad de tomar la decisión de dar el trabajo por concluido, ya que siempre parece quedar algo por investigar, por profundizar, por esclarecer.

Este trabajo no es una excepción. Desde su comienzo, uno de sus desafíos más grandes ha sido justamente la delimitación del objeto de investigación frente a una realidad en la que el riesgo en sus diversas facetas parecía ser omnipresente. Aunque el panorama se ha ido esclareciendo paulatinamente conforme avanzaba la investigación, permitiéndome finalmente enfocar la atención en ciertos aspectos cruciales para el análisis de subjetividades que se configuran en relación con la

noción de riesgo, no me cabe duda de que las posibilidades de una indagación futura en el tema están lejos de ser agotadas.

La tesis ofrece una mirada “panorámica” de una realidad social específica marcada por riesgo, cuyas facetas están descritas en los respectivos capítulos de análisis. No obstante, cada uno de los aspectos abordados constituye un tema rico y complejo en sí; a cada uno de ellos podría dedicarse, sin duda, una investigación entera. Pero, aunque todas las cuestiones tratadas en este estudio ofrecen grandes posibilidades de profundización, hay entre ellas algunas especialmente sugestivas y prometedoras: la problemática vinculada con la corporalidad inmersa en el tiempo-espacio amenazante, el tema de las ofertas de sanación/trasformación, la cuestión de la “espiritualización” de la temática medioambiental, las hibridaciones complejas en las maneras de enfrentar los riesgos de la cotidianidad (por ejemplo, la “fusión” entre el racionalismo instrumental y el pensamiento mágico como una posible respuesta ante el riesgo), las concepciones de lo común, las visiones del futuro, entre otros.

Por otro lado, hay cuestiones importantes vinculadas con la categoría de riesgo que no se llegaron a abordar en este estudio, porque no encontraron expresión suficiente en el corpus de datos recogido. Un buen ejemplo constituye aquí la problemática de los riesgos vinculados con la categoría del cuerpo. Aunque se abordó el tema específico de la relación entre el sujeto-cuerpo y el espacio urbano, no se trataron cuestiones relacionadas con la corporalidad misma que, como sabemos, encuentran actualmente objetivaciones diversas: desde el miedo a los patógenos y los alimentos transgénicos o cancerígenos, hasta los trastornos alimenticios o el interés por experiencias de supervivencia. Otro tema que no llegó a expresarse claramente en los datos analizados es el problema medioambiental; aunque no faltan sus menciones en las narrativas, estas no llegan a reflejar su complejidad. Una exhaustiva exploración de subjetividades que se configuran en torno a los riesgos medioambientales sería, sin duda, pertinente.

Son numerosas las cuestiones vinculadas con la configuración de subjetividades en torno riesgos actuales que podrían constituir vetas de investigación futura. Su importancia para entender las lógicas y las dinámicas que

subyacen en lo contemporáneo es innegable. Espero que este estudio siempre inquietud y sirva como inspiración para ir profundizando el conocimiento de esta temática.

Bibliografía:

Aceves, Jorge, Patricia Safa, René de la Torre (2004): "Fragmentos urbanos de una misma ciudad: Guadalajara", en *Espiral*, vol.XI, sep-dic, num 031, pp.277-320

Aldrete, Paola et al. (2009): "El capital social en la Zona Metropolitana de Guadalajara", en: Rodríguez Gómez, Guadalupe (coord.): *Diagnóstico sobre la realidad social, económica y cultural de los entornos locales para el diseño de intervenciones en materia de prevención y erradicación de la violencia en la región centro: el caso de la zona metropolitana de Guadalajara, Jalisco*

Alonso, L.E. y Fernández, C.J. (2009). "Usos del trabajo y formas de gobernabilidad: la precariedad como herramienta disciplinaria". En Crespo, E; Prieto, C. y Serrano, A: *Trabajo, subjetividad y ciudadanía. Paradojas del empleo en una sociedad en transformación.*, Madrid: Editorial Complutense. Pp. 229-258.

Appadurai, Arjun (2001): *La modernidad desbordada. Dimensiones culturales de la globalización*. Ediciones Trilce, Montevideo. Parte I: "Flujos globales"

Arditi, Benjamin (2000): "El reverso de la diferencia", en: Benjamín Arditi (ed.) *El reverso de la diferencia. Identidad y política*. Caracas: Nueva Sociedad/Nubes y Tierra, pp. 101-124

Arditi, Benjamin (2009); "Política viral es articularse con desconocidos y realizar una acción alternativa", en: Revista *Magis*, octubre de 2009, <http://www.magis.iteso.mx/node/248>

Arfuch, Leonor (2006): "Las subjetividades en la era de la imagen: de la responsabilidad de la mirada" En: *Educación y Pedagogías de la Imagen*. Dussel, Inés, Gutiérrez, Daniela (comp.), Manantial, FLACSO, OSDE. Buenos Aires, pp.75-84

Ariza, Marina y Orlandina de Oliveira (2001): "Familias en transición y marcos conceptuales en redefinición", en: *Papeles de Población*, no 28

Ariza, Marina y Orlandina de Oliveira (2009): "Familias y pobreza en Latinoamérica: una mirada comparativa", en: Esteinou Rosario (ed.): *Construyendo relaciones y fortalezas familiares. Un panorama internacional*, Ciesas

Bajtín, Mijail (1974): *La cultura popular en la Edad Media y Renacimiento. El contexto de François Reblais*, Barral Editores, Barcelona

Balandier, Georges (1997): *El desorden. La teoría del caos y las ciencias sociales*. Gedisa

Bauman, Zygmunt (2001): *La sociedad individualizada*, Cátedra, Madrid

Bauman, Zygmunt (2003): *Modernidad líquida*. Buenos Aires, FCE

Bauman, Zygmunt (2005): *Vidas desperdiciadas. La modernidad y sus parias*, Paidós

Bauman, Zygmunt (2007): *Tiempos líquidos. Vivir en una época de incertidumbre*. Tasquets

Bauman, Z. (2008): *Confianza y temor en la ciudad. Vivir con extranjeros*. Barcelona: Arcadia. Pp 61-75.

Bazdresch Parada, Miguel (2009): "Disponibilidad, accesibilidad y calidad de la educación", en: Rodríguez Gómez, Guadalupe (coord.): *Diagnóstico sobre la realidad social, económica y cultural de los entornos locales para el diseño de intervenciones en materia de prevención y erradicación de la violencia en la región centro: el caso de la zona metropolitana de Guadalajara, Jalisco*

- Beck, Ulrich (1997): "La reinención de la política: hacia una teoría de la modernización reflexiva". En U. Beck, A. Giddens, S. Lash: *Modernización reflexiva. Política, tradición y estética en el orden social moderno*. Alianza Universidad, Madrid, pp.13-73
- Beck, Ulrich (1998): *La sociedad de riesgo. Hacia una nueva modernidad*, Paidós
- Beck, Ulrich (2002): *La sociedad del riesgo global*, Madrid, SigloXXI
- Beck, Ulrich, (2008): *La sociedad del riesgo mundial. En busca de una seguridad perdida*. Paidós
- Becker, Patrick (2009): "What Makes us Modern(s)? The Place of Emotions in Contemporary Society", en: Debra Hopkins, Jochen Kleres, Helena Flam, Helmut Kuzmics (eds.): *Theorizing Emotions. Sociological Explorations and Applications*, Campus Verlag: Frankfurt/New York
- Beriain, Josetxo (comp.) (1996): *Las consecuencias perversas de la modernidad. Modernidad, contingencia y riesgo*. Barcelona: Anthropos
- Berger, Peter (1971): *Para una teoría sociológica de la religión*, Barcelona: Kairós
- Berger Peter y Thomas Luckmann (1997): *Modernidad, pluralismo y crisis de sentido. La orientación del hombre moderno*. Barcelona: Paidós
- Billlioud, Jean-Michel (2010): *El siglo XX en imágenes*, Buenos Aires: Catapulta Children Entertainment
- Bourdin, Alain (2007): *La Metrópoli de los individuos*, México: Universidad Iberoamericana Puebla
- Bourdieu, Pierre (1990): *Sociología y cultura*. Grijalbo, México
- Bourdieu, Pierre (1999): *Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción*, Anagrama
- Butler, Judith (2006): *Vida precaria. El poder del duelo y la violencia*, Paidós
- Cabrales Barajas, Luis Felipe y Elia Canosa Zamora (2001): "Segregación residencial y fragmentación urbana: los fraccionamientos cerrados en Guadalajara", en: *Espiral*, enero/abril, vol.7, no. 020, Universidad de Guadalajara
- Capron Guénola (2009) "Geografías del miedo: individualismo y cambios en los modos de vida metropolitana" en O. Delgado y H. Crstancho (Eds.) *Globalización y territorio: reflexiones geográficas en América Latina*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Castel. Robert (1996): "El trabajo y utilidad para el mundo", en: *Revista Internacional del Trabajo*, vol.115, no.6
- Cavarero, Adriana (2009): *Horrorismo. Nombrando la violencia contemporánea*, Anthropos
- Certeau, Michel de (2007): *La invención de lo cotidiano I. Artes de hacer*, Universidad Iberoamericana, México
- Davis, Mike (1990): *City of Quartz. Excavating the Future in Los Angeles*, Vintage Books, New York
- De la Torre, Renée (2000): *Los hijos de la luz. Discurso, identidad y poder en La Luz del Mundo*, ITESO, CIESAS; UdeG

- De la Torre, René (2001): "Fronteras culturales e imaginarios urbanos: la geografía moral de Guadalajara", en: Vázquez Daniel, René de la Torre, José Luis Cuéllar (2001): *El centro histórico de Guadalajara. Mesa redonda*, El colegio de Jalisco, Instituto Cultural Ignacio Dávila Garibi
- Deleuze, Gilles (1995): "Postcripto sobre las sociedades de control", en *Conversaciones*, Editorial Pre-Textos, Valencia
- Delumeau, Jean (1989): *El miedo en Occidente (Siglos XIV-XVIII). Una ciudad sitiada*, Madrid:Taurus
- Döveling, Katrin (2009): "Mediated Parasocial Emotions and Community: How media may strengthen or weaken social communities", en: Debra Hopkins, Jochen Kleres, Helena Flam, Helmut Kuzmics (eds.): *Theorizing Emotions. Sociological Explorations and Applications*, Campus Verlag: Frankfurt/New York
- Elizondo Mayer-Serra, Carlos (2006): "Democracia y gobernabilidad en México", en: Aguilar Rivera, José Antonio, et al.: *Pensar en México*, México: Fondo de Cultura Económica
- Enriquez Rosas, Rocío (2003): Rostro actual de la pobreza urbana en México, en: *Comercio Exterior*, vol. 53, no.6, junio de 2003
- Enriquez Rosas, Rocío (2009): "Configuraciones/reconfiguraciones familiares y violencia doméstica/social en la ZMG", en: Rodríguez Gómez, Guadalupe (coord.): *Diagnóstico sobre la realidad social, económica y cultural de los entornos locales para el diseño de intervenciones en materia de prevención y erradicación de la violencia en la región centro: el caso de la zona metropolitana de Guadalajara, Jalisco*
- Esping Andersen, Gosta (1999): *Social foundations of postindustrial economies*, Oxford University Press
- Esposito, Roberto (2003): *Communitas. Origen y destino de la comunidad*, Buenos Aires: Amorrortu
- Esposito, Roberto (2005): *Immunitas. Protección y negación de la vida*, Buenos Aires: Amorrortu
- Esposito, Roberto (2011): *El dispositivo de la persona*, Buenos Aires: Amorrortu
- Fitoussi Jean-Paul y Pierre Rosanvallon (1997): *La nueva era de desigualdades*, Buenos Aires: Manantial
- Flick, Uve (2007): *Introducción a la Investigación Cualitativa*, Ediciones Morata, Madrid
- Foucault, Michel (1976): *Vigilar y castigar*, México:Siglo XXI
- Foucault, Michel (1979): *La arqueología del saber*, SigloXXI
- Freud, Sigmund (1979): *Lo siniestro*, Pequeña Biblioteca Calamus Scriptorus, Barcelona
- García Canclini, Nestor (2010): *La sociedad sin relato. Antropología y estética de la inminencia*, Katz
- Geertz, Clifford (1991): *La interpretación de las culturas*, Gedisa, Madrid
- Giddens, Anthony (1993): *Consecuencias de modernidad*, Alianza, Madrid

Giddens, Anthony (1998) *Modernidad e identidad del yo. El yo y la sociedad en la época contemporánea*. Barcelona: Península.

Giddens, Anthony (1998a): *La constitución de la sociedad. Bases para la teoría de estructuración*. Amorrortu

Giménez, Gilberto (2009) "La geografía humana como ciencia social y las ciencias sociales como ciencias geográficas", en M. Chávez; O. González; M.C. Ventura (Eds) *Geografía humana y ciencias sociales: una relación reexaminada*. México: El Colegio de Michoacán

González de la Rocha, Mercedes y Paloma Villagómez (2007): "Espirales de desventajas: pobreza, ciclo vital y asilamiento social", en: Saraví, Gonzalo (ed.), *De la pobreza a la exclusión. Continuidades y rupturas de la cuestión social en América Latina*, Buenos Aires: CIESAS/ Prometeo Libros

Gutiérrez Zúñiga, Cristina et al. (2011): *Una ciudad donde habitan muchos dioses: cartografía religiosa de Guadalajara*, Colegio de Jalisco, CIESAS

Hiernaux, Daniel (2006): "Repensar la ciudad: la dimensión ontológica de lo urbano", en: *Liminar, Estudios Sociales y Humanísticos*, diciembre, año/vol.IV, número 002, Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas, pp. 7-17

Hiernaux Daniel y Margarita Zárate (2008): "Transnacionalismo, cultura y espacio: a manera de introducción", en Daniel Hiernaux y Margarita Zárate (eds): *Espacios y transnacionalismo*. México: UAM-I/Juan Pablos

Ianni, Octavio (2000): *Enigmas de la modernidad-mundo*, México: Siglo XXI

Ibañez, Alfonso (2001) *Pensando desde Latinoamérica. Ensayos sobre modernidad, democracia y utopía*. Guadalajara: Universidad de Guadalajara pp. 135-139 (VIII. Una modernidad desgarrada)

Jelin, Elizabeth (2004): *Pan y afectos. La transformación de las familias*, Buenos Aires, FCE

Kirby, Peadar (2006): *Vulnerability and Violence. The Impact of Globalisation*, London: Pluto Press

Lahire, Bernard (2006): *El espíritu sociológico*, Buenos Aires: Manantial

Le Breton, David (2002): *La sociología del cuerpo*, Nueva Visión, Buenos Aires

Lechner, Norbert (2002): *Las sombras del mañana. La dimensión subjetiva de la política*. Lom Ediciones, Santiago de Chile

Lindón, Alicia (2009): "La construcción socioespacial de la ciudad: el sujeto cuerpo y el sujeto sentimiento", en Revista *Cuerpos, Emociones y Sociedad*, Córdoba, No.1, Año 1, p.06-20, Dic 2009

Lipovetsky, Gilles (2002): *Era del vacío. Ensayos sobre el individualismo contemporáneo*, Barcelona: Anagrama

Lopez Levi, Liliana (2011): "Fortificaciones habitacionales en México: de la violencia dominante a la violencia dominadora", en: *Argumentos (Méx.)* [online], 2011, vol. 24, no.66, pp.61-81

Maffesoli, Michel y Lorenzo Agar Corbinos (2002): "El surgimiento de lo trágico y nuevas formas de insurrección social", en *Acta Bioética* 2002; año VIII, n° 1, Universidad de Chile, Santiago.

Mastny, Lisa (dir.) (2005): *Vital sings 2005: The Trends that are shaping our future*, Worldwatch Institute, Norton: Nueva York

May, Rollo (1992): *La necesidad del mito. La influencia de los modelos culturales en el mundo contemporáneo*, Paidós, Barcelona

Mongin, Olivier (2006): *La condición urbana. Las ciudades a la hora de la mundialización*. Paidós

Monsiváis Carlos (2009): "México en 2009: la crisis, el narcotráfico, la derecha medieval, el retorno del PRI feudal, la nación globalizada"; en: *Nueva Sociedad*, No.220, marzo-abril 2009, pp.42-59

Morales Oyarvide, César (2011): "El fracaso de una estrategia: una crítica a la guerra contra el narcotráfico en México, sus justificaciones y efectos", en: *Nueva Sociedad* no.231, enero-febrero 2011

Morin, Edgar (2004): "En el corazón de la crisis planetaria", en: Baudrillard Jean, Morin Edgar: *La violencia del mundo*, Paidós: Barcelona

Núñez Miranda, Beatriz (1999): *Guadalajara, una visión del siglo XX*, El Colegio de Jalisco

Núñez Miranda, Beatriz y María Guadalupe Garibay Chavéz (2009): "Calidad y pertenencia de los servicios sociales y de salud: su relación con la violencia social en la ZMG", en: Rodríguez Gómez, Guadalupe (coord.): *Diagnóstico sobre la realidad social, económica y cultural de los entornos locales para el diseño de intervenciones en materia de prevención y erradicación de la violencia en la región centro: el caso de la zona metropolitana de Guadalajara, Jalisco*

Observatorio Ciudadano de Calidad de Vida: Jalisco Cómo Vamos (2011): *¿Cómo nos vemos los Tapatíos? Encuesta de Percepción Ciudadana de Calidad de Vida en el Área Metropolitana de Guadalajara 2011*

Observatorio Ciudadano de Calidad de Vida: Jalisco Cómo Vamos (2012): *¿Cómo nos vemos los Tapatíos? Segunda Encuesta de Percepción Ciudadana de Calidad de Vida en el Área Metropolitana de Guadalajara 2012*

PNUD (2006): *Venciendo el temor. (In)seguridad ciudadana y desarrollo humano en Costa Rica*

Pratt, Mary Louise (2003): *Los imaginarios planetarios*, en línea: latinoscornell.wikispaces.com/pratt-planetarios-espanol-theory.doc

Prévot Schapira, Marie-France (2000): "América latina: la ciudad fragmentada", en: *Revista de Occidente*, no. 230-231, Fundación José Ortega y Gasset, Madrid, pp. 25-46

Robles, Fernando (2000) *El desaliento inesperado de la modernidad. Molestias, irritaciones y frutos amargos de la sociedad del riesgo* Providencia: RIL pp. 47-87

Roitman, Sonia (2003): "Barrios cerrados y segregación social urbana", en: *Scripta Nova, Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales*, vol. VII, no. 146 (118), Barcelona

Reguillo, Rossana (1995): "¿La comezón posmoderna o el pensamiento de la crisis?", en: *Cuadernos del Departamento de Comunicación del ITESO*, No.2

Reguillo, Rossana (1996): "Los mitos gozan de cabal salud. El horizonte de las creencias colectivas en la "modernidad" mexicana", *Comunicación y Sociedad* (DECS, UdeG), num.27. pp.215-238

Reguillo, Rossana (2000): "Anclajes y mediaciones del sentido. Lo subjetivo y el orden del discurso: un debate cualitativo", UdeG

Reguillo, Rossana (2000a): "Los laberintos de miedo, un recorrido para fin de siglo", en *Revista de Estudios Sociales*, No. 5, Facultad de Ciencias Sociales, UNIDADES/Fundación Social, Bogotá, enero 2000, pp.63-72

Reguillo, Rossana (2000b): "Identidades culturales y espacio público: un mapa de los silencios", en *Dia-Logos de la Comunicación* No. 59-60, FELAFACS, Lima

Reguillo, Rossana (2003): "Utopías urbanas. La disputa por la ciudad posible", en *Revista Ciudades*, octubre-diciembre 2003, RNIU, Puebla, México

Reguillo, Rossana (2004): "Fragmentos, diásporas, fracturas. Barcelona(s) en el diario de campo"; *Revista UdeG*, no32, verano 2004

Reguillo, Rossana (2005): "Ciudades y violencias. Un mapa contra los diagnósticos fatales", en: Rossana Reguillo y Marcial Godoy Anativia (eds.) *Ciudades translocales, espacios, flujo, representación. Perspectivas desde las Américas*, ITESO/SSRC, México

Reguillo, Rossana (2005a): *Horizontes fragmentados: comunicación, cultura, pospolítica. El (des)orden global y sus figuras*. ITESO, México

Reguillo, Rossana (2006): "Políticas de la mirada. Hacia una antropología de las pasiones contemporáneas", en: Inés Dussel y Daniela Gutierrez (comp.) *Educación la mirada: políticas y pedagogías de la imagen*, Buenos Aires: Manantial (Flacso, OSDE)

Reguillo, Rossana (2007): "Formas de poder. Narrativas y poderes diferenciales en el paisaje neoliberal", en Alejandro Grimson (Comp.) *Cultura y neoliberalismo*. Buenos Aires:CLACSO, pp.91-110

Reguillo, Rossana (2009): "De la pasión metodológica o de la (paradójica) posibilidad de la investigación", en: Rebeca Mejía Arauz y Sergio Antonio Sandoval (coords.) *Tras las vetas de la investigación cualitativa. Perspectivas y acercamientos desde la práctica*. ITESO

Reguillo, Rossana (2009a): "En las márgenes del miedo. Discursos, medios, poderes", Conferencia presentada en el Seminario Internacional América Latina en el siglo XXI. Comunicación y poderes. Política, cultura y comunicación, ALER/Universidad Andina Simón Bolívar, 23-25 de marzo de 2009

Reguillo, Rossana (2009b): "Violencias y después. Culturas en reconfiguración", en línea: <http://lanic.utexas.edu/project/etext/llilas/cpa/spring03/culturaypaz/reguillo.pdf>, recuperado 30.08.2013

Roberts, Bryan (2007): "La estructuración de la pobreza", en: Saraví, Gonzalo (ed.), *De la pobreza a la exclusión. Continuidades y rupturas de la cuestión social en América Latina*, Buenos Aires:CIESAS/ Prometeo Libros

Román, Ignacio (2009): "El contexto, la infraestructura económica y el empleo", en: Rodríguez Gómez, Guadalupe (coord.): *Diagnóstico sobre la realidad social, económica y cultural de los entornos locales para el diseño de intervenciones en materia de prevención y erradicación de la violencia en la región centro: el caso de la zona metropolitana de Guadalajara, Jalisco*

Saraví, Gonzalo (ed.), *De la pobreza a la exclusión. Continuidades y rupturas de la cuestión social en América Latina*, Buenos Aires: CIESAS/ Prometeo Libros

Schutz, Alfred (2003): "El forastero. Ensayo de psicología social", en: *Estudios sobre teoría social*, Amorrortu, Buenos Aires

Sennet, Richard (1997): *Carne y piedra. El cuerpo y la ciudad en la civilización occidental*, Alianza

Sennett, Richard (2005): *La corrosión del carácter. Las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo*, Anagrama, Barcelona

SIPRI Yearbook 2009: *Armaments, Disarmament and International Security*, Oxford University

Siqueiros, Luis Felipe (2009): "El territorio, el medio ambiente y las condiciones urbanas", en: Rodríguez Gómez, Guadalupe (coord.): *Diagnóstico sobre la realidad social, económica y cultural de los entornos locales para el diseño de intervenciones en materia de prevención y erradicación de la violencia en la región centro: el caso de la zona metropolitana de Guadalajara, Jalisco*

Siqueiros, Luis Felipe (2009): "El entorno habitacional formal e informal", en: Rodríguez Gómez, Guadalupe (coord.): *Diagnóstico sobre la realidad social, económica y cultural de los entornos locales para el diseño de intervenciones en materia de prevención y erradicación de la violencia en la región centro: el caso de la zona metropolitana de Guadalajara, Jalisco*

Soja, Edward (2000) *Postmetropolis. Critical Studies of Cities and Regions*. Oxford, UK: Blackwell. Part II, pp. 145- 348.

Strauss, A. y Corbin, J. (1990): *Basics of qualitative research. Grounded theory procedures y técnicas*. Newbury Park: Sage Publications

Universidad de Guadalajara (1999): *Jalisco a futuro. Construyendo el porvenir 1999-2025*, Universidad de Guadalajara

Valenzuela Arce, José Manuel (2011): "Religiosidad, mística y cultura popular", en: Alberto Hernández (coord.): *Nuevos caminos de la fe: Prácticas y creencias al margen institucional*, Tijuana: El Colegio de la Frontera Norte

Van Dijk, Teun A. (2006): *Ideología. Una aproximación multidisciplinaria*. Gedisa

Vattimo, Gianni (2000): "Posmoderno ¿Una sociedad transparente?", en: Benjamín Arditi (ed) *El reverso de la diferencia. Identidad y política*. Caracas: Nueva Sociedad/Nubes y Tierra, pp. 15-22

Vara, M.J. (2006): "Precarización de la existencia y huelga de cuidados", en: Vara M.J. (Coord.) *Estudios sobre género y economía*, Madrid: AKAL

Winocur, Rosalía (2009): *Robinson Crusoe ya tiene celular*, Siglo XXI, UAM Iztapalapa

Williams, Raymond (2000): *Marxismo y literatura*, Península

Yarto Wong, Consuelo (2011): "Nuevas funciones y usos simbólicos del teléfono celular entre los jóvenes", en: *XVIII Anuario de Investigación de la Comunicación*, CONEICC

Zizek, Slavoj (2004): *Violencia en acto. Conferencias en Buenos Aires*, Paidós

Zizek, Slavoj (2011): *El títere y el enano. El núcleo perverso del cristianismo*, Paidós

Zizek, Slavoj (2011a): *Living in the End Times*, London: Verso

Zizek, Slavoj (2011b): *Catastrophic but not serious*, conferencia en:
http://fora.tv/2011/04/04/Slavoj_Zizek_Catastrophic_But_Not_Serious